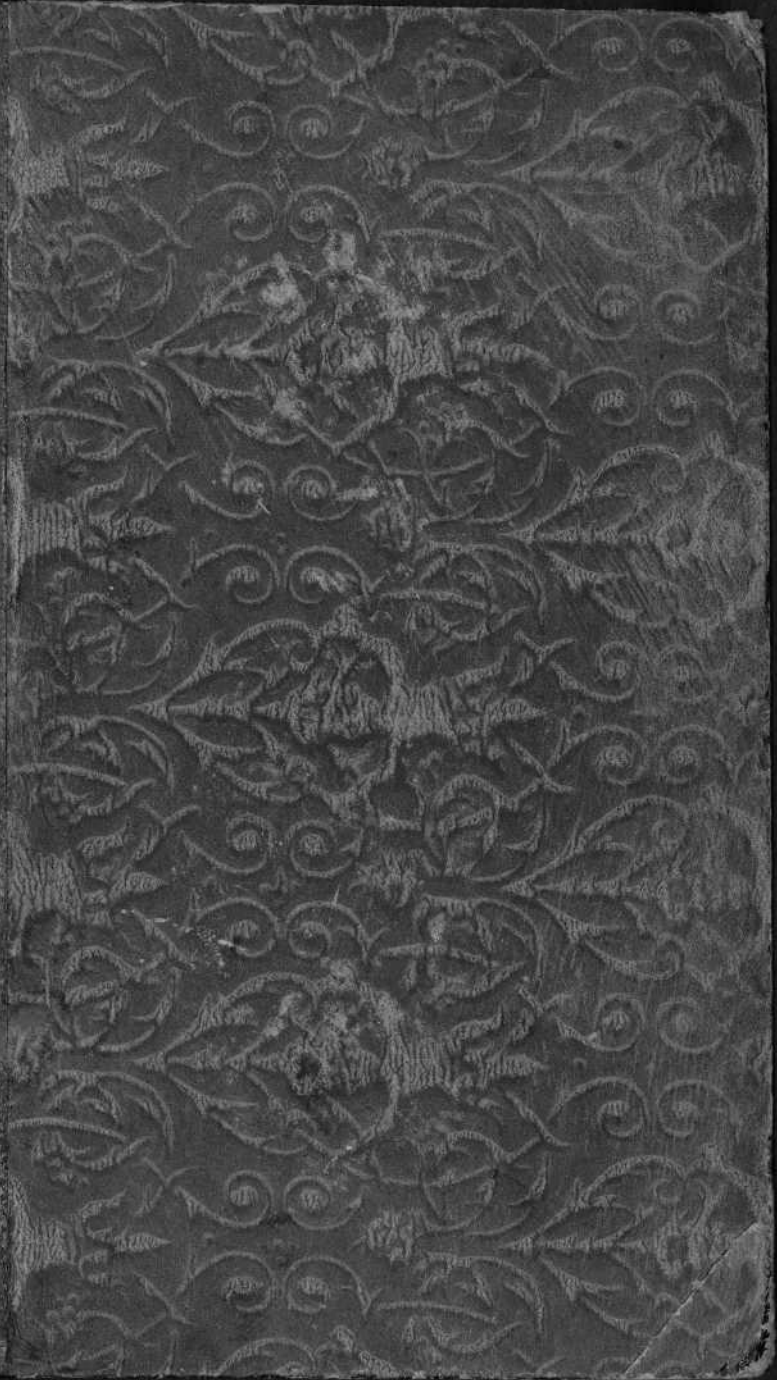


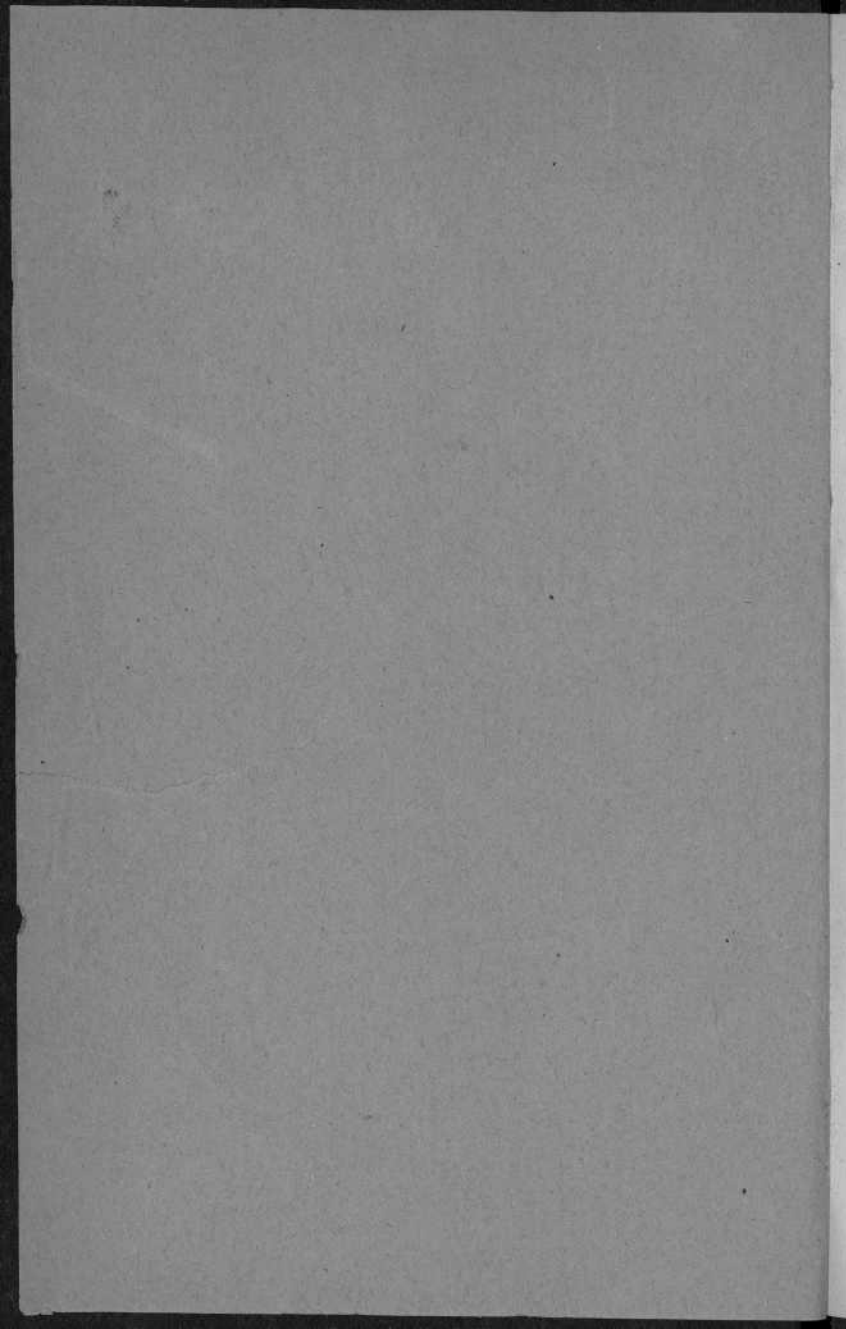
768



147.68

~~158.14~~

12
1000



HISTORIA UNIVERSAL
DURANTE
LA REPÚBLICA ROMANA.

John W. B. B. B.

AMERICAN

1875

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LXXII

HISTORIA UNIVERSAL
DURANTE
LA REPÚBLICA ROMANA

ESCRITA POR
POLIBIO MEGALOPOLITANO

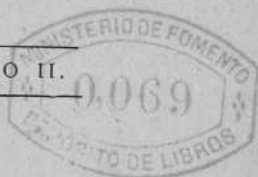
VERSIÓN CASTELLANA

DE

D. AMBROSIO RUI BAMBA

ADICIONADA CON TODOS LOS FRAGMENTOS
DESCUBIERTOS HASTA AHORA

TOMO II.



1884



IMPRESA CENTRAL Y ESTEREOTIPIA Á CARGO DE V. SAIZ
Colegiata, 6, Madrid.



HISTORIA UNIVERSAL.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Filipo vuelve á ganar la voluntad de los Aratos, y consigue por su influjo que los Aqueos le socorran para ponerse en campaña. —Resuelve hacer la guerra por mar.—Conspiración de tres de sus oficiales.—Tala de los campos de Palea.

Ya iban dejándose ver las Pleiades, cuando finalizó el año de la pretura de Arato el joven (219 antes de J. C.). Tal es el modo de computar los tiempos entre los Aqueos. En efecto, Arato depuso el mando, Eperato le sucedió, y Dorimaco era por entonces pretor de los Etolios. Hacia este mismo tiempo, Anníbal declaró públicamente la guerra á los Romanos, y á la entrada del estío partió de Cartagena, atravesó el Ebro, y emprendió su designio y viaje para Italia. Los Romanos despacharon á Tiberio Sempronio con ejército al África, y á Publio Cornelio para España. Antíoco y Ptolomeo, desesperanzados de que las negociaciones y conferencias terminasen la disputa que

tenían sobre la Cæle-Siria, se disponían á que la decidiesen las armas.

El rey Filipo, falto de víveres y dinero para las tropas, convocó á junta á los Aqueos por medio de sus magistrados. Junto el pueblo en Egio segun costumbre, notó que los Aratos obraban con indolencia, por el tiro que Apeles les había hecho en las elecciones precedentes; y que Eperato era negado por naturaleza, y menospreciado de todos. Por estos antecedentes acabó de conocer lo mal que le habían servido Apeles y Leoncio, y se propuso ganar otra vez el corazón de los Aratos. Para esto persuadió á los magistrados que transfiriesen la asamblea á Sición, donde habida una conferencia con los dos Aratos, y echando la culpa á Apeles de todo lo pasado, les exhorto á subsistir en el afecto que antes le profesaban. En efecto, los Aratos se rindieron prontamente, y el Rey entró en la asamblea, donde con el apoyo de estos dos, consiguió todo lo que necesitaba para la empresa. Se ordenó que los Aqueos contribuyesen por el pronto con cincuenta talentos desde el primer día que el Rey se pusiese en marcha, que abonasen á la tropa la paga de tres meses con diez mil modios de trigo, y para adelante, mientras que personalmente hiciese la guerra en el Peloponeso, se le darían cada mes diez y siete talentos.

Aprobado este decreto, los Aqueos se retiraron cada uno á sus ciudades. Luego que las tropas salieron de cuarteles de invierno, el Rey consultó con sus confidentes, y resolvió hacer la guerra por mar. Creía que sólo así podría prontamente atacar por todos lados á sus contrarios, los cuales no podrían socorrerse mutuamente, estando como estaban dispersos en diferentes países, y recelándose cada uno por sí de la incertidumbre y prontitud con que podía venir por mar

el enemigo. Era la guerra contra los Etolios, Lacedemonios y Eleos. Tomada esta resolución, el Rey juntó los navíos de los Aqueos y los suyos en Lequeo, donde á costa de un ejercicio continuado, amaestró y acostumbró la falange al manejo del remo, hallando en los Macedonios una ciega obediencia á sus mandatos. Porque esta nación es no sólo la más experta y valerosa en las batallas campales, sino también la más á propósito para los ministerios navales, si la ocasión se presenta. Son gentes ejercitadas en cavar fosos, levantar trincheras, y en fin, endurecidos con semejantes fatigas, son tales como nos pinta Hesiodo á los Eacidas, *más contentos en la guerra que en los banquetes*.

Mientras que el Rey y los Macedonios se ocupaban en Corinto, éstos en el ejercicio de la marina, y aquél en el acopio de pertrechos; Apeles, que no podía volver á ganar el corazón de Filipo, ni sufrir el menosprecio de su abatimiento, tramó una conjuración con Leoncio y Megaleas; para que, mientras ellos, presentes á todas las resoluciones del Rey, pervertían y frustraban sus designios, él ausente en Calcis, cuidase de cortar todas las municiones para sus empresas. Comunicado este aleve trato con sus dos amigos, marchó á Calcis, pretextando al Rey algunas vanas excusas para su partida. Durante su mansión en esta ciudad, observó tan religiosamente lo pactado bajo juramento, y se aprovechó tan bien de la privanza anterior para persuadir á los pueblos, que al fin redujo al Rey á empeñar la vajilla de su uso para mantenerse. No obstante, después que estuvieron juntos los navíos, y los Macedonios amaestrados en el manejo del remo, el Rey, distribuidos víveres y satisfechas las pagas al soldado, se hizo á la vela y llegó al segundo día á Patras, con un ejército de seis mil Macedonios y mil doscientos mercenarios.

Hacia este tiempo Dorimaco, pretor de los Etolios, había enviado quinientos Neocretas, bajo el mando de Agelao y Scopas, para socorrer á los Eleos. Estos, con el recelo de que Filipo no intentase sitiarse á Cylene, habían levantado tropas extranjeras, habían armado las del país, y fortificado la ciudad con gran cuidado. En atención á esto Filipo formó un cuerpo de los extranjeros de Acaia, de los Cretenses que tenía consigo, de alguna caballería Gálata, y de dos mil infantes Aqueos de tropa escogida, y lo dejó en Dimas, para que á un mismo tiempo la guarneciese, y sirviese de barrera contra las empresas de los Eleos. El mientras, habiendo escrito con anticipación á los Messenios, Epirotas, Acarnanios y á Scerdilaidas, para que equipase cada uno sus navíos y acudiesen á Cefalenia, se hizo á la vela de Patras al día señalado, y arribó á Pronos, pueblo de la Cefalenia. La consideración de que esta pequeña fortaleza era difícil de sitiarse, y el país estrecho, le hizo pasar adelante y dar fondo en Palea con su armada. Aquí, advirtiendo que el país abundaba en granos y podía sustentar el ejército, echó á tierra sus tropas, y se acampó delante de la ciudad. Puso después en seco su escuadra, la ciñó con foso y trinchera, y envió á los Macedonios al forraje. Entretanto, por dar tiempo á que viniesen los aliados para emprender el ataque, se puso á recorrer la plaza y reconocer por qué parte se podrían aplicar las obras y las máquinas á sus murallas. Su objeto era, primero, quitar á los Etolios el puesto más importante, como que desde aquí, sirviéndose de las naves de los Cefalenios, hacían sus desembarcos en el Peloponeso, y talaban las costas del Epiro y la Acarnania; y en segundo lugar, prevenir para sí y para sus aliados una acogida cómoda para hacer correrías sobre el país enemigo. Porque la Ce-

falenia yace sobre el golfo de Corinto, extendiéndose hacia el mar de Sicilia; domina aquella parte del Peloponeso que mira al Septentrión y Ocaso, y especialmente el país de los Eleos, y confina hacia el Mediodía y Occidente con el Epiro, la Etolia y la Acarnania.

CAPÍTULO II.

Sitio de Palea malogrado.—Diversidad de pareceres sobre el camino que había de tomar el Rey.—Resolución de pasar á la Etolia el teatro de la guerra.—Saco de esta provincia.—Sorpresa de Termas.

Filipo, atento á que el lugar era el más oportuno para la reunión de los aliados, y su situación la más ventajosa para ofender á los enemigos y auxiliar á los suyos, deseaba con ansia reducir esta isla bajo su dominio (219 años antes de J. C.). Habiendo advertido que todas las otras partes de la ciudad estaban defendidas ó por el mar, ó por los riscos, y que sólo por el lado de Zacinto había un corto espacio de terreno llano, pensó por esta parte arrimar las baterías é insistir en el ataque. Estas disposiciones ocupaban su atención, cuando llegaron quince bergantines de parte de Scerdilaidas, que no había podido enviar más á causa de las sediciones y alborotos que se habían originado en la Iliria entre los principales de la nación. Vino también el socorro prometido de los Epirotas, Acarnanios y Messenios. Porque éstos una vez tomada Fialea, ya no tenían excusa para eximirse de la guerra.

Dispuesto ya todo para el asedio, y situadas en los convenientes lugares las baterías de ballestas y cata-

pultas para reprimir á los cercados, el Rey animó á los Macedonios, avanzó las máquinas á la muralla, y por medio de ellas emprendió las minas. La actividad de los Macedonios en estos trabajos fué tal, que en poco tiempo quedaron en el aire doscientos pies de muro. Entonces el Rey se acercó á la muralla, y convidó á los de dentro á ajustar con él las paces. Pero no haciendo éstos caso, puso fuego á los puntales, y en la hora vino á tierra todo el muro suspendido. Hecho esto, destacó por delante á los rodeleros bajo la conducta de Leoncio, divididos en cohortes, con orden de forzar la brecha. Pero este comandante, atento á lo que había pactado con Apeles, impidió que tres jóvenes que ya habían superado sucesivamente las ruinas, no acabasen de tomar la ciudad. Tenía corrompidos de antemano los principales oficiales, él obraba con indolencia, y aparentaba peligro á cada paso; y así, aunque pudo cómodamente apoderarse de la plaza, al cabo fué arrojado de la brecha con mucha pérdida. El Rey, viendo tímidos los oficiales y cubiertos de heridas los Macedonios, desistió del asedio y consultó con sus confidentes sobre lo que se había de hacer en adelante.

Hacia este tiempo Licurgo rompió por la Messenia, y Dorimaco, con la mitad de los Etolios, hizo una irrupción en la Tesalia, persuadidos uno y otro á que retraerían á Filipo del cerco de Palea. Con este mismo objeto vinieron al Rey embajadores de parte de los Acarnanios y Messenios. Los Acarnanios le instaban á que entrase por la Etolia, corriese talando impunemente todo el país, y de este modo haría desistir á Dorimaco de la invasión de la Macedonia. Los Messenios, por medio de su embajador Gorgos, imploraban su auxilio y le representaban que mientras reinasen los vientos Etesios era fácil pasar en un solo día desde

Cefalonia á Messenia, de cuyo repentino y eficaz ataque sobre Licurgo le aseguraban un buen efecto. Leoncio, atento á su propósito, coadyuvaba con empeño la pretensión de Gorgos. Veía que Filippo vendría á estar mano sobre mano todo el verano, pues aunque la navegación á la Messenia era fácil, el retorno durante los vientos Etesios era imposible. De aquí infería por seguro que Filippo, encerrado en la Messenia con su ejército, se vería forzado á pasar el resto del verano en inacción, mientras que los Etolios, corriendo la Tesalia y el Epiro, talarían y arrasarian uno y otro país sin obstáculo. Tales y tan perniciosos eran los consejos que sugerían al Rey Gorgos y Leoncio. Arato, que se hallaba presente, era del sentir opuesto. Aconsejaba al Rey que convenia marchar á la Etolia y pasar allá el teatro de la guerra, pues habiendo salido los Etolios con Dorimaco á una expedición, era la ocasión más oportuna de invadir y arrasar su país. El Rey, que ya se hallaba poco satisfecho de Leoncio por lo mal que se había portado en el cerco de Palea, y había llegado á conocer la perfidia con que le había consultado, se atuvo al parecer de Arato. En efecto, escribió á Eperato, pretor de los Aqueos, para que, tomando tropas de su nación, viniese al sócorro de los Messenios; él mientras salió de Cefalonia, y abordó al segundo día á Leucades con la escuadra durante la noche. Dispuestas todas las cosas en el istmo de Doricto, hizo pasar los navíos y tomó el rumbo por el golfo de Ambracia, que corriendo desde el mar de Sicilia, se introduce hasta el corazón de la Etolia, como ya hemos apuntado. Al cabo de su viaje, dió fondo poco antes de amanecer en Limnea, donde mandó á las tropas que comiesen, se exonerasen de la mayor parte del equipaje, y estuviesen dispuestas para la marcha. Entre tanto, juntó guías del

país, se informó del terreno, y tomó lengua de las ciudades inmediatas.

A esta sazón vino Aristofantes, pretor de la Acarnania, con todas las tropas de su nación. Este pueblo había tenido anteriormente mucho que sufrir de parte de los Etolios, y deseaba con ansia vengarse y desquitarse de cualquier modo. Por eso entonces, abrazando con gusto la ocasión de auxiliar á los Macedonios, habían tomado las armas no sólo los que estaban obligados por la ley á alistarse, sino también algunos ancianos. Igual impulso estimulaba á los Epirotas por semejantes causas, bien que por la extensión del país y repentina venida de Filipo, no habían tenido tiempo de congregar sus tropas. Dorimaco había salido á la expedición con la mitad de los Etolios, como hemos dicho, y había dejado la otra mitad, en la inteligencia de que sería lo bastante para guarnecer las ciudades y el país en un caso repentino. El Rey, habiendo dejado el equipaje con una buena escolta, partió por la tarde de Limnea, y al cabo de sesenta estadios de camino, hizo alto para que cenase y descansase un rato la tropa; después volvió á emprender la marcha, y sin cesar de andar en toda la noche, llegó á las márgenes del Aqueloo al rayar el día, entre Conope y Strato, con el anhelo de arrojarse de repente y de improviso sobre Termas.

Dos motivos hacían creer á Leoncio que Filipo conseguiría su designio y los Etolios no podrían evitar el golpe: uno era la pronta é inopinada venida de los Macedonios; otro, el que no habiendo sospechado jamás que llegase la temeridad del Rey á arrojarse sobre una plaza tan fuerte como Termas, los cogería descuidados é improvisos del todo para la defensa. Atento á estas consideraciones, y firme en la traición que había tramado, persuadía á Filipo que se acam-

pase sobre el Aqueloo y diese descanso á la tropa, fatigada con la marcha de toda una noche. Su designio en esto era dar á los Etolios una tregua, aunque corta, de prevenirse para la defensa. Arato, por el contrario, conocía que el logro de la expedición era instantáneo, que el consejo de Leoncio era un manifiesto retardo, y así protestaba al Rey no malograrse la ocasión ni se detuviese. En efecto, el Rey, ofendido ya de Leoncio, abrazó este partido y prosiguió su camino sin detenerse. Atravesó el Aqueloo y avanzó en derecha á Termas, quemando y talando de paso la campaña. Durante su marcha dejó sobre la izquierda á Strato, Agrinio y Testia, y sobre la derecha á Conope, Lisimaquia, Triconio y Foiteo. Llegado que hubo á Metapa, ciudad situada sobre las gargantas mismas del lago Triconis, y distante poco menos de sesenta estadios de Termas, la tomó por haberla desamparado sus moradores, y metió dentro quinientos hombres con el fin de servirse de ella como de presidio para la entrada y salida de los desfiladeros. Todas las cercanías del lago son montuosas, ásperas y cubiertas de árboles, de suerte que sólo franquean un paso del todo estrecho y difícil. Atento á esto, emprendió el paso de los desfiladeros, situando á la vanguardia los extranjeros, detrás los Ilirios, en seguida los rodeleros y la falange y cerrando la retaguardia con los Cretenses. Por el lado derecho marchaban fuera del camino los Traces y armados á la ligera, y por el izquierdo iban defendidos del lago que se extiende casi treinta estadios.

Pasadas estas gargantas llegó el Rey á un lugar llamado Panfia, donde, puesta igualmente guarnición, prosiguió hacia Termas por un camino no sólo arduo y demasiado áspero, sino cortado entre elevadas rocas, que á veces sólo permitían un sendero en

extremo peligroso y estrecho, cuya subida se extendía casi á treinta estadios. La actividad de los Macedonios atravesó estos desfiladeros en tan poco tiempo que llegaron á Termas con muchas horas de día. Sentado aquí su campo, permitió á la tropa que talase los pueblos circunvecinos, que corriese los campos de Termas y que saquease las casas de la ciudad, donde se halló no sólo cantidad de trigo y demás provisiones, sino inmensidad de muebles preciosos. Porque como los Etolios celebraban aquí cada año las ferias y juegos más solemnes y era este el sitio determinado para sus comicios, había traído cada uno lo más precioso que tenía para su hospedaje y aparato de las festividades. Esto lo hacían prescindiendo de su propia conveniencia, porque creían no poder hallar lugar más seguro. Jamás enemigo alguno había tenido la osadía de poner el pie en semejante sitio, tan fuerte por su naturaleza, que estaba reputado por la ciudadela de toda la Etolia. Ve aquí por qué después de una paz de tantos años, estaban llenas de inmensas riquezas las casas inmediatas al templo y los lugares circunvecinos. Cargados los Macedonios de un botín inmenso, pasaron allí la noche. Al día siguiente resolvieron llevar consigo lo más precioso y rico del despojo; de todo lo demás hicieron un montón á vista de las tiendas, y lo quemaron. Igual diligencia practicaron con las armas que estaban colgadas en los pórticos; las de más valor las arrancaron y llevaron consigo, otras las cambiaron, y del resto, que ascendía á más de quince mil, hicieron una cina y la pusieron fuego.

CAPÍTULO III.

Sacrilegio que comete el ejército de Filipo en Termas.—Reflexiones de Polibio sobre este acontecimiento.

Hasta aquí no hay cosa que desdiga de la justicia y de las leyes de la guerra; pero lo que se sigue, no sé cómo calificarlo. Los Macedonios, acordándose de los excesos que los Etolios habían cometido en Dío y Dodona, pusieron fuego á los pórticos del templo, hicieron pedazos los donativos restantes, entre los cuales había algunos de una hechura costosa, de exquisito gusto y de mucho valor. No se contentaron solo con quemar los techos, echaron también por tierra el edificio, derribaron pocas ménos de dos mil estatuas é hicieron pedazos las más, á excepción de las que tenían alguna inscripción ó imagen de los Dioses, que de éstas se abstuvieron. Se puso sobre las paredes aquel célebre verso, obra del ingenio que comenzaba ya á descubrirse en Samos, hijo de Crisógono, y educado con el Rey. El verso es como se sigue.

Repara en Dío,
Verás de dónde el rayo se fulmina.

Aun al Rey mismo y á sus amigos asombraba tal estrago; bien que creían que obraban con justicia, y vengaban con castigo igual la crueldad cometida en Dío por los Etolios. Pero yo opino de diverso modo; y si mi juicio es recto ó no, está á la vista. No me valdré de otros ejemplos que los de la misma casa real de Macedonia. Antígono, después de haber vencido en batalla ordenada, y haber hecho huir á Cleomenes

rey de Lacedemonia, se apoderó de Esparta; y aunque como absoluto pudo disponer de esta ciudad y de sus moradores á su antojo, distó tanto de tratar con rigor á los que había sojuzgado, que al contrario, les restituyó su antiguo gobierno, les concedió la libertad, y no tornó á su corte hasta que hubo derramado las mayores gracias en general y en particular sobre los Lacedemonios. De este modo, pasó no sólo entonces por bienhechor, sino después de muerto por libertador, y se adquirió, tanto entre los Lacedemonios como en toda la Grecia, una estimación y gloria inmortal con estas acciones.

Aquel Filipo que primero ensanchó los límites de su imperio, y que fué el fundamento del esplendor de la casa real de Macedonia, vencidos los Atenienses en Queronea, no consiguió tanto por sus armas, cuanto por la equidad y templanza de sus costumbres. La guerra y las armas le sujetaron y le hicieron señor solo de sus contrarios; pero la benignidad y moderación le conquistaron todos los Atenienses y la misma Atenas. No dominaba la cólera á sus acciones, perseguía sí sus enemigos y émulos, hasta que se presentaba ocasión de manifestar su mansedumbre y beneficencia. Por eso remitió los prisioneros sin rescate, hizo los últimos honores á los Atenienses muertos, encomendó á Antipatro la traslación de sus huesos á Atenas, vistió la mayor parte de los que se salvaron, y con esta política consiguió á poca costa la mayor conquista. Pues rindiendo su magnanimidad la altivez de los Atenienses, de enemigos que eran, los convirtió en aliados los más sacrificados en su servicio. Y ¿qué diré de Alejandro? Irritado contra Tebas, hasta poner á sus moradores en pública subasta y arrasar la ciudad, con todo no se olvidó al tomarla del respeto debido á los Dioses; al contrario, puso el mayor

cuidado para que no se cometiese, aun por imprudencia, la más leve falta contra los templos y demás lugares sagrados. Igualmente cuando pasó al Asia á vengar á los Griegos de la crueldad de los Persas, procuró sacar de los hombres un castigo condigno á sus excesos; pero se abstuvo de todo lo consagrado á los Dioses, siendo así que contra los santuarios era contra quienes más se habían encrudelecido los Persas en la Grecia. Estos ejemplos debiera Filipo haber grabado en su corazón eternamente, y preciarse, no tanto de ser heredero de tales personajes en el imperio, cuanto de ser su sucesor en las costumbres y grandeza de alma. Fué nimio durante toda su vida en ostentar que era pariente de Alejandro y de Filipo; pero hizo muy poco caso de ser su imitador en las virtudes. Por eso á proporción que su conducta fué opuesta á la de estos príncipes, fué también contraria la reputación que obtuvo entre los hombres, cuando ya grande.

Sirva de prueba, entre otras, lo que entonces hizo. En medio de que la cólera le hacía incurrir en iguales excesos que á los Etolios, y remediaba un mal con otro, jamás creyó que obraba con injusticia. Afeaba á cada paso la insolencia é impiedad de Scopas y Dorimaco, por los sacrilegios que habían cometido en Dodona y Dio; y él, autor de iguales excesos, no echaba de ver que se adquiría el mismo concepto entre los que le oían. Quitar y arruinar los castillos de nuestros enemigos, cegar su puertos, tomar sus ciudades, matar su gente, apresar sus navíos, talar sus frutos y otras cosas semejantes, por donde se consiga debilitar las fuerzas del contrario, aumentar las nuestras y dar nuevo vigor á nuestros designios, estas son leyes indispensables y permitidas por el derecho de la guerra; pero lo que no puede traer ó aca-

rrrear ventaja á nuestros intereses, ni disminución á los de los contrarios cuanto á la guerra presente, esto es, por un exceso de venganza quemar templos, quebrar estatuas, y profanar otros adornos semejantes, esto nadie negará que es efecto de una conducta depravada y de una cólera rabiosa. Los buenos reyes no hacen la guerra para ruina y exterminio de los que los han ofendido, sino para corrección y arrepentimiento de sus faltas; ni envuelven en el castigo indistintamente á delincuentes y no delincuentes, sino que conservan y entresacan á los inocentes de los culpados. Es propio de un tirano aborrecer y ser aborrecido de sus súbditos, y á fuerza de malos tratamientos exigir por el miedo un vasallaje forzado; pero un rey, derramándose en gracias para con todos, debe hacer que á costa de su munificencia y dulzura le tribute el pueblo un respeto y obediencia voluntaria. Se echará de ver mejor el yerro que cometió entonces Filipo, al considerar qué concepto era regular hubiesen hecho los Etolios si observando la conducta opuesta no hubiera quemado los pórticos, quebrado las estatuas ni profanado los demás ornamentos. Yo no dudo que le hubieran reputado por el rey mejor y más humano. Su conciencia les hubiera representado las profanaciones hechas en Dio y Dodona, y hubieran confesado que Filipo, aunque, como dueño de obrar á su antojo, los hubiera tratado con el último rigor, no había hecho más de lo que debía atento á sus merecimientos; pero que por un efecto de su clemencia y magnanimidad no echó mano de semejantes medios.

De aquí se infiere que los Etolios verosíblemente se hubieran condenado á sí mismos, y hubieran alabado y admirado en Filipo el ánimo regio y magnánimo con que había ostentado á un tiempo su respeto para

con los Dioses y su cólera para con ellos. En efecto, no es menos, antes es más ventajoso, vencer al enemigo con la generosidad y justicia, que con las armas en la mano. Este se rinde por necesidad, aquél por inclinación. En el uno se consigue la corrección á mucha costa, en el otro se encuentra el arrepentimiento sin dispendio. Y lo principal, que en el vencimiento de aquél tienen la mayor parte los vasallos, y en el rendimiento de éste el príncipe por sí solo se lleva todo el lauro. Acaso pretenderá alguno no echar á Filipo toda la culpa de estas impiedades, atento á su tierna edad, sino que sus consejeros y confidentes, entre otros Arato y Demetrio de Faros, tuvieron la principal parte. Pero aun en este caso no será difícil descubrir, sin haberse hallado en el lance, de cuál de los dos pudo dimanar tal consejo. Prescindiendo del método de vida de Arato, en el que no se hallará resolución alguna temeraria ni inconsiderada, y en Demetrio muchas, tenemos pruebas incontestables del carácter de uno y otro en iguales casos, de que haremos la correspondiente memoria á tiempo oportuno.

CAPÍTULO IV.

Atacan los Etolios la retaguardia de Filipo.—Sacrificio que hace este Príncipe á los Dioses en acción de gracias, y convite que da á los oficiales.—Alboroto en el campamento, y castigo de los autores.

Filipo, habiendo cogido cuanto pudo llevar y conducir (aquí interrumpimos la narración), partió de Termas, y tornó por el mismo camino por donde había venido. Puso en la vanguardia el botín y los pe-

sadamente armados, y dejó en la retaguardia los Acarnanios y extranjeros. Todo su anhelo era atravesar cuanto antes los desfiladeros, porque se presumía que los Etolios se aprovecharían de las dificultades del camino para picarle la retaguardia, como en efecto sucedió al instante. Se juntaron hasta casi tres mil Etolios al mando de Alejandro Triconiense para acudir al socorro. Mientras el Rey estuvo sobre las cumbres, no se acercaron, subsistieron sí quietos en ciertos lugares ocultos; pero lo mismo fué moverse la retaguardia, se echaron sobre Termas, y atacaron las últimas líneas. Cuanto mayor era la confusión en la retaguardia, tanto con mayor brío los Etolios, favorecidos del terreno, les cargaban y mataban. Pero el Rey, que tenía previsto este lance, había apostado al bajar al pie de cierta colina un trozo de Ilirios y rodeleros escogidos; los cuales, acometiendo y cargando sobre el enemigo que venía en su seguimiento, mataron ciento treinta, cogieron prisioneros pocos menos, y el resto echó á huir sin orden por senderos extraviados. Después de esta victoria, la retaguardia puso fuego de paso á Panfio, atravesó sin riesgo los desfiladeros, y se incorporó con los Macedonios. Filipo tenía sentado el campo alrededor de Metapa, donde esperaba el último tercio del ejército. Al día siguiente que llegó, mandó arrasarse esta ciudad, echó á andar, y campó alrededor de Acras. Al día después prosiguió su marcha talando de paso la campaña, y sentó sus reales en Conope, donde subsistió el día inmediato. Al siguiente levantó el campo, y marchó á orillas del Aqueloo hasta Estrato; donde, atravesado el río, situó el ejército fuera de tiro, para inquietar á los de dentro.

Tenía noticia de que habían entrado en esta plaza, tres mil infantes Etolios, cuatrocientos caballos, y

quinientos Cretenses. Pero viendo que nadie osaba salir fuera, volvió á emprender su viaje, mandando á la vanguardia marchase á Limnea, donde estaba su escuadra. Lo mismo fué separarse de la ciudad la retaguardia, que salir por el pronto algunos caballos Etolios á inquietar las últimas líneas. Á éstos vinieron á juntarse los Cretenses y algunos infantes Etolios, los cuales, dando mayor vigor á la acción, forzaron la retaguardia macedonia á hacer frente, y venir á las manos. Al principio se peleó por ambas partes con igual fortuna; pero acudiendo los Ilirios á sostener los extranjeros de Filipo, la caballería etolia y los mercenarios volvieron la espalda, y echaron á huir con desorden. La mayor parte fué perseguida por los del Rey hasta las puertas y muros de la ciudad, en cuyo alcance mataron cien personas. Después de este choque ya no osaron moverse los de dentro, y la retaguardia se incorporó sin peligro con el ejército y los navíos. En Limnea el Rey, después de haberse acampado cómodamente, hizo un sacrificio á los Dioses en acción de gracias por la dicha concedida á su empresa, y dió un convite á los oficiales. Se tenía por temeridad el que el Rey se hubiese arrojado en un terreno tan escabroso, donde hasta entonces nadie había osado penetrar con sus armas; pero él entró y salió sin riesgo, después de haber conseguido sus designios. Por eso ahora, alegre en extremo, hacía este obsequio á los oficiales. Sólo Megaleas y Leoncio, que tenían tratado con Apeles embarazar todas las ideas de este Príncipe, se dolían de la felicidad que había alcanzado. Pero viendo frustrados sus esfuerzos, y que las cosas habían salido al contrario, aunque tristes, concurrieron al fin con los demás convidados.

Á poco rato dieron que sospechar al Rey y á los

demás, de que no se interesaban tanto como ellos en la felicidad de las armas. Pero prontamente descubrió sus interiores la continuación de los brindis y la intemperancia en la comida y bebida, á que se vieron precisados por acompañar á los demás. No bien se había concluído el convite, cuando locos y enajenados con la borrachera, echan á buscar á Arato, le encuentran cuando se retiraba, le llenan por el pronto de improperios, y emprenden después acabar con él á pedradas. Al instante acudieron muchos á sostener uno y otro partido, y se levantó un alboroto y conmoción en el campamento. La vocería llegó á oídos del Rey, quien envió gentes para que se informasen y remediasen el desorden. Llegaron éstos, Arato les cuenta lo sucedido, pone por testigos á los circunstantes, redime la vejación, y se retira á su tienda. Por lo que hace á Leoncio, escapó entre la confusión sin saber cómo. El Rey, informado del hecho, envió á llamar á Megaleas y Crinon, y los reprendió ásperamente. Pero ellos, lejos de someterse, prorrumpieron en nuevas amenazas, diciendo que no desistirían del propósito hasta haber dado á Arato su merecido. El Rey, irritado con este desacato, los mandó multar al instante en veinte talentos, y llevarlos á la cárcel.

Al día siguiente envió á llamar á Arato, y le exhortó á que viviese seguro de que pondría el remedio conveniente en el asunto. Leoncio, informado de lo que pasaba con Megaleas, vino á la tienda del Rey acompañado de alguna tropa. Estaba persuadido á que este Príncipe se atemorizaría por su poca edad y mudaría prontamente de resolución. Lo mismo fué presentarse que preguntar: «¿Quién ha tenido osadía para echar mano á Megaleas, y llevarle á la cárcel?—Yo,» respondió el Rey con entereza; palabra que ate-

rró á Leoncio, le hizo dar un gran suspiro y retirarse enfurecido.

Después el Rey se hizo á la vela con toda la escuadra, atravesó el golfo, y arribó en breve tiempo á Leucades. Aquí, dada orden á los que estaban encargados de la distribución del botín para que la evacuasen cuanto antes, congregó mientras sus confidentes, para examinar la causa de Megaleas. Arato entabló la acusación de éste y de sus compañeros, recorriendo la serie de sus excesos desde el principio. Hizo ver claramente que eran autores de una muerte que se había hecho después de la partida de Antígono, que tenían tramada una conjuración con Apeles, y que por ellos no se había tomado Palea. A todos estos cargos, que Arato hizo palpables y demostró con testigos, no tuvo qué responder Megaleas, por lo que fué condenado á una voz por todos. Crinón permaneció en la prisión, y Leoncio salió por fiador de la multa de Megaleas. Ve aquí el estado de la conjuración de Apeles y Leoncio, cuyo éxito vino á ser diverso de lo que se habían prometido al principio. Creyeron que aterrarían á Arato, que dejarían al Rey solo, y que obrarían después según su conveniencia; pero les salió al contrario.

CAPÍTULO V.

Expediciones de Licurgo, de los Eleos y de Dorimaco.—Irrupción y tala de Filipo en la Laconia. - Intentan los Messenios incorporarse con Filipo, pero Licurgo se apodera de su bagaje, y los fuerza á retirarse á su patria.

Por este mismo tiempo (219 años antes de J. C.) volvió Licurgo de la Messenia, sin haber hecho cosa que merezca la pena de contarse. Poco después volvió á

salir á campaña, tomó á Elea, y emprendió sitiar la ciudadela, donde se habían refugiado los moradores; pero frustrados sus esfuerzos, tuvo que retirarse otra vez á Esparta.

Los Eleos hicieron también correrías en el país de los Dimeos. Estos enviaron alguna caballería para su defensa, pero dió en una emboscada y con facilidad fué puesta en huída. Muchos Gálatas quedaron sobre el campo, algunos de la ciudad fueron hechos prisioneros, entre otros Polimedes Egeo, y Agesipolis y Megacles, Dimeos.

Dorimaco al principio salió á campaña con los Etolios, persuadido, como hemos dicho antes, á que talaría impunemente la Tesalia y haría levantar á Filipo el cerco de Palea; pero hallando en esta provincia á Ghrisógono y Patreo dispuestos á hacerle frente, no se atrevió á bajar al llano, y se contentó con costear las laderas, hasta que, informado de la irrupción de los Macedonios en Etolia, dejó la Tesalia y marchó con diligencia al socorro de su patria. Pero llegó cuando ya los Macedonios habían salido de la Etolia: tan tarde y pesado era en todas sus cosas.

Filipo, habiéndose hecho á la vela de Leucades, taló de paso la costa de los Hianteos y abordó á Corinto con toda la escuadra. Hizo pasar los navíos á puerto Lequeo, donde echó á tierra los soldados, y despachó correos á las ciudades aliadas del Peloponeso, señalándolas día en que deberían todas hacer noche con sus tropas en Tegea. Dadas estas órdenes, sin detenerse un punto en Corinto mandó marchar á los Macedonios, y pasando por Argos llegó á Tegea al segundo día. Aquí tomó los Aqueos que habían acudido, y condujo su ejército por las montañas con el fin de entrar en el país de los Lacedemonios sin ser percibido. Después de cuatro días de marcha por lu-

gares desiertos, se dejó ver sobre unas eminencias situadas frente por frente de la ciudad, y dejando á la derecha á Menelea llegó hasta la misma Amicla. Los Lacedemonios, que vieron desde la ciudad pasar por delante aquel ejército, quedaron atónitos y asombrados. Estaban aún suspensos sus espíritus con la noticia del saco de Termas y demás acciones de Filipo en la Etolia. A más de esto corría cierto rumor de que Licurgo salía al socorro de los Etolios; y así ni aun por el pensamiento se les había pasado el que con tanta precipitación viniese á descargar el golpe sobre ellos, mediando tanta distancia y siendo aún muy despreciable la edad del Rey para semejantes empresas. Por eso un suceso tan inesperado les tenía sobrecogidos con motivo. En igual desvelo é inquietud estaban todos los enemigos de este Príncipe, porque conducía sus designios con un ardor y viveza superior á su edad. En efecto, sale del corazón de la Etolia, como hemos dicho, atraviesa en una noche el golfo Amraceo y arriba á Leucades. Después de dos días de mansión en esta ciudad, se hace á la vela en la madrugada del tercero, tala en el siguiente la costa de la Etolia y da fondo en Lequeo. Continúa sin detenerse su viaje, y se deja ver al séptimo sobre las eminencias inmediatas á Menelea; de suerte que los más de los Lacedemonios, sin dar crédito á lo que veían, aterrados con la novedad dudaban qué partido tomar en tales circunstancias.

El primer día campó Filipo alrededor de Amiclas, plaza de la Laconia abundante en árboles y sazonados frutos, distante de Lacedemonia como veinte estadios. Se ve en ella un edificio consagrado á Apolo, casi el más célebre de cuantos templos tiene la provincia. La situación de la ciudad está mirando á la parte del mar. Al día siguiente hizo la tala del país y

llegó al real que llaman de Pirro. Después de haber saqueado en los dos días siguientes los lugares vecinos, sentó su campo delante de Carnio; de allí partió para Asina, donde viendo cuán inútiles eran los esfuerzos que hacía contra esta plaza, levantó el sitio y corrió talando todo el país que mira al mar de Creta hasta Tenaro. Torció después la ruta y se encaminó á un astillero de los Lacedemonios, llamado Gitio, que tiene un puerto seguro y dista de la ciudad treinta estadios. Dejado éste á la derecha, fué á campar alrededor de Elia, país que, atendidas todas sus circunstancias, es el mayor y más bello que tiene la Laconia. De aquí destacó las tropas al forraje, llevó á sangre y fuego los frutos de toda la comarca, y llegó con la tala hasta Acria, Leuca y Boea.

Los Messenios, luego que recibieron las cartas de Filipo que los llamaba para la guerra, no cedieron en afecto á los demás aliados. Salieron á campaña con toda diligencia, y enviaron dos mil infantes y doscientos caballos de tropas escogidas; pero lo largo del camino hizo que llegasen á Tegea más tarde que Filipo. Por el pronto dudaron qué partido tomar en tales circunstancias; pero temiendo que, por las sospechas que ya de ellos se tenía, no se atribuyese esto á caso pensado, marcharon por el país de Argos á la Laconia para incorporarse con Filipo. Llegados al castillo de Glimpia, situado sobre las fronteras de estas dos provincias, se acamparon á su vista con imprudencia y descuido. Porque ni ciñeron el campamento con foso y trinchera, ni eligieron puesto ventajoso, sino que satisfechos de la benevolencia de los habitantes hicieron alto sin malicia al pie de sus murallas. Licurgo, informado de la venida de los Messenios, marchó con los extranjeros y algunos Lacedemonios, llegó allá al rayar el día y atacó con

vigor su campamento. Los Messenios, aunque en todo lo demás habían consultado mal sus intereses y sobre todo en haber pasado de Tegea sin tener el número competente de soldados ni querer escuchar el parecer de los peritos, con todo hicieron en el lance lo posible para defenderse. Lo mismo fué descubrirse el enemigo que abandonar al instante todo el equipaje y refugiarse prontamente al castillo. Es cierto que Licurgo se apoderó de la mayor parte de la caballería y del bagaje, pero á excepción de ocho caballeros que mató, todos los demás se salvaron. Después de este descalabro, los Messenios se volvieron por Argos á su patria. Licurgo, soberbio con la victoria, vino á Lacedemonia para prevenirse á la defensa, y consultó con sus amigos cómo no se dejaría salir del país á Filipo sin forzarle al trance de una batalla. Pero este Príncipe, habiendo levantado el campo de Elia, prosiguió talando el país, y después de cuatro jornadas llegó segunda vez á Amiclas con todo el ejército á la mitad del día.

Licurgo, dadas las órdenes á los oficiales y amigos para el combate que les esperaba, salió de la ciudad con dos mil hombres á lo más, y se apoderó de los puestos inmediatos á Menelea. Recomendó á los que quedaban dentro que estuviesen atentos para cuando se les diese la señal, y entonces se echasen fuera prontamente por muchas partes, y ordenasen sus gentes de frente al Eurotas por la parte que este río está menos distante de Esparta. Tal era el estado de Licurgo y de los Lacedemonios.

Pero para que la ignorancia de los lugares no confunda y oscurezca la narración, será conveniente describir la naturaleza y situación del terreno. Esta ha sido una costumbre que hemos observado en toda la obra, para unir y conciliar los lugares desconocidos

con los que ya se conocen y de que se tiene noticia. Porque como en las guerras, bien sean por mar, bien por tierra, se engañan los más por no hacer distinción de los lugares, y nuestro designio es el que todos sepan, no tanto lo que pasó, cuanto el cómo se hizo; creemos que en ningún acontecimiento se debe omitir la descripción del sitio, y mucho menos en asuntos militares, ni dejar de expresar ciertas señales, ya de puerto, mar ó isla, ya de templo, monte, denominación de país, ó por último diferencia de clima, puesto que estas son las nociones más comunes á todos los hombres, y el único medio de conducir los lectores al conocimiento de lo que ignoran, como ya hemos dicho. La naturaleza del país de que ahora hablamos, es como sigue.

CAPÍTULO VI.

Descripción de Esparta.—Desfiladero que tiene que pasar Filipo, y victoria que gana á Licurgo á vista de esta ciudad.

Esparta, considerada en general, es una ciudad de figura redonda y situada en terreno llano; pero en particular se encuentran en ella sitios desiguales y lugares declives. A la parte de Oriente la baña el Eurotas, río que por su mucha agua es invadeable la mayor parte del año. Al Oriente del invierno, del otro lado del río, hay unas montañas, donde está situada Menelea, ásperas, escarpadas y de una elevación prodigiosa, que dominan absolutamente el espacio que media entre la ciudad y el río. Este intervalo, por donde corre el Eurotas al pie mismo de la cordillera, no se extiende más que á estadio y medio. Por este

desfiladero había de pasar Filipo por precisión á su vuelta, teniendo á la izquierda la ciudad y los Lacedemonios prevenidos y dispuestos, y á la derecha el río y las tropas de Licurgo, que coronaban las eminencias. A más de esto, habían excogitado esta estratagemata. Habían cegado el río por parte arriba y dejado que el agua cubriese el espacio que hay entre la ciudad y las montañas, con cuyo ardid, no digo la caballería, pero ni aun la infantería podía afirmar el paso. De suerte que al Rey no quedaba otro recurso que hacer desfilas su ejército todo lo largo del camino por la falda misma de las montañas, posición que imposibilitaba la defensa, y era entregarse en manos del enemigo. Atento á esto Filipo, después de haber consultado con los demás oficiales, resolvió como lo más oportuno á la presente coyuntura desalojar ante todas cosas á Licurgo de los puestos circunvecinos á Menelea. Para esto tomó los extranjeros, los rodeleros y los Ilirios, y atravesó el río avanzando hacia las montañas. Licurgo, que advirtió el intento de Filipo, ordena sus tropas, las anima para la acción, y da la señal á los de la ciudad. Inmediatamente los jefes de éstos sacan sus soldados, los forman en batalla delante los muros, y cubren el ala derecha con la caballería.

Luego que Filipo estuvo cerca de Licurgo, destacó por el pronto contra él los extranjeros, de que provino ser más ventajosos los preludios del combate á los Lacedemonios, á quienes favorecían no poco las armas y el terreno. Pero apenas envió los rodeleros para sostener á los combatientes, y él con los Ilirios atacó en flanco al enemigo, cuando los extranjeros, alentados con este socorro, volvieron á la carga con doblado espíritu; y las tropas de Licurgo, temiendo la impresión de los pesadamente armados, cieron y volvieron la espalda. Ciento quedaron sobre el campo, pocos

más fueron los prisioneros, y el resto se refugió á la ciudad. El mismo Licurgo, seguido de pocos, escapó de noche por caminos extraviados, y se metió en Esparta. Los Ilirios ocuparon las eminencias, y Filippo con la infantería ligera y los rodeleros se tornó al ejército. A este tiempo venía Arato conduciendo la falange desde Amiclas, y ya estaba cerca de la ciudad cuando el Rey atravesó el río para cubrirla con la infantería ligera, los rodeleros y la caballería, y dar tiempo á que los pesadamente armados desembocasen por el pie de las montañas mismas aquellos desfiladeros sin peligro. Los de la ciudad emprendieron atacar la caballería que venía al socorro; la acción fué viva, los rodeleros pelearon con valor, Filippo consiguió aun cuanto á esta parte una conocida ventaja, y persiguió la caballería lacedemonia hasta las puertas de la ciudad. Después el Rey pasó el Eurotas sin obstáculo, y marchó á la espalda de su falange. Como era ya tarde, se vió precisado á acamparse en la salida de aquellos desfiladeros.

Por casualidad las guías habían elegido este sitio para campamento, puesto que no se podía dar más á propósito para hacer una irrupción en la Laconia á vista de la misma Esparta. Está situado á la entrada de los desfiladeros que hemos dicho, y bien se venga de Tegea, bien de cualquiera otra parte mediterránea á Lacedemonia, se ha de pasar por él á distancia de dos estadios cuando más de la ciudad, y sobre la margen del río. El costado que mira á Esparta y á el Eurotas está defendido todo de una cordillera elevada y del todo inaccesible, sobre cuya cumbre se halla una llanura de buen terruño, abundante de aguas, y cómodamente situada para la entrada y salida de las tropas. De suerte que el que llegue á apostarse en este sitio, y á apoderarse de la colina que le domina,

puede decir que está acampado á cubierto de todo insulto de parte de la ciudad, y que tiene la llave de la puerta y paso de los desfiladeros.

Filipo, despues que hubo sentado aquí el real con toda seguridad, al día siguiente envió por delante el bagaje, y sacó sus tropas al llano en orden de batalla á vista de la ciudad. Subsistió algún tiempo en esta postura; pero despues doblando hacia un costado tomó la ruta de Tegea. Cuando llegó á aquel sitio donde Antígono y Cleomenes se dieron la batalla, hizo alto; y despues de haber reconocido al día siguiente los puestos y haber sacrificado á los Dioses sobre uno y otro monte, llamados Olimpo y Eva, fortificó la retaguardia y prosiguió su camino. En Tegea hizo vender el botín, y pasando por Argos, llegó á Corinto con todo el ejército. Aquí se encontró con los embajadores de Rodas y Chío, enviados para terminar la guerra. El Rey, despues de haber conferenciado con ellos, disimulando su intención, les dijo que siempre había estado dispuesto, tanto ahora como antes, á un ajuste con la Etolia, y los despidió encargándoles tratasen el asunto con los Etolios. Él despues bajó á Lequeo y se dispuso para pasar á la Focida, donde tenía que tratar asuntos más importantes.

CAPÍTULO VII.

Nuevas intrigas de Leoncio, Megaleas, Ptolomeo y Apeles.
Castigo de estos traidores.

Hacia este tiempo, Leoncio, Megaleas y Ptolomeo, persuadidos aún que amedrentarían á Filipo y de este modo ocultarían sus anteriores delitos, esparcieron la

voz entre los rodeleros y las guardias macedonias, de que ellos se exponían á los peligros por la salud común, y con todo no se les guardaba justicia ni se les daba en el botín apresado la parte que tenían de costumbre. Estos discursos inflamaron la juventud, y dividida en bandos emprendió saquear las habitaciones de los cortesanos más distinguidos, forzar las puertas del palacio del Rey, y quebrar las tejas. Este accidente puso en conmoción y alboroto la ciudad, y Filippo advertido vino de Lequeo con diligencia. Congrega los Macedonios en el teatro, y ya con dulzura, ya con amenazas, les reprende el hecho. En medio del motín y confusión, unos eran de parecer que se echase mano y castigase á los autores, otros que se sosegase la sedición y no se hiciese alto en lo pasado. El Rey, que estaba bien enterado de las cabezas del alboroto, disimulando por entonces, afectó estar satisfecho y se retiró á Lequeo, después de haber exhortado á todos á la unión. Sosegado este tumulto, ya hubo sus dificultades en los negocios de la Focida, cuyo logro se tenía por seguro.

Leoncio, destituido de recurso por habérsele malogrado todos sus designios, acudió á Apeles. Le envió frecuentes cartas para hacerle venir de Chalcida, y le dió cuenta de las penas y trabajos que se le habían seguido de la desavenencia con el Rey. Apeles, durante su mansión en Chalcida, había usado del poder á su antojo. Había dado á entender que el Rey, joven aún, estaba sujeto en lo más á su arbitrio, que no era dueño de hacer nada, que el manejo de los negocios y la disposición de todo corría por su mano, que los magistrados é intendentes de Macedonia y Tesalia le daban á él cuentas, y que las ciudades de la Grecia, bien fuese en la formación de decretos, bien en la dispensa de honores, bien en la distribu-

ción de premios, contaban poco con la persona del Rey, y solo él era árbitro y autor de todo. Hacía tiempo que Filipo, informado de estos excesos, se lamentaba y sufría con impaciencia semejante conducta; y aunque Arato, que estaba á su lado, le instaba con maña á que pusiese remedio, él no obstante se contenía y ocultaba á todos su intención y modo de pensar. Apeles, que lejos de saber lo que contra él se maquinaba, estaba persuadido á que sólo con ponerse en presencia del Rey lo manejaría todo á su arbitrio, partió de Chalcida á socorrer á Leoncio. A su llegada á Corinto, Leoncio, Ptolomeo y Megaleas, comandantes de los rodeleros y otros cuerpos del ejército los más distinguidos, hicieron grandes esfuerzos para empeñar la juventud á que saliese á recibirle. En efecto, entró en la ciudad á manera de un general, por medio de la multitud de oficiales y soldados que salieron al encuentro, y marchó sin detenerse á palacio. Quiso entrar al cuarto del Rey, según tenía de costumbre; pero le contuvo un lictor que ya estaba prevenido, diciendo que no era hora de hablarle. Apeles extrañó la novedad, quedó suspenso por mucho tiempo, y al fin se retiró confuso. Todo aquel lucido acompañamiento desapareció en un punto, de suerte que entró en su casa acompañado sólo de su familia. De este modo el hombre pasa en un instante desde la elevación al abatimiento; pero donde esto se ve con más frecuencia es en los palacios de los reyes. Ciertamente los cortesanos se asemejan á los cálculos en las mesas de los aritméticos, que reciben ya el ínfimo, ya el sumo valor, á gusto del que calcula. Igualmente los palaciegos, según la voluntad del Rey, son felices ó miserables en un momento. Megaleas, viendo frustrado el auxilio de Apeles contra lo que esperaba, lleno de turbación pensó

ausentarse. Apeles prosiguió disfrutando de la conversación del Rey, Consejo y del número de los que ordinariamente frecuentaban su mesa. No obstante, pocos días después, teniendo el Rey que pasar de Lequeo á la Focida á ciertos asuntos, se le llevó consigo; pero no saliéndole las cosas como pensaba, se volvió atrás desde Elatea.

Entonces fué cuando Megaleas se retiró á Atenas, abandonando á Leoncio que había salido por su fiador en los veinte talentos; pero mal admitido por los magistrados de esta ciudad, tuvo que volver otra vez á Tebas. El Rey se hizo á la vela de Cirra, y fondeó con sus guardias en el puerto de Sción. De aquí pasó á la ciudad, donde sus magistrados le ofrecieron alojamiento; pero él no aceptó sino el de Arato, con quien trataba de continuo, y mandó á Apeles marchase para Corinto. Habiendo sabido después la fuga de Megaleas, despachó á Trifalia, bajo las órdenes de Taurión, á los rodeleros, en quienes mandaba antes Leoncio, aparentando que necesitaba allí de su servicio. No bien habían partido estas tropas, cuando mandó prender á Leoncio por el pago de la fianza. Los rodeleros, informados de lo que pasaba por un mensajero que éste les destacó, despacharon al Rey diputados, con la súplica de que, si la prisión de Leoncio era por algún nuevo crimen, no pasase á la sentencia sin estar ellos presentes; de lo contrario, lo reputarían por un gran desprecio y notable injuria (tal era la libertad con que los Macedonios hablaban siempre á sus reyes); pero que si era por la fianza que había hecho por Megaleas, ellos satisfacerían la deuda, repartiéndola entre todos. Este afecto de los rodejeros no hizo sino avivar la cólera del Rey y acelerar la muerte de Leoncio antes de lo que tenía pensado.

A esta sazón volvieron de la Etolia los embajadores

de Rodas y Chío con la noticia de haber alcanzado una tregua por treinta días y quedar dispuestos los Etolios para un ajuste. Habían también señalado día fijo para el cual suplicaban al Rey se hallase en Río, asegurándole que los Etolios harían cuanto estuviese de su parte por efectuar el convenio. Filippo aceptó la tregua, y escribió á los aliados previniéndoles enviasen á Patras sus diputados para tratar de la paz con los Etolios. Él se hizo á la vela de Lequeo, y arribó allá al segundo día. Por este tiempo recibió unas cartas de la Focida, que Megaleas enviaba á los Etolios, en las que les exhortaba á continuar la guerra con tesón, pues Filippo se hallaba en el último extremo por falta de municiones; y añadía á esto varias acriminaciones y burlas, que manifestaban su rencor contra este Príncipe. Leídas estas cartas, el Rey conoció que Apeles era el motor de todos estos disturbios, y al punto mandó llevar preso á Corinto con buena escolta á él, á su hijo y á un joven á quien amaba. Destacó después á Alejandro para Tebas, con orden de perseguir en juicio á Megaleas por la fianza ante los magistrados. Alejandro cumplió tan exactamente su comisión, que Megaleas, sin esperar á la decisión, se dió la muerte. Hacia estos mismos días murió también Apeles, su hijo y el querido joven. Así acabaron estos traidores, fin proporcionado á sus delitos, y principalmente á la insolencia con que habían tratado á Arato.

CAPÍTULO VIII.

Ideas de los Etolios malogradas.—Continuación de la guerra.—
Regreso de Filipo y sus tropas á Macedonia.—Estado de Anni-
bal, Antíoco, Licurgo y los Aqueos.

Los Etolios deseaban con ansia que la paz se ajustase (219 años antes de Jesucristo). Estaban cansado de una guerra que había desmentido en todo sus esperanzas. Llegaron á presumirse que manejarían á Filipo como á un niño sin juicio, á causa de su tierna edad y poca experiencia; pero se hallaron con un hombre cabal, tanto en la empresa como en la ejecución de sus designios, y ellos se acreditaron en todas sus acciones públicas y particulares de hombres despreciables y pueriles. Apenas llegó á su noticia el alboroto de los rodeleros y la muerte de Apeles y Leoncio, retardaron y difirieron el día señalado para ir á Río, con la esperanza de que se originaría algún grave y peligroso trastorno en el palacio del Rey. Filipo abrazó tanto con mayor gusto este pretexto, cuanto que fiaba del buen éxito de la guerra y había venido con ánimo de dificultar el convenio. Y así, lejos de inducir á la paz á los aliados que habían concurrido, los alentó para la guerra, y vuelto á hacerse á la vela, marchó á Corinto. Aquí dió licencia á todos los Macedonios para marchar por la Tesalia á invernar á sus casas. Él partió de Cencras, y costeando el Atica, vino por el Euripo á dar fondo en Demetriades, donde hizo cortar la cabeza en un consejo de Macedonios á Ptolomeo, único cómplice que quedaba de la conjuración de Leoncio.

Por este tiempo Anníbal, invadida la Italia, campaba sobre el Po al frente de las legiones romanas; Antíoco, sojuzgada la mayor parte de la Cæle-Siria, había licenciado para invernar sus tropas; y Licurgo, rey de Lacedemonia, se había refugiado en la Etolia por temor de los Eforos, quienes informados falsamente de que quería perturbar el Estado, se habían juntado una noche y asaltado su casa; pero él, presintiendo el golpe, había escapado con su familia.

Venido el invierno, Filipo tornó á Macedonia. Eperato, pretor de los Aqueos, era aborrecido de las tropas de la república y menospreciado hasta lo sumo de las extranjeras. Nadie obedecía sus órdenes, ni había disposición alguna para la defensa de las fronteras. Pirrias, á quien los Etolios habían enviado por pretor de los Eleos, advirtió este descuido, y tomando mil y cuatrocientos Etolios, los extranjeros de los Eleos, y hasta mil infantes y doscientos caballos de su república, de suerte que el total ascendía á tres mil hombres, saqueó no sólo el país de los Dimeos y Fareos, sino también los campos de Patras. Por último, campado sobre el monte Panachaico, que domina la ciudad de Patras, talaba todo el país que se extiende hasta Río y Egio. Las ciudades aqueas, maltratadas con la guerra y sin poder defenderse, pagaban con dificultad los impuestos. Los soldados, dilatadas y retenidas sus pagas, cumplían del mismo modo con su ministerio. De estos dos atrasos resultaron en cambio dos desórdenes: ir las cosas á peor, y desertarse las tropas extranjeras, efecto todo de la indolencia del jefe. En este estado estaban las cosas de los Aqueos, cuando cumplido el año, Eperato dejó la pretura, y Arato el viejo fué puesto en su lugar á la entrada de la primavera. Hasta aquí de los negocios de la Europa. Y puesto que la distinción de los

tiempos y la conclusión de los asuntos nos ofrecen bella proporción de pasar al Asia á contar los hechos ocurridos en la misma olimpiada, convirtamos la narración á aquella parte.

CAPÍTULO IX.

Motivos que tiene Polibio para no mezclar los asuntos de la Grecia con los del Asia.—Importancia de sentar un buen principio á una obra.—Vanidad de los escritores superficiales rebatida.

Ante todas cosas expondremos, según nuestro primer designio, la guerra que hubo entre Antíoco y Ptolomeo con motivo de la Cæle-Siria. No ignoramos que esta guerra duraba aún en el mismo tiempo en que se hacía la de la Grecia; pero preferimos dar á la ilación de nuestra historia este orden y repartimiento. Porque para libertar de error á los lectores en la exactitud del tiempo en que cada cosa había sucedido, creimos que les dábamos una instrucción suficiente con haberles apuntado en cada año de la dicha olimpiada, y entre las acciones de los Griegos, el principio y fin de lo que pasaba en el Asia. Nada me pareció más importante para la inteligencia y claridad de la narración, que el no mezclar en esta olimpiada los hechos de la Grecia con los del Asia, sino separarlos y distinguirlos en lo posible; hasta llegar á las siguientes, en que comenzaremos á tratar de cada cosa por años promiscuamente. En efecto, como nos hemos propuesto escribir no un hecho particular, sino todos los del universo; y en cuanto á historia, casi estoy por decir, y lo he repetido antes, hemos tomado á cargo la mayor empresa que jamás se ha visto, nos ha

parecido conducente poner el mayor esmero en la distribución y economía, para que en el discurso de la obra no se encuentre género de duda, ni en el todo ni en las partes. En este supuesto, recorramos ahora desde un poco más arriba los reinados de Antíoco y Ptolomeo, y procuremos sentar principios incontestables y notorios de lo que se va á decir, circunstancia la más esencial en tales casos.

Los antiguos, cuando dijeron que el principio es la mitad del todo, nos quisieron recomendar el sumo cuidado que se ha de poner en dar á cualquier obra un buen principio. Ellos creyeron haber dicho una exageración, pero en mi concepto aun se quedaron muy cortos. Cualquiera puede asegurar sin rubor que el principio no sólo es la mitad del todo, sino que tiene concernencia con el fin. Y si no, ¿cómo comenzar bien una obra sin haber comprendido antes mentalmente el todo de la empresa, ni haber examinado de dónde la comenzará, hasta dónde la proseguirá, y con qué motivo la dará principio? ¿Cómo recapitular los hechos de un modo conveniente, sin que haya tal analogía entre el fin y el principio, que se sepa de dónde, cómo y por qué grados han llegado las cosas á tal extremo? Convengamos, pues, en que los que escriben ó leen una historia universal deben poner su principal estudio en que los principios tengan no sólo conexión con los medios, sino también con los fines. Esto es lo que ahora procuraremos observar.

No ignoro que otros muchos escritores han dicho como yo, que escribían una historia universal y emprendían la mayor obra que hasta entonces se había visto. Pero á excepción de Eforo, el primero y único que se ha puesto á escribir una historia universal, de todos los demás se me dispensará el hablar ó mentar sus nombres. Sólo si diré que algunos historiadores

de nuestro tiempo se presumen haber hablado de todos los acaecimientos del mundo, con solo haber referido en tres ó cuatro páginas la guerra de los Romanos y Cartagineses. Pero ¿habrá alguno tan necio que no sepa que al mismo tiempo se ejecutaron muchas y sobresalientes acciones en España, África, Sicilia é Italia, y que la guerra de Annibal, la más célebre y larga de todas, á excepción de la de Sicilia, fué de tanta consideración que puso en expectativa á todos, recelándose cada uno del éxito de sus consecuencias? Con todo, se encuentran escritores que, tocando las cosas aun con más superficialidad que la que acostumbran los pintores en ciertas repúblicas cuando simbolizan algún hecho en las paredes, se presumen haber comprendido todos los acontecimientos de los Griegos y de los bárbaros. La causa de esto es, que de palabra es muy fácil emprender la mayor acción, pero de obra muy difícil llevarla á cabo. Por eso lo primero, como consiste en una medianía, lo consiguen casi todos sólo con intentarlo; pero lo segundo, que raya con la perfección, es muy arduo, y aun apenas se alcanza al cabo de la vida. No he tenido otro fin en decir esto, que la jactancia con que algunos admiran sus propias producciones. Pero ahora volvamos á nuestro propósito.

CAPÍTULO X.

Conducta deplorable de Ptolomeo Filopator, opuesta á la de sus predecesores.—Súplica de Cleomenes, rey de Esparta, á Ptolomeo para tornar á su patria, denegada.

Ptolomeo Filopator apenas murió su padre, quitó la vida á su hermano Magas y á sus parciales, y se apoderó del trono de Egipto (220 años antes de J. C.). Creía que su maña y el dicho fratricidio le habían libertado de los recelos domésticos, y que la fortuna le ponía á cubierto de todo insulto exterior, después de haber llevado de esta vida á Antígono y Seleuco, y haber puesto en su lugar á Antíoco y Filipo, jóvenes por cierto y casi niños. Satisfecho de estas esperanzas, pasaba su reinado en continuas diversiones. No se dejaba ver ni tratar de los cortesanos y demás gobernadores de Egipto. Miraba con desprecio y descuido las potencias vecinas: asunto cabalmente sobre que sus predecesores habían velado más que sobre el gobierno interior de su propio reino. En efecto, dueños de la Cæle-Siria y de Chipre, tenían en respeto al Rey de Siria por mar y tierra; despóticos en las ciudades, puestos y puertos más considerables que hay por toda la costa desde la Panfilia hasta el Helesponto y lugares inmediatos á Lisimaquia, observaban los potentados de Asia y aun las mismas islas; señores de Eno, Maronea y otras ciudades más remotas, estaban á la vista de lo que pasaba en Tracia y Macedonia. De este modo, extendiendo sus miras á más de lo que daba de sí el Egipto, y poniendo por delante de sus límites una dilatada barrera de estados, no te-

nían que cuidar de su propio reino. Ve aquí justamente por qué ponían tanta intensión en lo que pasaba por defuera. Pero este Rey al contrario, entregado á indecentes amores y á locas y continuas borracheras, miraba con abandono estos asuntos. ¡Qué mucho se levantasen en breve tiempo contra su vida y corona infinitos enemigos! En efecto, el primero de todos fué Cleomenes Espartano.

Este, mientras vivió Ptolomeo Evergetes con quien tenía contraída alianza, estuvo quieto, persuadido á que siempre conseguiría de su favor el auxilio competente para recobrar el reino de sus padres. Pero luego que pasó de esta vida, y andando el tiempo, vió que los intereses de la Grecia casi le estaban llamando por su nombre; pues Antígono había muerto, los Aqueos habían tomado las armas, y los Lacedemonios, según su primer designio y propósito, se habían asociado con los Etolios contra los Aqueos y Macedonios; entonces ya se vió forzado á insistir con mayor empeño en salir de Alejandría. Para esto tuvo una conferencia con el Rey, á fin de que le enviase con la tropa y municiones correspondientes; pero desatendida su instancia echó mano de la súplica, para que á lo menos le dejase ir solo con su familia, puesto que el tiempo le proporcionaba una ocasión favorable de recobrar el reino paterno. Ptolomeo, á quien los desórdenes le retraían del conocimiento de los asuntos y de extender sus vistas para adelante, necio é imprudente, hacía poco caso de la súplica de Cleomenes. Pero Sosibio, en quien residía la suma autoridad de los negocios, juntó un consejo, en el que después de varias contestaciones se resolvió que no se dejase salir á Cleomenes con armada ni provisiones. Creían que, muerto Antígono, eran de poca importancia los negocios extranjeros, y por consiguiente sería su-

perfluo un gasto semejante. A más de esto, se recelaban que Cleomenes, no teniendo quien se opusiese á sus ideas después de la muerte de Antígono, sojuzgaría prontamente y sin trabajo la Grecia, y vendría á ser para el Egipto un rival poderoso y formidable, principalmente cuando conocía á fondo el estado de los negocios, estaba lleno de desprecio contra el Rey, y veía muchas provincias del reino separadas y á larga distancia que le ofrecerían mil ocasiones de obrar con ventaja. Porque en efecto había en Samos bastantes navíos, y en Efeso buen número de soldados. Ve aquí por qué desaprobaban el pensamiento de enviar á Cleomenes con el aparato correspondiente. Por otra parte, despachar á un Príncipe de su consecuencia sin haberle atendido, era adquirirse un enemigo declarado é irreconciliable, paso que no les podría traer cuenta alguna. No quedaba mas arbitrio que detenerle contra su voluntad. Pero este medio fué desechado al instante de todos sin más examen, persuadidos á que no era seguro abrigar en un mismo redil al león y á las ovejas. Sobre todo, quien más temía se tomase este partido era Sosibio, por el motivo que se sigue.

CAPÍTULO XI.

Motivos que tiene Sosibio, ministro de Ptolomeo, para prender á Cleomenes.—Astucia de que se vale para el efecto.—Prisión y muerte de este Príncipe.

Cuando se andaba fraguando la muerte de Magas y Berenice (220 años antes de J. C.), recelosos los autores de este atentado de que la audacia principalmente

de esta Princesa no malograrse sus designios, procuraron cohechar á todos los cortesanos con ofertas que les hicieron si salían con la empresa. Entonces Sosibio, advirtiendo que Cleomenes necesitaba del auxilio del Rey y que era hombre de prudencia y habilidad para asunto de importancia, lisonjeó sus esperanzas y le dió parte del proyecto. Cleomenes, viendo que el principal sobresalto y recelo de Sosibio provenía de los extranjeros y mercenarios, procuró animarle, y le prometió que estas tropas, lejos de dañarle, coadyuvarían su intento. Notó que le había sorprendido aún más esta promesa, y le dijo: «¿No ves que entre los extranjeros hay aquí hasta tres mil Peloponesiacos y mil Cretenses, que á la menor señal mía ejecutarán mis órdenes? Puestos éstos de tu lado, á quién temes? Sin duda á los soldados de Siria y Caria.» Este discurso agradó á Sosibio y le dió doblado espíritu para lo que maquinaba contra Berenice; pero de allí adelante cada vez que consideraba la indolencia de Ptolomeo se acordaba de esta conversación y se le representaba á lo vivo la audacia de Cleomenes y el afecto que le profesaban los extranjeros. Por eso ahora principalmente incitaba al Rey y á sus amigos á que prendiesen y encerrasen su persona. Contribuyó también al logro de su proyecto esta casualidad.

Había cierto Nicágoras en Messenia que por su padre tenía derecho de hospitalidad con Arquidamo, rey de Lacedemonia. En los primeros tiempos de su amistad hubo poco trato entre los dos; pero cuando Arquidamo tuvo que huir de Esparta por temor de Cleomenes y acogerse á Messenia, Nicágoras no sólo le franqueó con gusto su casa y demás necesario, sino que con el continuo trato vino á haber después entre los dos la unión y amistad más estrecha. De suerte que en la consecuencia, habiendo Cleomenes dado espe-

ranzas á Arquidamo de que volvería y se reconciliaría con él, fué Nicágoras quien compuso estas diferencias y salió por garante de este tratado. Ratificadas sus condiciones, Arquidamo volvió á Esparta bajo la fe del convenio ajustado por la mediación de Nicágoras; pero Cleomenes salióle á recibir y le quitó la vida, perdonando á Nicágoras y demás que le acompañaban. Nicágoras aparentó en el exterior que era deudor á Cleomenes de haberle perdonado, pero interiormente sintió en el alma esta perfidia, como que se le podía achacar á él la causa.

Poco tiempo después este Nicágoras vino á Alejandría con una conducta de caballos, y al desembarcar encontró á Cleomenes, Panteo é Hippitas que se andaban paseando á la orilla del muelle. Lo mismo fué verle Cleomenes que al instante le abrazó, le saludó amistosamente y le preguntó á qué venía. Y respondiendo éste que á traer caballos, «cuánto mejor hubiera sido, le dijo Cleomenes, que en vez de caballos trajeras bellos jóvenes y cantarinas, pues esto es lo que más aprecia el Rey de hoy día.» Nicágoras se sonrió sin hablar una palabra. Pocos días después, habiéndosele proporcionado con motivo de los caballos alguna más familiaridad con Sosibio, le contó el cuento que hemos dicho, y advirtiéndole que lo escuchaba con gusto, le descubrió todo su antiguo odio contra Cleomenes.

Sosibio, conociendo la enemistad que había entre los dos, con dádivas que le hizo por el pronto y otras que le ofreció para adelante, le indujo á que escribiese una carta contra Cleomenes y la dejase cerrada, para que á pocos días después de su marcha se la viniese á traer un criado de parte suya. En efecto, Nicágoras cumplió lo prometido; la carta fué entregada por el criado á Sosibio después de su salida, y éste, acompa-

ñado del portador, se la presentó al Rey sin detenerse. El criado confesó que Nicágoras le había dejado aquella carta con orden de entregarla á Sosibio. Esta contenía que Cleomenes pensaba conmover el reino si no se le enviaba con el aparato y auxilio correspondiente. De este bello pretexto se sirvió al momento Sosibio para estimular al Rey y á los demás amigos á que sin dilación se custodiase y encerrase á Cleomenes. En efecto, se puso en ejecución y se le dió una gran casa, donde estaba bien custodiado, con sola la diferencia, respecto de otros prisioneros, de que vivía en una cárcel más espaciosa. En vista de esto, Cleomenes, perdida la esperanza de salvarse, determinó á aventurarlo todo, no tanto porque se presumiese salir con su intento, pues se veía destituido de los medios proporcionados para la empresa, cuanto porque quería morir gloriosamente y no sufrir cosa que desdijese de su valor heredado. En mi concepto, le vino también á la imaginación y le ocurrió aquel sentimiento tan ordinario en los personajes magnánimos:

No moriré de muerte vil y oscura,
Haré sí un hecho decoroso y noble,
De que siempre hablará la edad futura.

En efecto, observó el tiempo en que el Rey debía partir para Canobo, y esparció la voz entre los guardias que prontamente el Rey le pondría en libertad. Con este motivo dió un convite á sus criados, y distribuyó carnes, coronas y vino entre los que le guardaban. Estos comieron y bebieron sin sospechar malicia alguna; y cuando ya estuvieron borrachos, Cleomenes toma á los amigos y familiares que allí tenía y salen todos á la mitad del día con sus puñales en la mano, sin que lo adviertan las guardias. Conforme iban andando encontraron en la plaza á Ptolomeo,

gobernador que era entonces de la ciudad, y pasados los que le acompañaban de tanto arrojo, le sacan á él de su carro, le encierran y exhortan al pueblo á la libertad. Pero viendo que nadie les seguía ni se ponía de su parte por lo arriesgado de la empresa, mudan de intento y marchan á la ciudadela. Su ánimo era forzar las puertas y valerse de los prisioneros; pero los oficiales, que habían presentido este lance, fortificaron las puertas, por lo que, malogrado también este designio, se dieron la muerte á sí mismos con un ánimo varonil y propio de Lacedemonios. De este modo acabó Cleomenes, príncipe de un trato insinuante, sagaz para manejar asuntos, y, en una palabra, nacido para mandar y dar leyes.

CAPÍTULO XII.

Trato que hace Teodoto, gobernador por Ptolomeo de la Cæle-Siria, de entregarla á Antíoco.—Elevación de este Príncipe al trono.—Rebelión de Molón.—Carácter de Hermias, ministro de Antíoco.—Dictamen de Epígenes sobre la rebelión de Molón desaprobado.—Casamiento de Antíoco.—Primera campaña de Molón.—Descripción de la Media.

Poco tiempo después de este acontecimiento, Teodoto, gobernador de la Cæle-Siria, de nación Etolio, determinó verse con Antíoco y entregarle las plazas de su gobierno. Dos motivos le movían á esta traición: el uno el poco aprecio que hacía del Rey por su liviandad y vida afemeninada; el otro lo poco satisfecho que estaba de la Corte, pues en medio de que había hecho poco antes importantes servicios á su Príncipe, ya en otras materias, ya en la invasión que Antíoco acababa de hacer contra la Cæle-Siria, lejos de remu-

nerarle con alguna gracia, al contrario, se le había llamado á Alejandría y había estado á pique de perder la vida. En efecto, Antíoco abrazó con gusto la propuesta, y en breves días se arregló el convenio. Pero para proceder con la Casa Real de Antíoco del mismo modo que hemos hecho con la de Ptolomeo, recorreremos los tiempos desde que este Príncipe entró á reinar, y continuaremos sumariamente la narración, hasta el principio de la guerra que vamos á exponer.

Antíoco, hijo menor de Seleuco Callinico, después que por muerte de su padre entró á reinar su hermano Seleuco, se retiró desde luego al Asia superior, donde vivió algún tiempo; pero muerto á traición su hermano de parte allá del monte Tauro, á donde había pasado con ejército, según hemos dicho, volvió á ocupar el trono. Confió á Aqueo el gobierno de esta parte del monte Tauro (222 años antes de J. C.), y encomendó el mando de las provincias superiores del reino á Molón y á Alejandro su hermano, de suerte que aquél vino á quedar por sátrapa de la Media y éste de la Pérsida.

Estos dos hermanos, llenos de desprecio por la poca edad del Rey, fiados de que Aqueo entraría en sus miras, y sobre todo recelosos de la crueldad y perfidia de Hermias, que estaba entonces á la cabeza de los negocios, emprendieron desmembrar y sustraer de la dominación de Antíoco los gobiernos del Asia superior. Hermias, Cario de nación, gobernaba el Estado, por confianza que de él había hecho Seleuco, hermano de Antíoco, cuando iba á la expedición del monte Tauro. Elevado á tan alta dignidad, envidiaba á todos los otros cortesanos que estaban en alguna altura. Cruel por naturaleza, interpretaba como atroces las más leves faltas y las castigaba con rigor. En los falsos crímenes que con facilidad forjaba y achacaba, se

mostraba juez inexorable y severo. Pero lo que más deseaba y anhelaba era perder á Epígenes, que había vuelto á traer las tropas levantadas en favor de Seleuco. Conocía que era hombre de decir y hacer y que tenía grande autoridad entre las tropas; por eso, firme en su propósito, andaba espionando siempre cómo aprovecharse de cualquier motivo ó pretexto para malquistarle. Oportunamente se juntó un consejo para tratar de la rebelión de Molón, y el Rey mandó que cada uno dijese su sentir sobre los medios que convenía tomar contra los rebeldes. Epígenes, el primero de todos, opinó de este modo: que sin dilación alguna se pusiese pronto remedio en el asunto, para lo cual debía el Rey marchar allá ante todas cosas y presenciar por sí mismo los momentos de obrar con ventaja. De este modo los rebeldes, ó no osarían á vista de su Rey y de un ejército competente perturbar el Estado, ó dado caso se atreviesen y persistiesen en su resolución los mismos pueblos los contendrían prontamente y reducirían á la obediencia.

Aun no había acabado de hablar Epígenes, cuando arrebatado de cólera Hermias, dijo: «Mucho tiempo ha que habéis sido oculto enemigo y traidor del reino, pero felizmente os habéis descubierto con el consejo que acabáis de dar, deseando entregar al Rey, acompañado de pocos, en manos de los rebeldes.» Hermias, contento por entonces con haber dado un bosquejo de la calumnia, despidió á Epígenes, aparentando que más era esto efecto de una dureza intempestiva que de un odio inveterado. Su voto se redujo á desaprobando la expedición contra Molón, como que, poco instruido en el arte militar, se temía algún riesgo por esta parte; pero insistió en que se tomasen las armas contra Ptolomeo, persuadido á que ésta era una guerra sin peligro, á vista de la indolencia en que el Rey vivía.

De este modo, atemorizado el consejo, hizo nombrar á Jenón y á Teodoto Hemiolio por conductores de la guerra contra Molón, y estimuló sin cesar á Antíoco á que debía pensar en el recobro de la Cæle-Siria. De este solo modo creía que el joven Rey, rodeado por todas partes de guerras, combates y peligros, y necesitado de sus servicios, no pensaría en castigar sus delitos pasados ni en removerle de la privanza presente. Por último, supuso que le había venido una carta de Aqueo y la presentó al Rey. Esta contenía que Ptolomeo instaba á Aqueo á que se apoderase del gobierno, y que él le ayudaría con navíos y dinero para la empresa si tomaba la diadema y aspiraba abiertamente á la soberanía que ya tenía en efecto, pero que, faltándole el título, parecía que rehusaba la corona que la fortuna le presentaba. El Rey dió crédito á esta carta, y prontamente se dispuso para la expedición contra la Cæle-Siria.

Durante su mansión en Seleucia, cerca de Zeugma, llegó de Capadocia inmediata al Euxino el almirante Diognetes, conduciendo á Laodice, hija del rey Mitrídates, doncella que venía destinada para mujer de Antíoco. Mitrídates blasonaba descender de uno de los siete Persas que mataron al Mago, y de haber conservado la dominación que desde el principio sus ascendientes habían recibido de Darío junto al Ponto Euxino. Antíoco salió á recibir la Princesa con un lucido acompañamiento, y celebró al punto sus bodas con la magnificencia y aparato propio de un rey. Concluídos que fueron estos festejos, vino á Antioquía, dió á reconocer por reina á Laodice, y después sólo pensó en disponerse para la guerra.

Durante este tiempo, Molón había ya atraído á su devoción todos los pueblos de su gobierno, parte con las esperanzas que les había dado de un rico]botín.

parte con el terror en que había puesto á los próceres suponiéndoles cartas llenas de amenazas de parte del Rey. Había también hecho entrar en sus miras á Alejandro su hermano, y estaba asegurado de parte de los Sátrapas vecinos, cuya amistad había ganado á fuerza de presentes. Con estas precauciones salió á campaña con un poderoso ejército contra los Generales del Rey. Jenón y Teodoto temieron su venida, y se retiraron á las ciudades. Con esto Molón, á más de que ya era antes formidable por la extensión de su gobierno, dueño ahora del país de los Apoloniatas, tenía todo género de víveres en abundancia.

En efecto, todas las crías de caballos del Rey están en la Media. Es infinito el número de granos y ganados que allí se encuentra. Quanto á la fortaleza y extensión del país, toda ponderación es corta. Porque la Media está situada en el corazón del Asia, pero considerada en particular, excede á todas las otras partes en extensión y altura de montañas de que está ceñida. Señorea las naciones más fuertes y populosas. Por el lado de Oriente tiene por aledaños las llanuras de un desierto que hay entre la Pérsida y la Parrasia, domina y manda á lo que llaman las *Puertas Caspias*, y confina con los montes Tapiros, poco distantes del mar de Hircania. La parte que mira á Mediodía, toca con la Mesopotamia y los Apoloniatas, parte límites con la Pérsida, y está defendida por el monte Zagro, cuya elevación es de cien estadios. Este monte contiene en sí muchas y diversas concavidades, formadas en parte por cavernas, y en parte por valles que habitan los Cosseos, Corbrenas, Carchos, y otras infinitas naciones bárbaras, recomendables para el servicio de la guerra. Por la parte de Occidente linda con los Atropatios, pueblos poco separados de los que confinan con el Ponto Euxino. En fin, al Septentrión la

rodean los Elimeos, Ariaraces, Caddusios y Matianos, y predomina la parte del Ponto que toca con la laguna Meotis. De Oriente á Poniente la atraviesan varios montes, entre los cuales yacen campos cubiertos de ciudades y aldeas.

CAPÍTULO XIII.

Progresos de la rebelión de Molón.—Elección de Jenetes por generalísimo de las tropas.—Paso del Tigris, y corta ventaja que consigue este General.—Derrota total que sufre después por Molón, y conquistas de este rebelde.

Dueño Molón de este país tan acomodado para establecer su trono (222 años antes de J. C.), á más de que ya antes era formidable por la magnitud de su gobierno, ahora con la cesión que acababan de hacerle los Generales del Rey de todo el país abierto, y el ánimo que habían cobrado sus tropas con el buen éxito de los primeros ensayos, había esparcido el terror por todas partes, y todos los pueblos del Asia desconfiaban poder hacerle resistencia. Su primer designio fué pasar el Tigris, y poner sitio á Seleucia; pero estorbado el tránsito del río por Zeuxis, que había quitado todos los barcos, tuvo que retirarse al campo que llaman de Ctesifón, donde acopió víveres para pasar el invierno.

Luego que el Rey supo los progresos de Molón y la retirada de sus Generales, hizo ánimo á desistir de la guerra contra Ptolomeo, y tornar sus armas contra este rebelde, por no dejar pasar la ocasión. Pero Herminias, tenaz en su primer propósito, envió por generalísimo de las tropas contra Molón á Jenetes Aqueo. «Basta, decía, que los Generales hagan la guerra contra

los rebeldes; pero contra los Reyes es preciso que el mismo Rey presencie las deliberaciones y los combates, como que en ellos va el sumo imperio.» Como gobernaba al joven Rey á su arbitrio, prosiguió adelante, juntó las tropas en Apamea, desde donde levantó el campo, y marchó á Laodicea. De aquí el Rey partió con todo el ejército, y atravesando el desierto, entró en un valle llamado Marsia, que situado entre las raices del Líbano y el Antilíbano, viene á quedar reducido á un desfiladero por estos montes. En lo más estrecho de este paso se encuentran unos pantanos y lagunas, donde se cogen cañas odoríferas.

Este desfiladero está dominado por ambos lados de dos castillos, el uno llamado Brochos, y el otro Gerra, que no dejan más que un estrecho camino. El Rey, después de muchos días de marcha por este valle, y haber reducido á la obediencia las ciudades vecinas, llegó á Gerra, donde hallando que Teodoto el Etolio tenía tomados con anticipación los dichos castillos, había fortificado el estrecho de la laguna con fosos y trincheras, y guarnecido con piquetes los puestos ventajosos; al principio pensó atacarle, pero como la fortaleza del sitio y la entereza en que estaba aún Teodoto le ocasionaban á él más daño que el que hacía, tuvo que desistir de su empeño. Y así, en medio del grande embarazo en que se hallaba, lo mismo fué recibir la noticia de que Jenetes había sido enteramente derrotado y Molón había sometido todos los gobiernos del Asia superior, al instante dejó esta empresa, y marchó al sócorro de sus propios estados. Jenetes, que como hemos dicho arriba, había sido enviado por generalísimo de las tropas, apénas se vió con mayor poder que el que esperaba, comenzó á tratar con desprecio á los amigos, y á proceder temerario con los enemigos. Mudó, no obstante, el campo á Se-

leucia, y habiendo llamado á Diógenes y á Pitiades, el uno gobernador de la Susiana, y el otro del mar Rojo, sacó sus tropas á campaña; y atrincherado con el Tigris, se apostó al frente del enemigo. Supo por muchos desertores que pasaban á nado desde el campo de Molón al suyo, que si atravesaba el río, todo el ejército de Molón se pondría de su parte, porque las tropas aborrecían á éste, y amaban entrañablemente á Antíoco. Alentado con estas esperanzas, pensó pasar el río, aparentando querer echarle un puente por cierto sitio que formaba una especie de isla; pero como no disponía nada de lo necesario para este efecto, Molón cuidaba poco del designio que fingía. Después puso gran conato en juntar y aparejar barcos, entresacó de todo el ejército la gente más esforzada de infantería y caballería, y dejando á Zeuxis y á Pitiades para defensa del real, marchó de noche como ochenta estadios por bajo del campamento de Molón, pasó sus tropas sin obstáculo en los bateles, y se apostó antes del día en un sitio ventajoso, bañado por todas partes del río, á excepción de una que estaba defendida por lagunas y pantanos.

Molón, que advirtió lo que pasaba, destacó su caballería, para impedir á los que pasaban y acabar con los que ya habían pasado. Pero el poco conocimiento del terreno la hizo aproximar tanto á Jenetes, que no necesitó de enemigos para su ruina. Ella misma se sumergió y precipitó en los pantanos, con lo que, imposibilitada de obrar, pereció en gran parte. Jenetes, persuadido á que con solo acercarse se pondrían de su parte las tropas de Molón, echó á andar lo largo del río, y se acampó inmediato al enemigo. Entonces Molón, bien fuese por stratagema, bien por recelo de que no sucediese en efecto lo que Jenetes se prometía, deja en el real todo el bagaje, levanta el campo

durante la noche, y hace una marcha forzada hacia la Media. Jenetes, que creyó que Molón huía temeroso de su llegada, y poco satisfecho de la fe de sus soldados, se apodera prontamente del campamento de los contrarios, y hace pasar á él su caballería y bagajes desde el otro campo que cuidaba Zeuxis. Junta después el ejército; le exhorta á que confíe y conciba buenas esperanzas de la empresa, pues Molón había vuelto la espalda. Por último, les manda que se cuiden y prevengan, porque al amanecer ha de seguir el alcance del enemigo.

La tropa, llena de confianza y abundante en todo género de provisiones, se entrega á la glotonería y borrachera, y, por consiguiente, al abandono que traen consigo estos excesos. Pero Molón, después de haber andado un largo espacio, hace que tomen un bocado las tropas, vuelve sobre sus pasos, halla los enemigos desmandados y borrachos y ataca al amanecer su campamento. Jenetes, aunque le sobrecogió lo inopinado del caso y le fué imposible despertar á sus soldados aletargados con el vino, él, no obstante, salió al enemigo con imprudencia y perdió la vida. A la mayor parte de los que dormían sirvió de sepulcro su misma cama, el resto se arrojó al río y tentó pasar al campamento que estaba á la margen opuesta, pero los más fueron despojo de las aguas. En una palabra, todo era confusión, todo tumulto en los dos campos. Los soldados estaban aterrados y muertos de miedo, y como el campamento de la margen opuesta estaba á la vista y no había más distancia entre uno y otro que la anchura del río, el amor á la vida hacía olvidar el ímpetu y peligro de la corriente. Era tal la enajenación y el deseo de salvarse, que todos se arrojaban al agua y echaban allá las bestias con sus equipajes, como si el río, por una cierta providencia, hubiese de

coadyuvar sus intentos y pasarlos sin peligro al otro lado. De esto provenía que el río representaba el espectáculo más trágico y extraño, pues entre los nadadores fluctuaban los caballos, las bestias, las armas, los cadáveres y todo género de equipajes.

Dueño Molón del campo de Jenetes, atravesó después el río sin riesgo ni impedimento por haber huído Zeuxis, y se apoderó también del campamento de éste. Hecho esto, partió con el ejército para Seleucia, y tomándola por asalto por haberla abandonado Zeuxis y Diomedón su gobernador, pasó adelante y sojuzgó las provincias del Asia superior sin encontrar resistencia. Señor de Babilonia y del gobierno del mar Rojo, vino á Susa, de la que se apoderó también por asalto, pero fueron inútiles sus esfuerzos contra la ciudadela. Diógenes se había adelantado y metido en ella, por lo cual tuvo que desistir del empeño. No obstante, dejó gentes que la sitiase, y él con el ejército volvió á tomar el camino de Seleucia sobre el Tigris. Aquí, después de haber refrescado sus tropas con grande esmero y haberlas animado para las expediciones ulteriores, sojuzgó toda la ribera del río hasta Europa y toda la Mesopotamia hasta Duras.

CAPÍTULO XIV.

Resuelve Antíoco marchar contra Molón por consejo de Epígenes.—Muerte de éste por Hernias. Parecer de Zeuxis, por el cual se determina el Rey á pasar el Tigris.—Intento de Molón de sorprender de noche el ejército del Rey, pero sin efecto.

La noticia de esta derrota (221 años antes de J. C.) hizo renunciar á Antíoco las esperanzas que tenía sobre la Cæle-Siria y convertir sus miras contra este

rebelde. En esta situación volvió á juntar el consejo y mando que cada uno dijese su sentir sobre el modo de disponer la guerra contra Molón. Epigenes tomó también el primero la palabra, y dijo que ya hacía tiempo que, según su parecer, se había de haber marchado contra el enemigo antes que hubiese hecho tales progresos; pero, esto no obstante, aun ahora insistía en lo mismo. Hermias, arrebatado como antes de una cólera inconsiderada y audaz, le llenó de oprobios, sin olvidarse al paso de hacer vanamente el elogio de sí mismo. Hizo mil cargos improbables y falsos á Epigenes, y rogó al Rey no hiciese caso de un consejo tan imprudente, ni desistiese del proyecto que había formado contra la Cæle-Siria. Esto chocó á todos y enfadó á Antíoco, quien, aun después de muchas instancias para conciliarlos, apenas pudo sosegar la contienda. Aprobado por todos el parecer de Epigenes, como más urgente y ventajoso, se resolvió llevar las armas contra Molón y preferir este partido. No bien fué tomada la resolución, cuando de repente condescendió Hermias, y como si fuera diverso hombre dijo que, pues estaba resuelto, era indispensable ejecutarlo todo sin excusa, y dió todos sus cuidados á las prevenciones de la guerra.

Luego que se congregaron las tropas en Apamea, se originó una sedición por ciertas pagas que se les estaban debiendo. Hermias, viendo cuán consternado y temeroso estaba el Rey con una conmoción en tan críticas circunstancias, se ofreció á satisfacer las raciones al ejército con sola la gracia de que no fuese á la expedición Epigenes, pues no era dable obrar de concierto en esta campaña habiendo precedido tal enemistad y discordia entre los dos. El Rey escuchó la propuesta con indignación, como que apreciaba infinito el que le acompañase Epigenes, á causa de su

pericia en el arte militar; pero rodeado y prevenido de los tesoreros de ejército, de las guardias y demás sirvientes que la malicia de Hermias había ganado, no fué señor de sí mismo, cedió á las circunstancias y concedió lo que le pedía. Retirado Epigenes según la orden á Apamea, los que componían el consejo se consternaron con este golpe; pero las tropas, al contrario, lograda su pretensión, cambiaron de ánimo é inclinaron su afecto al autor de la satisfacción de sus sueldos. Solos los Cirrestas, en número de seis mil, se amotinaron, se separaron del ejército y dieron bien que hacer á Antíoco por mucho tiempo; pero al fin, vencidos en batalla por uno de los generales del Rey, perecieron los más, y los que sobrevivieron se rindieron á discreción. Hermias, después de haber intimidado los confidentes del Rey y haberse granjeado el afecto de las tropas, levantó el campo y marchó con Antioco. No contento con esto, fraguó después otra traición contra Epigenes, valiéndose de Alexis, a cuyo cargo estaba la ciudadela de Apamea. Fingió una carta como enviada por Molón á Epigenes, y habiendo cohechado á uno de los criados de éste con grandes promesas, le persuadió la llevase á su amo y se la mezclase entre otros papeles. Hecho esto, fué allá al instante Alexis y le preguntó si había recibido alguna carta de Molón. Epigenes negó el hecho con indignación. Entonces Alexis, sin más ni más, entra á registrar la casa, halla la carta, y bajo este pretexto mata al instante á Epigenes. Esta muerte se la pintó al Rey como justa; pero á los cortesanos, aunque les contenía el miedo, les pareció sospechosa.

Luego que llegó Antíoco al Eufrates y se incorporó con las tropas, volvió á proseguir su marcha y llegó á Antioquía, en la Migdonia, á la entrada del invierno, donde subsistió hasta pasar la fuerza y rigor de la es-

tación. Después de cuarenta días de estancia, pasó á Liba, donde tuvo un consejo para saber por qué camino se había de ir contra Molón, que estaba entonces campado en los contornos de Babilonia, y cómo y de dónde se habían de acarrear víveres para el viaje. Hermias fué de parecer que se marchase lo largo del Tigris, á fin de llevar el ejército apoyado por un lado de este río, y por el otro del Licos y el Capros. Zeuxis, aunque le aterraba la viva imagen de la muerte de Epígenes para dar libremente su voto, no obstante, á vista de ser tan clásico el error de Hermias, se aventuró, aunque con repugnancia, á aconsejar que se debía pasar el Tigris. Para esto alegaba que, de hacerse la marcha por la orilla del río, á más de otras dificultades, había la de que, después de haber andado un largo camino y haber atravesado un desierto por espacio de seis días, por precisión se había de venir á parar al foso real, el cual, una vez tomado con anticipación por los enemigos, el pasar adelante sería imposible y el volver atrás por el desierto infaliblemente ruinoso, por la escasez de víveres que sufría el ejército. Pero al contrario, de pasar del otro lado del Tigris, era indubitable que los moradores del país Apoloniático, arrepentidos, llamarían á su rey, pues la obediencia que ahora prestaban á Molón no era efecto de la voluntad, sino de la necesidad y temor: que la fertilidad del país proveería al ejército abundantemente de lo necesario; y lo principal que, cortada á Molón la retirada para la Media, y privado de víveres, se le forzaría á venir á un trance, y cuando no quisiese abrazar este medio, las tropas se pasarían al momento al partido de su rey.

Aprobado el parecer de Zeuxis, al instante se dividió el ejército en tres trozos, y por otras tantas partes del río pasó la gente y el bagaje. Después se tomó el

camino de Duras, que á la sazón estaba sitiada por uno de los generales de Molón, y al instante se la libertó del cerco. Se levantó el campo sin dilación de esta plaza, y superado el Orico al octavo día, se llegó á Apolonia. Molón, advertido de la venida del Rey, poco satisfecho por una parte de la fe de los pueblos de Susiana y Babilonia, que acababa de sujetar recientemente y de un modo extraordinario; por otra, receloso de que no le cortasen la retirada á la Media, resolvió echar un puente al Tigris y pasar del otro lado sus tropas, á fin, si podía, de prevenir á Antíoco en las montañas de la Apoloniática, por la mucha confianza que tenía en los honderos llamados Cirtios. En efecto, puso en ejecución, lo resuelto, y marchó allá con diligencia y sin detenerse. Pero al tiempo mismo que él se iba acercando á aquellos puestos, venía también marchando el Rey desde Apolonia con todo el ejército, de que provino que los armados á la ligera, que uno y otro habian destacado por delante, se encontrasen á un tiempo sobre aquellas eminencias. Al principio vinieron á las manos y probaron mutuamente sus fuerzas, pero al avistarse las dos armadas desistieron, y retirados á sus respectivos campamentos hicieron alto á cuarenta estadios los unos de los otros. Venida la noche, Molón, considerando cuán aventurado y repugnante era á unos rebeldes pelear cara á cara y á la luz del día contra su Rey, pensó atacar á Antíoco por la noche. Para esto entresacó los más aptos y esforzados de todo el ejército, y reconoció varios puestos, con el fin de caer sobre el enemigo desde parte superior; pero sabiendo en el camino que diez jóvenes se habían pasado al cuartel de Antíoco, desistió del intento. Volvió prontamente sobre sus pasos, y con su llegada al amanecer al campo, todo el ejército se llenó de confusión y albo-

roto. Poco faltó para que los que habían quedado en el real, asombrados entre sueños con la vuelta de sus compañeros, no abandonasen el campamento. Molón hizo cuanto pudo para sosegar este sobresalto.

CAPÍTULO XV.

Orden de batalla de los dos ejércitos.—Victoria por el del Rey, y castigo de los rebeldes.—Expedición de Antioco contra Artabazanes y sumisión de este.—Justo castigo de los excesos de Hermias.

El Rey, que ya estaba resuelto á pelear, lo mismo fué rayar el día (221 años antes de J. C.), que sacar sus tropas de los reales. Situó sobre el ala derecha, primero la caballería de lanza al mando de Ardis, personaje de acreditado valor en las funciones militares: inmediato á ésta puso los aliados de Creta, después los Tectosages Gálatas, sucesivamente los extranjeros y mercenarios Griegos, y por último la falange. Sobre el ala izquierda colocó la caballería llamada los compañeros del Rey. Los elefantes, en número de diez, fueron ordenados al frente del ejército á cierta distancia. La tropa subsidiaria de infantería y caballería fué distribuída sobre ambas alas, con orden de rodear al enemigo, después de empeñada la acción. Recorrió después las líneas, animándolas brevemente á cumplir con su obligación, dió el mando de la ala izquierda á Hermias y Zeuxis, y se encargó él de la derecha.

Molón, en medio de que sacó sus tropas con disgusto y las formó tumultuariamente, á causa del desorden de la noche precedente; no obstante dividió su caballería sobre las dos alas, adaptándose á la for-

mación del enemigo; situó en el centro los rodeleros, los Gálatas, y, en una palabra, toda la infantería pesadamente armada: colocó sobre una y otra ala á los costados de la caballería los flecheros, honderos y todo género de infantería ligera; y puso al frente del ejército los carros armados de hoces á cierta distancia. Encargó el mando de la izquierda á su hermano Neolao, y él se tomó el de la derecha.

Después de esto se comenzó la acción. El ala derecha de Molón conservó la fidelidad, é hizo una defensa vigorosa contra Zeuxis; pero la izquierda, lo mismo fué verse á presencia de su rey que pasarse á su partido: acción que, al paso que abatió al ejército de Molón, infundió nuevo espíritu al del Rey. Molón, considerando que los suyos le habían abandonado, y que ya se veía atacado por todas partes, se le representaron los castigos que le esperaban, si era hecho prisionero vivo, y se dió la muerte á sí mismo. Igualmente todos los que habían tenido parte en la rebelión se retiraron á sus casas, y tuvieron el mismo éxito. Neolao, luego que escapó del combate, se fué á la Pérsida á casa de Alejandro hermano de Molón, degolló á la madre é hijos de éste, hizo consigo lo mismo y persuadió igual acción á Alejandro. El Rey, saqueado el campo del enemigo, mandó poner sobre una picota el cadáver de Molón en el lugar más manifiesto de la Media. Los comisionados ejecutaron al instante la orden, lo llevaron á la Calonítida, y lo clavaron á una cruz en la subida del monte Zagro. Antíoco, después de hecha una severa reprensión á las tropas, las dió su mano en señal de perdón, y las señaló gentes que las condujesen á la Media y tranquilizasen el país. Él, mientras, bajó á Seleucia, y sosegó los gobiernos del contorno, usando con todos de suavidad y prudencia. Por lo que hace á Hermías, siem-

pre cruel según su costumbre, acumuló varios delitos á los de Seleucia, multó la ciudad en mil talentos, desterró á los magistrados llamados *Diganes*, mutiló, mató, atormentó y perdió á muchos de sus moradores. El Rey en parte aprobó aunque con repugnancia lo dispuesto por Hermias, en parte tomó por su cuenta los negocios, con lo que sosegó la ciudad, y con la multa de solos ciento cincuenta talentos que les impuso en castigo de su yerro, restableció la tranquilidad. Arreglados estos asuntos, dejó á Diógenes por gobernador de la Media, y á Apolodoro de la Susiana. Tuchén, primer secretario y comandante de ejército, fué enviado á las inmediaciones del mar Rojo. Así calmó la rebelión de Molón, y se aquietaron las alteraciones que de ella se siguieron en el Asia superior.

Soberbio Antíoco con tan feliz suceso, y deseoso de amedrentar y aterrar los príncipes bárbaros confinantes con sus dominios, para que en la consecuencia no tuviesen atrevimiento de tomar las armas ni auxiliar á sus rebeldes, resolvió salir á campaña contra ellos. Su primer designio fué contra Artabazanes, que parecía el más poderoso y sagaz, y dominaba á los Atropatios y otras naciones vecinas. Hermias, aunque se recelaba de la expedición contra estos pueblos del Asia superior, por el peligro que podría resultar, y deseaba con ansia convertir las armas contra Ptolomeo según su primer propósito; no obstante, al instante que supo que al Rey había nacido un hijo, consintió en la expedición, presumiéndose que podría muy bien sucederle alguna fatalidad en esta guerra contra los bárbaros, ó que se le podrían presentar ocasiones de quitarle la vida. Estaba persuadido á que, quitando de en medio á Antíoco, sería tutor de su hijo, y dueño absoluto del gobierno. Resuelta la expedición, se pasó el monte Zagro, y se invadió el

país de Artabazanes. Esta región toca con la Media, y sólo hay de por medio unas montañas. Domina al Ponto por aquel lado por donde desemboca el río Fasis. Confina con el mar de Hircania. Sus naturales son robustos, y sobre todo los caballos. Abunda en todo género de aparatos para una guerra. Este reino se había conservado desde los Persas, porque no se había hecho caso de él en tiempo de Alejandro. Artabazanes, que á la sazón era muy viejo, temió la venida del Rey, cedió al tiempo, y ajustó un tratado con las condiciones que quiso Antíoco.

Firmada esta paz, Apolofanes, médico á quien el Rey tenía en mucha estima, viendo que ya no se podía sufrir la soberbia y poder de Hermias, llegó á temer por la vida del Rey, y mucho más á recelarse por la suya propia. Por eso cuando halló ocasión de sacar la conversación al Rey, le exhortó á que no se descuidase, á que viviese con recelo de la audacia de Hermias, y á que no difiriese tanto el remedio que acaso le sobreviniese igual fatalidad que á su hermano. Le aseguró que el peligro no estaba lejos, que debía atender y acudir prontamente á su salud y á la de sus amigos. Antíoco confesó que aborrecía y temía á Hermias, y dió gracias al médico porque solícito de su salud se había atrevido á hablarle sobre el asunto. Apolofanes cobró nuevo aliento al ver que no había desagradado al Rey la noticia, antes bien era conforme á su ideas. Y así, no bien le suplicó Antíoco que contribuyese no sólo con las palabras sino con las obras á la conservación de su salud y la de sus amigos, cuando le halló pronto para todo. Después de conferenciado el asunto, se pretextó que el Rey padecía vahidos de cabeza, para separar de su lado por unos días las guardias y demás gentes que acostumbraban servirle. De este modo hubo proporción para que en-

trasen á visitarle aquellos amigos con quienes se quería comunicar privadamente el negocio. Ya que hubo la gente conveniente para jugar el lance (bien que todos se ofrecían con gusto por el odio que tenían á Hermias), se pasó á la ejecución. Para esto mandaron los médicos que saliese el Rey á paseo al amanecer para tomar el fresco. Hermias y todos los confidentes que tenían noticia de la conjuración vinieron á la hora señalada; pero los demás vinieron tarde, por ser tan irregular la salida del Rey respecto de lo que acostumbraba. En efecto, sacaron á Hermias del campamento, y cuando estuvieron en un sitio desamparado, el Rey se separó un poco del camino, como para hacer una diligencia, y le dieron de puñaladas. Así acabó la vida Hermias, castigo que aun no igualaba á sus excesos. Libre Antíoco de tanto sobresalto y embarazo, tomó la ruta para la corte. En todos los pueblos por donde pasaba no se oía sino elogios de sus acciones y empresas, pero sobre todo de haberse deshecho de Hermias. Al mismo tiempo, en Apamea las mujeres quitaron la vida á su esposa, y los muchachos á sus hijos.

CAPÍTULO XVI.

Rebelión de Aqueo contra Antíoco, y sus primeras conquistas.— Consejo de guerra sobre la expedición contra Ptolomeo.— Voto de Apolofanes sobre que se debía primero tomar á Seleucia.— Situación y escalada de esta ciudad.

Vuelto á la corte Antíoco (220 años antes de J. C.), y puestas sus tropas en cuarteles de invierno, envió una embajada á Aqueo, para reprenderle y afearle, en primer lugar la osadía de haber ceñido la diadema y

haberse proclamado rey, y en segundo para advertirle que estaba enterado de la alianza que tenía con Ptolomeo, y de otros muchos excesos á que le había conducido su injusticia. En efecto Aqueo se había llegado á persuadir que en la expedición contra Artabazanes podría muy bien suceder á Antíoco alguna fatalidad, ó caso que no le sucediese, se prometía, por la gran distancia que mediaba, invadir con anticipación la Siria, y con la ayuda de los Cirrestas que habían abandonado el partido del Rey, apoderarse prontamente del reino. Con este designio había salido de Lidia á la frente de su ejército, había llegado hasta Laodicea en Frigia, se había ceñido la corona, había tenido la osadía de proclamarse rey y escribir como tal á las ciudades, estimulándole á esto principalmente un desterrado llamado Siniris. Iba continuando sin interrupción su camino, y ya se hallaba cerca de Licaonia, cuando se amotinaron las tropas, disgustadas de que se las llevase contra su rey natural. Aqueo, que advirtió la mudanza de espíritus en sus soldados, desistió del designio proyectado; y para persuadirles que jamás había sido su ánimo invadir la Siria, torció el camino, y taló la Pisidia, donde heccho un rico botín, con que ganó el afecto y confianza de su ejército, tornó á la corte.

Antíoco, bien instruído de todos estos excesos, despachaba continuos pliegos para Aqueo, llenos de amenazas, como hemos apuntado; pero le llevaban toda la atención las prevenciones de la guerra contra Ptolomeo. Con este fin, venida la primavera, juntó sus tropas en Apamea, y consultó con sus amigos sobre el cómo se había de atacar la Cæle-Siria. Después de haberse disertado largamente sobre este particular, sobre la naturaleza de los lugares, sobre los preparativos y lo mucho que podría contribuir para esto una

armada, Apolofanes, de quien arriba hicimos mención, natural de Seleucia, refutó todos los votos precedentes. Dijo que era una necedad anhelar tanto por la conquista de la Cæle-Siria, y entre tanto mirar con indiferencia que Ptolomeo poseyese á Seleucia, silla y domicilio, digámoslo así, de los Dioses Penates del imperio; que prescindiendo de la ignominia que causaba al reino veria guarnecida por los reyes de Egipto, podía acarrear grandes y conocidas proporciones para el buen éxito de los negocios; que mientras estuviese en poder de los contrarios sería un obstáculo invencible á todos los designios, pues á cualquier parte que el Rey pensase llevar sus armas, no menos debería providenciar y cuidar de poner en buen estado las plazas de su reino, por el daño que le podía provenir de esta ciudad, que de hacer preparativos contra los enemigos. Pero una vez tomada Seleucia, su bella situación era tal, que no sólo serviría de defensa al reino, sino que contribuiría infinito al logro de cualquier otro designio ó proyecto por mar ó tierra. Aprobado unánimemente el parecer de Apolofanes, se resolvió tomar ante todas cosas á Seleucia, plaza que hasta entonces había tenido guarnición egipciaca, desde que Ptolomeo Evergetes irritado contra Seleuco por la muerte de Berenice, había marchado contra la Siria y se había apoderado de ella.

Tomada esta resolución, Antíoco mandó al almirante Diognetes que marchase con una escuadra á Seleucia; él mientras partió de Apamea con el ejército, y se acampó junto al circo, á cinco estadios de distancia de la ciudad. Despachó también á Teodotó el Hemiolio con las fuerzas correspondientes á la Cæle-Siria, para que se apoderase de los desfiladeros y estuviese á la mira de sus intereses. La situación de Seleucia y naturaleza de sus contornos es como se sigue.

Yace esta ciudad sobre el mar, entre la Cilicia y la Fenicia. Tiene en su inmediación un monte muy elevado, llamado Corifeo. En la falda occidental de esta montaña vienen á estrellarse las olas del mar, que separan á Chipre de la Fenicia; y la oriental domina el país de Antioquía y Seleucia. La ciudad está mirando hacia la parte meridional, separada de la montaña por un barranco profundo é impenetrable. Uno de sus costados toca con el mar, y por casi todas las demás partes está rodeada y ceñida de precipicios y peñascos escarpados. Por la parte que la baña el mar se encuentra una llanura, donde está la plaza del comercio y el arrabal bien guarnecido de murallas. El restante espacio de la ciudad está igualmente defendido de costosos muros, y por dentro adornado de magníficos templos y edificios. Por el lado del mar sólo tiene una entrada á manera de escalera, hecha á mano y cortada con frecuentes y continuas gradas y escalones. A corta distancia de la ciudad desagua el Orontes, río que tomando su origen en las inmediaciones del Líbano y Antilíbano, corre por el llano de Amica, viene á Antioquía por donde atraviesa, y recogiendo en sus aguas todas las inmundicias de esta ciudad, desemboca por último en el sobredicho mar no lejos de Seleucia.

El primer paso de Antíoco fué enviar emisarios, que ofreciesen dinero y magníficas esperanzas á los principales, si de buenas á buenas le entregaban á Seleucia. Fueron inútiles sus persuasiones para con los magistrados principales, pero corrompió algunos de los subalternos, bajo cuya confianza dispuso su armada, como que iba á atacar la ciudad por el lado del mar con la escuadra, y por el lado de tierra con las tropas del campo. Dividió su ejército en tres trozos, y después de haberlos animado como lo pedía la oca-

sión, y haber publicado grandes premios y coronas, tanto á los simples soldados, como á los oficiales que se señalasen; encargó á Zeuxis y á las tropas de su mando la puerta que conduce á Antioquía, apostó á Hermógenes junto al templo de Cástor y Pólux, y comisionó el ataque del puerto y del arrabal á Ardis y Diognetes, á causa de haberse pactado entre Antioco y los de dentro que, una vez ganado por fuerza el arrabal, ellos le entregarían después la ciudad. Dada la señal, se avanzó por todas partes con vigor y esfuerzo; pero el ataque más vivo fué el de Ardis y Diognetes, porque por las demás partes no se podía llegar á la escalada, si no se iba gateando y peleando al mismo tiempo; al revés de lo que pasaba por el lado del puerto y del arrabal, que se podía llevar, fijar y arrimar sin riesgo las escalas. Y así atacado con vigor el puerto por la escuadra, y escalado el arrabal por Ardis, al instante se rindió éste á vista de la imposibilidad que había de ser socorrido por los de la ciudad, á quienes amenazaba por todas partes el mismo riesgo. Tomado el arrabal, al momento los magistrados inferiores que Antioco había sobornado, acudieron á Leoncio, en quien residía la suprema autoridad, para que enviase á tratar de paces con el Rey, antes que fuese tomada la ciudad por asalto. Leoncio, ignorante del soborno de sus subalternos, y asombrado de ver su consternación, despachó diputados para que tratasen con el Rey sobre la seguridad de todos los que estaban dentro de la plaza. El Rey aprobó la condición, y prometió no hacer daño á las personas libres, en número de seis mil. Tomada después la ciudad, no sólo perdonó á los libres, sino que restituyó á su patria los desterrados y los restableció en el goce de su gobierno y haciendas; pero puso una buena guarnición en el puerto y la ciudadela.

CAPÍTULO XVII.

Conquistas de Antioco en la Cæle-Siria.—Expediente de que se valen los ministros de Ptolomeo para contener los progresos de Antioco.—Número de tropas que éstos levantan.

Aun no había acabado de arreglar el Rey estas cosas (219 años antes de J. C.), cuando llegó un correo de Teodoto, que le llamaba con instancias para entregarle la Cæle-Siria. Este aviso dejó perplejo y dudoso al Rey sobre el partido que había de tomar y uso que había de hacer de la noticia. Ya hemos dicho que Teodoto, de nación Etolio, no obstante haber hecho señalados servicios al rey Ptolomeo, lejos de haber merecido alguna recompensa, había estado á pique de perder la vida; y que cuando Antioco iba á la expedición contra Molón, este Teodoto, no esperando ya cosa buena de parte de su Rey, y con desconfianzas de parte de los cortesanos, después de haberse apoderado por sí de Ptolemaida y haber tomado á Tiro por medio de Panetolo, había llamado á Antioco con grandes instancias. Bajo este supuesto, Antioco sobreseyó en los designios que tenía contra Aqueo, y dando de mano á todo otro pensamiento, levantó el campo y echó á andar con el ejército por el mismo camino que anteriormente. Atravesó el valle de Marsias, y sentó su campo en los desfiladeros inmediatos á Gerra, junto al lago que está de por medio. Aquí, con la noticia que tuvo que Nicolao, comandante de las tropas de Ptolomeo, iba marchando á Ptolemaida á sitiar á Teodoto, dejó la infantería pesadamente armada, con orden á sus jefes de que pusiesen sitio á

Brocos, castillo situado entre el lago y el camino; y él, seguido de los armados á la ligera, marchó á Ptolemaida á libertarla del asedio. Nicolao, que ya estaba informado anteriormente de la venida del Rey, se retiró del cerco, y destacó á Lagoras Cretense y á Dorimenes Etolio, para que se apoderasen de los desfiladeros de Berito. Pero Antíoco marchó allá al momento, los derrotó, y sentó allí su campo.

Aquí le llegaron las demás tropas, y después de una exhortación conveniente á los designios que premeditaba, echó á andar con todo el ejército, lleno de confianza y engreído con las bellas esperanzas que se le presentaban. Teodoto, Panetolo y sus amigos le salieron al encuentro. El Rey los recibió benignamente, y ellos le entregaron á Tiro y Ptolemaida con todos los pertrechos que había en estas dos ciudades: entre otros se contaban cuarenta navíos; de éstos, veinte con puente, bien equipados, y el que menos de cuatro órdenes; los restantes eran de tres, dos y un solo orden de remos. Todos estos navíos fueron entregados al almirante Diognetes. Después, con la noticia que tuvo que Ptolomeo se había retirado á Menfis, había juntado sus tropas en Pelusio, había abierto los diques al Nilo, y cegado los manantiales de agua dulce, desistió del empeño de marchar contra esta plaza. No obstante, recorrió las ciudades y procuró reducir las, unas por fuerza y otras por halagos. Los pueblos abiertos, aterrados con su venida, se le rindieron; pero los que se creyeron bien pertrechados y defendidos, persistieron firmes; y á éstos fué preciso ponerles sitio, en lo que gastó mucho tiempo. Ptolomeo, no obstante una perfidia tan manifiesta, ni aun pensaba siquiera poner pronto remedio á sus intereses como convenía: tanta era la desidia y el desprecio con que miraba lo perteneciente á la guerra.

De aquí se siguió que Agatocles y Sosibio, que gobernaban á la sazón el reino, tuvieron que tomar el mejor arbitrio que pudieron, según las actuales circunstancias. Resolvieron que mientras se hacían los preparativos para la guerra, se despachasen embajadores á Antíoco, que contuviesen su ardor, y en la apariencia le confirmasen en el concepto que tenía hecho de Ptolomeo, á saber: que jamás este Príncipe se atrevería á medir con él sus armas; que antes echaría mano de las conferencias, y le rogaría por sus amigos á que se retirase de la Cæle-Siria. Tomada esta resolución, y encargados de ella Agatocles y Sosibio, se cuidó de enviar una embajada á Antíoco, y se despacharon otras varias á los Rodios, Bizantinos, Cizicenos y Etolios, convidándoles con la paz. Mientras que iban y venían estas embajadas, uno y otro Rey tuvo oportunidad y tiempo de prevenirse para la guerra. Era Menfis el congreso donde se fraguaban estas negociaciones; era aquí donde se recibía y se daba honestas respuestas á las demandas de Antíoco. Pero al mismo tiempo era Alejandría á donde se convocaba y congregaba la tropa mercenaria que el Rey tenía á sueldo en las ciudades fuera del Egipto; de donde salían emisarios á reclutar tropas extranjeras; donde se almacenaban raciones para las que ya había, y para las que habían de venir; y en fin, donde se acopiaban todo género de preparativos; de suerte que se cruzaban de continuo los correos de Menfis á Alejandría, para que no faltase cosa á los designios proyectados. Para la fábrica de armas y para la elección y distribución de los hombres, comisionaron á Equecrates de Tesalia, á Fosidas de Melita, á Euriloco de Magnesia, á Sócrates de Beocia, y á Cnopias de Alora. Fué la mayor dicha para el Egipto hallar hombres que, habiendo militado bajo Demetrio y Antígono, tuviesen

un mediano conocimiento de lo que era la guerra, y de lo que se requería para poner un ejército en campaña. En efecto, éstos, tomando á su cargo las tropas, las enseñaban en lo posible el arte militar.

Ante todas cosas los dividieron por naciones y por edades, dieron á cada uno sus armaduras proporcionadas, y desecharon las que antes tenían. Abolieron el antiguo modo de formarse, y las matrículas que antes había para distribuir la ración al soldado, substituyendo una ordenanza propia á la actual urgencia. Con los frecuentes ejercicios que cada cuerpo hacía, no sólo se acostumbraba á la obediencia, sino al manejo peculiar de su arma. Á veces los hacían poner á todos sobre las armas, donde se advertía á cada uno su obligación. En esta reforma militar tuvieron la mayor parte Andrómaco de Aspenda, y Polícrates de Argos; personajes recién llegados de la Grecia, ambos llenos de aquel ardimiento y sagacidad tan naturales á los Griegos, ambos ilustres por su patria y riquezas; bien que Polícrates excedía al otro en la antigüedad de su casa, y en la gloria que su padre Mnasiades había ganado en los combates públicos. En efecto, estos extranjeros, á fuerza de exhortaciones que hicieron á los soldados en particular y en público, supieron inspirarles valor y ardimiento para la lid que esperaban.

Á cada uno de estos personajes que acabo de nombrar, se dió el cargo más acomodado á su talento. Euriloco el Magnésio mandaba un cuerpo de casi tres mil hombres, llamado entre los reyes la *Guardia Real*: Sócrates el Beocio tenía bajo sus órdenes dos mil rodeleros: Foxidas Aqueo, Ptolomeo hijo de Traseas, y Andrómaco Aspendio amaestraban la falange y los Griegos mercenarios; pero el gobierno de aquélla, compuesta de veinticinco mil hombres, estaba á cargo de los dos últimos, y el mando de éstos, en número

de ocho mil, residía en el primero. Los setecientos caballos de que se compone la guardia del Rey, la caballería de Africa, y la que se sacó del Egipto, su total hasta tres mil caballos, estaba á las órdenes de Polícrates. La caballería griega y toda la mercenaria en número de dos mil, después de bien disciplinada por Equecrates á cuyas órdenes estaba, sirvió de infinito en la batalla. Ninguno tuvo más esmero que Cnopias Alorita en instruir las tropas de su mando, compuestas de tres mil Cretenses, entre los cuales había mil Neocretas, al mando de Filón de Cnosia. Se armaron tres mil Africanos á la manera de Macedonia, y estaban á cargo de Ammonio Barceo. La falange egipcia, compuesta de veinte mil, estaba á las órdenes de Sosibio. De Traces y Gálatas, tanto de los que había en el país, como de los que recientemente habían sido enganchados, aquéllos en número de cuatro mil, y éstos de dos mil, se formó un cuerpo, cuyo gobierno se dió á Dionisio el Tracio. Tal era el ejército que Ptolomeo había prevenido, y tan diversas las naciones que le componían.

CAPÍTULO XVIII.

Tregua entre los dos reyes, y retiro de Antíoco á Seleucia.—Contestación sobre la pertenencia de la Cæle-Siria sin efecto.—Nicolao hecho general de las armas de Ptolomeo.—Irupción de Antíoco per la Cæle-Siria.

Entretanto Antíoco estrechaba el cerco que tenía puesto á Duras, (219 años antes de J. C.). Pero viendo que la fortaleza del sitio y los socorros de Nicolao inutilizaban sus esfuerzos, acercándose ya el invierno, se convino con los embajadores de Ptolomeo en

ajustar una tregua por cuatro meses, y que en lo demás se allanaría á todo lo razonable. Hacía esto, al paso que estaba muy ajeno de cumplirlo; pero cansado de estar tanto tiempo ausente de su casa, deseaba llevar su ejército á Seleucia á pasar el invierno; porque ya no se dudaba de las asechanzas de Aqueo contra sus intereses, y de que auxiliaba abiertamente á Ptolomeo. Ajustado este armisticio, Antioco despachó los embajadores de Ptolomeo, con orden de que cuanto antes le trajesen la respuesta de la voluntad de su Rey, y le viniesen á buscar á Seleucia. Él, luego que puso guarnición en los puestos oportunos, y dejó á Teodoto la incumbencia de todo, tornó á su reino; y llegado á Seleucia, distribuyó su ejército en cuarteles de invierno. De allí adelante cuidó muy poco de disciplinar sus tropas. Estaba persuadido á que, siendo como era señor de algunas provincias de la Cæle-Siria y Fenicia, no necesitaría ya tomar las armas; lisonjeándose de que las restantes entrarían en la obediencia ó de voluntad ó por negociación, y que Ptolomeo jamás osaría aventurar una batalla campal. Los embajadores de uno y otro príncipe estaban en el mismo concepto: los de Antioco, por la humanidad con que Sosibio había admitido en Menfis sus representaciones; los de Ptolomeo, porque se les había despachado sin dejarlos enterar de los preparativos que se hacían en Alejandría.

Á más de esto, por relación de los embajadores de Antioco se sabía que Sosibio estaba dispuesto á todo; y en las conferencias que Antioco tenía con los de Ptolomeo, ponía sumo estudio en excederles, tanto en la justificación de su causa, como en el poder de sus armas. En efecto, después que llegaron á Seleucia y se descendió á tratar por menor del convenio, según las instrucciones que tenían de Sosibio, el Rey,

en la justificación de su causa, lejos de hacer alto en el agravio y ofensa manifiesta que acababa de cometer, en haberse apoderado de parte de la Cæle-Siria, al contrario, ni aun reputaba ésta por injusticia, en el concepto de que sólo había recobrado lo que le pertenecía. Hacía mucho mérito de que Antígono el Tuerto había conquistado el primero esta provincia, que Seleuco la había dominado, y que éstos eran los más valederos y justificativos títulos de posesión, por donde le pertenecía á él la Cæle-Siria con preferencia á Ptolomeo. Pues aunque este príncipe había llevado sus armas contra Antígono, no había sido por apropiársela para sí, sino para Seleuco. Sobre todo apoyaba su dictamen en el convenio general de los reyes Casandro, Lisímaco y Seleuco, cuando vencido Antígono, unánimes todos resolvieron en un consejo que se adjudicase á Seleuco toda la Siria.

Los embajadores de Ptolomeo insistían en lo contrario. Exageraban la injusticia presente. Reputaban por cosa indigna el que se violase así la fe por la traición de Teodoto y la invasión de Antíoco. Alegaban la posesión en que había estado Ptolomeo hijo de Lago; pues si había unido sus armas con Seleuco, había sido para adjudicar á este el Imperio del Asia, pero con la condición de retener para sí la Cæle-Siria y Fenicia. Se disputaba largamente de una y otra parte sobre estos y otros puntos semejantes, en los congresos y conferencias. Pero no se concluía nada; á causa de que como la controversia se trataba por amigos comunes, no había entre ellos uno que pudiese moderar y reprimir el ímpetu del que parecía perjudicar al otro. Lo que servía de mayor embarazo á unos y otros, era el asunto de Aqueo. Ptolomeo tenía empeño en incluirle en el tratado. Antíoco, por el contrario, ni aun sufrir podía que se tratase de esto;

teniendo por cosa indigna que Ptolomeo sirviese de capa á un rebelde, y osase hacer mención de semejante hombre.

Durante esta contextación, donde cada uno proponía sus defensas, y al cabo nada se decidía sobre el convenio, llegó la primavera, y Antioco juntó sus tropas, con ánimo de atacar por mar y tierra, y reducir la parte de la Cæle-Siria que le faltaba. Ptolomeo hizo generalísimo de sus armas á Nicolao, acopió en Gaza víveres con abundancia, y destacó allá sus ejércitos de mar y tierra. Con la llegada de éstos, lleno de confianza Nicolao se dispuso para la guerra, teniendo en todo sujeto á sus órdenes al almirante Perigenes, á quien Ptolomeo había enviado por comandante de las fuerzas navales, y cuya escuadra consistía en treinta naves con puente, y más de cuatrocientas de carga. Nicolao era de nación Etolio, pero en la experiencia y ardor militar no cedía ventaja á los otros generales de Ptolomeo. En efecto, ocupó anticipadamente con una parte de su ejército los desfiladeros de Platano, y con la restante, á cuya cabeza él estaba, se apoderó de los contornos de la ciudad de Porfireón; con lo cual y el auxilio que al mismo tiempo le prestaba la escuadra, cerró al Rey el paso por esta parte.

Antioco pasó á Moratho, á donde habiendo acudido los Aradios á ofrecerle su alianza, no sólo les admitió á su amistad, sino que sosegó y cortó las diferencias antiguas que había entre los insulares y los habitantes de tierra firme. Después entró en la Siria por Teoprosopo, tomó de paso á Botris, puso fuego á Trieres y Calamo, y vino á Berito. De aquí destacó por delante á Nicarco y Teodoto, con orden de ocupar con anticipación los desfiladeros inmediatos al río Lico. Él, mientras, echó á andar con el ejército y

campó á las márgenes del Damura, acompañándole al mismo tiempo por la costa la escuadra del almirante Diognetes. Aquí, habiendo vuelto á tomar la infantería ligera del mando de Teodoto y Nicarco, marchó á reconocer los desfiladeros, de que con anticipación se había apoderado Nicolao; y después de inspeccionada la naturaleza del terreno, se tornó al campamento. Al día siguiente, dejando en el campo la infantería pesadamente armada bajo las órdenes de Nicarco, marchó con el resto del ejército á ejecutar lo que tenía proyectado.

CAPÍTULO XIX.

Combate de mar y tierra entre Nicolao y Antioco.—Victoria por éste, y conquista de muchas plazas.

A más de que la falda del monte Líbano en este sitio viene á reducir la costa á un estrecho y corto espacio, acaece que este mismo está coronado de una cordillera áspera é inaccesible que sólo franquea un pasaje angosto y difícil á orillas de la misma mar. Aquí acampado Nicolao (219 años ántes de J. C.), después de ocupados varios puestos con buen número de soldados, y fortificados otros con obras que había levantado, creía que con facilidad prohibiría la entrada á Antioco. Este príncipe, dividido el ejército en tres trozos, había dado el uno á Teodoto, con orden de atacar y forzar al enemigo sobre la falda misma del monte Líbano: el otro lo tenía Menedemo, con orden expresa de tentar el paso por medio de la colina: el tercero, á cuya cabeza estaba Diocles, gobernador de la Parapotamia, estaba situado á la orilla del mar: él

con sus guardias ocupaba el centro, para presentarlo todo y acudir á donde fuese preciso. Al mismo tiempo Diognetes y Perigenes se habían dispuesto para un combate naval. Se habían arrimado á la costa cuanto era dable, y habían procurado hacer que las dos armadas de mar y tierra no representasen más que una frente. Dada la señal, se atacó á un tiempo por todas partes. En el mar, como el número y los aparatos de una y otra armada eran iguales, se peleaba con igual fortuna. Pero en tierra, aunque al principio Nicolao, valido de la fortaleza del sitio, logró alguna ventaja, poco después desalojados por Teodoto los que estaban al pié del monte, y atacados desde lo alto, toda la gente de Nicolao echó á huir á banderas desplegadas. Dos mil hombres fueron muertos en el alcance, otros tantos se hicieron prisioneros, los restantes se refugiaron á Sidón. Perigenes, que comenzaba á esperar un feliz éxito del combate naval, lo mismo fué advertir la derrota del ejército de tierra, que abatido el espíritu, retirarse á la misma ciudad.

Antíoco tomó el ejército, y vino á campar delante de Sidón, pero no tuvo á bien tentar el asedio de la plaza, ya por la copia de provisiones que había dentro, ya por el gran número de habitantes y gentes que á ella se habían refugiado. Echó á andar con el ejército hacia Filoteria, y mandó al almirante Diognetes que navegase á Tiro con la escuadra. Filoteria está situada sobre el lago mismo donde entra el Jordán y de donde, volviendo á salir, corre por los llanos inmediatos á Escitopolis. Dueño de estas dos ciudades por convenio, concibió mejores esperanzas para los designios que maquinaba. Porque como todo el país estaba sujeto á estas dos plazas, podía mantener con facilidad aquí el ejército, y acopiar con abundancia

lo necesario para cualquier urgencia. En efecto, asegurados con guarnición estos puestos, pasó las montañas, y vino á Atabirio; plaza situada sobre una eminencia, que elevándose poco á poco, tiene de subida más de quince estadios. Para apoderarse de esta ciudad, se valió de una estragemá. Puso una emboscada, empenó á los de la plaza en una escaramuza, y cuando ya los tuvo á larga distancia, manda que hagan frente los que huían, y que salgan los que estaban emboscados; con lo que mata á muchos, persigue á los demás, é infunde en ellos tal terror, que se apodera también de esta ciudad al primer ímpetu.

Á esta sazón Kereas, uno de los gobernadores de Ptolomeo, se pasó al partido contrario. La honrosa acogida que este logró de Antioco excitó á la deserción á otros muchos oficiales del Rey de Egipto. De este número fué Ipoloco de Tesalia, que vino poco después con cuatrocientos caballos de su mando. Antioco, puesta guarnición en Atabirio, levantó el campo, y tomó de paso á Pela, Camus y Gefrún. Este feliz suceso conmovió de tal suerte los pueblos de la vecina Arabia, que estimulados unos de otros, vinieron todos á rendírsele de común acuerdo. El Rey con este nuevo auxilio aumentó sus esperanzas, y prosiguió adelante. Vino á la Galátida, y se apoderó de Abila, y de todos los que habían acudido á su socorro, á cuya cabeza estaba Nicias, amigo y pariente de Meneas. Sólo le faltaba Gadara, plaza que pasaba por la más fuerte de aquella comarca. Campó á su vista, hizo sus aproches, y al instante se aterraron y rindieron sus vecinos. Después, informado de que en Rabatamana, ciudad de la Arabia, se habían congregado buen número de enemigos, que talaban y arrasaban el país de los Arabes que habían abrazado su partido; propuestos todos los designios, marcha allá, y

se acampe en unos collados, donde está situada la ciudad. Andando recorriendo la colina, advirtió que por solas dos partes tenía subida, y por aquí hizo avanzar sus gentes y asestar sus máquinas. Dió la inspección de las obras, parte á Nicarco, parte á Teodoro; entretanto él cuidaba con igual diligencia de lo que uno y otro hacía, y observaba la emulación de ambos en su servicio. En efecto, hacían estos dos capitanes los más vivos esfuerzos, é incesantemente competían á porfía sobre cuál de los dos echaría antes á tierra con las máquinas la parte de muro que tenía delante; cuando de repente, y sin saber cómo, vino abajo uno y otro lienzo. Después de esto, todo fué asaltos noche y día, todo ataques, sin intermisión de tiempo. Pero sin embargo de los frecuentes rebatos que daban á la ciudad, nada conseguían, por la mucha gente que se había retirado dentro; hasta que mostrada por un prisionero una mina, por donde bajaban á coger aguas los cercados, y cegada y tupida ésta con madera, piedras y otras cosas semejantes, la escasez de agua al fin forzó á los moradores á rendirse. Dueño el Rey de Rabatamana por este medio, dejó á Nicarco dentro de la ciudad con una guarnición competente, y envió á Ipoloco y Kereas, dos capitanes que habían abandonado á Ptolomeo, con cinco mil hombres á los contornos de Samaria, para cubrir y asegurar la quietud de los pueblos que se le habían sometido. Él mientras movió el campo hacia Ptolemaida, con ánimo de pasar allí el invierno.

CAPÍTULO XX.

Sitio de Pedneliso por los Selgenses.—Auxilio que envía Aqueo á los cercados, bajo la conducta de Garsieris.—Derrota de los Selgenses por este general.—Traición de Logbasis, descubierta y castigada por los Selgenses.—Ajuste entre éstos y Aqueo.—Conquistas de Attalo.

Durante el mismo verano (220 años antes de Jesucristo), los Pedneliseos sitiados y estrechados por los Selgenses, enviaron á Aqueo por auxilio; y oída por éste favorablemente su embajada, sufrían el asedio con constancia, fiados en la esperanza del socorro. En efecto, Aqueo les envió sobre la marcha seis mil infantes y quinientos caballos, bajo la conducta de Garsieris. Pero los Selgenses, que supieron la venida de este refuerzo, ocupan anticipadamente las gargantas circunvecinas á Climax con la mayor parte de sus tropas, se apoderan de la entrada de Saporde, y cortan todos los caminos y travesías que á ella conducían. Garsieris entró por fuerza en Miliada, y sentó su campo á vista de Cretópolis; pero advirtiendo que tomados los puestos por el enemigo, era imposible pasar adelante, usó de este ardid de guerra. Volvió sobre sus pasos, aparentando que desistía de llevar el socorro, á vista de estar tomados los desfiladeros. Los Selgenses, creyendo incautamente que Garsieris se retiraba desesperanzado, unos se fueron al campamento, otros á la ciudad, porque instaba la recolección de las mieses. Pero éste vuelve pies atrás, y después de una marcha forzada llega á aquellas cordilleras, las halla sin defensa, las guarnece con piquetes, y deja á Falio para su custodia. Él, mientras

marcha con el ejército á Perga, y despacha desde aquí varias embajadas á los otros pueblos de la Pisidia y Panfilia, para representarles el insufrible poder de los Selgenses, animarles á contraer alianza con Aqueo, y acudir al socorro de los Pedneliseos.

Entretanto los Selgenses, confiados en el conocimiento que tenían del país, creyeron que, con destacar allá un capitán con un cuerpo de tropas, aterrían á Failo, y le desalojarían de sus puestos. Pero lejos de lograr el intento, perdieron mucha gente en los ataques; de suerte que renunciando á esta esperanza, insistieron en el asedio y construcción de las obras, con más empeño que hasta entonces. Los Etenenses, pueblo de la Pisidia que habitan las montañas por cima de Sida, enviaron á Garsieris ocho mil hombres pesadamente armados, y los Aspendios cuatro mil. Los Siditas, bien fuese por respetos á la amistad de Antíoco, ó más bien por el odio que profesaban á los Aspendios, no entraron á la parte en el socorro. Garsieris, con estos refuerzos y las tropas que él tenía, se acercó á Pedneliso, persuadido á que con solo presentarse haría levantar el cerco; pero viendo que no había hecho impresión su venida en los Selgenses, se atrincheró á una distancia proporcionada. Entretanto, como el hambre hostigaba á los cercados, dispuso introducir por la noche en la plaza dos mil hombres con una medida de trigo cada uno, para remediar la escasez en lo posible. Los Selgenses que supieron el designio, salenles al encuentro, y se apoderan de todo el convoy, después de haber dado muerte á la mayor parte de los que le traían. Fieros con este suceso, intentaron no sólo continuar el cerco de Pedneliso, sino sitiar á Garsieris en su mismo campamento: tan temerarias y arriesgadas son siempre en la guerra las resoluciones de los Selgenses.

Para esto, dejada en su campo la guarnición necesaria, distribuyen los restantes en varios puestos, y atacan con vigor el del enemigo. Garsieris, que se vió invadido de improviso por todas partes, y aun por algunas arrancada ya la palizada, desesperanzado de todo remedio, destacó la caballería á cierto puesto que no estaba custodiado. Los Selgenses creyeron que estas gentes se retiraban atemorizadas y por evitar el peligro, y sin hacer caso, los dejaron ir simplemente. Pero á poco rato esta caballería rodea al enemigo, le ataca por la espalda, y carga sobre él toscamente. Con este suceso recobra el ánimo la infantería de Garsyeris, que aunque ya deshecha, vuelve á defenderse de los que la atacaban; y los Selgenses rodeados tienen que tomar la huída.

Al mismo tiempo los Pedneliseos dan sobre los que habían quedado en el real, y los desalojan. En fin, declarada la fuga por todas partes, quedaron diez mil sobre el campo. De los que se salvaron, los aliados se retiraron á sus casas, y los Selgenses escaparon por las montañas á su patria. Garsieris levantó el campo, y siguió el alcance. Todo su anhelo era atravesar los desfiladeros y acercarse á Selga antes que los fugitivos le detuviesen, ó deliberasen sobre su venida. En efecto, llegó con sus tropas á vista de la ciudad. Los Selgenses, sin esperanzas de socorro en sus aliados por el común desastre, y abatidos con la precedente derrota, temían por sí y por su patria. Bajo esta consideración llamaron á junta, y resolvieron enviar por embajador á Logbasis, uno de sus ciudadanos. Este personaje había sido muy amigo y huésped de aquel Antioco que murió en Tracia; había tenido en depósito á Laodice, mujer que había sido después de Aqueo, la había criado como á hija, y la había amado tiernamente. Por eso ahora los Selgenses le diputaron,

creyendo no podían elegir mejor medianero en tales circunstancias. En efecto, vino á una conferencia privada con Garsieris, y lejos de procurar la salud de su patria, como era de su obligación, al contrario exhortó á Garsieris á que diese parte cuanto antes á Aqueo de que él se encargaba poner la ciudad en sus manos. Garsieris abrazó con gusto la propuesta, y escribió á Aqueo dándole cuenta de lo que pasaba para que viniese. Entre tanto, ajustada una tregua con los Selgenses, dilataba siempre la conclusión del tratado, moviendo dificultades y pretextos sobre cada una de sus condiciones, para esperar mientras á Aqueo, y dar tiempo á Logbasis de conferenciar y disponer su designio.

Durante estas sesiones, la frecuente comunicación que había entre unos y otros engendró cierta libertad en las tropas de pasar del campo á la plaza para tomar víveres; libertad que, después de repetida ya tantas veces, ha sido causa á muchos de su ruina. De suerte que, en mi concepto, el hombre en medio de pasar por el animal más astuto, es el más fácil de ser engañado. ¿Cuántos campamentos, cuántas guarniciones, cuántas y cuán grandes ciudades se han perdido por esta poca cautela? Y no obstante haber sucedido ya á muchos esta calamidad tan frecuente y notoria, permanecemos, sin saber cómo, siempre bisonios é inexpertos contra estas trazas. La causa sin duda es el que no cuidamos tener presentes los infortunios en que incurrieron nuestros mayores. Sufrimos fatigas, hacemos gastos para acopiar víveres, juntar dinero, levantar murallas, y fabricar armas para un caso extraordinario; y despreciamos la historia, que es el medio más fácil y el que nos provee de más recursos en las circunstancias desesperadas; y esto cuando de ella y de su manejo podríamos enriquecernos de estos

conocimientos á costa solo de un honesto recreo y entretenimiento.) En efecto, Aqueo llegó al tiempo señalado. Los Selgenses, después de haber conversado con él, concibieron magníficas esperanzas de que conseguirían el convenio más ventajoso. Pero entre tanto, Logbasis iba juntando poco á poco en su casa los soldados que entraban desde el campo en la ciudad, y aconsejaba á sus ciudadanos que no dejaran pasar la ocasión; antes respecto á la humanidad que les había mostrado Aqueo, conferenciasen y llevaran á su conclusión el tratado. Así fué; se convocó á junta todo el pueblo para tratar del negocio presente, y aun se resolvió llamar á los que estaban de guardia, como que iban á finalizar el asunto.

Entonces Logbasis, haciendo señal á los enemigos, prepara los soldados que tenía juntos en su casa. Al mismo tiempo se dispone él, y arma á sus hijos para la acción. Aqueo, con la mitad de las tropas, se acerca á la misma ciudad. Garsieris con la parte restante avanza hacia Cesbedio, templo de Júpiter, que domina ventajosamente la plaza y la sirve de ciudadela. Un cabrero advirtió por casualidad lo que pasaba, y dando cuenta á la junta, unos acuden prontamente á Cesbedio, otros á los cuerpos de guardia, y el pueblo ciego de cólera á la casa de Logbasis; donde descubierta la traición, parte suben al tejado, parte fuerzan las puertas del vestíbulo, y degüellan á Logbasis, sus hijos y todos los demás que estaban dentro. Después publicaron libertad para los esclavos, y repartieron sus fuerzas para ir á defender los puestos ventajosos. Garsieris, luego que vió á los sitiados apoderados de Cesbedio, no prosiguió adelante. Aqueo tentó romper las puertas de la ciudad; pero con una salida que hicieron los cercados, le mataron setecientos hombres, é hicieron á los demás desistir del empeño; con lo

cual Aqueo y Garsieris tuvieron que retirarse á su propio campo. Los Selgenses, recelosos de alguna otra sedición intestina y del poder enemigo que tenían sobre sí, despacharon los ancianos de la ciudad con señales de paz para ajustar un convenio. En efecto, se concluyó la guerra con estas condiciones: *que pagarían de contado cuatrocientos talentos, restituirían á los Pedneliseos sus prisioneros, y pasado algún tiempo, añadirían á la suma otros trescientos talentos.* De este modo los Selgenses libertaron con su valor la patria del peligro en que la había puesto la maldad de Logbasis, sin deslucir la nobleza y parentesco que tenían con los Lacedemonios.

Aqueo, después de haber reducido á Miliada y la mayor parte de la Panfilia, levantó el campo y marchó á Sardes, donde mantuvo una guerra continua con Attalo, amenazó á Prusias, y se hizo temer y respetar de todos los pueblos de esta parte del monte Tauro. Mientras que Aqueo estaba ocupado en la expedición contra los Selgenses, Attalo con un cuerpo de Gálatas Tectosages corría las ciudades de la Eólide y todos los pueblos inmediatos que por temor se habían puesto antes bajo la obediencia de Aqueo. La mayor parte de éstas se le rindieron voluntariamente y con gusto; pero algunas esperaron á la fuerza para entregarse. Entre las que se le rindieron de grado, fueron las primeras Cumas, Smirna y Focea. *Ægea* y *Temnita*, temiendo que viniese sobre ellas, siguieron después el mismo ejemplo. Los *Teios* y *Colofonios* le enviaron embajadores para ofrecerle sus personas y ciudades. Attalo los recibió á su amistad bajo los mismos pactos que anteriormente, y les exigió rehenes; pero á los diputados de Smirna los trató con particular agasajo, por haber excedido á todos en la fidelidad que le guardaron. Continuó después su camino, y

atravesado el río Lico, entró por los pueblos de la Misia. De aquí vino á Carsea, á cuya guarnición, así como á la de Didma, aterró tanto su llegada, que Temístocles, á quien Aqueo había dejado por gobernador de estos puestos, le entregó ambas á dos fortalezas. Por último, entró talando los campos de Apia, y superado el monte Pelecante, sentó su campo á las márgenes del Megisto.

Durante su mansión en este sitio, acaeció un eclipse de luna, y los Gálatas que ya sufrían con impaciencia las molestias del camino, como que hacían la guerra seguidos de sus mujeres é hijos conducidos en carros, se valieron de este agüero para no querer pasar adelante. Attalo no había sacado de ellos servicio alguno importante; pero el marchar separados, el campar aparte, su total inobediencia, y su mucha altanería, le pusieron en grande embarazo. Por un lado temía que, inclinándose al partido de Aqueo, no perjudicasen sus intereses; por otro recelaba cobrar mala fama si, cogidas como en una red, pasaba á cuchillo aquellas gentes que solo por afecto habían pasado con él al Asia. Por eso valiéndose del pretexto que la ocasión le presentaba, les prometió por el pronto que los restituiría á donde los había sacado, que los asignaría terreno cómodo para establecerse, y para adelante que les concedería cuantas solicitudes estuviesen en su mano, si fuesen justas. De este modo restituyó estos Tectosages al Helesponto, y tratados con agasajo los Lampsacenos, Alejandrinos é Ilienses, porque le habían sido fieles, se retiró después á Pérsgamo con su ejército.

CAPITULO XXI.

Número de tropas de Antioco y de Ptolomeo.—Arrojo de Teodoto contra la vida de este príncipe.—Formación de uno y otro ejército.

A la entrada de la primavera (218 años antes de J. C.), Antioco y Ptolomeo tenían ya hechas todas sus prevenciones para decidir la guerra al trance de una batalla. Ptolomeo partió de Alejandría con setenta mil infantes, cinco mil caballos y setenta y tres elefantes. Antioco, con la noticia de que el enemigo se acercaba, juntó su ejército, en el que había cinco mil hombres armados á la ligera, Dqaos, Carmanios y Cilices, cuya inspección y mando tenía Bittaco el Macedonio; veinte mil escogidos de todo el reino, armados á la manera macedonia, los más con broqueles de plata, mandados por Teodoto el Etolio, aquel que había desertado de Ptolomeo; veinte mil de que se componía la falange, que conducía Nicarco y Teodoto el Hemiolio; dos mil flecheros y honderos Agrianos y Persas; mil Traces que mandaba Menedemo el Alabandense; cinco mil Medos, Cisios, Caddusios y Carmanios, que obedecían á Aspasio el Medo; diez mil hombres de Arabia y otros países vecinos, á las órdenes de Zabdifilo; cinco mil Griegos mercenarios bajo las órdenes de Hippoloco de Tesalia; mil y quinientos Cretenses bajo Euriloco; mil Neocretas, y quinientos flecheros de Lidia, mandados todos por Zeles de Gortinia; y mil Cardaces gobernados por Lisímaco el Gálata. La caballería consistía en seis mil caballos, mandados por Antípatro sobrino del Rey, y los restantes por Temesión; de suerte que todas las fuerzas

de Antíoco ascendían á sesenta y dos mil infantes, seis mil caballos, y ciento dos elefantes.

Ptolomeo marchó primero á Pelusio y sentó su campo en esta ciudad. Aquí aguardó á los que venían detrás, y distribuídos víveres al ejército por la escasez y falta de agua que había en aquellos países, prosiguió su marcha lo largo del monte Casio y lo que llaman los Abismos. Luego que llegó á Gaza esperó el resto del ejército, y prosiguió adelante á lento paso. Al quinto día llegó á donde se había propuesto, y campó á cincuenta estadios de distancia de Rafia, la primera ciudad de la Cæle-Siria que se encuentra saliendo de Egipto, después de Rinocorura. Al mismo tiempo Antíoco, habiendo pasado de parte allá de esta ciudad, vino de noche con su ejército á acamparse á diez estadios del enemigo: esta fué la primera distancia que hubo entre los dos campamentos. Pocos días después, con el fin de mudar otro terreno más ventajoso, y al mismo tiempo infundir aliento á sus soldados, se atrincheró á vista de Ptolomeo, á distancia sólo de cinco estadios. Entonces ya fueron frecuentes las refriegas de los forrajeadores y de los que salían al agua; como también comunes las escaramuzas, ya de caballería, ya de infantería, que se originaron entre los dos campos.

Por este tiempo Teodoto emprendió una hazaña propia de un Etolio, y por lo mismo de mucho valor. Bien enterado de la manera y método de vida de Ptolomeo, como que había vivido mucho tiempo en su palacio, entró al amanecer acompañado de otros dos en el real de los enemigos. Como era de noche, no se le conoció por el rostro; y como había diversidad de trajes en el campo, tampoco se hizo reparo en el vestido y demás compostura. Marchó resuelto á la tienda del Rey, cuyo sitio tenía observado, con motivo de haber sido allí

cerca las escaramuzas de los días anteriores. En efecto, después de haber pasado por todas las primeras guardias sin ser conocido, entra en la tienda donde acostumbraba el Rey cenar y dar audiencia, registra todos los rincones, no le halla por haber dado la casualidad de estar descansando en otra diferente, cose á puñaladas á dos que estaban durmiendo, mata á Andreas su médico, y se retira á su campo sin más estorbo que el de haberse conmovido un poco la gente cuando ya iba á salir del real enemigo. Por el valor hubiera conseguido sin duda su designio; pero le faltó la prudencia, por no haber examinado bien dónde acostumbraba descansar Ptolomeo.

Después de haber estado al frente los dos Reyes cinco días, resolvieron uno y otro que las armas decidiesen el asunto. Lo mismo fué comenzar Ptolomeo á mover sus tropas del campamento, que al instante sacar Antíoco las suyas. Ambos formaron sus respectivas falanges y la flor de las tropas armadas á la Macedónica, al frente unas de otras. En cuanto á las alas, Ptolomeo las ordenó de este modo: Policrates con la caballería de su mando ocupaba la izquierda; entremedias de éste y la falange estaban los Creteneses al lado de la misma caballería; seguíanse las guardias del Rey; después los rodeleros al mando de Sócrates, y pegados á éstos los Africanos armados á la Macedónica. En la derecha estaba Equecrates de Tesalia con la caballería de su mando, á la izquierda de éste estaban formados los Gálatas y los Traces, después los mercenarios de Grecia conducidos por Foxidas, que tocaban con la falange Egipciaca. De los elefantes cuarenta estaban situados sobre el ala izquierda, donde Ptolomeo en persona había de pelear; y treinta y tres cubrían la derecha, delante de la caballería extranjera.

Antíoco puso sesenta elefantes, que mandaba Filipo, su hermano de leche, al frente de la ala derecha, en donde él había de pelear con Ptolomeo. Detrás de éstos situó dos mil caballos mandados por Antípatro, y otros dos mil que formó á manera de media luna. Inmediatos á la caballería colocó de frente á los Cretenses, después ordenó los extranjeros de Grecia, y entre éstos y los armados á la Macedónica entrometió los cinco mil que mandaba Bittaco el Macedonio. El ala izquierda la cubrió con dos mil caballos que mandaba Temisón; á su lado estaban los flecheros Cardaces y Lidios; después tres mil infantes á la ligera conducidos por Menedemo; sucesivamente los Cisios, Medos y Carmanios; é inmediato á éstos los Arabes y sus vecinos que tocaban con la falange. Los restantes elefantes los situó sobre el ala izquierda, á las órdenes de un joven llamado Myisco, paje del Rey.

CAPÍTULO XXII.

Batalla de Raña.—Victoria por Ptolomeo. — Tregua entre éste y Antíoco.

Formados en batalla de este modo los ejércitos (218 años antes de J. C.), ambos Reyes acompañados de sus generales y amigos se presentaron al frente de las líneas para exhortar los soldados. El mayor empeño de uno y otro era alentar sus respectivas falanges, como que en estas tropas fundaba cada uno sus principales esperanzas. Andrómaco, Sosibio y Arsinoe hermana del Rey, como jefes, animaban también la falange de Ptolomeo; y Teodoto y Nicarco por su parte hacían lo mismo con la de Antíoco. Las arengas

de una y otra parte se redujeron á lo mismo. Pues como ninguno de estos Príncipes tenía ejemplo peculiar ilustre ó memorable que proponer á sus soldados, porque ambos acababan de subir al trono, sólo se valieron de acordarles la gloria y hechos de sus mayores, para excitar en ellos el espíritu y ardimiento. Y así rogaron y exhortaron que se portasen con valor y esfuerzo en la ocasión presente, y para esto ofrecieron principalmente premios en particular á todos los oficiales, y en general á todos los soldados que habían de pelear. A esto ó cosa semejante se redujo lo que dijeron los Reyes, ya por sí, ya por sus intérpretes.

Después que Ptolomeo con su hermana estuvo de vuelta en el ala izquierda de toda su formación, y Antíoco acompañado de sus guardias en su derecha, se dió la señal de acometer, y los elefantes principiaron la acción. Algunos de los de Ptolomeo hicieron resistencia á los de Antíoco; sobre cuyas torres era de ver el vivo choque de los combatientes, disparando lanzas, é hiriéndose mutuamente tan de cerca. Pero aun admiraba más ver batirse y herirse de frente los mismos elefantes; porque el reñir de estos animales es de este modo: se enredan, se tiran dentelladas haciendo hincapié con todas fuerzas por no perder el terreno, hasta que el más poderoso aparta á un lado la trompa de su antagonista. Una vez esta torcida, le coge por el flanco, y le hiere á mordiscos, al modo que hacen los toros con las astas. La mayor parte de los elefantes de Ptolomeo temieron el combate. Esto es muy ordinario en los elefantes de África. Á mi entender, consiste en que no pueden sufrir el olfato y bramido de los de la India, y espantados de su magnitud y fuerza, echan á huir antes que aquéllos se acerquen, como en efecto sucedió entonces. Porque alborotadas

las bestias, desordenaron las líneas que tenían al frente, y oprimiendo á la guardia real de Ptolomeo, la hicieron volver la espalda. Antíoco entonces pasó de parte allá de las bestias, y atacó la caballería que mandaba Polícrates. Al mismo tiempo los extranjeros Griegos que estaban cerca de la falange, invadieron por entremedias de los elefantes los rodeleros de Ptolomeo, cuyas líneas habían ya confundido sus bestias. De este modo fué forzada y puesta en huída toda el ala izquierda de Ptolomeo.

Equeratrés, que mandaba la derecha, al principio estuvo esperando el éxito de esta contienda. Pero luego que vió que el polvo iba á parar á los suyos, y que sus elefantes no osaban acercarse á los contrarios, manda á Foxidas, comandante de los Griegos mercenarios, que ataque á los que tenía al frente: él, mientras, hace desfilir por la punta del ala su caballería y la que estaba detrás de los elefantes, con cuya maniobra evita la impresión de las fieras; y cargando por la espalda y en flanco sobre la caballería enemiga, la derrota en un instante. Lo mismo hizo Foxidas y los que estaban á su lado. Dieron sobre los Árabes y Medos y los forzaron á tomar una fuga precipitada; de suerte que Antíoco venció en el ala derecha, y quedó vencido en la izquierda.

Ya no quedaban intactas más que las dos falanges, que desnudas de sus respectivas alas subsistían en medio del llano, fluctuando entre el temor y la esperanza. Mientras que Antíoco proseguía la victoria en el ala derecha, Ptolomeo, que se había refugiado á su falange, se presenta en medio, se deja ver de los dos ejércitos, con lo que aterra á los contrarios é infunde ardor y espíritu á los suyos. A su ejemplo Andrómaco y Sosibio ponen en ristre sus lanzas y marchan al enemigo. La flor de las tropas de Siria sostuvo el cho-

que por algún tiempo, pero las que mandaba Nicarco cedieron y se retiraron. Entretanto Antíoco, como jóven y poco experimentado juzgando del resto de su ejército por la ventaja que él habia logrado en el ala derecha, seguía el alcance de los que huían; hasta que un anciano le advirtió, aunque tarde, que reparase en que el polvo de la falange enemiga iba á parar á su propio campo. Entonces, conociendo el hierro, acudió prontamente con sus guardias al campo de batalla; pero hallando á los suyos que habían tomado la huída, se retiró él también á Rafia, con el consuelo de haber vencido por su parte, y en la inteligencia de que si le habia desmentido lo demás de la acción habia sido por la flojedad y timidez de los otros oficiales.

Después que la falange decidió la batalla, y la caballería del ala derecha unida á los extranjeros mató gran número de enemigos en el alcance, Ptolomeo se retiró á pasar la noche al campamento que antes tenía. Al día siguiente, después de recogidos y enterrados sus muertos, y despojados los de los enemigos, levantó el real y avanzó hacia Rafia. El primer pensamiento de Antíoco después de la derrota fué reunir todos los cuerpos de tropas que venían huyendo, y acamparse fuera de la ciudad; pero como la mayor parte de gentes se habia metido dentro, se vió forzado también á retirarse. Salió después al amanecer con las reliquias de su ejército y se encaminó á Gaza, donde se acampó; y alcanzada licencia de Ptolomeo para el recobro de sus muertos, les hizo los últimos honores. Ascendían éstos por parte de Antíoco á pocos menos de diez mil infantes, más de trescientos caballos, más de cuatro mil prisioneros, tres elefantes que quedaron sobre el campo, y dos que murieron después de sus heridas. De parte de Ptolomeo se redujo

la pérdida á mil y quinientos infantes, setecientos caballos, diez y seis elefantes muertos, y casi todos los demás tomados. Este fué el éxito de la batalla de Rafia, que se dió entre los dos Reyes con objeto de la Cæle-Siria.

Antíoco, después de sepultados los muertos, se retiró á su reino con el ejército. Ptolomeo tomó sin oposición á Rafia y otras ciudades, esmerándose á porfía sus ayuntamientos sobre cuál volvería primero á su poder y pasaría más pronto á su dominio. Cosa muy ordinaria entre los hombres acomodarse al tiempo en semejantes revoluciones; pero sobre todo los pueblos de la Cæle-Siria son muy inclinados y dados á este género de obsequios. En esta ocasión no hay que extrañar usasen de esta política, pues les guiaba el afecto que profesaban de antemano á los reyes de Egipto; porque en todo tiempo estos pueblos han tenido cada vez más veneración por esta casa. Así fué que no omitieron especie de agasajo para captar la voluntad de Ptolomeo: coronas, sacrificios, altares y todo género de cultos se tributaron en su obsequio.

Antíoco, luego que llegó á la ciudad que lleva su nombre, despachó sin dilación á Antípatro, su sobrino, y Teodoto Hemiolio por embajadores á Ptolomeo para tratar de paz y alianza. Temía la invasión del enemigo; desconfiaba de sus pueblos después de la derrota que acababa de sufrir, y recelaba que Aqueo no se aprovechase de la ocasión. Con nada de esto echaba cuentas Ptolomeo. Alegre con la extraordinaria victoria que había alcanzado, y sobre todo con la inesperada conquista de la Cæle-Siria, no tan sólo no aborrecía el repose, sino que lo amaba más de lo que convenía, arrastrado de la vida afeminada y voluptuosa que siempre había tenido. Y así no bien hubo llegado Antípatro, cuando hechas algunas amenazas

y dadas unas leves quejas de los procederes de Antíoco, le concedió treguas por un año, y envió á Sosibio para ratificar el tratado. Él permaneció tres meses en la Siria y Fenicia para restablecer la quietud de las ciudades; pasados los cuales, dejó á Andrómaco el Aspendio por gobernador de estos países, y levantó el campo con su hermana y confidentes para Alejandría, causando admiración á sus vasallos que, atento su modo de vivir, hubiese puesto á la guerra fin tan dichoso. Concluído el tratado con Sosibio, Antíoco volvió á su primer propósito, y se previno para la guerra contra Aqueo. Tal era el estado de los negocios de Asia.

CAPÍTULO XXIII.

Donativos que los reyes y potentados hicieron á los Rodios con motivo de un terremoto que sufrieron.

Por este mismo tiempo los Rodios, con motivo de haber sufrido poco antes un terremoto que había arruinado su gran Coloso y la mayor parte de sus muros y arsenales, se supieron manejar con tal arte y prudencia en el desastre, que en vez de perjuicio les sirvió de provecho el accidente. Tanta es la diferencia que hacen los hombres de la necesidad y desidia á la actividad y prudencia, bien sea en los asuntos privados, bien en los públicos. Con aquellos vicios, las dichas se nos convierten en infortunios; y con estas virtudes, sacamos partido aun de las desgracias. En efecto, los Rodios tuvieron tal conducta en la exagerada y lastimosa pintura que hicieron de su desastre; se portaron con tanta majestad y entereza, bien

fuese en las conferencias públicas de sus embajadores, bien en las conversaciones privadas; y supieron interesar de tal modo á las ciudades, y sobre todo á los reyes, que no sólo recibieron magníficos presentes, sino que quedaron reconocidos los mismos que los hicieron.

Hierón y Gelón les dieron setenta y cinco talentos de plata, parte de contado, parte dentro de un breve plazo, para el gasto de aceite que se hacían en las luchas de los atletas; calderos de plata con sus pies, algunos cántaros, diez talentos para los sacrificios, otros tantos para fomento de la población; de suerte que todo el donativo ascendía á cien talentos. Eximieron de impuestos á todos los que navegasen á Rodas, y les enviaron cincuenta catapultas de tres codos. Por último, después de tan magnífico presente, como si fuesen deudores del beneficio, levantaron dos estatuas en la plaza pública, que representaban al pueblo de Rodas coronado por el de Siracusa.

Ptolomeo les prometió trescientos talentos de plata, un millón de medidas de trigo, madera de construcción para diez navíos de cinco órdenes y otros tantos de á tres, cuarenta mil codos de vigas de pino cuadradas, mil talentos de monedas de bronce, tres mil de estopa, tres mil velas y mástiles de navío, tres mil talentos para reedificar el Coloso, cien arquitectos, trescientos cincuenta artesanos, catorce talentos anuales para su manutención, doce mil artabas de trigo para juegos y sacrificios, y veinte mil para la provisión de diez trirremes. La mayor parte de estas cosas fueron dadas de contado, y la tercera parte de todo el dinero.

Igualmente Antígono les dió diez mil vigas desde diez y seis codos hasta ocho para cuñas y estacas, cinco mil tablas de siete codos, tres mil talentos de

hierro, mil de pez, mil metretas de resina por cocer, y cien talentos de plata. Criseis, su mujer, les hizo un presente de cien mil medidas de trigo y tres mil talentos de plomo.

Seleuco, padre de Antíoco, á más de haber eximido de tributo á todo Rodio que arribase á sus puertos, y á más de haberles provisto de diez navíos de cinco órdenes y de doscientas mil medidas de granos, les regaló diez mil codos de madera y mil talentos en resina y pelo.

Iguales donativos les hicieron Prusias, Mithrídates y todos los potentados que á la sazón había en el Asia, como el de Lisania, Olímpico y Limnaio. Son innumerables las ciudades que contribuyeron á su alivio, según sus facultades. De suerte que si se considera el tiempo desde que esta ciudad comenzó á ser restaurada y poblada, causará grande admiración que en tan corto espacio hayan tomado tal ascendente las fortunas de sus ciudadanos y los edificios públicos de la ciudad; pero si se atiende á su bella situación, á lo mucho que le entra de fuera y al conjunto de comodidades que logra, lejos de admirarse, se hallará que está menos floreciente de lo que debía.

Hemos apuntado estas liberalidades, en primer lugar, para hacer ver el celo de los Rodios por su República, digno por cierto de emulación y aplauso; y en segundo, para mostrar la mezquindad de los reyes de hoy día y lo poco que reciben de ellos las ciudades y pueblos. De este modo, los reyes no se presumirán que han hecho alguna gran cosa con derramar cuatro ó cinco talentos, ni pretenderán de los Griegos igual reconocimiento y honor al que tributaron á sus predecesores. Igualmente las ciudades griegas, teniendo á la vista las inmensas generosidades que en otro tiempo recibieron, no se equivocarán en dispen-

sar los más sublimes honores por mercedes tan despreciables como las que hoy día se acostumbran; antes bien, acordándose del grande exceso que hay de un Griego á los demás hombres, sabrán dar á cada gracia su justo precio. Pero ahora volvamos á continuar el hilo, desde donde nos separamos de la guerra de los aliados.

CAPITULO XXIV.

Prevencciones de Arato para la guerra. - Irrupción de Licurgo y Pirrias por la Messenia, sin efecto. - Disputas de los Megalopolitanos sosegadas por Arato. - Derrota de los Eleos por Lico, propretor de los Aqueos.

Ya había comenzado el verano, Agetas mandaba á los Etolios, y Arato obtenía la pretura de los Aqueos, cuando Licurgo el Espartano volvió de la Etolia á su patria (218 años antes de J. C.). Los Eforos le habían enviado á llamar, desengañados de la falsa acusación que había dado motivo á su destierro. Este, pues, había tratado con Pirrias el Etolio, pretor que era á la sazón de los Eleos, de hacer una irrupción en la Messenia. Arato había encontrado corrompida la tropa extranjera de los Aqueos, y hallado las ciudades con pocas disposiciones de contribuir á sus gastos. La causa de esto era la malicia é indolencia con que Eperato, su predecesor, había manejado los asuntos públicos. No obstante estos atrasos, convocó los Aqueos, consiguió un decreto para remedio de estos males, y pensó con actividad sobre las disposiciones de la guerra. Ve aquí lo que contenía el decreto de los Aqueos: que se mantendrían ocho mil infantes de tropa extranjera y quinientos caballos, y que se levantarían

en la Acaia tres mil hombres de á pie y trescientos caballos, entre los cuales habría quinientos infantes Megalopolitanos con escudos de bronce, cincuenta caballos y otros tantos Argivos. Se ordenó también que cruzasen tres navíos hacia Acta y el golfo de Argos, y otros tres por las costas de Patras, Dima y mares vecinos.

Mientras que Arato se ocupaba en hacer estos preparativos, Licurgo y Pirrias, convenidos ambos en salir á campaña á un mismo tiempo, avanzaron hacia la Messenia. El pretor Aqueo, que penetró su designio, acudió con los mercenarios y un cuerpo de tropa escogida á Megalópolis, para socorrer á los Messenios. Licurgo, apenas salió de Esparta, tomó por traición á Calamas, castillo de la Messenia, y marchó después con diligencia á incorporarse con los Etolios. Pero Pirrias, que había partido de la Elida con muy poca gente, tuvo que volver atrás por el obstáculo que halló en los Ciparisseos, á la entrada de la Messenia. De suerte que Licurgo, imposibilitado de unirse con Pirrias, y sin fuerzas para obrar por sí solo, después de hechas algunas pequeñas correrías para subvenir á las necesidades del ejército, se volvió á Esparta sin haber hecho cosa de provecho. Frustrados los designios de los enemigos, Arato, como prudente y pródigo en lo porvenir, persuadió á Taurión y á los Messenios á que cada uno por su parte levantase cincuenta caballos y quinientos infantes. Su mira era guarnecer con esta gente á Messenia, Megalópolis, Tegea y Argos, países que, limítrofes de la Laconia, estaban más expuestos que el resto del Peloponeso á las incursiones de los Lacedemonios, y cubrir él con la flor de Acaia y los mercenarios las fronteras de esta provincia que miran á la Elea y á la Etolia.

Arreglados estos asuntos, Arato, atento al decreto

de los Aqueos, reconcilió entre sí á los Megalopolitanos, que echados recientemente de su patria por Cleomenes, y arruinados por el pie, como se suele decir, necesitaban de muchas cosas y estaban escasos de todas. Como siempre los espíritus estaban en las mismas disposiciones, siempre se hallaba imposibilidad para contribuir á los gastos, ya públicos, ya privados. Todo era contestaciones, todo disputas y todo rencor de unos á otros, como de ordinario sucede, tanto en las repúblicas como entre los particulares, cuando faltan los medios para completar los designios. El primer motivo de disensión era sobre el restablecimiento de los muros. Decían unos que se debía estrechar la ciudad y reducir sus muros á tal extensión que fuese asequible la empresa y la posibilidad de defenderla en caso de ataque; pues si ahora se había perdido, había sido por su magnitud y despoblación. A más de esto pedían que los propietarios contribuyesen con el tercio de sus fondos para aumentar el número de moradores. Los del bando opuesto ni podían sufrir que se estrechase la ciudad, ni consentían en la contribución del tercio de sus posesiones. El segundo y principal objeto de división eran las leyes que les había dado Pritanis, personaje ilustre entre los Peripatéticos, y de esta secta, á quien Antígono había enviado por su legislador. En medio de tales desavenencias, Arato hizo todos los esfuerzos posibles para sosegar la contienda, y consiguió al cabo cortar las disputas. Las condiciones de esta concordia fueron grabadas sobre una columna que se puso junto al altar de Vesta en Omario.

Después de esta reconciliación, Arato levantó el campo, vino á la asamblea de los Aqueos y dió el mando de los extranjeros á Lico de Faros, por ser éste á la sazón propretor del territorio asignado á su

patria. Los Eleos, disgustados con Pirrias, volvieron á pedir á los Etolios por pretor á Euripidas. Este esperó á que llegase la asamblea de los Aqueos, y poniéndose en campaña á la cabeza de sesenta caballos y dos mil infantes, atravesó los campos de Faros, corrió talando el país hasta Ægea, y hecho un rico botín, se retiró á Leoncio. Lico, con esta noticia, marchó al socorro con diligencia. Encuentra al enemigo, le ataca de repente, mata cuatrocientos y hace doscientos prisioneros, entre los cuales los más ilustres eran Fissias, Antanor, Clearco, Androloco, Evanoridas, Aristogitón, Nicasippo y Aspasio. Las armas y el equipaje quedó todo por el vencedor. Por el mismo tiempo el almirante Aqueo, haciéndose á la vela para Molicria, trajo consigo pocos menos de cien prisioneros, y volviendo á salir, se encaminó á Calcea, donde, vencida la oposición de los moradores, apresó dos navíos largos con sus tripulaciones, y cogió un bergantín etolio junto á Río, con todo el equipaje. De suerte que la concurrencia por mar y tierra á un tiempo de despojos, y la abundancia de dinero y provisiones que éstos rindieron, dió confianza á los soldados aqueos de recobrar sus pagas, y á las ciudades esperanza de que no serían cargadas en adelante con impuestos.

CAPÍTULO XXV.

Varios acontecimientos de la guerra de los aliados.—Toma de Bilazora por Filipo.—Escalada de Melitea malograda.—Reflexiones sobre este punto.

Entre tanto Scerdilaidas (218 años antes de J. C.), creyéndose ofendido de Filipo por no haberle satisfecho aún cierta suma de dinero en que estaban con-

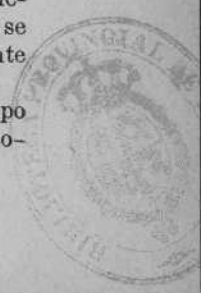
venidos por un tratado, destacó quince bergantines con ánimo de hacerse cobro fraudulentamente de este débito. En efecto, habiendo arribado á Leucades estos buques, fueron recibidos como amigos, en virtud de la alianza que mediaba, y aunque no se propusieron á hacer daño alguno, ni pudieron, no obstante atacaron contra la fe de los tratados á Agatino y Cassandro, Corintios que habían llegado y fondeado allí como amigos con cuatro navíos de Taurión; y apresados ellos y sus buques, los remitieron á Scerdilaidas. De aquí se hicieron á la vela, y tomando el rumbo hacia Malea, saquearon sus comerciantes y los forzaron á tomar tierra. Con motivo de acercarse la siega, y no cuidar Taurión de custodiar las mencionadas ciudades, Arato se propuso cubrir con sus tropas escogidas la recolección de granos de los Argivos. Euripidas, por su parte, salió á campaña á la cabeza de los Etolios, con ánimo de talar el país de los Tritaios. Pero Lico y Demodoco, comandantes de la caballería aquea, con la noticia que tuvieron de que los Etolios habían salido de la Elida, juntaron los Dimeos, Patrenses, Fareos, y unidos á éstos los extranjeros, hicieron una irrupción en Elea. Llegado que hubieron á Fixio, destacaron la infantería ligera y la caballería á talar la campaña, y dejaron emboscados alrededor de esta fortaleza los pesadamente armados. El pueblo eleo salió al encuentro de los que saqueaban el país, y siguió el alcance de los que se retiraban. Entonces Lico sale de la emboscada, ataca á los que encuentra, y los Eleos, sin poder sostener el ímpetu, vuelven la espalda al primer choque, quedan doscientos sobre el campo, ochenta hechos prisioneros, y los Aqueos sacan impunemente el botín que habían cogido. Al mismo tiempo el almirante aqueo, hechos varios desembarcos en las costas de

Calidonia y Naupacta, arrasó el país, venció dos veces la oposición de sus naturales, y trajo prisionero á Cleoncio de Naupacta, quien por ser huésped público de los Aqueos no fué vendido al instante, sino remitido poco después sin rescate.

Hacia este mismo tiempo el pretor Agetas alistó todo el pueblo etolio, y después de haber saqueado el país de los Acarnanios, y haber talado impunemente todo el Epiro, se retiró á su patria y despidió los Etolios á sus ciudades. Los Acarnanios en despique invadieron las tierras de Strato; pero poseídos de un terror pánico se retiraron vergonzosamente, aunque sin pérdida, porque los Stratenses no se atrevieron á perseguirles, temiendo que el retiro no encubriese alguna emboscada.

En Fanote hubo una traición simulada, que pasó de este modo. Alejandro, gobernador por Filipo de la Focida, armó un engaño á los Etolios, por medio de un cierto Jasón, su lugarteniente en la ciudad de Fanote. Este despachó un correo á Agetas, pretor de los Etolios, ofreciéndole que le entregaría la ciudadela de Fanote. Ajustado el convenio con los juramentos ordinarios, Agetas viene al día señalado con sus Etolios durante la noche, destaca cien hombres escogidos y esforzados á la ciudadela, y él se queda encubierto con el resto á cierta distancia. Jasón confiado en que Alejandro tenía puestas sobre las armas sus tropas dentro de la ciudad, recibe los cien Etolios en la ciudadela, según había jurado. No bien éstos habían entrado, cuando Alejandro los atacó y cogió prisioneros. Venido el día, Agetas conoció lo que pasaba, y se retiró á su patria, cogido en un lazo poco desemejante de los que él había echado tantas veces.

Mientras que esto pasaba en Grecia, el rey Filipo tomó á Bilazora, ciudad la más importante de la Peo-



nia, y situada ventajosamente para contener las correrías desde la Dardania á la Macedonia. Con esta conquista ya casi no tenía que temer de parte de los Dardanos; pues no les era fácil atacar la Macedonia, siendo él señor de la entrada con la toma de esta plaza. Puesta en ella una buena guarnición, envió á Crisógono con diligencia á levantar tropas en la alta Macedonia, mientras que él, con las que había recogido de la Bottia y de la Anfajitida, iba marchando á Edesa. Incorporado aquí con la gente que había conducido Crisógono, echó á andar con todo el ejército, y se dejó ver al sexto día delante de Larissa. Continuó su marcha sin descansar día y noche, y al amanecer llegó á Melitea, á cuyos muros tentó aplicar las escalas. Los Melitenses se sobresaltaron tanto con un ataque tan repentino y extraordinario, que pudiera haber tomado con facilidad la ciudad; pero por ser las escalas mucho más cortas que lo que pedía la urgencia, se le frustró el golpe.

Ve aquí casos en donde no se puede menos de culpar á los generales. En efecto, ¿no se increpará la temeridad de ciertos comandantes, que sin haber tomado precaución alguna, sin haber medido los muros, sin haber reconocido la altura de los precipicios y otros lugares semejantes, por donde piensan hacer sus aproches, se presentan inconsiderados á tomar una plaza? ¿Y no son reos de un justo vituperio, si después de haber tomado por sí mismos las medidas, encargan luego sin más reflexión al primero que se presenta la construcción de las escalas y otras semejantes máquinas, cuyo trabajo, aunque de corta consideración, es de suma importancia en el lance? Esta es una clase de empresas donde no hay parvidad en las omisiones. Descuidarse y seguirse el castigo, todo es uno, y esto de muchos modos. Porque si se ejecuta

la acción, expone al peligro sus más valientes soldados; y si se retira, incurre en otro mayor, que es el desprecio del enemigo. Esto se justifica con infinitos ejemplos. Pues se hallará que entre aquellos á quienes se han malogrado semejantes empresas, más son los que han quedado en la estacada, ó han estado á pique de perder la vida, que los que han escapado sin lesión. A más de que éstos se adquieren para adelante una general desconfianza y aborrecimiento, van anunciando á todos la precaución, y llevan en cierto modo un sobrescrito de cautela y reserva que habla con todos, tanto los que presenciaron el lance, como los que después le oyeron. Convengamos, pues, en que los que están á la cabeza de los negocios no deben emprender semejantes designios sin una premeditación escrupulosa. El modo de medir las escalas y fabricar otros instrumentos de guerra es muy fácil y seguro si se tiene principios. Pero sobre esta materia se nos ofrecerá ocasión y tiempo más oportuno en el discurso de la obra, en que haremos ver cómo se ha de evitar todo error en las escaladas. Ahora volvamos á continuar la narración.

CAPÍTULO XXVI.

Sitio y toma de Tebas por Filipo.—Demétrio de Faros sugiere al Rey que se ajuste con los Etolios y piense pasar á Italia.—Buena acogida que halla en Filipo este pensamiento.

Filipo, malograda esta empresa (218 años antes de Jesucristo), sentó su campo á las márgenes del Enipeo, á donde hizo venir de Larissa y de otras ciudades los aparatos de guerra que había hecho durante

el invierno para sitiar á Tebas en Phtiotida. Todo el objeto de su expedición era la toma de esta ciudad, situada no lejos del mar y á trescientos estadios de Larissa. Esta plaza está dominando por un lado la Magnesia y por otro la Tesalia; pero con especialidad aquella parte de la Magnesia que habitan los Demetrienses, y aquella otra de la Tesalia que ocupan los Farsalios y Feraios. Mientras los Etolios poseyeron esta, ciudad no cesaron con continuas correrías de causar grandes perjuicios á los Demetrienses, Farsalios y Larisseos. Pasaron muchas veces con sus talas hasta el campo Amirico. Por eso Filipo, atento á la importancia de la plaza, ponía todo su ahinco en tomarla por fuerza. Cuando ya tuvo juntos ciento y cincuenta catapultos y veinticinco pedreros, avanzó hacia Tebas, y dividido el ejército en tres trozos, ocupó los puestos circunvecinos. Situó el uno alrededor de Scopio, otro cerca de Heliotropio y el tercero campaba sobre un monte que domina la ciudad. Los espacios que mediaban entre los tres campos los ciñó con un foso y dos palizadas, y los fortificó de cien en cien pasos con torres de madera, donde puso la guarnición competente. A consecuencia de esto acopió en un sitio todas sus municiones, y comenzó á arrimar las máquinas contra la ciudadela.

En los tres primeros días, como hacía la plaza una generosa y obstinada resistencia, no se pudieron adelantar las obras. Pero después que las continuas escaramuzas y la muchedumbre de tiros acabó con una parte de la guarnición é inutilizó la otra, relajado algún tanto el valor de los sitiados, se aplicaron los Macedonios á las minas; y aunque tenían por contrario el terreno, la continuación hizo que al cabo de nueve días llegasen á los muros. Se turnó en los trabajos día y noche sin cesar, de suerte que en tres días

quedaron socavados y apuntalados doscientos pies de muro. Pero como estos puntales eran muy débiles para sostener tanto peso, el muro se vino á tierra antes que los Macedonios les pusiesen fuego. Se trabajó después con actividad en desembarazar la brecha y disponerla para el avance; pero cuando ya se iba á dar el asalto, consternados los sitiados, entregaron la ciudad. Filipo, puestas á cubierto la Magnesia y la Tesalia con esta conquista, privó á los Etolios de una gran ventaja é hizo ver á sus tropas la justa razón que había tenido para quitar la vida á Leoncio por haber dado antes tan mala cuenta de su persona en el cerco de Palea. Dueño de Tebas, puso en subasta los navales que tenía, la pobló de Macedonios, y en vez de Tebas la llamó Filippopolis.

Arreglado todo lo perteneciente á esta plaza, le vinieron segunda vez embajadores de Chío, Rozas Bizancio y del rey Ptolomeo, para tratar de paz. Filipo les respondió, como había hecho antes, que estaba pronto á ajustarla si iban primero á explorar las intenciones de los Etolios; pero interiormente cuidaba poco de convenirse y sólo pensaba en llevar adelante sus proyectos. Así fué que habiendo tenido noticia que la escuadra de Scerdilaidas pirateaba alrededor de Malea, que trataba á todos los comerciantes como enemigos, y que contra la fe de los tratados había apresado algunos de sus buques anclados en Leucades, equipó doce navíos con puente, ocho sin ella y treinta de dos órdenes y atravesó el Euripo. Su cuidado era sorprender á los Ilirios; pero todas sus miras iban dirigidas contra los Etolios, como que no sabía nada de lo acaecido en Italia. Pues no había pasado aún á la Grecia la noticia de que los Romanos habían sido derrotados en la Toscana por Annibal al tiempo mismo que él estaba sitiando á Tebas.

Filipo, no habiendo podido alcanzar los navíos de Scerdilaidas, dió fondo en Cencras. De allí destacó los navíos con puente, con orden de tomar el rumbo de Malea para venir á Egio y Patras, y mandó pasar los demás por el istmo del Peloponeso, para que todos anclasen en Lequeo. Él, acompañado de sus amigos, partió con diligencia á Argos para asistir á los juegos Nemeos. Aquí mientras que estaba viendo uno de los combates gímnicos, le llegó un correo de la Macedonia con la noticia de que los Romanos habían perdido una gran batalla y de que Annibal era dueño de todo el país abierto. El Rey mostró al momento la carta á solo Demetrio de Faros y le previno el secreto. Demetrio se valió de esta ocasión para aconsejarle á que dejase cuanto antes la guerra de la Etolia y pensase en llevar sus armas contra la Iliria, y de allí pasar á Italia. «La Grecia toda, decía, obedece ya ahora vuestras órdenes y las obedecerá en adelante; los Aqueos han entrado de voluntad en vuestros intereses; los Etolios entrarán de miedo con lo que han sufrido en la guerra presente; con que sólo el tránsito á Italia puede ser el principio para la Monarquía universal. El proyecto á nadie cuadra mejor que á vos, y la ocasión es ahora, que están arruinados los Romanos.»

Un discurso semejante no podía menos de inflamar el corazón de un rey joven, afortunado en sus empresas, intrépido en sumo grado y, sobre todo, descendiente de una casa que, con preferencia á otras, había ambicionado siempre el imperio del universo. En efecto, aunque por entonces no descubrió el contenido de la carta sino á Demetrio, juntó después sus confidentes y tuvo un consejo para ajustar la paz con los Etolios. Arato gustaba de que se compusiesen las cosas, en el concepto de que, superiores como eran

en la guerra, concluirían una paz ventajosa. Por eso el Rey, sin esperar á los embajadores con quienes había de tratar en general del convenio, despachó al instante á la Etolia á Cleónico de Naupacta, personaje que desde que había sido hecho prisionero estaba aguardando la asamblea de los Aqueos. Él mientras, tomando los navíos que tenía en Corinto y un ejército de tierra, marchó á Egio, donde, para no parecer que deseaba demasiado la conclusión de la guerra, se acercó á Lasió, tomó una torre situada sobre las ruinas de esta ciudad y aparentó querer atacar á Elea. Después de haber ido y venido Cleónico dos ó tres veces, los Etolios pidieron se les admitiese á una conferencia. Filipo consintió, y suspendidas todas las hostilidades, escribió á las ciudades aliadas, exhortándolas envasen sus diputados para que interviniesen y deliberasen en común sobre el tratado. Él pasó con el ejército á campar alrededor de Panormo, puerto del Peloponeso, frente por frente de Naupacta, donde aguardó á los plenipotenciarios de los aliados. Mientras éstos se juntaban, se hizo á la vela para Zacinto, y arreglado que hubo por sí mismo los asuntos de esta isla se tornó á Panormo.

CAPÍTULO XXVII.

Congreso de Naupacta, donde se ajusta la paz de los aliados.—
Discurso de Agelao para exhortarlos á la unión.

Luego que estuvieron juntos los plenipotenciarios (218 años antes de J. C.), Filipo envió á la Etolia á Arato y Taurión con algunos otros que los acompañasen. Estos llegaron allá á tiempo que toda la nación celebraba una asamblea en Naupacta. A las prime-

ras conferencias que tuvieron, advirtieron los deseos que todos tenían por la paz, y al instante volvieron á dar cuenta á Filipo de lo ocurrido. Los Etolios, con el anhelo de terminar la guerra, enviaron con estos sus embajadores á Filipo, suplicándole se viniese á Naupacta con sus tropas, para que tratados más de cerca los asuntos, se terminasen con más conveniencia. El Rey cedió á sus instancias, y pasó á la cabeza de su ejército á lo que llaman los valles de Naupacta, distantes veinte estadios de la ciudad. Aquí se acampó, levantó una trinchera alrededor de sus navios y campamento, y esperó el tiempo del congreso. Los Etolios acudieron todos sin armas, y separados dos estadios del campo de Filipo, trataban y conferenciaban sobre lo que ocurría. Lo primero que envió á decir el Rey á los diputados de los aliados, fué que ajustasen la paz con los Etolios, bajo la condición de que unos y otros retuviesen lo que al presente poseían. Esto lo aprobaron los Etolios. Sobre los demás artículos particulares hubo de una y otra parte frecuentes legaciones que omitimos, por no contener cosa que merezca la pena de contarse. Sólo haremos mención del discurso que tuvo Agelao de Naupacta en la primera sesión, á presencia del Rey y de los aliados que habían concurrido.

«Lo que más importa á la Grecia, dijo, es no tener guerras intestinas, y sería un gran favor de los Dioses, si con unos mismos sentimientos y agarrados de las manos como los que vadean los ríos, lográsemos rebatir los insultos de los bárbaros y conservar nuestras ciudades y personas. Pero ya que no se pueda cimentar esta concordia para siempre, á lo menos en las actuales circunstancias nos conviene conspirar y velar por la salud común, si echamos la vista sobre los formidables ejércitos é importancia de la guerra que se está haciendo al presente. Pues no habrá al-

guno, por medianamente instruído que se halle en la ciencia del gobierno, que no advierta que los vencedores, bien sean Cartagineses, bien Romanos, jamás se contendrán verosímilmente dentro de la Italia y la Sicilia, sino que extenderán y alargarán sus miras y fuerzas más allá de lo justo. Bajo este supuesto, á todos nos conviene estar atentos al peligro, pero sobre todo á vos, Filipo. El medio de estar á la mira es, si en vez de arruinar la Grecia y facilitar su conquista á los invasores, la miráis como á vuestro propio cuerpo, y tomáis á cargo la defensa de todas sus partes como miembros y pertenencias de vuestro reino. Si de este modo manejáis sus intereses, los Griegos os estarán afectos y os serán socios inviolables en vuestros designios; y los bárbaros, espantados de la fe que la Grecia os profesa, no podrán maquinár contra vuestro reino. No obstante, si os arrastra la ambición de mandar, volved los ojos al Occidente, y considerad la guerra que abrasa la Italia; que como espiéis con cuidado la ocasión, ella os abrirá camino para el imperio del universo, pensamiento nada extraño en las actuales circunstancias. Pero si tenéis alguna contestación ó guerra que hacer á los Griegos, os suplico la remitáis á otro tiempo más desocupado; y ahora anheléis sobre todo á que esté en vuestra mano la potestad de hacer la paz ó la guerra con ellos á vuestro antojo. Porque si permitís que la nube que ahora se descubre al Occidente venga á descargar sobre la Grecia, temo con sobrado fundamento que de tal modo nos corte la libertad de hacer treguas, tomar las armas y terminar las disputas que ahora tenemos, que tengamos que suplicar á los Dioses nos concedan la facultad de hacer la guerra á nuestro arbitrio, ajustar la paz entre nosotros, y en una palabra, ser árbitros de nuestras contestaciones.»

Este razonamiento de Ageiao inflamó á todos los aliados para la paz, pero especialmente á Filipo, á cuyo deseo, dispuesto de antemano [por las exhortaciones de Demetrio, fué más conforme el discurso. Y así, convenidos sobre los artículos particulares, se firmó el tratado y se retiró cada uno á su casa, llevando á su patria la paz en vez de la guerra. Todos estos acaecimientos, á saber, la batalla perdida por los Romanos en la Toscana, la de Antioco sobre la Cæle-Siria, y la paz de los Aqueos y Filipo con los Etolios acaecieron en el tercer año de la ciento cuarenta olimpiada. Esta fué la primera época, esta la primera asamblea en que los intereses de Italia y África se mezclaron con los de la Grecia. De aquí adelante, bien se hiciese la guerra, bien se ajustase la paz, ni Filipo ni los jefes de las repúblicas griegas reglaban sus asuntos con respecto solo á la Grecia, sino que todos tornaban sus miras á la Italia. Los insulares y los pueblos del Asia siguieron poco después el mismo ejemplo. Porque si tenían algún disgusto con Filipo ó alguna diferencia con Attalo, ya no acudían á Antioco y á Ptolomeo, ni miraban al Mediodía y Levante; volvían sí sus ojos al Occidente; y bien á Cartago, bien á Roma todos dirigían allá sus embajadas. Del mismo modo los Romanos, conociendo la audacia de Filipo, enviaban sus legados á la Grecia, por temor que en circunstancias tan calamitosas no se les añadiese este nuevo enemigo.

Pero puesto que hemos manifestado claramente, según ofrecimos al principio, el cuándo, cómo y con qué motivo los intereses de Grecia vinieron á mezclarse con los de Italia y África; y que consecutivamente hemos referido las acciones de los Griegos, hasta aquellos tiempos en que los Romanos perdieron la batalla de Cannas, época en que acaba la narración

de los hechos de Italia, será bien finalicemos igualmente este libro, una vez que lo hemos igualado con aquella data.

CAPÍTULO XXVIII.

Estado de todos los pueblos de Grecia y Asia.

Apenas dejaron las armas los Aqueos (217 años antes de J. C.), eligieron por pretor á Timoxeno, y restablecieron sus antiguos usos y costumbres. Igualmente las demás ciudades del Peloponeso entraron en el goce de sus haciendas, cultivaron sus campos, é instauraron sus sacrificios, juegos y demás ritos con que cada pueblo daba culto á sus Dioses; funciones todas que por la continuación de las guerras precedentes, casi las más habían sido olvidadas. Ciertamente yo no sé cómo los Peloponesios, inclinados por naturaleza más que otro pueblo á la vida quieta y sosegada, han gozado hasta ahora de este reposo menos que ninguno, antes bien, según Eurípides, han estado siempre *rodeados de trabajos y con las armas en la mano*. En mi concepto, es justo castigo; porque amantes por naturaleza del mando y de la libertad, viven en una continua guerra, por disputarse sin cesar la primacía. Los Atenienses al contrario, apenas se vieron libres del terror de la Macedonia, creyeron ya gozar de una libertad constante. Gobernados por Euriclidas y Mición, no se mezclaron en los asuntos de los demás Griegos. Siguiéron sí ciegamente la conducta é impulsos de sus dos magistrados: fueron pródigos en honrar á todos los reyes, y sobre todo á Ptolomeo; y no hubo especie de decreto ó encomio por que no pasasen, ajando

en cierto modo la decencia por indiscreción de sus dos jefes.

Poco después del tiempo en que vamos (217 años antes de J. C.), Ptolomeo tuvo que tomar las armas contra sus vasallos. Ciertamente que este rey, en el hecho de haber armado los Egipcios contra Antíoco, tomó por el pronto un arbitrio conveniente, pero para adelante le fué pernicioso. Porque ensoberbecidos con la victoria de Rafia, ya no se dignaban obedecer sus órdenes; al contrario, creyéndose capaces de hacerle resistencia, andaban buscando sólo una cabeza ó jefe para rebelarse, como en efecto hicieron poco adelante.

Antíoco, después de hechos grandes preparativos durante el invierno (217 años antes de J. C.), superó el monte Tauro á la entrada del estío, y asociado con el rey Attalo, emprendió la guerra contra Aqueo.

Los Etolios (217 años antes de J. C.), como que no les había salido la guerra conforme á sus ideas, al principio aprobaron la paz contraída con los Aqueos, y por eso eligieron por pretor á Agelao de Naupacta, atento á que había sido el autor principal del ajuste. Pero no se pasó mucho tiempo sin que se disgustasen y quejasen de su pretor, porque habiendo hecho la paz, no con un pueblo particular, sino con la Grecia toda, les había quitado todas las proporciones de enriquecerse á costa de sus vecinos, y aun les había cortado las esperanzas para adelante. Pero Agelao sufrió con constancia estas quejas indiscretas, y supo reprimir tan bien sus impulsos, que tuvieron que tolerar la paz aunque con repugnancia.

Filipo después de la paz se volvió por mar á Macedonia (217 años antes de J. C.). Aquí encontró á Scerdilaidas, quien, bajo el mismo pretexto que tuvo para atacar contra los tratados los navíos en Leucades,

había saqueado ahora la villa de Piseo en la Pelagonia, ganado las ciudades de la Dassarétida, sobornado con promesas las de Antipatria, Crisondión y Gertún en la Foibatida, y talado muchos campos de la vecina Macedonia. El Rey salió á campaña al momento para recobrar las plazas perdidas, y resuelto á medir sus armas con Scerdilaidas. Nada creía era de mayor importancia para otros designios que meditaba, y sobre todo para pasar á Italia, como el arreglar primero las cosas de la Iliria. Demetrio estimulaba tan de continuo el ánimo del Rey á este proyecto, que aun durmiendo soñaba y pensaba en esta expedición Filipo. Esto no lo hacía por amor que le tuviese, apenas tocaba á la amistad un tercer lugar en este asunto; sino por odio que profesaba á los Romanos, y principalmente por conveniencia propia, pues sólo así esperaba volver á mandar en Faros. En efecto, Filipo recobró las ciudades que hemos dicho y ocupó á Creonión y Gerún, en la Dassarétida; á Enquelanas, Cerace, Satió y Boios, junto al lago Lichnidio; á Bantia, en el país de los Calicoenos, y á Orgiso, en el de los Pissantinos. Concluída la campaña, envió á invernar sus tropas. En este mismo invierno fué cuando Anníbal, arrasados los más bellos países de Italia, vino á acuartelarse alrededor de Gerunio en la Apulia, y cuando los Romanos crearon cónsules á Aulo Terencio y L. Emilio.

Filipo durante el cuartel de invierno reflexionó que para sus designios necesitaba navíos y marina; esto no tanto porque esperase poder medir sus fuerzas por mar con los Romanos, cuanto porque de este modo trasportaría con más comodidad sus tropas, llegaría más pronto á donde se había propuesto y se presentaría al enemigo cuando menos lo pensase. Para este proyecto creyó no había mejor construcción

de buques que la de los Ilirios, y mandó fabricar cien bergantines, siendo en esto casi sin segundo entre los reyes de Macedonia. Ya que tuvo equipados estos navíos, juntó sus tropas á la entrada del estio, ejercitó algún tanto sus Macedonios en el remo y se hizo á la vela al mismo tiempo que Antíoco superaba el monte Tauro. Habiendo atravesado el Euripo y doblado hacia Malea, arribó á las costas de Cefalenia y Leucades, donde dió fondo, y puesto de observación tomó lenguas de la escuadra romana. Informado de que estaba anclada en Lilibea, salió del puerto lleno de confianza y dirigió la proa hacia Apolonia.

Ya iba á tocar con la embocadura del Loío, río que baña á Apolonia, cuando un terror pánico, semejante á los que tienen á veces los ejércitos de tierra, se apoderó de sus tropas. Algunos barcos de los que venían á la retaguardia, habiendo fondeado en Saso, isla situada á la entrada del mar Jonio, vinieron por la noche á decirle que al mismo tiempo que ellos, habían abordado unos navíos procedentes del Estrecho, y éstos les habían contado como dejaban en Regio diez navíos romanos de cinco órdenes, que navegaban hacia Apolonia á dar socorro á Scerdilaidas. Filipo, creyendo que ya tenía sobre sí tan grande escuadra, lleno de miedo, mandó al momento levar anclas y tomar el camino que había traído. Después de una retirada sin orden ni concierto y una navegación de un día y una noche sin cesar, abordó al siguiente á Cefalenia, donde, alentado algún tanto, dió á entender que había vuelto á arreglar ciertos negocios del Peloponeso. En efecto, el terror del Rey.... *no* era del todo mal fundado. Porque Scerdilaidas, con la noticia de que Filipo hacía construir durante el invierno gran número de buques, pronosticando que vendría contra él, había participado á los Romanos

esta noticia para implorar su socorro, y éstos le habían enviado diez navíos de la escuadra que estaba en Lilibea, los mismos que se habían avistado delante de Kegio. Ciertamente si Filipo, aterrado, no hubiera tomado inconsideradamente la huída, sin duda hubiera conseguido sus designios en la Iliria; pues ocupada toda la atención y fuerzas de los Romanos con Anníbal y la batalla de Cannas, verosímilmente se hubiera apoderado de los diez navíos. Pero amedrentado con el aviso, se retiró á la Macedonia sin lesión, mas no sin ignominia.

Hacia este mismo tiempo ejecutó Prusias un hecho memorable. Los Gálatas que Attalo, por la reputación de su valor, había traído de Europa para hacer la guerra contra Aqueo, habiéndose separado de este Rey por los recelos que ya hemos apuntado, fieros é insolentes talaban las ciudades del Helesponto. Por último, ya habían emprendido el asedio de los Ilienses, cuando los Alejandrinos que habitan la Troada hicieron una hazaña esclarecida. Destacaron allá á Temistes, quien con cuatro mil hombres los hizo levantar el sitio, los cortó los víveres, frustró sus proyectos y los desalojó de toda la Troada. Los Gálatas después se apoderaron de Arisba, en el país de los Abidenos, desde donde insidiaban y mantenían guerra continua con las demás ciudades de aquellos contornos. Prusias salió contra ellos y los dió la batalla. Los hombres quedaron todos tendidos sobre el campo de batalla, los hijos y las mujeres fueron degollados casi todos dentro de los reales, y los equipajes abandonados á los vencedores. Con esta acción libertó Prusias de un gran miedo y sobresalto las ciudades del Helesponto, y dió una buena lección á los bárbaros venideros para que no aventurasen otra vez con tanta facilidad el tránsito de Europa al Asia. Tal era

el estado de los negocios de Grecia y Asia. En Italia, después de la batalla de Cannas, la mayor parte de los pueblos se pasaron al partido de Cartago, como hemos dicho antes. Ahora, puesto que hemos expuesto todo lo que contiene la olimpiada ciento cuarenta concerniente á los Asiáticos y Griegos, daremos fin á la narración en esta época. En el libro siguiente, después que hayamos recordado en pocas palabras lo que hemos anticipado en éste, convertiremos la palabra al gobierno de los Romanos, según prometimos al principio.

LIBRO SEXTO. *

FRAGMENTOS.

I.

Persuadido estoy de que fué fundada Roma en el segundo año de la séptima olimpiada (1).

El monte Palatino tomó este nombre del de un joven llamado Palante, que allí fué muerto (2).

Los Romanos prohibían beber vino á las mujeres. Permitíanlas, no obstante, beberlo cocido. Hacíase este vino con uva cocida y asemejaba en el gusto al vino ligero de Agosthenes ó de Creta. Cuando las mortificaba la sed, apagábanla con esta bebida; pero la

* Desde este libro sólo han llegado á nosotros fragmentos de la HISTORIA UNIVERSAL de Polibio. A los traducidos por el Sr. Ruy Bamba añadimos en esta edición los que contienen las *Embajadas* y *Ejemplos de Virtudes y Vicios* del extracto que mandó hacer el emperador Constantino Porfirogeneta, y los descubiertos por el Cardenal Mai en los palimpsestos, reuniendo así cuanto se conoce hasta ahora de Polibio.

(1) Cita que de Polibio hace Dionisio de Halicarnaso.

(2) Cita hecha por Dionisio de Halicarnaso.

que bebía vino no podía ocultarlo, primero por no tener á su cuidado y libre disposición la despensa ó bodega donde era guardado, y además porque la costumbre obligaba á besar en la boca á sus parientes y á los de su marido, hasta los hijos de sus primos, siempre que los veía, aunque fuera diariamente; de suerte que, ignorando á quién encontraría, evitaba beber vino, porque el aliento era indicio seguro de la falta (1).

Anco Marcio fundó también á Ostia, ciudad fortificada junto al Tiber (2).

Lucio, hijo de Demarates el Corintiano, fué á Roma con grandes esperanzas, fundadas en su propio mérito y en su riqueza, y persuadido de que encontraría ocasión de probar que no era inferior á ningún ciudadano de la república. Estaba casado con mujer que, á otras dotes, unía la de ánimo apropiado para secundarle en las empresas que exigen prudencia y astucia. Llegó á Roma; concediósele derecho de ciudadanía; hizo alarde del mayor respeto á las órdenes del Rey, y al poco tiempo, debido en parte á su liberalidad, en parte á la agudeza de su ingenio, y especialmente á las artes que aprendió desde la niñez, tanta influencia adquirió en el ánimo del Rey, que tuvo con él gran confianza. Andando el tiempo, convirtiéndose en estrecha amistad con el rey Anco Marcio, hasta el extremo de habitar en su palacio y despachar con él los asuntos de Estado. Velando con celo en esta administración por el interés público, ayudaba al mismo tiempo con su crédito y esfuerzos á quienes al-

(1) Atheneo, L. D., pág. 440.

(2) Esteban de Byzancio, en la palabra Ostia.

guna merced le pedían, y á las veces usaba sus propias riquezas con magnificencia, logrando con los beneficios la adhesión de muchos ciudadanos y la benevolencia de todos por su reputación de honradez: por tales medios consiguió ser elevado al trono (1).

II.

Varias especies de gobierno.—Origen y mutación natural de una en otra.—La mejor forma de gobierno es la compuesta de todas. Tal es la República Romana.

Si sólo se hubiera de tratar de las repúblicas griegas, del acrecentamiento de unas y de la ruina total de otras, á poca costa se daría cuenta de lo pasado y se juzgaría de lo porvenir. Contar lo que se sabe, es fácil; y pronosticar lo futuro por conjeturas de lo pasado, no es dificultoso. Pero habiéndose de hablar de la República Romana, no es lo mismo. Porque ni es fácil analizar su estado presente, por la variedad de gobierno, ni adivinar el futuro, por la ignorancia de las costumbres que, en general y en particular, usó este pueblo en lo antiguo. Y así, si se han de investigar con precisión las ventajas que en sí encierra esta República, es empresa de un estudio y atención nada ordinaria.

Los más que escriben con método de política, asignan tres especies de gobierno: Real, Aristocrático y Democrático. Me parece se les pudiera preguntar con justo motivo si nos las proponen como solas ó como las mejores. Pero sea lo que fuese, á mi entender pecan en uno y otro extremo. No son las mejores; pues

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

que es evidente, y lo comprueba no sólo la razón, sino la experiencia, que la mejor forma de gobierno es la que se compone de las tres sobredichas, tal como la que estableció Licurgo el primero en Lacedemonia. No son tampoco las únicas: vemos ciertos gobiernos Monárquicos y Tiránicos que se distinguen infinito del Real, bien que tengan con éste alguna semejanza, bajo la cual todos los monarcas y tiranos procuran en lo posible paliar y colorear el nombre de reyes. Se encuentran también muchos Estados gobernados por un corto número, que aunque parecen tener alguna conformidad con la Aristocracia, es infinita la diferencia que entre ellos se halla. Lo mismo se debe decir de la Democracia.

Para convencimiento de lo que digo, nótese que no toda Monarquía es reino, sino sólo aquella que se compone de vasallos voluntarios y que es gobernada más por razón que por miedo y violencia; ni toda Oligarquía merece el nombre de Aristocracia, sino aquella donde se escogen los más justos y prudentes para que la manden. Igualmente no es Democracia aquella en que el populacho es árbitro de hacer cuanto quiera y se le antoje, sino en la que prevalecen las patrias costumbres de venerar á los Dioses, respetar á los padres, reverenciar á los ancianos y obedecer á las leyes: entre semejantes sociedades sólo se debe llamar Democracia donde el sentimiento que prevalece es el del mayor número.

Sentemos, pues, que hay seis especies de gobiernos: tres que todo el mundo sabe y nosotros acabamos de proponer, y tres que tienen relación con las antecedentes, á saber: el gobierno de uno solo, el de pocos y el del populacho. El gobierno de uno solo ó Monárquico se estableció sin arte, sólo por impulso de la naturaleza: de éste se deriva y trae su origen el Real, si

se añade el arte y la corrección. El Real, si degenera en los vicios que le son connaturales, viene á parar en Tiranía, y de las ruinas de ésta y aquél nace la Aristocracia. De ésta, que por naturaleza se inclina al gobierno de pocos, si el pueblo se llega á irritar y vengar las injusticias de los próceres, se origina la Democracia, y si llega á ser insolente y menospreciar las leyes, se engendra la Olocracia ó gobierno del populacho. Que es cierto lo que digo, lo conocerá cualquiera fácilmente, si reflexiona sobre los principios naturales, origen y alteraciones de cada especie de gobierno. Sólo el que sepa la constitución natural de cada Estado es el que podrá conocer á fondo sus progresos, su auge, su mutación, su ruina, cuándo y cómo sucederá y en qué forma se cambiará. Me presumo que si á alguna república es adaptable este género de examen, con especialidad á la Romana, porque su primer establecimiento y sus progresos son conformes á la misma naturaleza.

Se me dirá acaso que esta mutación natural de Estados se halla tratada con más exactitud en Platón y algunos otros filósofos. Pero como esta materia es oscura, prolija y entendida de pocos, nosotros extractaremos lo que convenga á una historia verdadera y sea adaptable á la comprensión de todos; pues caso que esta idea general no satisfaga en un todo el examen individual que se hará adelante, satisfará plenamente las dudas que ahora se formen.

III.

Origen de las sociedades, y principalmente de la Monarquía y del Reino.

¿Cuál es, pues, el principio de las sociedades, y de dónde diremos que traen su origen? Cuando por un diluvio, una enfermedad epidémica, una escasez de frutos, ú otras calamidades semejantes viene la ruina del género humano, como ya ha sucedido y dicta la razón que sucederá aún muchas veces, con los hombres perecen también los inventos y las artes. Pero después que de las semillas que se han salvado se vuelve á multiplicar con el tiempo la especie humana, entonces sucede á los hombres lo que á los demás animales. Se asocian, se congregan, como es regular á los de una misma especie y lo dicta la debilidad de su misma naturaleza; y entonces por necesidad el que excede á los otros en fuerzas corporales, espíritu y atrevimiento, se pone á su cabeza y los gobierna. Esto debemos creer que es obra puramente de la naturaleza; pues que vemos en los otros animales que no se gobiernan sino por instinto, que los más fuertes sin disputa hacen oficio de conductores, como el toro, el jabalí, el gallo y otros semejantes. Es muy probable que al principio fuese así la vida de los hombres, juntarse en una grey á manera de animales, y dejarse conducir de los más fuertes y poderosos. Mientras la autoridad se mide por las fuerzas, se llama Monarquía; pero después que con el trascurso del tiempo se introduce en la sociedad una educación común y un trato mutuo, ya entonces pasa á

ser Reino; y este es el momento en que el hombre comienza á formar idea de lo honesto y de lo justo, así como de los vicios contrarios.

Tal es el origen y modo de formarse las sociedades. Todos nos inclinamos naturalmente al coito, y de aquí nacen los hijos. Cuando éstos llegan á la pubertad y no proceden reconocidos, ni socorren á los que los han criado, sino al contrario los tratan mal de palabra ú obra, es claro que ofenden y dan en rostro á los que lo ven y son sabedores de los cuidados y desvelos que han tenido los padres en la educación y crianza de los hijos. Y como el hombre se distingue de los demás animales en que él solo piensa y discurre, no es verosímil deje de hacer alto en una cosa que advierte aun en los otros animales; al contrario, le hará eco tal ingratitud, le chocará por el pronto tal procedimiento, y previendo lo por venir, hará su cuenta de que podrá sucederle á él igual trabajo. Lo mismo digo de un hombre que es socorrido y aliviado de otro en un peligro: si este tal, en vez de dar las gracias al libertador, intenta agraviarle, es constante será odiado y aborrecido de los que lo sepan, y al paso que se compadecerán del prójimo, se temerán no les suceda á ellos otro tanto. De aquí nace en el hombre una idea de la obligación, contempla la fuerza que tiene, y en esto consiste el principio y fin de la justicia.

Igualmente ¿por qué al que se expone á los peligros por la salud de todos, al que sufre y resiste el ímpetu de los animales más bravos, se le aplaude, se le venera y se le mira como á patrono, y al que hace lo contrario se le desprecia y aborrece? Esto no puede provenir sino de la consideración que hace el vulgo sobre lo torpe y honesto, y sobre la diferencia que hay entre uno y otro extremo; de donde saca, lo honesto

merece nuestro celo é imitación, por la utilidad que nos procura; lo torpe nuestra aversión y desprecio. Cuando el que manda y supera en fuerzas á los demás, se llega á adquirir en el pueblo el concepto de perpetuo favorecedor y recto distribuidor del premio entre sus súbditos según el mérito; de allí adelante, como ya deja de temerse la violencia y hace su oficio la razón, se someten, se unen para conservar le la autoridad; y aunque llegue á la decrepitud, unánimes le defienden y conspiran contra los que quieren atacar su poder: y de este modo, cuando la razón llega á ejercer su imperio sobre la ferocidad y la fuerza, de monarca pasa á rey insensiblemente y sin que nadie lo perciba.

Tal es la primera noción que naturalmente adquiere el hombre de lo honesto y de lo justo, y de los vicios opuestos. Tal el principio y origen del verdadero Reino. Los súbditos no sólo conservan á éstos la dignidad real, sino que la continúan á sus descendientes por largo tiempo: porque se persuaden que ramas de semejante tronco, y educadas por tales padres, tendrán también iguales costumbres. Pero desde que el pueblo se disgusta con los sucesores, pasa á elegirse magistrados y reyes; y entonces ya no recae la elección sobre el brío y la fuerza, sino sobre la prudencia y sabiduría, desengañado por la experiencia de las ventajas de los dotes de espíritu sobre los del cuerpo.

En lo antiguo los que una vez eran puestos sobre el trono, envejecían en la dignidad. Sus cuidados eran fortificar puestos ventajosos, cercarlos de murallas, y extender sus dominios, tanto para seguridad propia, como para abundancia de lo necesario en sus vasallos. Mientras se ocupaban en esto, como no se diferenciaban ni en el vestido ni en la mesa, sino que traían igual porte y método de vida que los demás, estaban

exentos de los tiros de la calumnia y de la envidia. Pero después que sus herederos y sucesores hallaron prevenido todo lo concerniente á la seguridad, y aun más de lo que necesitaban para satisfacer las necesidades de la vida, entonces lisonjeadas sus pasiones con la abundancia, creyeron que la majestad debía fundarse en traer un vestido más rico, mantener una mesa más opípara, gastar un tren más costoso que sus súbditos, y en que ninguno pudiese contradecirles en sus amores y pasiones aunque ilícitas. De estos desórdenes, unos se suscitaron la envidia y ofensa, otros el odio é ira implacable, y de reyes pasaron á tiranos; pero al mismo tiempo se echaron los cimientos de su ruina, y se conspiró contra su autoridad; designio que nunca fué de hombres despreciables, sino de los más ilustres, más magnánimos y más esforzados; porque éstos son los que menos pueden sufrir la insolencia de los tiranos.

IV.

Origen de la Aristocracia, Oligarquía, Democracia y Olocracia. —
Revolución sucesiva de unas en otras hasta volver á la Monarquía.

No bien se ve el Pueblo con jefes, cuando les presta su poder contra los Reyes; y abolida hasta la sombra de Reino y Monarquía, pasa á fundar y establecer la Aristocracia. El Pueblo, reconocido á los que le han libertado de los Monarcas, se entrega sin detenerse á su conducta, y les fia sus personas. Estos, pagados de tal confianza, al principio reputan por principal obligación el bien de la república, y dan toda su atención

y cuidado al manejo de los negocios, tanto particulares como del Estado. Pero suceden sus hijos en las mismas dignidades, gentes poco acostumbradas á trabajos, sin la más mínima noción de la igualdad y de la libertad constitutivos de una república, criados desde la infancia entre los honores y dignidades de sus padres; y abandonándose unos á la avaricia y torpe deseo de riquezas, otros á las borracheras y comilonas insaciables, otros á los adulterios y amores infames, mudan la Aristocracia en Oligarquía; pero al mismo tiempo excitan en el pueblo los mismos sentimientos que anteriormente había tenido, y vienen á lograr el mismo fin que lograron los tiranos.

Si después alguno, vista la envidia y odio de que el pueblo está animado, tiene la audacia de decir ó hacer alguna cosa contra los jefes, y halla á la multitud en disposición de coadyuvar sus intentos, las consecuencias son la muerte de unos..... y el *destierro de otros*. En este caso á nombrar rey ya no se atreven; dura aún el temor de la injusticia de los pasados. Para confiar el gobierno á muchos no tienen ánimo; está aún muy reciente la memoria de sus anteriores yerros. Sólo les queda salvo el recurso que hallan en sí mismos, á éste se atienen, y ve aquí trasformado el gobierno de Oligarquía en Democracia, y sustituido el poder y cuida lo de los negocios en sus personas.

Mientras duran algunos que sufrieron la insolencia y despotismo del gobierno anterior, contentos con el presente estado, prefieren á todo la igualdad y la libertad. Pero suceden jóvenes, entra el gobierno en manos de sus nietos, y ya entonces la misma costumbre desestima la igualdad y la libertad, y sólo se anhela por dominar á los otros: escollo donde comúnmente tropiezan los que exceden en riquezas. De aquí adelante, arrastrados de esta pasión, como no pueden

satisfacerla ni por sí propios ni por sus virtudes personales, emplean sus bienes en cohechar y corromper el pueblo de todos modos. Una vez enseñado éste á dejarse sobornar y vivir á costa de la loca ambición de honores de sus jefes, desde aquel punto desaparece la Democracia, y sucede en su lugar la fuerza y la violencia. Porque acostumbrada la plebe á mantenerse de lo ajeno y á fundar la esperanza de subsistencia sobre el vecino; si á la sazón se la presenta un jefe esforzado, intrépido y excluído por la pobreza de los cargos públicos, se asocia con él, se entrega á los últimos excesos, y todo son muertes, destierros, reparcimientos de tierras, hasta que al fin encrudelecida vuelve á hallar señor y monarca que la domine.

Tal es la revolución de los gobiernos, tal el orden que tiene la naturaleza en mudarlos, trasformarlos y tornarlos á su primitivo estado. Conocidos á fondo estos principios, bien podrá uno engañarse sobre la duración que ha de tener el presente estado; pero rara vez le desmentirá el fallo que eche sobre el grado de elevación ó decadencia en que se halla, ni sobre la forma de gobierno en que vendrá á cambiarse, si lo forma sin pasión ni envidia. Con esta investigación fácilmente se conocerá el establecimiento, progresos, elevación y trastorno que vendrá á tener la República Romana. Pues aunque, como acabo de decir, esta República está fundada desde el principio y acrecentada según las leyes de la naturaleza tan bien como otra, con todo sufrirá igualmente su trastorno natural. Pero esto lo aclarará mejor la consecuencia. Ahora disertaremos brevemente sobre la legislación de Licurgo; asunto que no desdice de nuestro propósito.

V.

Elogio del gobierno de Licurgo.

Licurgo había llegado á comprender que todos los trastornos que hemos dicho eran naturalmente inevitables. Estaba persuadido que toda especie de gobierno simple y constituída sobre una sola autoridad, era peligrosa, por degenerar prontamente en el vicio familiar y consiguiente á su naturaleza. Á la manera que el orin en el hierro, la polilla y carcoma en la madera son pestes connaturales que, sin necesidad de otros males exteriores, corroen estos cuerpos, porque fomentan en sí mismos la causa de su destrucción; del mismo modo cada especie de gobierno alimenta dentro de sí un cierto vicio que es la causa de su ruina. Por ejemplo, la Monarquía se pierde por el Reino, la Aristocracia por la Oligarquía, la Democracia por el poder desenfrenado y violento; en cuyas trasformaciones es imposible, como poco ha decíamos, dejen de venir á parar con el tiempo todas las especies de gobierno mencionadas. Atento á esto, Licurgo formó su república, no simple ni uniforme, sino compuesta de lo bueno y peculiar que halló en los mejores gobiernos, para que ninguna potestad saliese de su esfera y degenerase en el vicio connatural. En su república estaban contrapesadas entre sí las autoridades, para que la una no hiciese ceder ni declinar demasiado á la otra, sino que todas estuviesen en equilibrio y balanza, á la manera del bajel que por todas partes es impelido igualmente de los vientos. El miedo del pueblo, que tenía su buena

parte en el gobierno, contenía la soberbia de los reyes. Al pueblo, para que no se atreviese contra el decoro de los reyes, refrenaba el respeto del Senado, cuerpo compuesto de gentes escogidas y virtuosas, que siempre se habían de poner de parte de la justicia. De suerte que la parte más flaca, pero que conservaba en vigor la disciplina, venía á ser la más fuerte y poderosa con la agregación y contrapeso del Senado. Con este género de gobierno conservaron los Lacedemonios su libertad por más tiempo que otro pueblo de que tengamos noticia; y con esta política, Licurgo, previendo de dónde y cómo se originan los males, estableció la dicha república sin peligro.

Los Romanos, aunque en el establecimiento de su república se propusieron el mismo objeto, no fueron conducidos por la razón, sino por los muchos combates y peligros, á cuya costa aprendieron la forma de gobierno que más bien les convenía. De este modo llegaron al mismo fin que Licurgo, y fundaron una república la más perfecta que conocemos.

El recto juez no debe calificar los escritores por lo que omiten, sino por lo que dicen. Si en ellos encuentra alguna cosa falsa, se debe persuadir que aquella se les escapó por ignorancia; pero si todo es verdadero, les debe hacer el favor de que el silencio, en ciertas cosas, más proviene del juicio que de la ignorancia.

VI.

Diferentes potestades que componen la República Romana,
y derechos peculiares de cada una.

Hemos dicho antes que el gobierno de la República Romana estaba refundido en tres cuerpos, y en todos tres tan balanceados y bien distribuídos los derechos, que ninguno, aunque sea Romano, podrá decir con certeza si el gobierno es aristocrático, democrático ó monárquico. Y con razón; pues si atendemos á la potestad de los Cónsules, se dirá que es absolutamente monárquico y real; si á la autoridad del Senado, parecerá aristocrático, y si al poder del Pueblo, se juzgará que es Estado popular. Ve aquí, con corta diferencia, los derechos propios que tenía en lo antiguo y tiene ahora cada uno de estos cuerpos.

Los Cónsules, mientras están en Roma y antes de salir á campaña, son árbitros de los negocios públicos. Todos los demás magistrados, á excepción de los Tribunos, les están sujetos y obedecen. Ellos conducen los embajadores al Senado, proponen los asuntos graves que se han de tratar, y les pertenece todo el derecho de formar decretos. Á su cargo están todos los actos públicos que se han de expedir por el Pueblo, convocar asambleas, proponer leyes y resolver sobre el mayor número de votos. Tienen una autoridad casi soberana en los aparatos de la guerra y en todo lo perteneciente á una campaña, como mandar en los aliados á su antojo, crear Tribunos militares, levantar ejércitos y escoger tropas. En campaña pueden castigar á su arbitrio y gastar del dinero público cuanto gusten, para lo cual les acompaña siempre un Cues-

tor, que ejecuta sin dilación todas sus órdenes. Al considerar la República Romana por este aspecto, se dirá con razón que su gobierno es meramente monárquico y real. Si no obstante alguno de estos derechos, ó de los que diremos después, se mudase en la actualidad ó dentro de poco, no por eso dejará de ser nuestro juicio menos verdadero.

Lo primero en que manda el Senado es en el erario. Nada entra ni sale de él sin su orden. Ni aun los Cuestores pueden expender alguna suma en los usos particulares sin su decreto, á excepción de lo que gastan para los Cónsules. Aun para aquellas grandes y considerables sumas que tienen que gastar los Censores todos los lustros en reparo y adorno de los edificios públicos, es el Senado quien les da su licencia para tomarlas. Igualmente, todos los delitos cometidos dentro de Italia, que requieren una corrección pública, como traiciones, conjuraciones, envenenamientos y asesinatos, son de la jurisdicción del Senado. Es también de su inspección ajustar las diferencias que se originen entre particulares ó ciudades de Italia, castigarlas, socorrerlas y defenderlas si lo necesitan. Si es menester despachar alguna embajada fuera de Italia para reconciliar las potencias, exhortarlas ó mandarlas que emprendan ó declaren la guerra, es el Senado quien tiene esta incumbencia. Del mismo modo da audiencia á los embajadores que vienen á Roma, delibera sobre sus pretensiones, y da la conveniente respuesta. En nada de cuanto hemos dicho tiene que ver el Pueblo; de suerte que si uno entra en Roma á tiempo que no estén los Cónsules, le parecerá su gobierno una pura aristocracia; concepto en que están también muchos Griegos y reyes, á vista de que casi todos sus negocios dependen de la autoridad del Senado.

En este supuesto no será extraña la pregunta: ¿qué parte es la que queda al Pueblo en el gobierno? Por un lado el Senado dispone de todo lo que hemos dicho, y lo principal, maneja á su arbitrio el cobro y gasto de las rentas públicas; por otro, los Cónsules son absolutos en los aparatos de guerra, é independientes en campaña. No obstante, el Pueblo tiene su parte, y muy principal. Él es el solo árbitro de los premios y castigos, únicos polos en que se sostienen los imperios, las repúblicas y toda la conducta de los hombres. En el Estado donde no se conoce diferencia entre estos dos resortes, ó conocida se hace de ella mal uso, no puede haber cosa arreglada. Y si no, ¿qué equidad donde el bueno está á nivel del malo? El Pueblo juzga é impone multas cuando lo merece el delito, y éstas recaen principalmente sobre los que obtienen los primeros cargos. Él sólo condena á muerte, en lo cual hay una costumbre laudable y digna de memoria, por la que el reo de pena capital, mientras se le sigue la causa, tiene facultad de ausentarse públicamente y tomarse un destierro voluntario, aunque falte alguna tribu que no le haya prestado su voto. El reo puede vivir con seguridad en Nápoles, Preneste, Tibur ú otra ciudad con quien se tenga derecho de asilo. El Pueblo distribuye los cargos entre los que lo merecen; la más bella recompensa que se puede conceder á la virtud en un gobierno. Es dueño de aprobar ó reprobar las leyes; y lo principal, se le consulta sobre la paz y sobre la guerra; y bien se trate de hacer alianzas, bien de terminar una guerra, bien de ajustar un tratado, él es el que ratifica y aprueba estos proyectos, ó los anula y desprecia. Á vista de esto cualquiera dirá con razón que el Pueblo tiene la mayor parte en el gobierno, y que es popular el Estado.

VII.

Equilibrio y enlace que tienen entre sí las tres potestades que constituyen la República Romana.

Se acaba de exponer cómo la República Romana está dividida en tres especies de gobierno: veamos ahora de qué manera se pueden oponer la una á la otra, ó auxiliarse mutuamente. El Cónsul, después que revestido de esta dignidad sale á campaña á la cabeza de un ejército, aunque parece absoluto cuanto al éxito de la expedición, no obstante necesita del Pueblo y del Senado, sin los cuales no puede llevar á cabo sus designios. Al ejército por precisión se le han de estar remitiendo provisiones de continuo; pues sin orden del Senado no se le puede enviar ni víveres, ni vestuario, ni sueldo; de suerte que los designios de los Cónsules quedarán sin efecto si el Senado se propone no entrar en sus miras ó hacer oposición. El consumar ó no los Cónsules sus ideas y proyectos, depende del Senado, pues en él está enviar sucesores concluido el año, ó continuarles el mando. En él consiste también exagerar y ponderar sus expediciones ú oscurecerlas y deprimirlas. Lo que entre los Romanos se llama *triumfo*, ceremonia que representa al pueblo una viva imagen de las victorias de sus generales, ó no lo pueden celebrar con decoro los Cónsules, ó no lo obtienen, si el Senado no consiente y da para los gastos. Por otra parte, como el Pueblo tiene autoridad para terminar la guerra, por más distantes que se hallen de Roma, necesitan, no obstante, su favor. Porque, como hemos dicho

antes, el Pueblo es el que puede anular ó ratificar los pactos y tratados. Y lo que es más que todo, una vez depuestos del mando, toca al Pueblo el juicio de sus acciones. De suerte que de ningún modo pueden sin peligro desatender ni la autoridad del Senado, ni el favor del Pueblo.

Por el contrario, el Senado, en medio de ser tanta su autoridad, necesita no obstante atender y tener gran consideración al Pueblo en el manejo de los negocios públicos. No puede proceder en los juicios graves y arduos, ni castigar los delitos de Estado que merezcan muerte, si el Pueblo antes no los confirma. Lo mismo es de las cosas que miran al Senado mismo; porque si alguno propone una ley que hiera de algún modo la autoridad de que están en posesión los senadores, ó que coarte sus preeminencias y honores, ó que disminuya sus haberes, de todo esto toca la aprobación ó reprobación al Pueblo. A más de esto, si un Tribuno se opone á las resoluciones del Senado, no digo pasar adelante, pero ni aun juntarse ó congregarse pueden los senadores. El cargo de los Tribunos es ejecutar siempre la voluntad del Pueblo y atender principalmente á su gusto. A vista de lo que hemos dicho, no es extraño que el Senado tema y respete al Pueblo.

Del mismo modo el Pueblo está sujeto al Senado y necesita contemporizar ó con todo el colegio ó con alguno de sus miembros. Son innumerables las obras que hay por toda Italia, cuyo asiento está á cargo de los Censores, como construcción y reparo de edificios públicos, impuestos sobre ríos, puertos, jardines, minas, tierras, y, en una palabra, cuantas gabelas comprende el Imperio romano. Todas estas cosas pasan por manos del Pueblo; de suerte que casi desde el primero hasta el último está implicado ó en estos ajus-

tes ó en el cuidado de estos ministerios. Unos hacen por sí el arriendo con los Censores, otros se meten en compañía, aquél sale por fiador del asentista, éste asegura con sus haberes al erario, y de todo esto es árbitro el Senado. Porque él da moratorias, él remite en parte la deuda si sobreviene algún caso fortuito, y en caso de imposibilidad él rescinde enteramente el asiento. En fin, tiene mil ocasiones en que puede hacer un gran perjuicio ó favor á los que manejan las rentas públicas, porque toda inspección de esto pertenece al Senado. Y, sobre todo, de este cuerpo es de donde se sacan jueces para los más de los contratos, tanto públicos como particulares, que son de alguna importancia. Convengamos, pues, en que todo el pueblo tiene puesta su confianza en el Senado, y por temor de que con el tiempo necesite su amparo no se atreve á resistir ni oponerse á sus órdenes. Igualmente se guarda bien de hacer oposición á los designios de los Cónsules, porque todos, en particular y en general, están sujetos en campaña á sus preceptos.

Tal es el poder que tiene cada una de estas potestades para perjudicarse ó ayudarse mutuamente, y todas ellas están tan bien enlazadas contra cualquier evento, que con dificultad se hallará república mejor establecida que la Romana. Sobreviene por parte afuera un terror público que pone á todos en la precisión de conformarse y coadyuvarse los unos á los otros; es tal el vigor y actividad de este gobierno que nada se omite de cuanto es necesario. Todos los cuerpos conspiran á porfía á un mismo designio. No halla dilaciones lo resuelto, porque todos en general y en particular cooperan á que tenga efecto lo proyectado. Ve aquí por qué es invencible la constitución de esta República, y siempre tienen efecto sus empresas. Por el contrario, sucede que los Romanos, libres de toda

guerra exterior, disfrutaban la buena fortuna y abundancia que les han procurado sus victorias, y que el logro de tal dicha, la adulación y el ocio los hace, como es regular, soberbios é insolentes; entonces principalmente es el ver á esta República sacar de su misma constitución el remedio de sus males. Porque al instante que una de las partes pretende ensoberberse y arrogarse más poder que el que la compete, como ninguna es bastante por sí misma, y todas, según hemos dicho, pueden contrastar y oponerse mutuamente á sus designios, tiene que humillar su altivez y soberbia. Y así todas se mantienen en su estado, unas por hallar oposición á sus deseos, otras por temor de ser oprimidas de las compañeras.

VIII.

Ordenanzas militares del pueblo romano.— Elección de tribunos.—
Leva de tropas naturales y aliadas.

Los Romanos, después que eligen Cónsules, pasan á crear Tribunos militares. Se nombran catorce de los que ya han servido cinco años, y diez de los que ya han militado diez. Todo ciudadano, hasta la edad de cuarenta y seis años, tiene por precisión que llevar las armas, ó diez años en la caballería, ó diez y seis en la infantería. Sólo se exceptúan aquellos cuyo haber no llega á cuatrocientas dracmas, que éstos los aplican á la marina. Bien que si urge la necesidad, las gentes de á pie prosiguen hasta los veinte años. A ninguno es lícito obtener cargo de magistrado si no ha cumplido diez años en la milicia. Cuando los Cónsules tienen que hacer levas de soldados, cosa que se practica todos los años, anuncian primero al pue-

blo el día en que se deberán juntar todos los que puedan llevar las armas. Venido el día, llegados á Roma todos los de la edad competente y congregados en el Capitolio, los más jóvenes de los Tribunos, por el orden que los ha elegido el pueblo, ó los Cónsules les prescriben, se dividen en cuatro partes, porque entre los Romanos la total y primaria división de sus tropas es de cuatro legiones. Los cuatro primero nombrados son para la primera legión, los tres siguientes para la segunda, los cuatro consecutivos para la tercera y los tres últimos para la cuarta. Entre los más ancianos, los dos primeros los aplican á la primera legión, los tres segundos á la segunda, los dos siguientes á la tercera y los tres últimos á la cuarta.

Hecha la división y elección de Tribunos de modo que cada legión tenga igual número de jefes, los Tribunos, sentados separadamente, sortean las tribus y las llaman una por una conforme van saliendo. De la primera tribu que ha salido por suerte sacan cuatro jóvenes, iguales con corta diferencia en edad y fuerzas, los hacen venir á su presencia y los primeros Tribunos escogen los soldados de la primera legión, los segundos de la segunda, los terceros de la tercera y los últimos de la cuarta. Vuelven á llamar otros cuatro, y entonces los Tribunos primeros eligen los soldados de la segunda legión, los segundos y terceros cada uno de la suya y los últimos de la primera. Vienen otros cuatro, los primeros Tribunos sacan los soldados para la tercera legión y los últimos para la segunda; de suerte que turnando de este modo la elección por todos, cada legión viene á estar compuesta de hombres de una misma talla y de unas mismas fuerzas. Una vez completo el número necesario (que á veces es de cuatro mil y doscientos infantes para cada legión, y á veces de cinco mil, si amenaza

mayor peligro), se pasa á la caballería. En lo antiguo había la costumbre de escogerse ésta después de completo el número de gentes de á pie, y para cada cuatro mil se daban doscientos caballos; pero al presente se saca primero la caballería, según la estimación de rentas que tiene hecha el Censor, y para cada legión asignan trescientos caballos.

Concluida la leva del modo dicho, los Tribunos congregan cada uno su legión, escogen uno entre todos, el más idóneo, y le toman juramento *de que obedecerá y ejecutará en lo posible las órdenes de los jefes*. Todos los demás van pasando uno por uno y prestan el mismo juramento. Al mismo tiempo los Cónsules despachan á los magistrados de las ciudades aliadas de Italia, de donde quieren sacar socorro, para hacerlos saber el número, día y lugar donde han de concurrir las tropas elegidas. Las ciudades, hecha la leva y juramento de las tropas del mismo modo que hemos dicho, nombran un jefe y un Cuestor y las envían. En Roma los Tribunos, después de tomado el juramento á los soldados, señalan á cada legión día y lugar donde han de presentarse sin armas, y los dan su licencia. Juntos éstos al día señalado, se escoge de los más jóvenes y más pobres para los que se llaman *Velites*, de los que siguen para *Hastatos*, de los que están en el vigor de su edad para *Príncipes*, y de los más ancianos para *Triarios*. Así es que entre los Romanos hay cuatro clases de gentes en cada legión, diferentes en nombre, edad y armas. La repartición se hace de este modo: seiscientos los más ancianos para *Triarios*, mil doscientos para *Príncipes*, otros tantos para *Hastatos*, y el resto, que se compone de los más niños, para *Velites*. Si la legión pasa de cuatro mil hombres, se reparten á proporción entre las clases, menos en la de los *Triarios*, que ésta nunca varía.

IX.

Armas de que usan los Romanos.

Los *Velites* están armados de espada, flecha y broquel, especie de escudo, fuerte por su estructura y bastante capaz para la defensa. Es de figura redonda y tiene tres pies de diámetro. Llevan en la cabeza un adorno humilde. Este á veces es una piel de lobo ó cosa semejante, que sirve á un tiempo de reparo y distintivo para dar á conocer á los oficiales subalternos los que se distinguen ó no en los combates. La flecha es una especie de arma arrojadiza, cuya asta tiene cuando más dos codos de largo y un dedo de grueso. El casquillo es un gran palmo de largo, pero tan agudo y afilado, que se tuerza sin remedio al primer golpe y no puedan volverle á arrojar los enemigos: de otro modo, ya es un género común de dardo.

Los de más edad, llamados *Hastatos*, llevan armadura completa. Esta, entre los Romanos, se compone primero de un escudo, cuya convexa superficie tiene dos pies y medio de ancho y cuatro de largo, ó cuando más, el mayor excede un palmo. Está hecho de dos tablas encoladas, y cubiertas por fuera primero con lienzo y después con piel de becerro. Tiene toda la circunferencia guarnecida de alto á bajo de un cerco de hierro, para defenderse de los tajos de las espadas y para que no se pudra fijado en tierra. Está igualmente el convexo cubierto de hierro, para libertar los golpes mortales de piedras, picas y todo tiro violento. A más de esto tienen espada los *Hastatos*, que traen al muslo derecho y llaman española, cuya hoja fuerte

y estable es excelente para herir de punta y cortar de tajo por ambos lados. Traen á más dos picas, un morrión de bronce y botas. Las picas unas son gordas, otras delgadas; las más gruesas unas son redondas, otras cuadradas; aquéllas tienen cuatro dedos de diámetro y éstas el diámetro de uno de sus costados. Las delgadas se asemejan á los dardos medianos, que llevan también los *Hastatos*. La longitud del asta de unas y otras es casi de tres codos. La hoja de hierro á manera de anzuelo que tienen pegada es de la misma longitud que el asta, cuya unión y encaje está tan bien asegurado, que entra hasta la mitad de la madera y está atravesado con frecuentes clavos; de suerte que, en un apuro, antes se hará pedazos el hierro que falsee el encaje, no obstante que al último, en aquella parte donde se une con la madera, sólo tenga dedo y medio de grueso: tanto y tan particular es el cuidado que ponen en esta trabazón. Adornan á más de esto el morrión con un penacho de tres plumas derechas, encarnadas ó negras, casi un codo de altas; añadidura sobre la cabeza que, junta con las otras armas, los hace parecer doblado mayores, los hermososa y hace terribles al enemigo. El común de soldados añade á lo dicho una plancha de bronce de doce dedos por todos lados, que ponen sobre el pecho, y llaman pectoral, con lo cual quedan armados completamente. Pero los que están regulados en más de diez mil dracmas, en vez de pectoral traen una cota de malla.

Del mismo modo están armados los *Príncipes* y *Triarios*, á excepción de que en vez de picas los Triarios llevan lanzas. De cada una de estas clases de soldados, menos de la de los *Velites*, se sacan diez capitanes, con respecto al valor. Después de éstos se escogen otros diez, y todos se llaman *Centuriones*, de los

cuales el primer elegido tiene entrada en el consejo. Estos vuelven á elegir otros tantos tenientes. Siguese después la división de cada cuerpo, á excepci3n de los *Velites*, por edades en diez partes, y á cada una la asignan dos jefes de los escogidos y dos tenientes. Los *Velites*, á proporci3n del número, están divididos por igual en todas las otras partes. Cada una de éstas se llama *centuria*, *cohorte* ó *manípulo*, y sus jefes *Centuriones* ó *Capitanes*. Cada uno de éstos escoge en su manípulo dos, los más esforzados y valientes, para llevar las banderas. No es sin motivo el poner dos capitanes á cada centuria. Pues no sabiéndose lo que hará uno solo ó lo que le podrá suceder, y por otra parte en materias militares no tengan lugar las excusas, no quieren que la centuria esté jamás sin quien la mande. Cuando los dos jefes se hallan presentes, el primer elegido manda la derecha de la cohorte y el segundo la izquierda; pero si uno de ellos está ausente, el que resta la conduce toda. En la elecci3n de Centuriones no tanto se mira á la audacia é intrepidez como al talento de mandar, constancia y presencia de ánimo. No se quiere que sin más ni más vengán á las manos y den principio al combate, sino que perseveren en la prepotencia y opresi3n del enemigo, y mueran antes que abandonar el puesto.

La caballería se divide del mismo modo en diez compañías; de cada una se nombran tres capitanes y éstos eligen tres tenientes. El primer capitán manda la compañía, los otros dos hacen veces de *Decuriones* y tienen este nombre. En ausencia del primero, entra el segundo en el mando. Las armas de la caballería al presente son semejantes á las de los Griegos; pero en lo antiguo no traían lorigas, sólo peleaban con túnicas: compostura que para montar y apearse de un caballo les daba mucha agilidad y expedici3n;

pero para el combate eran muy peligrosas, porque peleaban desnudos. Las lanzas les eran inútiles por dos razones: la primera, porque haciéndolas delgadas y flexibles no podían acertar directamente con el objeto que estaba delante, y antes de entrar la punta por el contrario las más se hacían pedazos, blandiéndose con el movimiento mismo del caballo; la segunda, porque no las construían con punta en la parte posterior, y así si al primer golpe se quebraba la punta de adelante, el resto venía á serles inútil é infructuoso. Tenían á más un broquel de cuero de buey, semejante á aquellas tortas ovaladas que sirven de oblación en los sacrificios. Esta era una especie de arma que no servía para reparar los golpes por no tener firmeza, y si se llegaba á ablandar y humedecer con las lluvias, la que antes era poco útil, ahora venía á ser de ningún provecho. Ve aquí por qué desechadas sus propias armas sustituyeron las de los Griegos. En efecto, con éstas el primer bote de lanza es recto y eficaz, porque la construcción del asta es inflexible y estable, y vuelta al revés es firme y violento. Del mismo modo, los broqueles son duros y sólidos, ya para la defensa, ya para el ataque. A vista de esto, los Romanos al instante siguieron el ejemplo, porque es el pueblo que más bien muda de usos y emula lo mejor.

Después que los Tribunos han hecho esta distribución y dado las órdenes convenientes sobre las armas, despachan los soldados á sus casas. Venido el día en que juraron todos juntarse en el lugar señalado por los Cónsules (por lo regular cada uno señala sitio separado para sus soldados, que son la mitad de los aliados, y dos legiones romanas), todos los alistados asisten indefectiblemente, sin que se admita otra excusa á los juramentados que los auspicios y la

imposibilidad. Luego que están juntas las tropas aliadas y romanas, doce oficiales, creados por los Cónsules y llamados *Prefectos*, se encargan de la economía y manejo de toda la armada. Primeramente sacan de todos los aliados que han venido la caballería é infantería más esforzada en un lance apurado, para asistir á los Cónsules. Éstos se llaman *Extraordinarios*, que equivale en griego á *Ἐπιλεκτοὺς*. El total de aliados de infantería es igual por lo común á las legiones romanas; pero el de caballería es dos veces mayor. De éstos toman para *Extraordinarios* la tercera parte, poco más ó menos, de la caballería y la quinta de la infantería; el resto lo dividen en dos partes, una llamada ala derecha, otra ala izquierda. Arreglado todo esto, los Tribunos toman las tropas romanas y aliadas y las hacen campar. Como en todo tiempo y lugar es una y sencilla la ordenanza que tienen los Romanos en sus campamentos, me ha parecido oportuno dar aquí á los lectores, en cuanto alcanzen mis fuerzas, una idea de la disposición de las tropas en sus marchas, campamentos y formaciones de batalla. Porque ¿quién será tan indolente sobre materias bellas y curiosas, que no quiera parar un rato la consideración en un asunto que, oído, le ha de instruir en un método laudable y digno de saberse?

X.

Campamento de los Romanos.

Ve aquí cómo campan los Romanos. Una vez señalado lugar para el campo, se toma para tienda del Cónsul ó *Pretorio* el terreno de donde con más facili-

dad pueda ver y despedir sus órdenes. Plantada una señal en donde se ha de poner la tienda, alrededor se mide un espacio cuadrado, de suerte que todos los costados disten de la señal cien pasos y toda el área sea de cuatrocientos. A la una de las fachadas y costados de esta figura, aquel que parece más á propósito para salir al agua y al forraje, se sitúan las legiones romanas de este modo. Ya hemos dicho que hay seis Tribunos en cada legión, y que dos de éstas componen el ejército de un Cónsul, con que por precisión han de acompañar doce Tribunos á cada Cónsul. Las tiendas de éstos se ponen todas sobre una línea recta, paralela á uno de los costados del cuadro que se ha escogido antes y distante de él cincuenta pies. Este espacio sirve para los caballos, bestias de carga y demás equipaje de los Tribunos. Las tiendas se sitúan de manera que estén de espaldas al Pretorio y mirando al campamento. Esté entendido el lector que esta línea es el frente de todo el campo, y así la llamaremos siempre en adelante. Puestas á igual distancia unas de otras las tiendas de los Tribunos, ocupan de través tanto espacio como las legiones. Se vuelve á medir hacia delante otro espacio de cien pies, y tirada una línea recta que termine este terreno y venga á estar paralela con las tiendas de los Tribunos, se comienza á alojar las legiones, que es de este modo.

Se divide por medio la línea que hemos dicho, y desde este punto se tira otra que haga dos ángulos rectos, donde se aloja frente por frente la caballería de ambas legiones, á distancia una de otra de cincuenta pies, que forman el espacio del intervalo. La disposición de tiendas en la caballería y en la infantería es igual y semejante; porque bien sea de un manipulo, bien de un escuadrón, la figura es cuadrada,

su vista hacia las calles, su longitud de cien pies lo largo de la calle, y regularmente se procura que la profundidad sea la misma, á excepción del alojamiento de los aliados. Cuando las legiones son más numerosas, se aumenta á proporción lo largo y ancho del terreno. Hecho el alojamiento para la caballería hacia el centro de las tiendas de los Tribunos, viene á figurar como una calle transversal respecto de la línea recta que hemos dicho y del espacio que está delante de las tiendas de los Tribunos. Todas las calles están divididas por igual en manzanas, donde de uno y otro lado á lo largo están acampados, bien manípulos, bien escuadrones.

Á espaldas de la caballería están puestos los Triarios de ambas legiones; detrás de cada escuadrón un manípulo en la misma forma; de suerte que unos y otros están unidos en la misma manzana, pero los manípulos miran al lado opuesto de la caballería, y ocupa cada uno la mitad de ancho respecto de lo largo; porque por lo común son la mitad menos que los otros cuerpos. Por lo cual, aunque son desiguales en número, como varía la anchura, igualan siempre en longitud con los otros.

Á cincuenta pies de distancia de los Triarios están alojados, frente por frente, los Príncipes. Miran á este intervalo, y forman otras dos calles, que principian desde la misma línea recta, tienen su entrada, como la de la caballería, desde el espacio de cien pies que hay delante de los Tribunos, y terminan en aquel costado del campo opuesto á las tiendas de éstos, que al principio pusimos por frente de todo el campamento.

Á espaldas de los Príncipes están los Hastatos, mirando á la fachada opuesta, pero unidos en la manzana. Como los trozos de una legión, según la dividi-

mos al principio, se componen cada uno de diez manípulos, sucede que las calles todas son igualmente largas, y todas finalizan en el lado opuesto á la frente del campo, donde están de través los últimos manípulos.

Desde los Hastatos se vuelve á dejar otro espacio de cincuenta pies, donde está colocada frente por frente la caballería de los aliados, que principia desde la misma línea recta y acaba en la misma calle. Ya hemos dicho antes que el número de aliados de infantería es igual al de las legiones romanas, pero se sacan de aquí los Extraordinarios; y que el de caballería es doblado, pero se quita una tercera parte para los Extraordinarios. No obstante esta desigualdad, aunque en el terreno que ocupan se les aumenta á proporción la profundidad, se procura que en la longitud igualen con las legiones romanas. Hechas estas cinco calles, á espaldas de la caballería aliada se sitúa la infantería de los aliados, dándoles una anchura proporcionada, pero mirando hacia el atrincheramiento, de suerte que forman por uno y otro lado los costados del campo.

Á la cabeza de cada manípulo de una y otra fachada están las tiendas de los Centuriones. Del mismo modo que en la caballería se deja por uno y otro lado un espacio de por medio de cincuenta pies desde el quinto al sexto escuadrón, igualmente se observa en los manípulos de la infantería; de suerte que viene á formarse al promedio de las legiones otra nueva calle, de travesía respecto á las manzanas, pero paralela con las tiendas de los Tribunos. Esta calle se llama la *Quinta*, porque corre por los quintos manípulos. Del espacio que cae á espaldas de las tiendas de los Tribunos y confina por los costados con la tienda del Cónsul, la una parte sirve para

Mercado, y la otra para el Cuestor y las municiones,

Desde las últimas tiendas de los Tribunos, tirando por detrás de uno y otro lado una línea transversal respecto de estas tiendas, está el alojamiento de los escogidos entre la caballería Extraordinaria, y otros voluntarios que militan por amistad con el Cónsul. Toda esta caballería está alojada á los costados del campo, una parte mirando á la plaza del Cuestor, otra al Mercado. Por lo común sucede que esta tropa no sólo campa inmediata al Cónsul, sino que en las marchas y otros ministerios ejecuta sus órdenes y las del Cuestor, y está siempre á su lado.

Á espaldas de esta caballería, mirando á la trinchera, está la infantería Extraordinaria, que hace el mismo servicio. Después de estas tropas se deja una calle, de cien pies de ancho, paralela con las tiendas de los Tribunos, que atraviesa de un lado á otro el campamento, por la parte de allá del Mercado, la tienda del Cónsul y la plaza del Cuestor. De parte allá de esta calle campa la caballería Extraordinaria de los aliados, con las vistas hacia el Mercado, el Pretorio y el Tesoro. Al promedio del alojamiento de esta caballería, y frente por frente del Pretorio, parte una calle de cincuenta pies, que conduce á la parte posterior del campamento, y viene á desembocar en derecha á la calle de cien pies de que acabamos de hablar. Detrás de esta caballería está situada la infantería extraordinaria de los aliados, mirando hacia la trinchera y á la fachada posterior de todo el campamento. El espacio vacío que queda de uno y otro lado está destinado para los extranjeros y aliados que casualmente vienen al campo con algún motivo. Reglado todo del modo dicho, se ve que la figura de todo el campamento representa un cuadro igual por todos sus costados, y tanto en la división particular de

manzanas como en la disposición de todo lo demás, se asemeja á una ciudad.

Desde la trinchera á las tiendas se deja un espacio por todos lados de doscientos pies. Este vacío es de grande utilidad y provecho, y está cómodamente situado para la entrada y salida de las legiones. Porque cada cuerpo tiene la salida á este espacio por su calle respectiva, con lo que se evita que, concurriendo todos á una, se confundan y atropellen unos con otros. Á más, los ganados que se traen al campo y los que se cogen al enemigo, se ponen en este sitio y se custodian durante la noche. Pero la principal ventaja es que en las invasiones nocturnas, ni el fuego ni los tiros alcanzan adonde están ellos, á no ser una rarísima casualidad; y dado que ésta suceda, casi no causan detrimento, por la gran distancia y defensivo de las tiendas.

Sentado el número de infantes y caballos en cada legión, bien se componga ésta de cuatro mil, bien de cinco mil hombres; dada una idea de la profundidad, longitud y latitud de las cohortes, y asignado el intervalo de calles, plazas y demás sitios, es fácil comprender la magnitud del terreno y circunferencia de todo el campo. Si desde el principio de la campaña es mayor el número de aliados, ó se aumenta después por alguna urgencia, á estos recién venidos, á más del terreno dicho, se les da alojamiento en la inmediación del Pretorio, y entonces el Mercado y la plaza del Cuestor se unen en un sitio, el que parezca más conveniente, y á los que acompañaron el ejército desde el principio, si el número es excesivo, se les hace una calle al tenor de las otras, de uno y otro lado de las legiones romanas á los costados del campo. Para en el caso de que se hallen unidas todas cuatro legiones, y los dos Cónsules en un mismo recinto, no

hay más que figurarse dos ejércitos situados del modo dicho, vueltos el uno hacia el otro y pegados por el lado donde campan los Extraordinarios de uno y otro ejército, los cuales hemos dicho que están mirando á la espalda del campamento. Cuando esto sucede, el campo representa un cuadro oblongo, de doblado terreno que antes y vez y media mayor de circunferencia. Tal es la manera de acamparse los dos Cónsules cuando están juntos; pero cuando están separados, á excepción de que el Mercado, el Tesoro y las tiendas de los dos Cónsules se ponen entre los dos campos, todo lo demás es lo mismo.

XI.

Fatigas de los soldados romanos en su campo.

Después de concluido el campamento, se juntan los Tribunos, y toman juramento, uno por uno, á todos los hombres libres y esclavos de cada legión. El juramento consiste *en que no robarán nada del campamento, y lo que se encuentren lo llevarán á los Tribunos.* Después distribuyen los manípulos de Príncipes y Hastatos de cada legión de este modo: dos para que cuiden del espacio que hay delante del cuartel de los Tribunos; porque como los más de los Romanos pasan todo el día en esta calle, se procura que esté siempre regada y barrida. De los diez y ocho manípulos restantes (hemos sentado antes que los manípulos de Hastatos y Príncipes son veinte en cada legión, y seis Tribunos), sortea cada Tribuno tres, cuyo servicio por turno es este. Fijar la tienda del Tribuno después de asignado sitio para el campamento; allanar

el terreno del contorno; cuidar de cercar, si es necesario, alguna pieza para seguridad de los utensilios, y dar dos cuerpos de guardia, cada uno de cuatro hombres, uno para el frente y otro para la espalda de la tienda junto á la caballería. Como cada Tribuno tiene tres manípulos, y en cada uno de éstos hay más de cien hombres, sin contar con los Triarios y los Velites, que éstos no hacen servicio, la fatiga es llevadera, pues no toca la guardia á cada manípulo sino de cuatro en cuatro días. Todo esto, al paso que contribuye para la comodidad de los Tribunos en lo necesario, da lustre y autoridad á sus empleos.

Los Triarios están exentos del servicio de los Tribunos, pero cada manípulo tiene que dar diariamente un cuerpo de guardia al escuadrón de caballería correspondiente que tiene á su espalda. Su obligación, entre otras, es cuidar principalmente de que los caballos no se enreden con los ronzales y se manquen, ó que sueltos no acocean á los otros y originen algún alboroto y conmoción en el campamento. Entre todos los manípulos uno hace diariamente la guardia por turno á la tienda del Cónsul, guardia que á un tiempo le asegura de cualquier asechanza y autoriza la majestad del mando.

El levantar el foso y la trinchera por los dos costados toca á los aliados, á cuya intermediación campan sus dos alas; los otros dos incumben á los Romanos, uno á cada legión. Cada costado se divide en partes á proporción de los manípulos; el mecanismo particular de la obra lo presencian los Centuriones, y la aprobación de toda ella pertenece á dos Tribunos. Igualmente están encargados del restante cuidado del campo los Tribunos, que distribuídos de dos en dos turnan en el mando por dos meses durante el semestre, y aquellos á quienes cupo la suerte, autorizan

todo lo que pasa en el campo. El mismo mando obtienen los Prefectos entre los aliados. Los mismo es amanecer, que los caballeros y centuriones acuden á las tiendas de los Tribunos, y éstos á la del Cónsul. El Cónsul comunica lo que urge á los Tribunos, los Tribunos á los caballeros y centuriones, y éstos á los soldados cuando es su tiempo. Para evitar toda falta en el modo de dar el santo por la noche, se hace de esta suerte: en cada cuerpo, bien sea de caballería, bien de infantería, el décimo manípulo campa á lo último de la calle: de éste se saca un soldado que está exento de toda fatiga; éste va todos los días, al ponerse el sol, á la tienda del Tribuno, donde recibe el santo, que es una tablita con alguna señal ó inscripción, y se vuelve. Llegado á su manípulo, entrega la tablita y la señal delante de testigos al Centurión de la cohorte inmediata, éste al de la siguiente, y así sucesivamente hasta llegar á los primeros manípulos que campan junto á los Tribunos. La tablilla, antes que acabe el día, ha de estar de vuelta en poder del Tribuno, el cual, si halla suscritas todas las cohortes, conoce que el santo se ha dado á todos, y que para venir á él ha pasado por manos de todos. Pero si falta alguna, al instante por la inscripción conoce á qué cohorte no se ha dado la tablilla, averigua en qué consiste, y al que tiene la culpa le impone el castigo correspondiente.

Cuanto á las centinelas de por la noche, se distribuyen de este modo: un manípulo hace la guardia al Cónsul y su tienda. Los nombrados de cada cohorte, según tenemos ya dicho, la hacen á las tiendas de los Tribunos y á los escuadrones de caballería. Igualmente cada cuerpo saca una guardia de sí propio. Todas las demás se distribuyen á gusto del General. Por lo regular da tres hombres al Cuestor, y

dos á cada uno de los legados y consejeros. El exterior del campo está á cargo de los Velites, que hacen sus centinelas durante el día todo lo largo de la trinchera. Este es el servicio que hace este cuerpo, á más de otros diez hombres que pone en cada puerta del campo.

De cada cuerpo de guardia destinado á la fatiga, el primero que la ha de montar es conducido por un teniente de cada manípulo al ponerse el sol á la tienda del Tribuno; quien entrega á todos éstos una tablita muy pequeña, señalada con alguna nota, y una vez recibida se marchan á sus puestos respectivos.

El cargo de rondar las centinelas es de la caballería. El primer capitán de cada legión comunica por la mañana á uno de sus subalternos la orden de que nombre cuatro jóvenes de su mismo escuadrón, para hacer la ronda antes de comer. A más de esto, debe prevenir por la tarde al jefe del segundo escuadrón, que á él toca rondar el día siguiente. Este advertido, da la misma orden que hemos dicho para el día inmediato, y así sucesivamente. Aquellos cuatro soldados del primer escuadrón escogidos por el oficial subalterno, después que han sorteado entre sí las guardias, marchan á la tienda del Tribuno, donde reciben por escrito la orden de cuántos y cuáles cuerpos de guardia han de visitar. Después, estos mismos cuatro caballeros montan la guardia al primer manípulo de los Triarios, cuyo Centurión tiene el cuidado de mandar tocar la trompeta á cada vigilia.

Venido el tiempo, ronda la primera vigilia aquel á quien cupo la suerte, acompañado de algunos amigos que lleva por testigos. Visita no sólo las guardias apostadas en la trinchera y las puertas, sino las de cada manípulo y cada escuadrón. Si halla despiertas y alerta las de la primera vigilia, recibe de ellas la

tablita; pero si encuentra alguna dormida, ó que ha abandonado el puesto, pone por testigos á los que lleva consigo, y se marcha. La misma diligencia se hace en la ronda de las vigiliias restantes. El cuidado de tocar la trompeta á cada vigilia, para que tanto los que han de rondar como las centinelas estén acordados, incumbe por días á los Centuriones del primer manipulo de los Triarios de cada legión.

XII.

Penas de los delitos, y recompensas del valor.

Lo mismo es amanecer, que al instante los que han estado de ronda llevan al Tribuno las tablitas; quien si encuentra todas las que antes había entregado, los deja marchar sin castigo, pero si falta alguna respecto el número de centinelas, inquiere por la nota de qué cuerpo de guardia es la que falta; y averiguado, llama al Centurión. Este hace venir á los que estaban nombrados para la guardia, y los carea con la ronda. Si la falta está en las centinelas, la ronda pone por testigos á sus compañeros. Por eso es preciso que los lleve; de lo contrario, recae sobre ella toda la culpa. Se forma al instante un consejo de guerra, el Tribuno sentencia, y al que sale condenado se le da una paliza.

La *paliza* es de este modo: coge el Tribuno una varita, con la que no hace más que tocar al reo, y al instante todos los de la legión dan sobre él á palos y pedradas, de suerte que los más pierden la vida en el suplicio. Pero si alguno escapa, no por eso queda salvo; porque ni se le permite tornar á su patria, ni se

atreverá pariente alguno á admitirle en su casa. Y así el que una vez ha venido á tan triste estado, no le queda más arbitrio que la muerte. El mismo castigo hay para el oficial subalterno y el jefe del escuadrón, si aquél á la ronda y éste al decurión del escuadrón siguiente no les advierte á tiempo su obligación. De este modo, un castigo tan severo é irremisible mantiene en su vigor la disciplina de las centinelas nocturnas.

Los soldados reciben las órdenes de los Tribunos, y éstos de los Cónsules. El Tribuno puede echar multas, exigir fianzas é imponer castigos. Igual potestad tienen los Prefectos entre los aliados. Se castiga también con paliza al que roba en el campamento, al que jura en falso, al que en la flor de la edad abusa de su cuerpo, y al que ha sido multado tres veces por una misma cosa. Tales son los delitos que se castigan con pena corporal. Hay otros que solo tienen una nota de timidez é ignominia; como si uno, por conseguir premio, cuenta al Tribuno una hazaña que no ha hecho; si apostado de centinela, desampara por miedo el sitio, ó si cobarde arroja las armas en el combate. Por eso se ven soldados que, temerosos del castigo que les espera, aman antes perecer visiblemente en el puesto, aunque sea superior el número de los contrarios, que no abandonar la línea. Otros que, perdido durante la acción el escudo, la espada ú otra cualquier arma, se arrojan temerarios en manos de los enemigos, ó para recobrar lo que han perdido, ó para evitar con la muerte la manifiesta vergüenza y escarnio de sus compañeros.

Si tal vez son muchos los que han incurrido en la misma falta, y manipulos enteros han sido forzados á dejar sus puestos, entonces no imponen la pena de palos ó muerte á todos, pero se valen de un expediente

no menos útil que terrible. Junta la legión el Tribuno, hace salir al medio los culpados, y después de una severa reprehensión, sortea unas veces de cinco en cinco, otras de ocho, otras de veinte, y en una palabra, ateniéndose al número, procura que salga siempre el deceno. A aquellos á quienes cupo la suerte, se les da la paliza sin remedio. A los demás en vez de trigo se les distribuye ración de cebada, y se les hace campar fuera del real y de las fortificaciones del campamento. De este modo, como el peligro y el miedo de salir por suerte amenaza por igual á todos, como que no se sabe á quién tocará, y por otra parte la ignominia de mantenerse con cebada recae sobre todos; de esta disciplina se saca un preservativo, que infunde terror para adelante, y corrige al mismo tiempo el daño pasado.

Para inspirar valor á la juventud, tienen un excelente medio. Después de una batalla, si algunos se han señalado, el Cónsul convoca el ejército, pone á su lado los que se han distinguido, hace primero un elogio de cada uno sobre aquella hazaña particular y sobre cualquiera otra digna de memoria que haya hecho durante el resto de su vida y después los recompensa. Si ha herido al enemigo, le regala una lanza; si le ha muerto ó despojado, al de á pie le da una copa, y al de á caballo un jaez, bien que en lo antiguo no se daba mas que una lanza. Pero esto se debe entender, no de aquellos soldados que en una batalla campal ó en la toma de una plaza hubiesen muerto ó despojado algunos enemigos, sino de aquellos que en una escaramuza ó cualquier otro encuentro particular, donde no es obligado á acudir personalmente, de voluntad y por gusto se arrojan al peligro.

En la toma de una ciudad, los que primero montan el muro tienen una corona de oro. Igualmente hay

premios para el que liberta ó salva la vida de un ciudadano ó aliado. Regularmente el mismo libertado corona á su libertador; y si no quiere, le compele el Tribuno por sentencia, y á más tiene que respetarle durante toda su vida como á padre, y prestarle todos los oficios como á hacedor.

Con estos estímulos se excita la contienda y emulación, no sólo de los que se hallan presentes en las batallas, sino de los que han quedado en sus casas. Porque los que han logrado estos premios, á más de la gloria que disfrutan en el campo y fama que consiguen en su patria, de vuelta de la campaña se presentan en las fiestas y juegos con estos distintivos del valor, que no es permitido llevar sino á los que el Cónsul ha honrado. A más de esto cuelgan en el sitio más patente de sus casas los despojos que han cogido al enemigo, para que sean monumentos y testimonios de su esfuerzo. Pueblo que con tanto cuidado y esmero dispensa el premio y el castigo en la milicia, no es extraño logre un éxito feliz y brillante en sus empresas.

La infantería tiene al día dos óbolos de sueldo; los Centuriones doble, y la caballería una dracma. Al soldado de á pie se le da una ración de trigo, que es poco más de dos partes del medimno ático; á la caballería siete medimnos de cebada por mes, y dos de trigo. La infantería aliada está igual con la romana; pero la caballería tiene un medimno y un tercio de trigo, y cinco de cebada. Todo esto se da gratuitamente á los aliados; pero respecto de los Romanos, el Cuestor les descuenta de sus sueldos una cierta suma de víveres, vestuario, y armamento si se necesita.

XIII.

Modo de levantar el campo, marchar el ejército y fijar las tiendas.

Ve aquí cómo levantan el campo. Al primer toque, descuelgan las tiendas y lían el bagaje. Pero á nadie es lícito quitar ó poner tienda, sin haberlo hecho antes con la del Cónsul y las de los Tribunos. Al segundo toque, se pone el bagaje sobre las bestias; y al tercero comienzan á marchar los primeros, y se mueve todo el campo. Por lo regular van en la vanguardia los extraordinarios, siguese después el ala derecha de los aliados, y á su intermediación los bagajes de unos y otros. Marcha después la primera legión de los Romanos y detrás todo su equipaje. Á su consecuencia va la segunda legión, seguida de su propio bagaje y del de los aliados, que cierran la marcha. Porque siempre en éstas ocupa la retaguardia el ala izquierda de los aliados. La caballería, unas veces marcha detrás de su cuerpo de infantería respectivo, otras camina á los costados de las bestias de carga, para contenerlas y libertarlas de un insulto. Cuando amenaza el enemigo por la retaguardia, todo subsiste en el mismo estado; solo los extraordinarios de los aliados, desde la vanguardia pasan á la retaguardia. Entre las legiones y las alas hay alternativa; un día por su turno marchan á la cabeza, y otro á la cola, para que todos participen igualmente del agua y de los forrajes.

Hay otro género de marcha, para cuando se teme algún peligro y se camina por lugares descampados.

Se sitúa los Hastatos, los Príncipes y los Triarios á igual distancia unos detrás de otros en forma de falange triple, y se coloca el bagaje de los primeros por delante, el de los segundos detrás de los primeros, y el de los terceros detrás de los segundos, de suerte que los bagajes y los diferentes cuerpos de tropas estén mezclados alternativamente. Dispuesta así la marcha, cuando aparece el peligro, por una conversión bien á izquierda, bien á derecha, se hace avanzar el ejército fuera de los equipajes, hacia el lado donde se presenta el enemigo. De este modo, en un momento y con un solo movimiento, todo el ejército viene á quedar formado en batalla, á no ser que tengan que hacer alguna evolución los Hastatos, que entonces los bagajes y toda su comitiva vienen á quedar á espaldas de la formación de batalla, en un lugar defendido de todo peligro.

Cuando ya se acercan al lugar destinado para campamento, se adelantan el Tribuno y los Centuriones nombrados para este efecto. Estos, después de reconocido todo el terreno donde se ha de campar, eligen lo primero un sitio donde se ha de poner la tienda del Cónsul, y hacia qué fachada ó costado del Pretorio han de estar alojadas las legiones. Señalados estos lugares, miden el ámbito que ha de ocupar el Pretorio; tiran después una línea recta, sobre la cual han de estar situadas las tiendas de los Tribunos; y de aquí otra paralela, desde donde ha de comenzar á camparse el ejército. Del mismo modo, del otro lado del Pretorio hacen sus dimensiones, de que ya hemos hablado arriba muy por menor. Como todos los espacios están determinados y sabidos por el largo uso, todas estas medidas se toman con facilidad en poco tiempo. Después de lo cual fijan cuatro banderas; la primera donde ha de estar la tienda del Cónsul, la se-

gunda hacia la fachada que se ha escogido, la tercera en el promedio de la línea donde se han de alojar los Tribunos, y la cuarta donde han de campar las legiones. Todas estas banderas son de color encarnado, menos la del Cónsul que es blanca. De parte allá del Pretorio, unas veces se fijan simples estacas, otras banderas de diversos colores. Hecho esto, se pasa á tomar las dimensiones de las calles, y en cada una se clava una lanza; de suerte que lo mismo es estar á tiro el ejército de poder echar una ojeada sobre el lugar del campamento, que al instante se le representan distintamente todas sus partes, conjeturándolas é infiriéndolas por la bandera del General. Finalmente, como todos saben á punto fijo en qué calle y en qué parte de la calle ha de estar su tienda, porque cada uno ocupa siempre un mismo sitio, viene esto á semejarse á cuando un regimiento entra en una ciudad de donde es natural. Entonces, como todos en general y en particular saben en qué parte de la ciudad está su morada, desde la misma puerta, sin extrañarse á un lado ni á otro, se dirigen y llegan á su propia casa sin equivocarse. Igual cosa sucede en los campamentos de los Romanos.

En mi concepto, si los Romanos han seguido diverso método que los Griegos quanto á esta parte, ha sido principalmente por consultar á la facilidad. Los Griegos en sus campamentos prefieren siempre atenderse á la fortaleza del terreno, ya por ahorrarse el trabajo de levantar la trinchera, ya porque piensan que no es igual la seguridad que presta el arte á la que ofrece la naturaleza. De aquí la necesidad en que se ven de dar al campamento la figura que da de sí el terreno; de aquí la variación de sus partes, ya de uno, ya de otro modo según los diferentes sitios, y de aquí, finalmente, la incertidumbre que tiene el soldado de

su lugar respectivo y del de su cuerpo; en vez de que los Romanos, á costa del trabajo de un foso y otras fatigas anejas, logran la ventaja de la facilidad y del método sabido y único de campar siempre de un mismo modo. Esto es lo principal que hay que observar sobre las legiones romanas, y en especial sobre sus campamentos.

XIV.

Gobiernos célebres en la antigüedad, y comparación de unos con otros.—Gobierno de Creta, ni semejante ni laudable como el de Licurgo.

Casi todos los escritores han hablado con elogio de las repúblicas de Lacedemonia, Creta, Mantinea y Cartago. Las de Atenas y Tebas han tenido también sus admiradores. Quanto á las cuatro primeras, vaya en hora buena; pero respecto de las dos últimas, como sus progresos no han sido proporcionados, ni su elevación permanente, ni sus reformas hechas con moderación, creo no es menester que nos detengamos. Si tal vez estos pueblos florecieron, fué como una luz pasajera, que al tiempo mismo que los representaba el colmo de la gloria y felicidad que disfrutarían después, los redujo al extremo opuesto. Los Tebanos, si se han adquirido reputación entre los Griegos, ha sido porque uno ú otro de sus ciudadanos, informados del estado de los Lacedemonios, los han atacado á tiempo que la imprudencia de éstos los había conciliado el odio de sus aliados. Prueba clara de que no es la causa de sus prósperos sucesos la constitución del gobierno, sino el mérito de los que gobernaban, es que

todas sus proezas crecieron, florecieron y acabaron durante la vida de Epaminondas y Pelópidas. Conviengamos en que no al gobierno, sino á las cabezas se debe atribuir el brillante papel que entonces hizo la República de Tebas.

El mismo juicio se ha de hacer de la República de Atenas. Feliz de tiempo en tiempo, pero en el colmo de su elevación cuando la gobernaba Temístocles, en un instante decayó de aquel grado de poder por la inconstancia de sus costumbres. El pueblo de Atenas ha sido siempre como una nave sin piloto. En ésta, bien por temor de un enemigo, bien por peligro de una tempestad, si á los marineros les da la gana de conformarse y obedecer al piloto, todos cumplen con sus ministerios exactamente; pero si recobrados del miedo pasado, comienzan á despreciar á sus jefes, á amotinarse y á no convenirse, entonces, como uno quiere que se prosiga el viaje, otro insta á que se tome puerto, aquél manda que se desplieguen las velas, éste que se recojan, semejante división y trastorno representa un espectáculo horrible á los navíos vecinos, y es una constitución peligrosa á los mismos que la tripulan. Así se ve, que después de haber corrido espaciosos mares, y haber escapado de furiosas borrascas, vienen á naufragar en el puerto y sobre la misma costa. Ve aquí cabalmente lo que ha pasado ya muchas veces por la República de Atenas. Puesta á salvo tal vez de los mayores y más terribles vaivenes por el valor del pueblo y de los que la gobernaban, la hemos visto otras estrellarse en su mayor bonanza y cuando no hay peligro, por no sé qué temeridad é imprudencia.

Esto supuesto, se me dispensará hablar más de estas dos Repúblicas, donde el pueblo dispone de todo á medida de sus pasiones. En la primera, todo se hace

con precipitación y encono; y en la segunda, con fuerza y violencia. Pasemos á la de Creta, y examinemos los dos puntos que nos refieren los más hábiles escritores de la antigüedad, Eforo, Jenofonte, Calistenes y Platón. Primeramente sientan que esta República es semejante y una misma con la de Lacedemonia; y en segundo lugar dicen que es digna de elogio. En mi concepto, ni uno ni otro es verdadero, y si no, véase la prueba. Comienzo por la desemejanza. Tres cosas caracterizan el gobierno de Lacedemonia: primera, la posesión de bienes raíces, de los cuales no es lícito tener un ciudadano mas que otro. sino que todos han de poseer igual porción de tierra concejil; segunda, el ningún valor del dinero, por cuyo medio se consigue cortar de raíz en el gobierno la contienda del más y del menos; tercera, la perpetua sucesión en el reino de padres á hijos, y la constante autoridad de los quellaman *Viejos* durante su vida, por cuyas manos pasan todos los negocios del Estado. Todo lo contrario sucede entre los Cretenses. Las leyes les permiten tener bienes raíces cada uno según sus facultades, sin que haya límites prescritos. El dinero está entre ellos en tanta estima, que su adquisición no sólo se tiene por necesaria, sino por muy honrosa. En una palabra, las costumbres sórdidas y avaras tienen allí tal imperio, que de todas las naciones en sola Creta ninguna ganancia se reputa por torpe y vergonzosa. En fin, la Magistratura es anual, y se ejerce como en el estado popular; de suerte que muchas veces he llegado á dudar cómo de dos Repúblicas diametralmente opuestas han podido decir estos escritores que se asemejan y son entre sí conformes. Estos autores, después de no advertir tan visibles diferencias, se ponen á tratar, en un largo suplemento, que Licurgo solo entre todos los mortales es el que ha

conocido que los dos principales polos donde se sostiene todo gobierno son el valor en la guerra, y la unión entre los ciudadanos; que este legislador, con haber cortado de raíz la avaricia, había desterrado de su República toda doméstica disensión y alboroto; y que por eso la Lacedemonia, libre de esta peste, era el gobierno mejor de toda la Grecia para conservar la unión. Después de haber dicho semejantes expresiones, y haber hecho cotejo con la República de Creta, donde la ambición natural al dinero ha producido, no digo particulares discordias, sino generales sediciones, muertes y guerras civiles; sin hacer alto en esto, se atreven á proferir que son semejantes estos gobiernos. Eforo, en la descripción que hace de estas dos Repúblicas, usa de unos mismos términos, á excepción de los nombres propios; de suerte, que á no parar la atención en esta diferencia, no se podrá conocer de cuál de las dos habla. Esta es la diversidad que á mi entender se encuentra en ellas; ahora se explicará cómo la de Creta ni es digna de elogio, ni de emulación.

(En mi concepto, dos son los fundamentos de todo gobierno, las leyes y las costumbres, y de éstas depende la estimación ó menosprecio de su fuerza y constitución. Aquellas leyes y costumbres merecen aprecio, que hacen la vida de los particulares inocente y casta, y forman los institutos públicos humanos y justos, y aquellas otras son dignas de aversión, que producen los efectos contrarios. Así como cuando advertimos en un pueblo costumbres y leyes justas, afirmamos sin reparo que su gobierno y los miembros que le componen son laudables; así también cuando vemos que la avaricia reina en los particulares y la injusticia en las acciones públicas, podremos decir con razón que sus leyes son malas, sus usos particu-

lares perversos, y su estado despreciable. Es así que en pueblo ninguno, á excepción de muy pocos, se hallarán hombres de más dolo y mala fe que los Cretenses, ni estado de designios mas inicuos que el de Creta. Luego reprobada semejante comparación, sentemos que ni es semejante al de Lacedemonia, ni merece aplauso ni emulación.

No tuve por conveniente proponer aquí la República de Platón, no obstante que entre los filósofos tiene sus panegiristas. Porque así como en los combates públicos no se admite á los cortesanos y atletas que no están matriculados, ó han dado alguna muestra de su valor, tampoco se debe traer á colación esta República en una disputa sobre precedencia, si antes no presenta de propia cosecha algún efecto real y verdadero. Hasta el día de hoy, si se quisiese compararla con la de Esparta, Roma ó Cartago, sería lo mismo que proponerse hacer un parangón entre una estatua y un hombre vivo y animado: por mucho realce que se quiera dar al arte en la estatua, los espectadores siempre hallarán infinita desproporción y desemejanza en el cotejo. Dejemos, pues, esta República, y pasemos á la de Lacedemonia.

XV.

Gobierno de Licurgo, capaz por si solo de conservar la libertad.—
Excelencia y vigor que encierra en si la constitución de la República Romana para extender sus límites.

En mi concepto, Licurgo estableció tales leyes y tomó tan sabias providencias para mantener la concordia entre los ciudadanos, poner á cubierto la Laconia, y conservar á Esparta una libertad constante, que

más la juzgo esta obra divina que humana. Aquella igualdad de bienes raíces, aquella simplicidad y frugalidad de vida común, por precisión había de formar hombres sobrios y un estado exento de toda discordia. Aquel ejercitarse en los trabajos, aquel endurecerse en las penalidades, sin remedio había de producir Lacedemonios robustos y esforzados. Y desengañémonos, que concurriendo en un hombre ó en un Estado estas dos virtudes, la fortaleza y la templanza, ni es fácil que nazca vicio dentro de casa, ni la conquista por el vecino es así como quiera. Ve aquí por qué Licurgo, fundada su República sobre estas dos bases, procuró á toda la Laconia una seguridad sólida, y dejó á sus moradores una libertad permanente. No obstante, me parece que este legislador, ni en el derecho privado de la República, ni en el público del Estado, dejó cosa dispuesta cuanto á la extensión de límites, mando y arrogación de autoridad sobre los países vecinos. Y así le faltó, ó haber impuesto á la nación esta cortapisa, ó haberla inspirado este deseo, para que así como formó sobrios y parcios á los particulares, hubiese hecho también moderado y contenido á todo el Estado. Y no que ahora, viviendo el particular sin codicia y con mucha moderación en sus derechos públicos y privados, el conjunto de la nación es el más ambicioso, el más amante de dominar y enriquecerse á costa de los otros Griegos.

Porque, ¿quién no sabe que los Lacedemonios fueron casi los primeros de toda la Grecia que, codiciosos del país vecino, declararon la guerra á los Messenios, por vender los prisioneros en almoneda? ¿Quién ignora que la obstinación les empeñó entonces en el juramento de no levantar el sitio antes que Messena fuese tomada por fuerza? Fuera de que es notorio al mundo que por mandar en la Grecia tuvieron la debilidad de

someterse á las órdenes de aquellos mismos á quienes antes habían vencido con las armas. Pues en la invasión de los Persas en la Grecia, después de haberlos vencido y haberlos hecho volver y retirar á su patria, les entregaron bajamente por la paz de Antalcida aquellas mismas ciudades por cuya libertad habían tomado las armas, únicamente por juntar dinero para sujetar á los Griegos. Entonces fué cuando conocieron que su legislación era defectuosa. Porque mientras se limitó su ambición á los países vecinos y á mandar dentro del Peloponeso, la misma Laconia les sufragó suficientemente tropas y provisiones, dándoles proporción para tener todas las municiones necesarias, y comodidad para regresar prontamente á sus casas y trasportar sus aprestos. Pero desde que pensaron en poner escuadras sobre el mar, y mantener ejércitos de tierra fuera del Peloponeso, ya entonces se desengañaron que ni su moneda de hierro, ni la permuta de frutos anuales que Licurgo había establecido, eran bastantes; y que sin una moneda común, y sin auxilios extranjeros, no podía el Estado sufragar á sus necesidades.

De aquí la necesidad de mendigar el favor de los Persas; de aquí la imposición de tributos sobre los insulares; de aquí, finalmente, se siguió la exacción de dinero de toda la Grecia; como que ya estaban persuadidos á que con solas las leyes de Licurgo no podían, no digo imperar sobre Grecia, pero ni aun emprender cosa considerable. Pero ¿á qué efecto esta digresión? Para que los mismos hechos den á conocer que el gobierno de Licurgo es suficiente por sí para la propia defensa del Estado, y para la conservación de la libertad. Pues es preciso conceder á los que aplauden la forma y constitución del gobierno lacedemonio, que cuanto á este punto, ni le hay, ni ha habido jamás.

otro que se le iguale. Pero si se ambiciona empresas mayores, si se tiene por glorioso y brillante aquello de mandar á muchos súbditos, someter y señorear muchas provincias, y atraerse sobre sí las miras y atención de todos; se debe confesar que la República de Lacedemonia es defectuosa, y que la Romana la lleva muchas ventajas, por tener una constitución más poderosa. Los hechos mismos evidencian lo que digo. Los Lacedemonios, por aspirar al mando sobre la Grecia, estuvieron á pique de perder su libertad; los Romanos al contrario, después de sujeta Italia, sometieron en poco tiempo todo el universo, contribuyendo no poco al logro de la empresa la abundancia y facilidad que en sí mismos hallaron de proveerse de pertrechos.

XVI.

Comparación de la República de Cartago con la de Roma.

A mi modo de entender, la República de Cartago en sus principios fué muy bien establecida, por lo que hace á los puntos principales. Porque había Reyes ó *Sufetes*, había un Senado con una autoridad aristocrática, y el pueblo era señor sobre ciertas cosas de su inspección. En una palabra, el enlace de todas estas potestades se asemejaba al de Roma y Lacedemonia. Pero en tiempo de la guerra de Annibal era inferior la Cartaginesa, y superior la Romana. Esta es una ley de naturaleza, que todo cuerpo, todo gobierno y toda acción tengan sus progresos, su auge y su ruina; y que de todos el segundo sea el más poderoso. En este estado es cuando se ha de ver lo que va

de gobierno á gobierno. Todo cuanto tuvo de anterior el estado de perfección y vigor de la República de Cartago respecto de la de Roma, otro tanto tuvo de anticipada su decadencia; en vez de que la de Roma estaba entonces en su mayor auge. Ya el pueblo se había arrogado en Cartago la principal autoridad en las deliberaciones, cuando en Roma estaba aún en su vigor la del Senado. Allí era el pueblo quien resolvía, cuando aquí eran los principales quienes deliberaban sobre los asuntos públicos. Y ve aquí por qué no obstante la entera derrota de Canas, las sabias medidas del Senado vencieron al fin á los Cartagineses.

No obstante, si reflexionamos sobre ciertos puntos particulares, por ejemplo, sobre el arte militar, hallaremos que los Cartagineses tenían más disposición é inteligencia de la guerra de mar que no los Romanos, ya porque desde tiempos antiguos habían heredado esta ciencia de sus mayores, ya porque la habían ejercitado más que otro pueblo. Pero sobre la guerra de tierra eran infinitas las ventajas que los Romanos llevaban á los Cartagineses; como que Roma ponía sobre este ramo el mayor esmero, mientras que Cartago lo tenía del todo abandonado, bien que cuidase algún tanto de su caballería. La causa de esto es porque esta República se sirve de tropas extranjeras y mercenarias, y aquella, al contrario, saca las suyas del país y de la misma Roma. Cuanto á esta parte, es más plausible el Gobierno Romano que no el Cartaginés. Porque el uno tiene puesta siempre su libertad en manos de tropas venales, y el otro en su propio valor y en el auxilio de sus aliados. Por eso, aunque tal vez reciba un golpe mortal el Estado, los Romanos en la hora recobran sus fuerzas, pero los Cartagineses se levantan con trabajo..... Fuera de que, como los Romanos pelean por su patria y por

sus hijos, jamás se resfría en ellos aquel primer ardor, al contrario, subsisten resueltos hasta triunfar del enemigo. Ve aquí por qué, en medio de ser muy inferiores en habilidad sus tropas de mar, como decíamos antes, con todo han salido vencedoras por el valor de sus soldados. Pues aunque la ciencia náutica contribuye infinito para los combates navales, no obstante el esfuerzo de la marinería hace un gran contrapeso para la victoria. A más de que la naturaleza ha diferenciado á los Italianos de los Cartagineses y Africanos tanto en la fuerza corporal como en el ardor y espíritu, tienen también ciertos institutos que excitan infinito el valor en la juventud. Un solo ejemplo bastará para dar una idea del cuidado que tiene el ministerio en formar hombres que arrosten todo peligro por conseguir aplauso en su patria.

Cuando muere en Roma algún personaje de consideración, á más de otros honores que se le hacen en el entierro, se le lleva á la Tribuna de las arengas, donde se le expone al público regularmente en pie, y rara vez echado. En medio de un innumerable concurso sube á la tribuna su hijo, si ha dejado alguno de edad competente y se halla en Roma, ó cuando no un pariente, y hace el panegírico de las virtudes del difunto y demás acciones gloriosas de su vida. Este elogio sirve para refrescar y poner á la vista de la multitud los hechos del muerto; de que proviene que no sólo los cómplices en sus acciones, sino aun los extraños toman parte en el sentimiento, que más parece luto general del pueblo que particular de su familia. Después de enterrado el cadáver y hechos los sufragios, se hace un busto que representa á lo vivo el rostro con sus facciones y colores, y se colca en el lugar más patente de la casa, metido en una urna de madera. Regularmente en las funciones públicas se descubren estos

bustos y se adornan con esmero. Cuando muere otro personaje de la misma familia los llevan al entierro, y para que iguale en la estatura al que representa, se les pone un tronco de madera. Todos estos simulacros están con sus vestidos. Si el muerto ha sido cónsul ó pretor, con la pretexta; si ha sido censor, con una ropa de púrpura; si ha obtenido el triunfo ó algún otro honor semejante, con una tela de oro. Se les lleva sobre sus carros, precedidos de las fascas, hachas y demás insignias propias de la dignidad que obtuvo en la República durante su vida. Luego que se ha llegado á la Tribuna, se sientan todos en sus sillas de marfil, lo cual representa el espectáculo más agradable á un joven amante de la gloria y de la virtud. En efecto, ¿habrá alguno que á vista de tantas imágenes de hombres recomendables por la virtud, vivas, digámoslo así, y animadas, no se sienta inflamado del deseo de imitarlas? ¿Se puede representar espectáculo más patético? Después que el orador ha concluido el panegírico del que ha de ser enterrado, pasa á hacer el elogio de las gloriosas acciones de los otros, comenzando por la estatua más antigua de las que tiene delante. Con esto se renueva la fama de los ciudadanos virtuosos; con esto se inmortaliza la gloria de los que se han distinguido; con esto se divulga el nombre de los beneméritos de la patria y pasa á la posteridad; y lo principal de todo, con esto se excita la juventud á pasar por todo, si media el bien público, por lograr la gloria que se concede á la virtud. Sirva de prueba para todo lo que he dicho, ver á muchos Romanos que voluntariamente han salido á un combate particular por la decisión de los asuntos del Estado; no pocos que han apetecido una muerte inevitable; unos en la guerra por la salud de sus compañeros, otros en la paz por la defensa de la República. Aun

ha habido algunos que, teniendo en sus manos el poder, han sacrificado sus hijos contra toda ley y costumbre, pudiendo más en ellos el bien de la patria que los vínculos de la naturaleza y de la sangre. Muchos ejemplares se pudieran contar de esto entre los Romanos; pero por ahora bastará uno, que sirva de ejemplo y comprobación de lo que digo.

Cuentan que Horacio llamado el Tuerto, estando peleando con dos enemigos (506 años antes de J. C.) á la entrada del puente que está junto á Roma sobre el Tiber, apenas advirtió que venían más en su socorro, temiendo que, forzado el paso, no entrasen en la ciudad, se volvió á los que tenía á la espalda, y á grandes voces les dijo que se retirasen y cortasen el puente. Obedecida la orden, mientras que éstos lo desbarataban, él, á pesar de las muchas heridas que había recibido, sostuvo el choque, y contuvo el ímpetu de los contrarios, que quedaron admirados no tanto de sus fuerzas, cuanto de su constancia y atrevimiento.

Arrancado el puente, y frustrado el empeño del enemigo, Horacio se arrojó con sus armas en el río, prefiriendo una muerte voluntaria por la salud de la patria, y la gloria que después le redundaría, á la vida presente y los años que le restaban. Tanto es el ardor y emulación que inspiran en la juventud las costumbres de los Romanos para las bellas acciones.

XVII.

Prosigue el cotejo entre las dos Repúblicas.—Imperio que tiene en la de Roma la superstición.—Ruina y trastorno que la espera.

Aun los modos de ganar la vida son más legítimos entre los Romanos que entre los Cartagineses. En Cartago no hay torpeza donde hay ganancia: en Roma no hay cosa más indecorosa que dejarse corromper, y enriquecerse con malas artes. Todo lo que tiene de honroso entre ellos ganar de comer honestamente, tiene de abominable atesorar riquezas con malos tratos. Prueba de esto es que en Cartago se compran públicamente los cargos á fuerza de dádivas; en Roma es un crimen capital. Á vista de esto no hay que extrañar que, siendo tan contrarios los premios que se proponen á la virtud en uno y otro pueblo, sean también diferentes los medios de conseguirlos. Pero la principal excelencia de la República Romana sobre las otras, consiste en el concepto que se tiene de los Dioses. En mi juicio la superstición que en cualquier otro pueblo es reprehensible, aquí es la que sostiene el Imperio Romano. Ella tiene tal imperio y tal influencia en los asuntos, tanto particulares como de Estado, que toda ponderación es corta. Esto sin duda causará admiración á muchos; pero, á mi modo de entender, está introducido por causa del pueblo. Si fuera dable que un Estado se compusiese de sabios, tal vez no sería necesario semejante instituto; pero como el pueblo es un animal inconstante, lleno de pasiones desarregladas, y en quien domina la ira, la

inconsideración, la fuerza y la violencia, es preciso refrenarle con el temor de las cosas que no ve, y con otras semejantes ficciones que le horroricen. Ve aquí por qué, á lo que yo alcanzo, no sin motivo ni al aire introdujeron en el pueblo los antiguos estas ideas y opiniones acerca de los Dioses y de las penas del infierno, y sería una locura é inconsideración que nuestro siglo las desechase. Porque sin meterme en otras consecuencias de la irreligión, en Grecia por ejemplo, si confiáis un talento á los que manejan las rentas públicas, aunque se lo entreguéis delante de diez escribanos, aunque le exijáis diez firmas, y aunque lo atestigüéis con veinte testigos, no podréis conseguir la fidelidad. Al contrario en Roma, siendo así que en las magistraturas y embajadas se manejan cuantiosas sumas de dinero, la religión sola del juramento les hace observar una fe inviolable. Y lo que en otros pueblos sería un prodigio, hallar un hombre que se hubiese abstenido del dinero público y estuviese limpio de tal crimen, en Roma al contrario, es muy raro encontrar un reo de peculado manifiesto.

Pero que todas las cosas de este mundo parecen y están sujetas á mudanza, es excusado advertirlo; bastante prueba de esto es la misma ley de naturaleza. De dos maneras parece todo gobierno: la una le viene de afuera, la otra le nace dentro. El conocimiento de la exterior es vago é incierto, pero el de la interior fijo y determinado. Ya hemos dicho antes cuál es la primera forma de gobierno, cuál la segunda, y cómo se transforman unas en otras; de suerte que en esta materia el que consiga unir los principios con el fin, podrá también predecir lo que sucederá en adelante. Á lo menos, á mi modo de entender, es evidente. Porque cuando una República, después de haberse libertado de grandes y terribles vaivenes, llega á su mayor ele-

vación y á lograr un poder incontrastable, no tiene duda que, como la abundancia llegue á hacer asiento en ella mucho tiempo, el lujo se introducirá en las costumbres, y la ambición desmedida de honores y otros desarreglados deseos se apoderará de sus particulares. Con los progresos que cada día harán estos desórdenes, la pasión de mandar y la especie de mengua que se tendrá en obedecer principiarán el trastorno del gobierno; el fausto y el orgullo llevarán adelante lo comenzado; y el pueblo, cuando la avaricia de unos se crea ofendida, y la ambición de otros lisonjeada y satisfecha, dará la última mano. Eptonces irritado, y consultando sólo con la cólera, ya no solo rehusará obedecer y dividir por igual la autoridad con los Magistrados, sino que querrá disponer de todo ó de la mayor parte. Despues de lo cual, el gobierno toma el más bello nombre, esto es, *(de estado libre y popular; pero en realidad no es sino la dominación de un populacho el peor de todos los estados.)*

Ahora, pues hemos expuesto la constitución de la República Romana, sus progresos, su auge, su estado actual, y su superioridad ó inferioridad respecto de las otras, pondremos aquí fin al discurso. Pero antes, á la manera que un buen artífice saca al público una pieza por muestra de su habilidad, referiremos también nosotros brevemente un hecho, sacado de aquella parte de la historia que pertenece al tiempo de donde nos hemos separado, para que, no sólo las palabras, sino las obras hagan evidencia del alto grado de poder y vigor que tenía entonces esta República.

Anníbal, después de la derrota de los Romanos en Cannas (217 años antes de J. C.), habiendo hecho prisioneros ocho mil hombres que habían quedado para guarda del campo, los dejó ir todos libres á Roma

para procurar su libertad y rescate. Ellos escogieron diez de los más principales, á los cuales Anníbal tomó juramento de que volverían, y permitió que marchasen. Uno de los escogidos, apenas estuvo fuera del Real, cuando diciendo que se le había olvidado una cosa, tornó al campamento, cogió lo que había dejado y volvió á emprender su viaje, creyendo que con este regreso había cumplido con el pacto y se había eximido de la fe del juramento. Llegados á Roma, suplicaron y exhortaron al Senado que no negase á unos prisioneros la vuelta á su patria, que los permitiese pagar tres minas por cada uno y volver á ver sus parientes, que esto era en lo que se habían convenido con Anníbal; que ellos eran tanto más acreedores á esta gracia, cuanto que no habían temido venir á las manos ni hecho cosa indigna del nombre de romano, sino que dejados para custodia del campo, después de muertos todos sus compañeros, la desgracia los había reducido á venir á poder del enemigo. Los Romanos habían tenido por entonces grandes pérdidas, se veían casi privados de todos sus aliados, y amenazaba á la sazón á la patria un peligro cual nunca se había imaginado; no obstante, oída la propuesta, inflexibles á la desgracia cuando se atraviesa el desdoro, ni hicieron caso de la demanda, ni omitieron providencia de las que pudieran conducir á la República. Al contrario, conociendo que el designio de Anníbal con esta acción era tener abundancia de dinero y apagar al mismo tiempo en sus contrarios aquel ardor y emulación en los combates, dándoles á entender que aún quedaba esperanza de salud á los vencidos, estuvieron tan distantes de conceder lo que se les pedía, que sin compadecerse de sus parientes ni estimar los servicios que pudieran sacar de estos prisioneros; al contrario, les negaron el rescate y dejaron frustradas

las intenciones y esperanzas de Anníbal. Promulgaron después una ley que obligaba á las tropas á vencer ó morir, para quitar todo otro recurso de salud á los vencidos. Tomada esta resolución, despacharon los nueve diputados, que voluntariamente se retiraron por cumplir con lo pactado, y al que había pretendido eludir el juramento le remitieron atado á los Cartagineses; de suerte que Anníbal no tuvo tanto gozo de haber vencido á los Romanos, como consternación y espanto de haber visto la constancia y magnanimidad que brillaba en sus deliberaciones.

Necesario es á los que desean adquirir buena educación aprender y ejercitar desde la infancia las demás virtudes, especialmente el valor (1).

El que asegura cosas no sólo falsas, sino imposibles, comete una falta sin excusa (2).

Como sabio y prudente obra quien, según Hesiodo, sabe cuándo vale más la parte que el todo (3).

Aprender á no mentir á los Dioses es base del culto de la verdad entre los hombres (4).

Hay un sitio llamado Rhuncus en las inmediaciones de Stratum en Etolia, según dice Polibio en el libro sexto de su historia (5).

Olcium, ciudad de Etruria (6).

(1) Extracto de *Virtudes y Vicios*.

(2) Manuscrito de Urlino.

(3) Manuscrito de Urbino.

(4) Manuscrito de Urbino.

(5) Atheneo, lib. III, pág. 95.

(6) Esteban de Bizancio.

XVIII.

No ignoro (1) cuán difícil será á algunos explicarse por qué interrumpo el hilo de mi narración, para referir el expresado sistema político; pero creo haber dicho varias veces que desde el principio me impuse una obligación, y forma parte integrante de mi plan general, dándola á conocer en el comienzo y en la exposición de mi historia, donde dije que la mejor y más preciosa enseñanza de las que puede ofrecer esta empresa mía á los lectores de mi obra será la de saber por qué medios y con cuál forma de gobierno consiguieron los Romanos, después de someter en menos de cincuenta años casi todo el mundo conocido, sujetarlo á su dominio, cosa de que no hay ejemplo en los pasados siglos. Tomada esta determinación, no he encontrado momento más oportuno que el actual para fijar la atención en el examen de la constitución romana. En efecto, al juzgar las virtudes y vicios de las personas, para que haya verdad y certidumbre en el juicio, necesario es tomar por dato de observación no la parte de existencia que transcurre en tranquila prosperidad, sino la agitada por alternativas de éxitos y contrariedades; que sólo da pruebas de entereza de carácter quien soporta con magnanimidad y constancia los cambios completos de fortuna. De igual modo debe ser juzgada una constitución. No pudiendo ocurrir cambios mayores ni

(1) Aquí empiezan las adiciones de los fragmentos descubiertos por el Cardenal Mai.

más rápidos que los realizados en nuestros días en la fortuna de los Romanos, dejé para este momento detalles y pruebas de lo antedicho. Puede juzgarse la grandeza de la revolución por los hechos siguientes. (Aquí corresponden los detalles de estrategia antes referidos.)

XII.

Unión de lo agradable y de lo útil.

Propio es de un ánimo sediento de instrucción gozar observando las causas y procurar en cada circunstancia hacer la elección más atinada. Lo mismo puede decirse de los Estados, en los que este estudio es el primer elemento de éxito y su olvido causa segura de reveses y catástrofes. Este principio es un manantial no sólo de nuestros designios y propósitos sino de su realización.

En la mayoría de las cosas humanas, los que por sí adquieren una fortuna, inclinados son á conservarla, y los que de otros la reciben hecha, propicios á disiparla (1).

(1) Este fragmento lo publicó Schweighacuser, t. II, pág. 582 al fin del libro IV; pero, según el sitio que ocupa en su manuscrito, cree el Cardenal Mai que corresponde al cap. VI de este libro.

XIII.

Treinta años habían trascurrido de la expedición de Xerxes á Grecia, desde cuya época hemos separado cuidadosamente cada acontecimiento particular... (1) El gobierno de Roma había llegado al apogeo de la perfección y belleza en la época de Annibal, punto de partida para hacer esta digresión. Explicada ya su forma, diré ahora lo que era cuando los Romanos, reunidos en Canas, vieron su imperio completamente arruinado. No ignoro que lo expuesto parecerá insuficiente, por haber omitido algunos detalles, á los hombres nacidos bajo esta constitución. Poseedores en este asunto de conocimientos completos y de consumada experiencia, que deben á la ventaja de vivir desde la infancia dentro de las costumbres é instituciones de su patria, tendrán menos estimación á lo que he dicho que afición á buscar lo omitido: no supondrán que el escritor ha desdeñado de intento debates de escaso interés, sino le acusarán de callar por ignorancia las causas y ligazón de los hechos: sin aprobar las consideraciones que haya expuesto, por juzgarlas mediocres y superfluas, aplicaránse á notar

(1) Probablemente hay en este sitio una considerable laguna en el manuscrito. Se puede presumir que los treinta años á que Polibio se refiere son los que mediaron desde la expedición de Xerxes en el año 274 de Roma hasta la creación de los decenviros en el 304. Parece que después de echar Polibio una ojeada al estado anterior de Roma, busca al principio de este fragmento una transición para narrar cómo estaban los Romanos durante la guerra con Annibal.

sus omisiones, calificándolas de esenciales, inspirándoles tal crítica el deseo de aparecer más sabios que el autor. Pero un juez imparcial debe juzgar al escritor por lo que dice y no por lo que omite. Si el censor advierte algún error en los hechos referidos, sabrá que las omisiones proceden de ignorancia; pero si lo que dice es cierto, conceda al menos que lo callado es por discernimiento, no porque lo ignore. Con esto basta para aquellos que critican á los historiadores con más animosidad que justicia.

LIBRO SEPTIMO.

FRAGMENTOS.

I.

En el libro VII de su historia escribe Polibio: Los habitantes de Capua en la Campania acumularon, por la feracidad del suelo, tanta riqueza, que entregados á la molicie y al lujo más suntuoso, superaron cuanto se refería de los Crotomatas y Sibaritas, célebres por este vicio. No pudiendo, dice, soportar el peso de su opulencia, llamaron á Anníbal y por ello les causaron los Romanos los más duros y atroces sufrimientos. Los Petelenios, al contrario, fieles observadores de la jurada fe á los Romanos, con tan grande valor y constancia resistieron á Anníbal cuando fué á sitiarles, que después de comerse todos los cueros encerrados en la Ciudadela, y las cortezas y raíces tiernas de los árboles que crecían dentro del recinto amurallado, después de once meses de sitio sin recibir socorro alguno, reducidos se vieron á rendirse á los Cartagineses, con el consentimiento de los Romanos, que hicieron los mayores elogios de su fidelidad (1).

(1) Atheneo, libro XII, cap. VI, pág. 528.

II.

Hierónimo de Siracusa, por propia imprudencia en parte, y en parte por malos consejos, rompe el tratado que su abuelo Hierón había hecho con los Romanos y se alía con los Cartagineses.

Pasada la conjuración contra la vida de Hierónimo, rey de Siracusa, y muerto Thrason, Zoippo y Andranodoro convencieron á este príncipe para que enviara inmediatamente embajadores á Anníbal. Elegidos para esta embajada Policretes de Cirene y Filodemo de Argos, recibieron orden de partir para Italia y contratar alianza con los Cartagineses. Al mismo tiempo envió el Rey á sus hermanos á Alejandría. Recibió Anníbal amablemente á los embajadores, ponderándoles las ventajas que al joven monarca produciría la proyectada alianza, y les envió acompañados de embajadores suyos, que eran Anníbal de Cartago, comandante entonces de las galeras, Hippocrates y Epicides, su hermano menor, ambos Siracusanos. Estos hermanos militaban hacía tiempo á las órdenes de Anníbal, y hasta se habían establecido en Cartago, porque su abuelo, acusado de atentar contra la vida de Agatharco, hijo menor de Agathocles, vióse obligado á expatriarse. Llegaron los embajadores á Siracusa, y Anníbal de Cartago refirió al Rey las órdenes que le diera el General de los Cartagineses. Predispuesto Hierónimo á aliarse con éstos, dijo á Anníbal que convenía partiera inmediatamente para Cartago, prometiéndole que le acompañarían embajadores suyos para tratar con el Gobierno de este pueblo.

Llegó á Lilibea la noticia de esta alianza, y el Pre-

tor, partidario de los Romanos, envió inmediatamente al Rey de Siracusa un comisionado para inducirle á que renovara los tratados hechos por sus antepasados en Roma. La embajada no agradó al Príncipe. «Lamento mucho la suerte de los Romanos, respondió, y es de sentir que los Cartagineses les destrocen en Italia.» Admiró á los embajadores la insensata respuesta, y preguntaron al Rey quién le había asegurado tal cosa. «Los Cartagineses, contestó; y si lo que os digo no es cierto, ellos son los culpados de la mentira.» Replicaron los embajadores que no acostumbraban los Romanos á dar fe á informes de sus enemigos, y que por lo demás le aconsejaban no faltar á los antiguos tratados, porque la justicia y su propio interés le obligaban á cumplirlos fielmente. «Deliberaré sobre este asunto, replicó el Rey, y os diré mi resolución definitiva. Pero decidme vosotros por qué antes de la muerte de mi abuelo volvisteis á Siracusa, de donde habíais partido con cincuenta barcos y hasta llegasteis al promontorio de Pachynum.» Era, en efecto, positivo y cierto que poco antes de esta embajada, habiendo oído decir los Romanos que el rey Hierón había muerto, volvieron á Siracusa, temiendo que el poco respeto que inspirase un rey niño fuera motivo de revolución; pero informados de que Hierón vivía, volvieron á Lilibea. Los embajadores confesaron el hecho, diciendo que fueron á Siracusa con el único propósito de auxiliarle en su juventud y de conservar su reino. «Pues bien, replicó el Rey; sufrid ahora, Romanos, que por la conservación de mi reino cambie de ruta y que me ponga de parte de los Cartagineses.» Comprendieron los embajadores al oír esta frase que la determinación del Rey era definitiva, y sin contestar á ella se despidieron, volviendo á Lilibea, para dar cuenta al Pretor de cuanto ha-

bían oído. Desde entonces los Romanos vigilaron la conducta de este Príncipe teniéndole por enemigo declarado.

Escogió Hierónimo para embajadores suyos en Cartago á Agatharco, Onegiseno é Hipposthenes, á quienes ordenó que partiesen con Anníbal de Cartago, y ajustaran con la citada República un tratado, conforme al cual «los Cartagineses le darían tropas de mar y tierra para arrojar á los Romanos de Sicilia, y conseguido este resultado, partiría con ellos la dominación de la isla, de modo que el Himero, que casi por mitad la atraviesa, sirviese de límite á las provincias cartaginesas y á las suyas.» Propusieron tales condiciones los embajadores, aceptáronlas gustosos los Cartagineses y el tratado quedó hecho.

Hippocrates, asiduó cortesano del joven Príncipe, le engañaba con adulaciones y falsedades, refiriéndole cómo Anníbal había pasado á Italia, y los combates y batallas que allí dió á los Romanos. Convencióle de que era la única persona con derecho á reinar en toda Sicilia; primero por ser hijo de Nereis, hija de Pyrrho, que los Sicilianos voluntariamente y por afecto eligieron rey, y además porque su abuelo Hierón había reinado en toda la isla. Logró por tales medios alucinar al Monarca, hasta el extremo de que á nadie sino á él escuchaba. El carácter ligero é inconstante del Príncipe contribuía mucho á que incurriese en error, pero fué causa principal aquel adulator, alentando su vanidad con las esperanzas más ambiciosas. Antes de que Agatharco terminara las negociaciones en Cartago, envió Hierónimo nuevos embajadores para decir á los Cartagineses que pretendía reinar en toda Sicilia, pareciéndole justo que éstos le ayudaran en la reconquista de sus derechos á toda la isla, prometiéndoles en cambio la suya para la realización de sus

proyectos en Italia. Comprendieron perfectamente los de Cartago la ninguna seriedad de este Príncipe, pero importaba por muchas razones á la República tener Sicilia de su parte, y concedióle cuanto quiso, aprovechando los buques equipados y las tropas reclutadas para trasladar rápidamente un ejército á la citada isla.

Al saberlo los Romanos, enviaron nuevos embajadores al Rey de Siracusa para advertirle que no debía romper los tratados que sus padres habían ajustado con la República Romana. Reunió el Rey el Consejo. Los habitantes de aquella comarca, temerosos de las iras del Príncipe, guardaron silencio. Aristomaco de Corinto, Danippes de Lacedemonia y Autono el Tesaliano opinaron en pro de la alianza con los Romanos. Sólo Andranodoro creyó que la ocasión era demasiado propicia para desaprovecharla, y el momento por demás oportuno para extender la dominación del Príncipe á toda Sicilia. Consultado en seguida Hipocrates, respondió únicamente que opinaba lo mismo que Andranodoro. Así terminó la deliberación, resolviendo declarar la guerra á los Romanos. No quiso, sin embargo, el Rey romper los tratados sin alegar pretextos que aparentemente explicaran su cambio de actitud, pero fueron tales, que en vez de satisfacer ofendieron á los Romanos. Dijo que cumpliría los tratados si los Romanos le devolvían el oro que recibieron de su abuelo Hierón; además el trigo y los regalos que Hierón les había hecho desde el principio de la alianza, y que se reconociera que todas las ciudades y tierras de esta parte del Himero pertenecen á los Siracusanos. Dicho esto, los embajadores romanos fueron despedidos y se disolvió la asamblea. Hierón hizo en seguida preparativos de guerra, reclutó tropas y reunió las provisiones necesarias.

III.

Situación de la ciudad de Leoncio en Sicilia.

Leoncio, considerada su posición en general, está mirando al Septentrión. La atraviesa por medio un llano valle, donde están las casas de Ayuntamiento, los Tribunales, y por último el mercado. De uno y otro lado del valle se extienden sin interrupción unos collados escarpados, cuyas planas cimas están cubiertas de casas y templos. La ciudad tiene dos puertas, de las cuales la una está al extremo meridional del dicho valle y conduce á Siracusa; la otra al extremo septentrional y guía á los campos llamados Leontinos y tierras de labor. Por bajo de una de estas cordilleras escarpadas, la que está hacia el Ocaso, corre el Lisso, sobre cuyas márgenes y al pie mismo de la montaña se extiende una hilera continuada de casas, entre las cuales y el río media el camino que hemos dicho.

IV.

Juicio de Polibio sobre Hierónimo, su abuelo Hierón y su padre Gelón.

Algunos historiadores que han referido la muerte de Hierónimo, emplearon, para admirar á las gentes, profusas descripciones, bien sobre los prodigios que precedieron y anunciaron su tiranía, bien sobre las desdichas de los Siracusanos, apelando á veces á exa-

gerados detalles, propios de poetas trágicos, para pintar la crueldad de su carácter ó de sus actos impíos, ó los extraordinarios y atroces sucesos que á su muerte ocurrieron, hasta el punto de que se crea que ni los Falaris ni los Apollodoro ni ninguno de los tiranos conocidos le sobrepujaron en crueldad. Sin embargo, este Príncipe ocupó el trono siendo niño, y murió á los trece meses de reinado, en cuyo breve plazo habrá ocurrido ciertamente algún caso de aplicación del tormento, y aun de la pena de muerte á algunos de sus propios amigos ó de los demás Siracusanos, pero la inaudita crueldad y la ponderada impiedad que á Hierónimo atribuyen es increíble. No cabe duda de su carácter ligero é injusto, pero tampoco se le puede comparar con cualquiera de los tiranos antes citados. Los autores de historias particulares, por lo limitado del asunto y la escasez de sucesos, vense, á mi juicio, obligados á exagerar cosas de poca importancia y á narrar extensamente sucesos indignos de mención. Por falta de juicio incurren también otros historiadores en igual defecto. Con mayor exactitud y elocuencia hubieran podido aplicarse á la historia de Hierón y Gelón, sin recordar á Hierónimo, las reflexiones añadidas para llenar libro, como complemento á la narración histórica; más agradable y útil fuera esto á los hombres ávidos de leer é instruirse.

Por propio mérito llegó, en efecto, Hierón á reinar sobre los Siracusanos y sus aliados, porque la fortuna no le dió ni nombre ni riqueza, ni otra clase de bienes; y su mejor título á nuestra admiración es el de llegar á rey de los Siracusanos por el solo estuerzo de su genio, sin matar ni desterrar ni hacer daño á nadie.

Cosa no menos admirable es que, adquiriendo así el trono, lo conservara de igual modo. En los cincuenta

y cuatro años que duró su reinado procuró á su patria continua paz y vida exenta de todo temor de conspiraciones, librándose hasta de la envidia que de ordinario ataca á cuanto es grande y noble. Muchas veces quiso abdicar el poder, pero en todas ellas la muchedumbre de todos los ciudadanos se lo impidió. Mostrándose liberalísimo con los Griegos y ávido de adquirir gloria entre ellos, consiguió para él la celebridad, y para los Siracusanos la benevolencia de todos. Viviendo rodeado de las delicias que procuran la abundancia de todos los bienes y las inmensas riquezas, prolongó su existencia hasta los noventa años, conservando todos los sentidos y miembros sanos y útiles, lo que, á mi juicio, es la mejor prueba de la moderación y templanza de sus costumbres.

Respecto á Gelón, puede decirse que en toda su vida, de más de cincuenta años, se propuso, como el fin más noble que podía conseguir, imitar á su padre, posponiendo las riquezas, la majestad real y cualquier otro bien al cariño y confianza debidos al autor de sus días.

V.

Fórmula del juramento con que Annibal, general de los Cartagineses, ajustó la paz con Jenofanes, embajador de Filipo, rey de Macedonia.

«Juramento con que hace la paz (216 años antes de J. C.) el general Annibal, Magón, Mircan, Barmocar, todos los Senadores que están con él, y todos los Cartagineses que militan en su ejército, con Jenofanes Ateniense, hijo de Cleomaco, embajador que nos

ha enviado el rey Filipo, hijo de Demetrio, en su nombre, y en el de los Macedonios y aliados.

»En presencia de Júpiter, Juno y Apolo; en presencia de la Diosa de los Cartagineses, de Hércules y Iolao; en presencia de Marte, Tritón y Neptuno; delante de los Dioses protectores de la expedición, del Sol, la Luna, y la Tierra; delante de los ríos, prados y aguas; delante de cuantos Dioses tiene por tutelares Cartago; delante de cuantos venera Macedonia, y el resto de la Grecia; finalmente, delante de todos los Dioses que presiden la guerra y están presentes á este tratado; el general Anníbal, todos los Senadores que le acompañan, y todos los Cartagineses que militan bajo sus banderas, dicen:

»Para que en adelante seamos amigos, parientes y hermanos, hágase con vuestra voluntad y la nuestra este tratado de alianza y amistad sincera; con condición que el rey Filipo, los Macedonios y todos los demás Griegos sus aliados, defiendan á los señores Cartagineses, al general Anníbal, á las tropas que le acompañan, á los gobernadores de las provincias cartaginesas que usan de unas mismas leyes, á los Uticenses y á todas las ciudades y pueblos sujetos á Cartago, á los soldados, socios y todas las ciudades y naciones con quienes tenemos amistad en Italia, Celtia y Liguria, y á cualquiera otra que contraiga alianza con nosotros en este país. É igualmente los ejércitos cartagineses, Utica, todas las ciudades y pueblos de la dominación cartaginesa con sus aliados y soldados, todas las naciones y ciudades que al presente tenemos por aliadas en Italia, Celtia y Liguria, y demás que podamos tener en adelante en la Italia, protejan y amparen al rey Filipo, á los Macedonios y demás Griegos sus aliados. No maquinaremos, ni pondremos asechanzas unos contra otros; al

contrario, con toda eficacia y sinceridad, sin dolo ni fraude, nos los Macedonios seremos enemigos de los enemigos de Cartago, á excepción de los Reyes, ciudades y puertos con quienes tenemos pacto y alianza: y nos los Cartagineses seremos enemigos de los enemigos del rey Filipo, menos de los Reyes, ciudades y pueblos, con quienes tenemos confederación y alianza. Entraréis vos, Macedonios, en la guerra que tenemos contra los Romanos, hasta que quieran los Dioses darnos un feliz éxito. Nos suministraréis lo que sea necesario, y obraréis según el tenor del convenio. Si los Dioses nos negasen su protección en la guerra contra los Romanos y sus aliados, y llegásemos á tratar de paz con ellos, la ajustaremos de tal suerte, que seáis vosotros también comprendidos en el tratado, y con la condición que jamás les será lícito declararos la guerra, ni ser señores de los Corcireos, ni de los Apoloniatas, ni de los Epidamnios, ni de Faros, ni de Dimala, ni de los Parthinos, ni de Atintania; y que restituirán á Demetrio de Faros cuantos parientes tiene detenidos en los Estados Romanos. Caso que los Romanos declaren la guerra, ó á vosotros ó á nosotros, nos ayudaremos mutuamente según la necesidad de cada uno. Lo mismo se hará si cualquiera otro nos atacase, excepto los Reyes, ciudades y pueblos de quienes somos confederados y amigos. Si tuviésemos á bien quitar ó añadir alguna cosa á este tratado, se hará con consentimiento de unos y otros.»

VI.

Filipo en Messena.

Cuando la democracia triunfó entre los Messenios, y los hombres más ilustres fueron desterrados, poniéndose al frente de los negocios de la ciudad los que por sorteo se distribuyeron sus bienes, los antiguos ciudadanos que habían quedado en Messena vieron con pena á estos hombres gozar de los mismos derechos que ellos (1).

VII.

No era Gorgo el Messenio inferior á ninguno de sus conciudadanos por sus riquezas é ilustre progenie, y como atleta fué en su juventud el más célebre de cuantos lucharon por la corona de los juegos gimnásticos. Ciertamente, ni por la nobleza de sus formas, ni por su constante conducta, ni por el número de coronas que había ganado, á ninguno de su edad cedía. Muy al contrario, cuando retirado de los combates de la gimnasia dedicóse al gobierno de la República y á la administración de los asuntos de su patria, no alcanzó menor gloria en estas tareas que en las de su vida anterior. Lejos de mostrar la ignorancia y rusticidad que casi siempre caracteriza á los atletas,

(1) Suidas.

logró en la República reputación de hombre muy hábil y prudente en el manejo de los negocios públicos (1).

VIII.

Demetrio de Faros persuade á Filipo, rey de Macedonia, que meta guarnición en Ithome, ciudadela de Messena.—Arato aconseja lo contrario.

Filipo, rey de Macedonia, que quería apoderarse de la ciudadela de los Messenios, manifestó á las personas principales de la ciudad su deseo de visitarla y hacer allí un sacrificio á Júpiter. Subió á ella con su acompañamiento.

Presentadas á Filipo según costumbre las entrañas de las víctimas sacrificadas (216 años antes de J. C.), las recibió en sus manos, y volviéndose un poco, las mostró á Arato, y le preguntó, qué juicio hacía de los sacrificios, si denotaban levantar el sitio de la ciudadela ó tomarla. Entonces Demetrio, aprovechándose de la ocasión, dijo: «Si pensáis como adivino, levantad el sitio cuanto antes; pero si como rey que entiende sus intereses, mantenedle; no sea que malograda la ocasión presente, no encontréis otra tan oportuna. Sólo teniendo agarrados ambos cuernos, tendréis sujeto al buey.»

Entendía con este enigma por cuernos á Ithome y el Acrocorinto, y por buey al Peloponeso. Entonces Filipo, volviéndose hacia Arato, le dijo: «Y tú, ¿me aconsejas lo mismo?» Pero viendo que callaba, pidió le

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

manifestase su parecer. Arato, después de haber pensado un rato, dijo: «Si lo puedes hacer sin violar la fe á los Messenios, toma á Ithome; pero si de ocuparla con guaruición se ha de seguir la pérdida de todas las ciudadelas y del socorro que has recibido de Antigono para defender los aliados (en esto le insinuaba la importancia de guardar su palabra), mira no tenga ahora más cuenta hacer desfilas las tropas, y dejar aquí una prueba de buena fe con que conservar los Messenios y demás aliados.» Filipo, á dejarse llevar de su pasión, hubiera quebrantado sin reparo los tratados, como se manifestó por lo que hizo después. Pero reprendido poco antes agriamente por el joven Arato de haber sido causa de la pérdida de alguna gente, y viendo la libertad y entereza con que el viejo le advertía y rogaba ahora no despreciase su aviso, desistió del empeño; y agarrándole de la mano le dijo: «Está bien; volvamos por donde vinimos».

IX.

Filipo, rey de Macedonia.

Interrumpamos momentáneamente el hilo de nuestra narración para hablar algo de Filipo, por ser esta la época del cambio fatal que hizo en su conducta y manera de gobernar. No puede presentarse ejemplo más ilustre á quienes, estando al frente de los negocios públicos, procuran instruirse con la lectura de la historia. Dueño al nacer de un poderoso reino y con las mejores inclinaciones, le conocen los Griegos por sus buenas cualidades y sus defectos, por los éxitos que aquéllas le proporcionaron y las desdichas que

éstos le produjeron. Joven subió al trono, y á ningún Rey amaron tanto en Tesalia, Macedonia y las demás comarcas sometidas á su dominación. ¿Se quiere de ello innegable prueba? Mientras guerreó con Etolios y Lacedemonios, casi siempre estaba fuera de Macedonia; á pesar de ello, ni los citados pueblos, ni los bárbaros vecinos de su reino se atrevieron á poner en éste los pies. ¿Qué diré del afecto y solicitud que mostraron en servirle Alejandro, Crisógenes y todos sus otros amigos? Pródigo en beneficios, logró en breve tiempo la adhesión por reconocimiento vivo y sincero de los pueblos del Peloponeso, la Beocia, el Epiro y la Acarnania, y me atreveré á decir que era por su carácter servicial y benéfico el amor y delicia de toda la Grecia. Brillante prueba del crédito que da á los príncipes la reputación de probidad y rectitud, es la de que los habitantes de Creta le eligieran unánimemente jefe y señor de su isla, y cosa nunca vista, que esto se hiciera sin armas ni combates. Pero después de su conducta con los Messenios, todo cambió de aspecto, y el odio que desde entonces le tuvieron igualó al cariño que antes inspiraba; y así debió esperar. Con determinaciones contrarias á las primitivas y actos conformes á las determinaciones, natural era que perdiese la reputación lograda, y que sus negocios tuvieran distinto éxito al anterior á este cambio. Así sucedió, en efecto, y se verá en el curso de esta historia.

X.

Arato.

Cuando Filipo se declaró francamente hostil á los Romanos y cambió por completo de conducta respecto á sus aliados, le expuso Arato mil motivos, razones mil para disuadirle de tal empresa. Lo consiguió, no sin trabajo. Ruego aquí á mis lectores, para que de nada les quede duda, recuerden una promesa que les hicimos en el libro v de esta historia. Al referir la guerra de Etolia, dijimos que si Filipo había destruído pórticos y otros adornos de la ciudad de Therme, no debía imputarse estos excesos á él, cuya juventud era incapaz de cometerlos, sino á los amigos que le acompañaban; y siendo estos excesos incompatibles con el carácter dulce y moderado de Arato, correspondía sólo la censura á Demetrio de Pharos. Lo dicho entonces prometimos probarlo después. Ahora bien; visto está en lo referido de los Messenios que Arato se encontraba á una jornada de distancia, y Demetrio junto al Rey, cuando este príncipe empezó á gustar, por decirlo así, la sangre humana, á faltar á la fe con sus aliados y á degenerar en tirano. Pero lo que mejor caracteriza la diferencia entre ambos es el consejo que cada uno dió al Rey respecto á la ciudadela de Messena. Siguiendo el de Arato, no se apoderó de ella Filipo, y así consoló en cierto modo á los Messenios de la carnicería que en la ciudad había hecho; y por escuchar el de Demetrio contra los Etolios entregóse á una violencia impropia en él, y se hizo detestar de los Dioses y de los hombres; de los Dioses, pro-

fanando sus templos; de los hombres, excediendo las leyes de la guerra. La isla de Creta proporciona nueva prueba de la sabiduría de Arato. Mientras Filipo le consultó los negocios de ella, no haciendo á nadie daño ó perjuicio, vió á los Cretenses recibir sumisos sus órdenes, y por la benignidad de su gobierno á todos los Griegos ponerse de su parte; pero al seguir los consejos de Demetrio, les llevó los horrores de la guerra, convirtiéndose en enemigo de todos sus aliados, y destruyó la confianza que en él tenían los demás pueblos de Grecia. ¡Tan importante es para un rey joven escoger sus consejeros, pues de ello depende la felicidad ó ruina de sus Estados, y, sin embargo, la mayoría de los príncipes ni siquiera se dignan pensar en cosa de tan graves consecuencias!

XI.

Antioco toma á Sardes por astucia de Lagoras Cretense.

Dábanse alrededor de Sardes continuas escaramuzas y refriegas sin cesar noche y día (215 años antes de J. C.). No había género de asechanzas, emboscadas y ataques que los soldados no excogitasen unos contra otros. Hacer una relación circunstanciada de todo esto, sería no solo infructuoso, sino demasiado prolijo. Ya era el segundo año que duraba el asedio, cuando Lagoras Cretense, hombre de bastante experiencia en el arte de la guerra, puso fin á la contienda. Había observado que las más fuertes ciudades vienen por lo regular con más facilidad á poder del enemigo; porque la negligencia de los habitantes, satisfecha de la fortaleza natural y artificial de la plaza, descuida

y abandona del todo su custodia. Había notado también que las plazas tal vez se toman por la parte más fuerte y menos esperada en el concepto de los enemigos. En este supuesto, viendo que la antigua opinión en que estaba Sardes de su fortaleza había hecho desconfiar á todos de poderla tomar por asalto, y que solo el hambre era el arbitrio de rendirla, se aplicó tanto con mayor intensión á examinar é inquirir si por algún medio le fuera dable tomarla. Reparó que aquella parte del muro que une la ciudad con el alcázar, llamada *Sierra*, no estaba custodiada: no fué menester más para darse á este pensamiento y esperanza. El descuido de las centinelas lo infirió de un indicio semejante. Aquel sitio era un lugar sumamente escarpado, al pie del cual había un abismo, donde se acostumbraba arrojar de la ciudad los cadáveres, y vientres de caballos y bestias muertas. Aquí se juntaba diariamente un gran número de buitres y otros generos de pájaros. Lagoras había advertido que después de saciados estos animales, se iban de continuo á descansar sobre la roca y la muralla. De aquí infirió que aquella parte de muro indefectiblemente estaba abandonada y desierta la mayor parte del tiempo. Esto bastó para que todas las noches fuese á aquel sitio, y examinase con cuidado por dónde se podría entrar y poner las escalas. Cuando ya hubo hallado un paraje accesible en una de aquellas rocas, dió cuenta al Rey de su designio.

Antioco abrazó el pensamiento, y exhortó á Lagoras á llevar al cabo su proyecto, prometiéndole que haría cuanto estuviese de su parte. Lagoras suplicó al Rey le diese por socios y compañeros en la acción á Teodoto el Etolio, y á Dionisio capitán de guardias, por parecerle que uno y otro tenían el valor y audacia que se requería para la empresa proyectada. Al-

canzada la venia del Rey, conferenciaron los tres, y después de pesadas entre sí todas las circunstancias, aguardaron á una noche en que al amanecer no hubiese luna. Venida ésta, el día antes del que habían de poner por obra su designio, al ponerse el sol, escogieron los quince hombres más robustos en fuerzas y espíritu de toda la armada para llevar á un tiempo las escalas, subir por ellas, y acompañarles en la empresa. A más de éstos, entresacaron otros treinta, que dejaron emboscados á cierta distancia, para que después que los primeros, superado el muro, hubiesen llegado á la puerta inmediata, los segundos procurasen por parte afuera forzar y romper los quicios y umbrales, mientras que aquellos por parte adentro hacían lo mismo con los cerrojos y pestillos. En pos de éstos había de ir dos mil, los cuales tenían orden de atacar y ocupar la cima del Teatro, sitio que domina ventajosamente la ciudad y la ciudadela. Para que por este destacamento no se sospechase de modo alguno la verdad del hecho, se esparció la voz que los Etolios pensaban arrojarse en la ciudad por cierto barranco, y para precaver con eficacia lo que se presumía, se habían escogido estas gentes.

Preparado todo lo necesario, lo mismo fué encubrirse la luna, Lagoras y sus gentes se acercaron silenciosamente á las rocas con las escalas, y se acogieron bajo una prominencia. Venido el día y retiradas las centinelas de este sitio, el Rey destacó según costumbre parte de las tropas á sus puestos, sacó el resto al Hipódromo y lo formó en batalla. Al principio nadie sospechó lo que era; pero lo mismo fué aplicarse las dos escalas por donde subían delante Dionisio y Lagoras, que alborotarse y conmovirse todo el campo. Porque aunque ni desde la ciudad ni desde la ciudadela se veía á los que montaban el muro, á causa de

la punta que sobresalía en la roca; desde el campo se percibía muy bien el desnudo de los que subían, y se exponían al peligro. Por eso unos, asombrados de lo extraordinario de la acción, otros pronosticando y temiendo sus resultados, fluctuaban entre el temor y la alegría. Entonces el Rey, viendo la sensación que esto había causado en todo el campo, á fin de disuadir tanto á sus tropas como á los cercados de lo que tenía proyectado, hizo avanzar el ejército, y lo llevó á una puerta que estaba al lado opuesto, llamada Persida. Aqueo, que advirtió desde la ciudadela un movimiento tan poco acostumbrado en los contrarios, quedó dudoso y perplejo por mucho tiempo, sin poder adivinar lo que sería. No obstante, destacó á la puerta tropas que contuviesen al enemigo; pero como la bajada era estrecha y escarpada, el socorro llegó tarde. Aribazo, que gobernaba la ciudad, acudió inocentemente á la puerta á donde vió que se dirigía Antíoco, y haciendo montar á unos sobre el muro, y sacando á otros por la puerta, mandó hacer frente al enemigo que se acercaba, y venir con él á las manos.

Entretanto Lagoras, Teodoto y Dionisio, superados aquellos precipicios, llegan á la puerta inmediata; y mientras que unos pelean con los que habían salido al encuentro, otros hacen pedazos los cerrojos. Al mismo tiempo vienen los que estaban de parte afuera destinados para esta empresa; comienzan á hacer lo mismo, y abierta prontamente la puerta, entran los dos mil, y se apoderan de la cima del Teatro. No bien había pasado esto, cuando todos los sitiados acudieron con diligencia desde los muros y desde la puerta Persida, á cuyo socorro había marchado anteriormente Aribazo, para contener á los que habían entrado. Con este retroceso quedó abierta la puerta, y entraron algunas tropas de Antíoco en seguimiento de los que

se retiraban. Una vez apoderados de ésta, inmediatamente unos entran en la ciudad, otros fuerzan las inmediatas. Aribazo y los sitiados hacen alguna resistencia, pero prontamente se retiran á la ciudadela. Con esto Teodoto y Lagoras se hacen fuertes en lo alto del Teatro, observando con prudencia y sagacidad todo lo que pasaba; y el resto del ejército se esparce por todas partes y se apodera de la ciudad. De allí adelante, unos matando á los que encontraban, otros poniendo fuego á las casas, otros entregándose al robo y al pillaje, toda la ciudad fué saqueada y arruinada. De este modo se apoderó de Sardes Antíoco.

XII.

Los pueblos que habitan Oricón están situados en el mar Adriático á la derecha del navegante que entra en él (1).

(1) Esteban de Bizancio.

LIBRO OCTAVO

FRAGMENTOS.

I.

Observación de Polibio sobre la confianza, y reprehensión de los que temeraria é indiscretamente se fian de otros.

Sería muy arriesgado decidir en general qué personas merecen vituperio, y cuáles perdón en tales casos. Vemos á muchos que, después de tomadas todas las precauciones que dicta la razón, vienen con todo á ser despojo de los que sin reparo violan los derechos establecidos entre las gentes. Esto no obstante, sin huir de la dificultad, daremos prontamente nuestro juicio, y con respectó á las ocasiones y circunstancias, vituperaremos á unos jefes y perdonaremos á otros. Los ejemplos siguientes evidenciarán lo que digo.

Arquidamo, rey de Lacedemonia, receloso de la ambición de Cleomenes, huyó de Esparta; pero poco después, dejándose otra vez persuadir, se entregó en manos de su enemigo; con lo cual, privado del reino y de la vida, ni aun disculpa dejó de su credulidad á los siglos venideros. Porque subsistiendo las mismas

disposiciones, y yendo en aumento la ambición al mando de Cleomenes, pregunto: ¿será de extrañar le sucediese lo que hemos dicho, poniéndose en manos del que poco antes había escapado y por un milagro había salvado la vida?

Pelópidas el Tebano, conociendo la malignidad del tirano Alejandro, y firmemente persuadido de que todo tirano reputa por sus mayores enemigos á los promovedores de la libertad, empeñó á Epaminondas á que tomase á su cargo la defensa, no sólo de la república de Tebas, sino la de toda la Grecia; y estando ya dentro de la Tesalia para arruinar la monarquía de Alejandro, tuvo la debilidad de ir dos veces en calidad de embajador á verse con el tirano. Así fué que, venido á poder de su enemigo, perjudicó infinito á los intereses de los Tebanos, y fiándose necia é indiscretamente de quien menos convenía, oscureció la gloria de sus anteriores acciones. Igual desgracia sufrió Cneio Cornelio, cónsul Romano en la guerra de Sicilia, por haberse fiado imprudentemente de sus contrarios. Esta flaqueza la han tenido otros infinitos.

Convengamos, pues, en que se debe vituperar á los que sin consideración se fian de sus contrarios, pero no se ha de culpar á los que toman las medidas posibles. Porque no fiarse absolutamente de ninguno, es no concluir jamás los negocios; y así, no se debe culpar al que, tomadas las precauciones convenientes, obra lo que la razón dicta. Los resguardos necesarios contra la mala fe son los juramentos, los hijos, las mujeres, y sobre todo, la conducta pasada. Si no obstante estas prevenciones se falta á la fe y se cae en el lazo, esto ya no es culpa del engañado, sino del que engaña. Por eso es preciso tomar tales resguardos por los cuales aquel en quien se fía no pueda faltar á la palabra. Pero como es difícil hallarlos de esta natura-

leza, por eso se podrá usar otro arbitrio, y es tomar todas las precauciones razonables, para que, caso que seamos engañados, á lo menos merezcamos perdón con los extraños. De esta sabia conducta ha habido infinitos ejemplos en la antigüedad, pero el más ilustre y más cercano á los tiempos de que vamos hablando es el que sucedió á Aqueo; el cual, después de no haber omitido precaución ni seguridad de cuantas puede prever la prudencia humana, no obstante vino á ser cebo de sus contrarios. Pero este accidente, al paso que le atrajo la compasión y perdón de los extraños, excitó el odio y aborrecimiento contra los autores.

II.

Grandes acciones de Romanos y Cartagineses.—Perseverancia de una y otra república en sus empresas.—Conocidas ventajas de una historia universal.

No me parece ajeno del intento y objeto general que me propuse al principio, excitar la atención de los lectores sobre las grandes acciones de Roma y Cartago, y sobre la obstinada constancia de uno y otro gobierno en sus empresas. Porque á la verdad, ¿no se admirará que teniendo una y otra república encendida una guerra principal dentro de Italia, otra de no menor importancia dentro de España, ambas con inciertas esperanzas aún de sus resultados, y ambas amenazadas de iguales peligros, con todo, no contentas con estos vastos proyectos, se hayan metido á disputar la Cerdeña y la Sicilia, y hayan acudido á todo, no sólo con los deseos, sino con las provisiones y pertrechos necesarios? Pero aun causará más admi-

ración si se considera el por menor de las cosas. Los Romanos tenían á la sazón dos ejércitos completos con sus consules en la Italia, otros dos en la España, uno de tierra á cuya cabeza estaba Cn. Cornelio Scipión, y otro de mar que mandaba P. Scipión. Los Cartagineses mantenían igual número de ejércitos. Había también al ancla en las costas de la Grecia, para observar los designios de Filipo, una escuadra que primero mandó M. Valerio, y después Publio Sulpicio. A más de estos aparatos, Appio y M. Claudio cubrían la Sicilia, aquél con cien quinquerremes, y éste con un ejército de tierra. Amílcar hacía lo mismo por parte de los Cartagineses.

(A vista de esto, me parece se ve ahora comprobado por los mismos hechos lo que tantas veces hemos repetido en el proemio de nuestra obra; á saber, que no es posible por las historias particulares comprender la disposición y economía de todo lo que ha pasado. Y á la verdad, ¿cómo es posible que con la simple lectura de las cosas de Sicilia y de España, cada una de por sí, se conozca y entienda la grandeza de los hechos pasados, y lo principal, de qué modo y de qué género de gobierno se ha servido la fortuna para obrar en nuestros días el mayor prodigio, esto es, haber reducido á un solo imperio y poder todas las partes conocidas del universo, cosa que carece de ejemplo en la historia? Cómo tomaron los Romanos á Siracusa, y cómo se apoderaron de la España, se puede saber tal cual por las historias particulares; pero cómo llegaron á dominar el orbe, qué circunstancias particulares ocurrieron en pro y en contra para su universal designio, y en qué tiempo; esto sin una historia universal es muy dificultoso comprenderlo, así como lo es también concebir la grandeza de las acciones y la actividad de un gobierno. Porque que los Romanos

fuesen á conquistar la España ó la Sicilia, y que hiciesen la guerra con ejércitos de mar y tierra, estas noticias, consideradas cada una de por sí, no tienen nada de extraordinario; pero si se considera que junto con estas expediciones se ejecutaban otras muchas por el mismo poder y por el mismo gobierno, y se hace alto en que al mismo tiempo los que manejaban todas estas empresas se veían agobiados de sediciones y guerras dentro de su propio país, ya entonces penetraremos el espíritu de las acciones y nos parecerán admirables. Este es el único modo de dar á las cosas el aprecio que se merecen. Se ha dicho esto contra los que se presumen que por la historia particular se puede alcanzar conocimiento de la común y universal.

III.

Ataque de Marco Marcelo por mar contra la Achradina de Siracusa.—Estructura de la máquina llamada *Sambuca*.—Inventos de Arquímedes contra las máquinas de Marcelo y Appio.

Appio, que mandaba la expedición de tierra, tenía campadas sus tropas alrededor del pórtico Scithico, sitio por donde la muralla tocaba con la lengua misma del agua. Como era grande el número de operarios, en cinco días quedaron dispuestos los cestones, armas arrojadizas y demás prevenciones para un asedio, esperando por esta prontitud coger desprevenido al enemigo. No echaban cuenta con la habilidad de Arquímedes, ni preveían que en ocasiones un buen ingenio puede más que muchas manos; pero entonces los desengañó la misma experiencia. Pues á más de que la ciudad era fuerte por estar fabricados sus mu-

ros en redondo sobre un terreno elevado y tener su barbacana, á la cual, aun sin oposici6n de los de adentro, era dificultoso acercarse como no fuese por ciertos y determinados lugares, Arqu6medes hab6a hecho tales prevenciones dentro de la plaza contra los ataques de mar y tierra, que nada se echaba menos de lo que ped6a la urgencia, y se pod6a acudir prontamente á cuanto tentasen los contrarios. A pesar de estos obstaculos, Appio previno sus cestones y escalas, y emprendió aplicarlas al muro inmediato á las Hexapilas por la parte de Levante.

Marcelo atac6 por mar la Achradina con sesenta quinquerrems, todas bien tripuladas de soldados armados de arcos, hondas y flechas, para reprimir á los que peleasen desde las almenas. Á m6s de 6stas hab6a ocho quinquerrems, á las cuales se les hab6a quitado del un lado los bancos de remos, á las unas del derecho y á las otras del izquierdo; y apareadas de dos en dos por el costado que estaba sin ellos, acercaban á la muralla las Sambucas, á impulsos de los remeros del costado exterior. La construcci6n de esta m6quina es como se sigue: se hace una escalera cuatro pies de ancha, la cual, derecha, iguale con la altura del muro. Se la pone unas barandas por ambos costados, y se la cubre por cima con cotas bien altas. Despu6s se la tiende á lo largo sobre los costados de las dos embarcaciones emparejadas, de suerte que sobresalga mucho fuera de los espolones, y en lo alto de los mástiles se clavan unas poleas con sus cuerdas. Cuando es menester ponerla en uso, se atan las cuerdas á la punta de la escalera; y mientras que unos desde la popa tiran de ellas por medio de las poleas, otros en la proa, empujando igualmente con palancas, ayudan á levantar la m6quina. Una vez levantada, los remeros de uno y otro costado exterior arri-

man á tierra las quinquerremes y procuran fijarla al muro. En lo alto de la escalera hay un tablado guardado de zarzos de mimbres por tres lados, en el cual van cuatro hombres para pelear y desalojar de las almenas la gente que sirva de impedimento á que se arrime la Sambuca. Ya que, fijada ésta, se ven los cuatro sobre la muralla, quitan los balaustres de uno y otro lado para atacar las almenas ó merlones. Los demás van siguiendo por la máquina arriba, sin peligro de que falte, por estar bien afirmada con maromas la escalera sobre las dos embarcaciones. Con razón se denomina así esta máquina; porque después de levantada, el conjunto de la embarcación y de la escalera representa una figura parecida á la sambuca.

Prevenido todo del modo dicho, los Romanos pensaban atacar las torres. Pero Arquímedes, que tenía prevenidas máquinas para arrojar dardos á todas distancias, mientras los enemigos estaban lejos, hiriéndolos con ballestas más elásticas y catapultas de mayor alcance, los reducía al último apuro. Si veía que los tiros pasaban de la otra parte, usando de otros de menor calibre á proporción de la distancia, los ponía en tal confusión, que desbarataba del todo sus empresas y ataques; de suerte que Marco Marcelo, rodeado de dificultades, se vió en la precisión de hacer arrimar silenciosamente sus galcras durante la noche. Atracadas éstas junto á tierra debajo de tiro, Arquímedes tenía hecha otra prevención contra los que atacasen desde las embarcaciones. Había llenado el muro de troneras del tamaño de la estatura de un hombre, pero por la parte exterior solo un palmo de anchas. Había colocado aquí por parte adentro gentes con flechas y escorpiones, que arrojándolos por las troneras frustrasen los esfuerzos de los Romanos. De suerte que bien los enemigos estuviesen lejos, bien cerca, no sólo inutilizaba

sus intentos, sino que les mataba mucha gente. Para el caso en que intentasen los Romanos levantar las Sambucas, tenía prevenidas por todo el muro máquinas que, ocultas todo el tiempo restante, sólo en la ocasión se dejaban ver sobre la muralla con los extremos bien sacados de parte afuera de las almenas. Unas de éstas mantenían peñascos que pesaban diez talentos, otras pedazos de plomo de igual tamaño. Cuando se acercaban las Sambucas, se conducían estas máquinas á donde era necesario por medio de maromas que tenían atadas á sus extremos, y dejando caer la piedra sobre la Sambuca, no sólo desbarataba esta máquina, sino que ponía en un extremo peligro á la galera y á la gente que estaba dentro.

Había también otras máquinas contra los que ataban, las cuales, bien que los enemigos estuviesen cubiertos con sus escudos y seguros de ser ofendidos de los tiros que se disparaban desde la muralla, no obstante, arrojaban peñascos tan desmesurados, que hacían huir de la proa á los combatientes. Al mismo tiempo dejaban caer una mano de hierro atada á una cadena, con la cual aquel que gobernaba la máquina, luego que con la parte anterior de ésta había agarrado la proa del navío, bajaba la posterior por dentro de la muralla. Una vez levantada la proa, y puesto el buque perpendicular sobre la popa, quedaba inmóvil la parte anterior de la máquina; pero por medio de cierta polea se aflojaba la mano de hierro y la cadena, con lo cual unos navíos caían de costado, otros de espaldas, y la mayor parte, dejada caer la proa desde lo alto, eran sumergidos y echados á pique. Marcelo no sabía qué hacerse con los inventos de Arquímedes; veía que los sitiados eludían todos sus intentos con menoscabo y oprobio propio; y aunque sufría con impaciencia lo que pasaba, no obstante, mofándose de las invencio-

nes de Arquímedes, decía: «Este hombre se sirve de nuestros navíos como de pucheros para sacar agua; y castigando á nuestras Sambucas, las desecha con ignominia como indignas de su compañía.» Tal fué el éxito del asedio por mar.

Appio, embarazado con iguales dificultades, había tenido que desistir del empeño. Porque sus tropas, mientras estuvieron á larga distancia, habían sido incomodadas por los tiros de los pedreros y catapultas; tan admirable era la estructura, el número y la eficacia de los dardos, como que Hierón había hecho los gastos, y Arquímedes había sido el arquitecto y artífice de semejantes inventos. Y cuando ya estuvieron cerca de la ciudad, unos, rechazados con los dardos que de continuo se arrojaban por las troneras del muro, como hemos dicho, no habían podido acercarse; otros, que habían pasado adelante cubiertos con sus escudos, habían sido acogotados con peñascos y vigas que dejaban caer sobre sus cabezas. No habían causado menores daños las manos de hierro que pendían de las máquinas, y de que ya hemos hablado arriba; porque con ellas levantaban en alto los soldados con sus armas, y los estrellaban contra la tierra. Al fin Appio tuvo que retirarse á su campamento, y después de haber deliberado con los Tribunos, unánimes convinieron en que, no siendo sitio formal, todo lo demás se debía aventurar por tomar á Siracusa, como al cabo pusieron por obra. En ocho meses que tuvieron bloqueada la ciudad, no hubo estratagema ó acción de valor que se perdonase; pero jamás osaron tentar un asedio á viva fuerza. Tanto y tan admirable es el poder que tiene en ciertos lances un solo hombre y un solo arte empleado á propósito. Sáquese un solo viejo de Siracusa; con tantas fuerzas de mar y tierra, al momento se hubieran apoderado de la ciudad los Ro-

manos; pero estando dentro, ni aun tentar osaban el ataque, á lo menos del modo que Arquímedes pudiese prohibirlo. Así fué que, persuadidos á que sola la hambre podía reducirles la ciudad por la mucha gente que en sí encerraba, á esta sola esperanza se atuvieron, cortándoies los víveres que les podían venir por mar con la escuadra, y los de tierra con el ejército. Para no pasar infructuosamente el tiempo que habían de estar delante de Siracusa. sino al mismo tiempo adelantar por defuera algún tanto sus conquistas, los dos Cónsules dividieron el ejército. Appio con dos partes quedó delante de Siracusa, y Marcelo con la tercera taló las tierras de los Siracusanos que tenían el partido de los Cartagineses.

IV

Teopompe.

Llegado Filipo á Messena, saqueó toda la comarca, haciendo en ella terribles destrozos. El arrebató de la ira le privó de reflexión en esta violencia. ¿Esperaba acaso que las infelices poblaciones de continuo atropelladas sufrirían los daños sin quejarse ni odiarle? Me induce á referir francamente en este libro y en el anterior lo que sé de las malas acciones de Filipo, además de los motivos antedichos, el silencio de algunos historiadores acerca de los asuntos de los Mesenios, y la flaqueza de otros que por inclinación al Príncipe, ó por temor á desagradarle, en vez de censurar sus actos reprehensibles, los convierten en mérito. Como en los historiadores del Rey de Macedonia, nó-

tase este defecto en los de otros príncipes, siendo más bien que historiadores, panegiristas.

Jamás se debe en la historia de un monarca censurar ni elogiar contra la verdad, cuidando no desmentir en una parte lo afirmado en otra, y pintar al natural sus inclinaciones. Ciertamente es tan fácil dar este consejo, como difícil realizarlo; que en determinadas circunstancias no se puede decir ó escribir lo que se piensa. Perdono, pues, á algunos escritores no observar las prescritas reglas de buen sentido, pero no se debe perdonar á Teopompe que las viole tan groseramente (1).

Da á entender que emprendió la historia de Filipo, hijo de Amintas, por no haber nacido en Europa hombre alguno que pudiera compararse á este príncipe, y sin embargo, desde las primeras páginas y en el curso de su obra, nos le presenta excesivamente aficionado á las mujeres y expuesto por ello á perder su propia casa. Pintale injusto y pérfido con sus amigos y aliados, sometiendo á servidumbre las ciudades por engaño ó violencia, y aficionado al vino hasta el punto de mostrarse ebrio en mitad del día. Vea el que leyere cómo empiezan los libros nueve y cuarenta, y admirará el arrebató de este escritor; vea lo que entre otras cosas tiene el atrevimiento de decir:

«Si había entre Griegos y bárbaros insignes disolutos, absolutamente desprovistos de pudor, tales hom-

(1) Teopompe nació en Chio, hacia el año 358 antes de J. C. Sus dos más célebres obras eran una historia de Grecia en doce libros que empezaba donde termina la de Tucídides y llegaba hasta la batalla de Cuyda, abarcando un período de diez y siete años, y otra llamada *Filípicas*, que contenía la historia del reinado de Filipo de Macedonia en cincuenta y ocho libros. En tiempo de Fotius quedaban cincuenta y tres, pero todos se han perdido.

bres en Macedonia se agrupaban á Filipo y eran sus favoritos. El honor, la prudencia, la probidad, no penetraban en su corazón. Para ser bien recibido en su casa, atendido y elevado á los más importantes cargos, precisaba ser pródigo, borracho ó jugador, y alentaba estas criminales inclinaciones en sus amigos, prefiriendo al de más desordenadas costumbres. ¿Qué vergüenza ó infamia no manchaba en efecto sus almas? ¿Qué sentimiento de honor ó de virtud podía penetrar en sus corazones? Afeminados unos en el vestir, entregados otros á los más asquerosos vicios antifísicos, les acompañaban á todas partes dos ó tres niños, tristes víctimas de su detestable lubricidad. Al ver aquella corte sumida en la molicie y en los placeres más vergonzosos, podía decirse que Filipo tenía en vez de favoritos, amantes, en vez de soldados, prostitutas, siendo los cortesanos que le rodeaban crueles y sanguinarios por naturaleza, y afeminados y disolutos en sus costumbres hasta donde cabe imaginar. En resumen, porque la necesidad de hablar de muchas cosas me impiden detenerme largo tiempo en cada asunto, los llamados amigos y favoritos de Filipo eran peores que centauros y fieras.»

¿Es posible sufrir tales exageraciones, tanta hiel, tan envenenado lenguaje?

Varias son en este caso las culpas de Teopompe: no está de acuerdo consigo, es calumnioso lo que de Filipo y sus amigos dice, y además calumnia en términos indignos de un escritor que se estima. Ni para pintar á Sardanápalo y su corte, á ese Sardanápalo tan vituperado por su molicie y lujuria, á ese Rey en cuya tumba se lee el epitafio «Llevo conmigo todos los placeres que los excesos del amor y de la mesa han podido darme,» se hubiera atrevi lo acaso á emplear tales colores. Filipo y sus amigos no merecen

censura alguna de cobardía ó deshonra, y el escritor que quiera elogiarles, nada dirá de su valor, firmeza y demás virtudes que supere á sus merecimientos. Con su intrepidez y trabajo ensancharon los límites de Macedonia, y sin mencionar lo que hicieron en tiempo de Filipo, después de su muerte, ¡cuántas veces no han sobresalido por su valor en las batallas á las órdenes de Alejandro! Cierto es que á este príncipe cabe la principal parte en las victorias; pero también es innegable que sus amigos le ayudaron eficazmente, derrotando repetidas veces al enemigo, sufriendo las mayores fatigas, y exponiéndose á toda clase de peligros. Poseedores de grandes Estados en época posterior, y con sobrados medios para satisfacer todas sus pasiones, jamás se dejaron dominar por ellas hasta el punto de alterar su salud, ó de hacer algo contrario á justicia ó á la pública conveniencia. Siempre mostraron en tiempo de Filipo ó en el de Alejandro igual nobleza de sentimientos, la misma grandeza de alma, la misma prudencia, el mismo valor. No les nombro, porque harto conocidos son sus nombres.

Muerto Alejandro, disputáronse entre sí las mayores partes del universo, y ellos mismos con gran número de monumentos históricos nos transmitieron la gloria adquirida durante estas guerras.

Traspasa Timeo contra Agatocles, tirano de Sicilia los límites de una justa moderación; pero no sin motivo, porque referiase á un enemigo, á un mal hombre, á un tirano. Para Teopompe no hay justificación posible. Propónese escribir la historia de un príncipe que parece formado por la naturaleza para la virtud, y no hay excusación vergonzosa ó infame que no le dirija. El elogio que de Filipo hace al principio de su historia, es mentida y baja adulación, y en el curso de su obra pierde el ingenio hasta el punto de creer

que, censurando á veces sin razón ni justicia á su héroe, acredita de imparcialidad las alabanzas que le prodiga en otros capítulos.

No se puede, en mi opinión, aprobar el plan general de este historiador. Empieza á escribir la historia de Grecia á partir de donde la dejó Tucídides, y cuando se esperaba verle describir la batalla de Leuctras y las acciones más brillantes de los Griegos, abandona á Grecia y se aplica á narrar las empresas de Filipo. Más atinado hubiera sido, en mi opinión, incluir la historia de Filipo en la de Grecia, que envolver la de Grecia en la de Filipo. Por mucho que ofusque la dignidad y acaso el poder real, nadie censurará á un historiador que al hablar del rey mencione los asuntos de Grecia; pero ningún historiador sensato después de empezar y escribir en parte la historia de Grecia la interrumpirá para narrar la de un rey. ¿Por qué no ha reparado Teopompe en hacer esto? Porque la gloria estaba de un lado y su interés de otro. En último caso, si se le preguntara por qué cambió de plan, quizá tuviera razones en su defensa; pero ninguna tiene, en mi sentir, para difamar tan cruelmente á la corte de Filipo, faltando á la verdad y á su deber de historiador.

V.

Filipo mata á Arato con un veneno.—Moderación de éste, y honores heroicos que se le hacen.

Jamás pudo Filipo tomar un castigo conveniente de los Messenios, sus enemigos declarados, por más esfuerzos que hizo para asolar su país (539 años antes de J. C.); pero fué pública á todos la demasiada inso-

lencia con que trató á sus más estrechos amigos. Hizo emponzoñar al viejo Arato, por no haber aprobado lo que él había hecho en Messena, valiéndose para esta bajeza del ministerio de Taurión, que en su nombre gobernaba el Peloponeso. Por el pronto estuvo oculta la acción entre los extraños, pues la actividad del veneno no era de las que matan al momento, sino de las que hacen su efecto pasado algún tiempo. Pero no se le ocultó á Arato esta perfidia. La causa de haberse publicado fué, que aunque quiso ocultarla á todos, no pudo menos de descubrirla á Cefalón, uno de sus domésticos con quien tenía confianza. Este tal le había asistido cuidadosamente durante toda su enfermedad, y habiendo reparado en un esputo que había en la pared mezclado en sangre, Arato le dijo: «Cefalón, estas son las recompensas de la amistad que he tenido con Filipo:» tan grande y admirable es el efecto de la moderación, causar mayor vergüenza al injuriado que al autor de la ofensa. Tal fué el pago que recibió Arato de la amistad de Filipo, después de haberle acompañado en tantas y tan gloriosas empresas con gran ventaja de sus intereses. Pero bien que muriese este Arato, que tantas veces había obtenido la pretura entre los Aqueos, y que había hecho tantos y tan señalados servicios á su nación; no obstante, la patria y la República Aquea le tributaron los aplausos debidos, le decretaron sacrificios, le señalaron honores heroicos, y, en una palabra, cuanto podía contribuir á hacer inmortal su memoria. De suerte que si queda alguna sensación á los muertos, no puede menos que Arato, al ver el reconocimiento de los Aqueos, haya dejado de complacerse con las penalidades y peligros que sufrió por ellos durante la vida.

VI.

Toma inesperada de Lisso y de su ciudadela por Filipo.

Ya hacía mucho tiempo que Filipo maquinaba y revolvía en su idea cómo apoderarse de Lisso y de su ciudadela, cuando al fin marchó allá con ejército (540 años antes de J. C.). Después de dos días de camino, y haber atravesado los desfiladeros, sentó su campo á las riberas del Ardajaro, no lejos de la ciudad. Al ver el ámbito de ésta, y lo bien fortificada que la naturaleza y el arte la habían hecho, tanto por el lado del mar como por el lado de tierra; y al considerar que la ciudadela que tenía inmediata, por su encumbrada altura y demás fortaleza daba de sí una idea que quitaba aun la esperanza de poder ser tomada por fuerza, renunció del todo el empeño cuanto á esta parte, pero no desesperó enteramente de tomar la ciudad. Había observado que entre ésta y el pie de la montaña donde estaba la ciudadela, mediaba un espacio muy á propósito para un ataque. Aquí se propuso trabar una escaramuza, para lo cual se valió de un ardid oportuno. Después de haber dado un día de descanso á los Macedonios y haberles exhortado según pedía la ocasión, emboscó antes de amanecer la mayor y más fuerte parte de su infantería ligera en ciertos barrancos montuosos, hacia lo interior del país y por cima del espacio de que ya hemos hablado. Al día siguiente condujo por la orilla del mar su infantería pesadamente armada, y el resto de la ligera del otro lado de la ciudad. Ya que hubo dado la vuel-

ta, y apostándose en el sitio que hemos dicho, nadie dudó que por allí tentaría el ataque.

Como había sido pública la venida de Filipo, se había juntado en Liso un gran número de Ilirios de todos los contornos. Satisfechos de la fortaleza de la ciudadela, no habían puesto en ella sino una guarnición muy corta. Y así, lo mismo fué acercarse los Macedonios, que fiados en el número y ventajas del terreno, echarse fuera de la ciudad. El Rey situó su infantería pesada en el llano, y mandó avanzar la ligera hacia las eminencias, y batirse con vigor con el enemigo. Obedecida la orden, la acción estuvo dudosa por algun tiempo; pero al fin los de Filipo, cediendo á la desigualdad del terreno y al número de enemigos, tuvieron que volver la espalda. Refugiados éstos á los rodeleros, los sitiados llenos de desprecio pasan adelante, descienden al llano, y cierran con la infantería pesada. La guarnición de la ciudadela, al ver que Filipo iba retirando lentamente una por una sus cohortes, creyendo que esto era ceder el campo, abandonó imprudentemente su puesto, persuadida á que la naturaleza del sitio bastaría á su defensa. En efecto estas tropas desamparan unas tras otras la ciudadela, y bajan por caminos extraviados á un sitio llano y descampado, con la esperanza de algún botín despues de ahuyentados los enemigos. Pero á este tiempo los que estaban emboscados en lo interior del país, saliendo de repente, hacen un vigoroso ataque, y juntamente la infantería pesada vuelve á la carga. Este accidente desconcertó al enemigo; la guarnicion de Liso se retiró con desorden, y se salvó en la ciudad; pero la que había abandonado la ciudadela fué cogida por los que salieron de la emboscada. De aquí provino lo que menos se esperaba, que la ciudadela se tomó al momento sin riesgo alguno y la ciudad al

día siguiente, después de vivos y terribles ataques. Dueño Filipo de Lisso y de su ciudadela de un modo tan extraordinario, por el mismo hecho lo vino á ser de todos los contornos, como que los más de los Ilios le vinieron á ofrecer de grado sus ciudades. Una vez tomadas por fuerza estas fortalezas, se vió claramente que ya no había asilo contra el poder de este príncipe, ni defensa que le pudiese resistir.

VII.

Aqueo sitiado en la ciudadela de Sardes, es entregado á sus enemigos por traición de Bolis el Cretense, y condenado á muerte vergonzosa por Antíoco.

Bolis era un personaje de nación Cretense, pero que había vivido mucho tiempo en la corte con los primeros cargos del gobierno (214 años antes de J. C.). Pasaba por hombre inteligente, de espíritu fogoso, y experimentado en la ciencia militar como ninguno. Sosibio supo ganarle á fuerza de un largo trato, y después de haberle tenido afecto y propenso á sus ideas, le declaró que en nada podía dar más gusto al Rey en las actuales circunstancias, como en excogitar un medio de salvar á Aqueo. Á esta propuesta Bolis respondió que se miraría en ello, y se retiró. Después de haberlo bien reflexionado, fué á los dos ó tres días á casa de Sosibio, y le dijo que tomaba por su cuenta el asunto, que había vivido mucho tiempo en Sardes, que tenía noticia del terreno, y que Cambilo, gobernador de las tropas cretenses á sueldo de Antíoco, era no sólo su paisano, sino también su pariente y amigo. Daba la casualidad que á Cambilo y á los Cretenses de su mando estaba encomendada la guada

de uno de los fuertes situados á espaldas de la ciudadela; los cuales, por no admitir fortificación alguna, tenían que estar custodiados de continuo por la tropa de Cambilo. Sosibio se alegró infinito con esta circunstancia, y se llegó á persuadir, ó que era imposible sacar á Aqueo del peligro en que estaba, ó una vez dable, ninguno lo podía ejecutar mejor que Bolis. Como en éste se advertía tal anhelo, al instante se promovió con empeño la empresa. Sosibio, al paso que le ofrecía dinero para que no faltase requisito al designio, y le prometía mucho más si llegaba á tener buen éxito, le exageraba por añadidura las recompensas que recibiría del mismo Rey y de Aqueo, con lo cual hinchó el corazón de Bolis de magníficas esperanzas. En efecto, pronto á la ejecución, después de haber tomado el salvoconducto y las credenciales necesarias, se hizo á la vela sin detención; primero para Rodas, á verse con Nicomaco, que en afecto y confianza hacía con Aqueo veces de padre; y después para Efeso, á tratar con Melancoma. Estos eran los dos confidentes de quienes Aqueo se había servido en los tiempos anteriores, tanto para los asuntos pertenecientes á Ptolomeo, como para los demás negocios externos.

Llegado Bolis á Rodas y después á Efeso, comunicó el asunto con estos dos personajes, y habiéndolos hallado prontos para su empresa, despacho uno de los suyos llamado Ariano á Cambilo, con orden de decirle que había venido de Alejandría á reclutar tropas extranjeras, pero que deseaba comunicarle ciertos asuntos importantes; y así, le suplicaba se sirviese señalarle tiempo y lugar en que pudiesen verse sin testigos. No bien hubo llegado Ariano y mostrado las cartas á Cambilo, cuando éste accedió á lo que le pedía, y señalado día y lugar en que los dos pudie-

sen verse durante la noche, volvió á enviar al mensajero. Bolis, Cretense en efecto, y por consiguiente doble por naturaleza, había rumiado bien el asunto, y tenía tomados todos los cabos. Por fin llegó á verse con Cambilo según le había prevenido Ariano, y le entregó una carta, sobre la que tuvieron un consejo propio de dos Cretenses. Lo que menos cuidaron ellos fué de sacar á Aqueo del inminente riesgo, y guardar la fe á los que les habían fiado tal empresa; solo consultaron su seguridad y su propia conveniencia. Y así á pocas razones, como buenos Cretenses, se convinieron en un mismo parecer; á saber, que repartirían por igual los diez talentos, que ya tenían recibidos de Sosibio; que descubrirían á Antioco todo el asunto, y siempre que éste les diese por el pronto dinero, y para adelante esperanzas proporcionadas á tan gran servicio, le prometerían poner en sus manos á Aqueo, prestándoles su ayuda. Dispuesto así el negocio, Cambilo tomó por su cuenta manejar el asunto con Antioco; y Bolis ofreció por la suya, que á pocos días enviaría á Ariano con una cifra y unas cartas para Aqueo de parte de Nicomaco y Melancoma, pero que él tuviese cuidado de introducir y sacar á Ariano de la ciudadela con seguridad. Y caso que Aqueo, aprobado el pensamiento, respondiese á Nicomaco y Melancoma, Bolis por sí solo se encargaría de la ejecución, y vendría á juntarse con Cambilo. Hecha esta repartición, se separaron, y cada uno pensó en ejecutar lo que le tocaba.

Á la primera ocasión que se presentó, sacó Cambilo la conversación al Rey. Este con una oferta tan linsonjera é inesperada, por una parte, alegre en extremo, todo lo prometía; por otra, receloso, examinaba con individualidad el proyecto y medios de conseguirlo. Pero al fin asistió, y persuadiéndose que los

Dioses favorecían la empresa, rogaba e instaba encarecidamente á Cambilo llevase la acción á efecto. Bolis practicaba iguales oficios con Nicomaco y Melancoma; los cuales, creyendo que esto iba de buena fe, despacharon sin recelo á Ariano con unas cartas para Aqueo, escritas con ciertas cifras en que estaban convenidos según su costumbre. Las tales cartas le exhortaban á que se fiese en un todo de Bolis y Cambilo, y estaban escritas con tal arte, que aunque fuesen interceptadas era imposible descifrar su contenido. Ariano, introducido en la ciudadela por medio de Cambilo, entregó las cartas á Aqueo; y como desde el principio había presenciado toda la conjuración, daba razón exactamente de todo. Preguntado sobre varias y diferentes cosas de Sosibio y de Bolis, de Nicomaco y Melancoma, y sobre todo de Cambilo, respondía con sinceridad y sobre sí á todo lo que se le preguntaba, porque se hallaba ignorante de lo principal que Cambilo y Bolis tenían entre sí concertado. Aqueo, á vista de las respuestas de Ariano, y sobre todo convencido con las cifras de Nicomaco y Melancoma, respondió á las cartas, y despachó al instante á Ariano. Esta correspondencia se repitió muchas veces de una y otra parte, y al fin Aqueo, como no le restaba otra esperanza de salud, se entregó á Nicomaco, y le mandó que le enviase á Bolis con Ariano una noche sin luna, para ponerse en sus manos. El designio de Aqueo era, primero evitar el peligro que le amenazaba, y después meterse sin detención en la Siria. Tenía bien fundadas esperanzas que si mientras Antíoco estaba delante de Sardes, se dejaba ver á los Sirios de repente y cuando menos lo pesaban, su presencia causaría una gran conmoción, y daría mucho gusto á las gentes de Antioquia, de la Cœlesiria y de la Fenicia.

Lleno de estas expectativas y pensamientos, aguardaba con impaciencia la venida de Bolis. Melancoma recibió á Ariano, y leídas las cartas, le despacha á Bolis, á quien exhorta encarecidamente, y ofrece magníficas esperanzas si consigue su designio. Este, con el aviso anticipado que por medio de Ariano había dado á Cambilo de su llegada, vino por la noche al lugar señalado. Pasaron allí todo el día en deliberar el expediente de cada una de las circunstancias, al cabo del cual se retiraron por la noche al campamento. La cosa estaba dispuesta de este modo: que si Aqueo salía de la ciudadela solo ó acompañado de otro con Bolis y Ariano, era fácil á los emboscados burlarse y apoderarse de su persona; pero si salía con mucha gente, ya era negocio arduo, cuando sólo aspiraban á cogerle vivo, por consistir en eso principalmente la gracia que se prometían de Antioco; que por esta razón era preciso que Ariano, una vez fuera de la ciudadela Aqueo, fuese guiando, como que sabía aquella senda por donde tantas veces había ido y venido; y que Bolis siguiese detrás, para que cuando se llegase al sitio donde habían de estar los emboscados dispuestos por Cambilo, este agarrase y echase mano á Aqueo, no fuese que en la confusión y con la oscuridad se les escapase por lugares montuosos, ó desesperado se arrojase por algun despeñadero, y se frustrase el designio de cogerle vivo. Dispuesto así el lance, vino Bolis á verse con Cambilo, quien aquella misma noche le condujo á Antioco, y le dejó con él á solas. El Rey le recibió con mucho agasajo, le confirmó sus promesas, y después de haber exhortado encarecidamente á uno y otro á que no retardasen el proyecto, se retiraron á su campo. Bolis al amanecer marchó con Ariano, y entró en la ciudadela antes del día.

Aqueo recibió con mucho obsequio y urbanidad á Bolis, le examinó muy por menor sobre cada una de las circunstancias, y advirtiéndole en su rostro y conversación que era hombre de la firmeza requisita para el caso, á veces se alegraba con la esperanza de la salud, y á veces quedaba atónito y lleno de inquietudes á vista de las grandes consecuencias. No obstante, como á una penetración singular juntaba una experiencia en los negocios nada común, resolvió no abandonarse enteramente á la fe de Bolis. Por esta razón le dijo que por el presente no le era posible acompañarle, pero que enviaría con él tres ó cuatro amigos suyos, y después de haber conferenciado éstos con Melancoma estaría él pronto á la salida. En efecto, Aqueo tomaba todas las precauciones posibles, pero no sabía que trataba con un Cretense, porque Bolis se había prevenido para todo lo que se le pudiera ofrecer sobre el caso. Venida la noche en que había dicho que le acompañarían cuatro de sus amigos, envió por delante á Ariano y á Bolis á la salida de la ciudadela, y les mandó esperar allí hasta tanto que llegasen los que habían de partir con ellos. Mientras que éstos obedecían la orden, él descubrió su pecho á Laodice, su mujer, la cual quedó fuera de sí con una nueva tan extraordinaria. Después de haberla consolado y mitigado su dolor con las ventajas que se prometía, en lo que se detuvo algún tiempo, acompañado de sus cuatro amigos, á quienes dió vestidos medianos, tomó para sí uno vil y despreciable, y reducido á condición humilde echó á andar, previniendo á uno de ellos que él solo respondiese á todas las preguntas de Ariano, que siempre se informase de él para lo que ocurriese y dijese que los otros eran bárbaros.

Después que llegaron á donde estaba Ariano éste

echó adelante por la noticia que tenía del camino, pero Bolis se quedó atrás, según estaba dispuesto, dudoso é inquieto sobre el éxito de la acción. Porque aunque era Cretense y, por consiguiente, propenso á sospechar todo mal de su prójimo, con todo, la oscuridad no le dejaba distinguir, no digo quién era Aqueo, pero ni aun si venía en la compañía. Bien que como la mayor parte del camino era una bajada pendiente y escabrosa y á trechos tenía precipicios muy resbaladizos y peligrosos, le fué fácil distinguir cuál de ellos era Aqueo; porque siempre que se llegaba á uno de estos parajes, unos le agarraban, otros le sostenían, no pudiendo aun aquí dejar de prestarle aquel respeto que tenían de costumbre. Ya que hubieron llegado al lugar señalado por Cambilo, Bolis hizo señal con un silbato, y al instante salieron los emboscados y se apoderaron de los otros cuatro. Bolis mismo agarró á Aqueo, que tenía las manos envueltas con el ropaje, receloso de que, conocido el fraude, no intentase matarse con una espada que traía encubierta. En un punto se vió Aqueo rodeado por todos lados en poder de sus contrarios y llevado sin dilación con sus amigos á presencia de Antíoco. Ya hacía tiempo que este Príncipe estaba suspenso y pendiente del éxito de la acción. Despedidos los comensales, se había quedado solo y despierto en su tienda con dos ó tres guardas de su persona. Cuando hubo entrado á su presencia Cambilo y dejó lo Aqueo atado sobre la tierra, la admiración le embargó el habla de tal modo que por mucho tiempo estuvo callando, y al fin, enternecido, se le cayeron las lágrimas. A mi modo de entender, procedió esta compasión de contemplar cuán inevitables é inopinados son los acasos de la fortuna. Aqueo, que era hijo de Andrómaco y hermano de Laodice mujer de Seleuco; que había ca-

sado con Laodice hija del rey Mitrídates; que había sido señor de todo el país de parte acá del monte Tauro, y que á la sazón, en el concepto de sus tropas y las de sus contrarios, se hallaba en la plaza más fuerte del universo; este mismo Aqueo yacía ahora atado en tierra, hecho despojo de sus contrarios, sin tener alguno otro noticia de la traición mas que los que la habían cometido.

Lo mismo fué amanecer, acudieron los cortesanos á la tienda del Rey, como tenían de costumbre, y al contemplar un espectáculo semejante les sucedió lo mismo que había pasado por Antíoco. La admiración fué tal, que dudaban de lo que veían. Junto el consejo, hubo muchas altercaciones sobre el castigo que se le había de imponer. Al fin se resolvió que se mutilase á este desgraciado príncipe, y después de cortada la cabeza y cosida en una piel de asno, se pusiese en una cruz el resto de su cuerpo. No bien supieron las tropas la ejecución de la sentencia, cuando se esparció tal furor y enajenación por todo el ejército, que Laodice, que sabía sola la salida de su marido, conjeturó desde la ciudadela lo que pasaba por el alboroto y conmoción de la armada. A poco rato vino un trompeta á darla cuenta de la suerte de su marido y mandarla que sobreseyese en los negocios y evacuase la ciudadela. Por el pronto la guarnición no dió otra respuesta mas que gemidos y sollozos inexplicables, no tanto por el amor que profesaba á Aqueo, quanto porque nada menos esperaba que un fracaso tan extraordinario é inesperado; pero después se vieron en una extrema dificultad y embarazo los cercados. Antíoco, después de haberse deshecho de Aqueo, estrechaba de continuo la ciudadela, persuadido á que los mismos de adentro, y principalmente los soldados, le darían ocasión de tomarla, como sucedió al cabo.

Porque sublevada la guarnición, se dividió en bandos, unos en favor de Ariobazo y otros de Laodice. Este accidente causó una mutua desconfianza, y al instante unos y otros rindieron al Rey sus personas y la ciudadela. Así acabó la vida Aqueo, príncipe que, no obstante haber tomado cuantas precauciones dicta la prudencia, vencido al fin por la perfidia de aquellos de quienes se había fiado, vino á servir de ejemplo provechoso á la posteridad de dos modos: uno que nos enseña á no fiarnos fácilmente de cualquiera, y otro á no ensoberbecernos en la prosperidad, sino á temerlo todo como mortales.

VIII.

Cavarus, gobernador de los Galos que habitaban la Tracia, pensaba con nobleza y tenía sentimientos dignos de un rey. Procuró que las mercancías pudiesen navegar sin riesgo por el Ponto Euxino, y prestó gran auxilio á los Bizantinos durante sus guerras contra Tracios y Bitinios (1).

IX.

En el libro VIII de su HISTORIA dice Polibio que al galo Cavarus, hombre virtuoso, le pervirtió Sócrates de Calcedonia (2).

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

(2) Atheneo, lib. VI, cap. XIII.

X.

Acampado Antíoco junto á Armosata (ciudad situada entre el Eufrates y el Tigris, en el territorio llamado Bella Llanura), disponíase á sitiarla. El gobernador de esta plaza, Jerjes, comprendió los preparativos del Rey, y al principio quiso huir. Temiendo después que, tomada la capital, le arrebataran todos sus Estados, pidió una conferencia á Antíoco. Opinaron los cortesanos del Rey que debía apoderarse de este joven Príncipe al presentársele voluntariamente y dar el reino á su sobrino Mitrídates; pero en vez de aceptar estos consejos de violencia, el Rey de Siria recibió al Príncipe, ajustó paces con él y le perdonó la mayor porción de los tributos que su padre le debía, contentándose con trescientos talentos, mil caballos y mil mulas con sus arneses. Puso además en orden los asuntos de este reino, y dió su propia hija en matrimonio á Jerjes. Mucha honra ganó por tan noble y generosa conducta y la estimación y afecto de todas las poblaciones de aquella comarca (1).

XI.

Annibal toma por traición la ciudad de Tarento.

Al principio (213 años antes de J. C.) los Tarentinos no salían de la ciudad sino para hacer alguna corre-

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

ría. Una noche que se acercaron al campamento de los Cartagineses, se quedaron todos escondidos en cierto bosque que estaba á orillas del camino, menos Filemenes y Nicón, que pasaron al campo. Las guardias, como no decían de dónde venían ni quiénes eran, sólo sí significaban que querían hablar al General, les echaron mano y los condujeron á Anníbal. Apenas le fueron presentados, dijeron que deseaban hablarle á solas, y admitidos sin dilación á una conferencia, hicieron una apología de su conducta y de la de su patria, acriminando al mismo tiempo á los Romanos en muchos y diferentes puntos para darle á entender que no sin motivo habían tomado la resolución de abandonarlos. Anníbal, después de haberles aplaudido la resolución y haberlos recibido en su amistad, los despidió, previniéndoles que volviesen cuanto antes á tratar con él sobre el asunto. Por el pronto, les mandó que después que estuviesen á una buena distancia del campo, se llevasen por delante los primeros ganados que encontrasen, con los hombres que los guardaban, y se tornaran sin temor á los suyos, que él cuidaría de su seguridad. Su designio en esto era tomarse tiempo para rumiar lo que los jóvenes le habían propuesto, y hacer creer á los Tarentinos que éstos únicamente habían salido por el pillaje. En efecto, Nicón cumplió exactamente lo que se le había encargado, y Anníbal estaba sumamente gozoso de que al cabo se le hubiese presentado proporción para lo que proyectaba. Filemenes, por su parte, promovía aún con más calor el negocio, ya por la seguridad que tenía de tratar con Anníbal y la buena acogida que en él había hallado, ya también porque el mucho ganado que robaba le había afianzado suficientemente el crédito para con sus conciudadanos. En efecto, con los sacrificios y convites que

hacia del ganado robado no sólo tenía sentada su fe con los Tarentinos, sino que había excitado la emulación de otros muchos.

Hecha después una segunda salida, y practicadas puntualmente las mismas diligencias dieron sus seguridades á Anníbal, y éste las recibió de ellos con estos pactos: que Anníbal pondría en libertad á los Tarentinos; que por ningún acontecimiento exigiría Cartago tributos de Tarento, ni impondría otros nuevos, pero que sería lícito á los Cartagineses, después de apoderados de la ciudad, saquear las casas y habitaciones de los Romanos. Convinieron también en la señal que habían de dar para que las guardias los recibiesen sin detención en el campo cuando volviesen. Por este medio consiguieron la libertad de venir á verse frecuentemente con Anníbal, ya con el pretexto de hacer correrías, ya con el de salir á caza. Tomadas estas medidas para adelante, mientras los demás conjurados espiaban la ocasión, se mandó á Filemenes que saliese á caza. Porque como esta era su pasión dominante, todos creían que lo hacía por un efecto de predilección á este ejercicio. Con este motivo se le encargó que con las fieras que cogiese ganase primero la amistad de Caio Livio, gobernador de la ciudad, y después la de las centinelas de la puerta llamada Temenida. Filemenes, después de haberse adquirido esta confianza, introducía de continuo caza en la ciudad, ya la que él cogía, ya la que Anníbal le tenía dispuesta. Daba una parte al Gobernador y otra á las guardias de la puerta para que estuviesen prontas á abrirle el postigo, porque por lo regular entraba y salía de noche, pretextando en la apariencia el temor á los enemigos, y en realidad disponiéndose para lo que tenía proyectado. Cuando ya tuvo acostumbradas las centinelas á no poner re-

paro en abrirle el postigo al instante que se acercase al muro y diese un silbido, entonces los conjurados, que ya tenían observado que en cierto día había de ir el Gobernador con grande acompañamiento á lo que se llama el Museo, cerca de la plaza, señalaron con Anníbal aquel día para la ejecución de su designio.

Anníbal tenía ya buscado de antemano un pretexto de indisposición, á fin de que los Romanos no extrañasen la noticia de que se detenía más tiempo en un mismo sitio; pero entonces fingió más grave enfermedad y separó su campo de Tarento tres días de camino. Venido el día señalado, entresacó de su caballería é infantería los diez mil hombres más ágiles y bravos y los mandó tomar ración para cuatro días. Con esto levantó el campo al amanecer y echó á andar con diligencia, previniendo á ochenta caballeros Númidas escogidos que marchasen delante del ejército, á distancia de treinta estadios, y talasen los lugares de uno y otro lado del camino para que nadie percibiese el grueso del ejército; y de los que encontrasen, unos fuesen cogidos, otros, caso que escapasen, sólo contasen en la ciudad que era una cabalgada de los Númidas. Ya que estuvo esta caballería á ciento veinte estadios de distancia, Anníbal hizo cenar á sus gentes á la orilla de un río, de donde con dificultad podía ser visto, por correr por un barranco. Aquí juntó sus capitanes, y sin descubrirles del todo el pensamiento, únicamente les exhortó: primero, á que obrasen como buenos, pues jamás se habían presentado á su valor mayores recompensas; segundo, á que cada uno contuviese en buen orden á sus soldados durante la marcha, y castigase severamente á los que se desmandasen de sus líneas; y últimamente, á que estuviesen atentos á las órdenes y no obrasen

cosa por sí sin mandato de sus jefes. Dicho esto, despidió los capitanes, y apenas anocheció, hizo avanzar la vanguardia, á fin de estar junto al muro á media noche. Llevaba por guía á Filemenes, á quien tenía prevenido un jabalí para que le abriesen la puerta.

Livio había pasado todo aquel día con sus amigos en el Museo, según los conjurados se lo habían imaginado; y ya al ponerse el sol, cuando el vino hacía su mayor efecto, le trajeron la nueva de que los Númidas corrían la campaña. Únicamente atento á lo que le contaban, y por consiguiente, más satisfecho con esta noticia de todo lo que podría ser, llamó á algunos capitanes y dispuso que con la mitad de la caballería saliesen al amanecer á contener la tala del enemigo. Apenas anocheció, Nicón, Tragisco y demás conjurados, juntos en la ciudad, se pusieron á observar la vuelta de Livio á su casa. No tardó éste en levantarse de la mesa, porque el convite había sido por el día. Entonces, mientras unos se quedan á cierta distancia, salen otros á divertir á Livio con obscenidades y chocarrerías que se dicen unos á otros, como para imitar á los que salían del convite. Apenas estuvieron cerca de Livio, á quien el vino tenía más enajenado, todo fué risa y algazara de una y otra parte; y vueltos hacia atrás, le restituyeron á su casa, donde, sin pensamiento que le inquietase ó entristeciese, rebosando alegría y deleite, quedó durmiendo la borrachera, como suelen los que se exceden en el vino por el día. Después, Nicón y Tragisco vuelven á incorporarse con los compañeros de quienes se habían separado, y divididos en tres trozos, procuran ocupar las avenidas más cómodas de la plaza para que no se les ocultase cosa de cuanto pasase fuera ó dentro de la ciudad. Apostaron unos cuantos junto á

la casa del Gobernador, firmemente persuadidos que, si se suscitaba alguna sospecha de lo que iba á suceder, primero habían de ir á parar las nuevas á Livio y de él habían de salir las providencias. Ya que todos se habían retirado del convite, la algazara toda había cesado y el pueblo estaba durmiendo, como á eso de media noche, viendo que todo estaba como se habían prometido, se juntaron y marcharon á ejecutar su designio.

Estaban convenidos con los Cartagineses en que Anníbal se acercaría á la ciudad por aquel lado del Oriente que desde lo interior del país viene á parar á la puerta Temenida; que encendería una antorcha sobre el túmulo llamado por unos de Hyacinto y por otros de Apolo Hyacinto; que Tragisco, al instante que la viese, le correspondería con otra dentro de la ciudad, y que á consecuencia de esto Anníbal apagaría su fuego y se encaminaría á lento paso hacia la puerta. Tomadas estas medidas, los conjurados atraviesan la parte habitada de la ciudad y vienen á parar á los cementerios. Es de suponer que los Tarentinos tienen aquella parte de la ciudad que mira al Oriente llena de sepulcros, por enterrar aun hasta el día de hoy á todos sus muertos dentro de los muros, en cumplimiento de un antiguo oráculo que les había predicho *que cuantos más habitantes fuesen, serían más dichosos y felices*; y ellos, entendiendo que el modo de llegar á ser su ciudad la más dichosa era si retenían consigo á los que morían, sepultan aun hasta el día de hoy sus cadáveres dentro de las puertas. Apenas llegaron al túmulo de Pithionico, esperaron la señal. En efecto, se acerca Anníbal y enciende su antorcha, la cual no fué antes vista de Nicón y Tragisco, cuando llenos de confianza le corresponden con la suya, y después de apagada la de Anníbal,

echan á correr con diligencia á la puerta para degollar la guardia antes que llegasen los Cartagineses que, según el convenio, habían de venir á lento paso y sin meter ruido. La cosa sale con felicidad, sorprenden las centinelas, las degüellan, quiebran los cerrojos, abren las puertas sin tardanza y llega Annibal al momento crítico, habiendo dispuesto su marcha con tanto pulso, que no se tenía en la ciudad la más mínima sospecha de su venida.

Hecha la entrada con seguridad y sin alboroto, como se había propuesto, Annibal creyó que lo principal del designio estaba conseguido y echó á andar lleno de confianza por una ancha calle, llamada la Batea, que conduce á la plaza. Había dejado fuera de la muralla su caballería, que ascendía á dos mil hombres, para que sirviese de retén contra las incursiones exteriores ó cualquier otro lance imprevisto de los que acontecen en semejantes empresas. Ya que estuvo en la plaza, mandó hacer alto á las tropas para esperar á tener noticia de Filemenes. Estaba inquieto por saber cómo habría salido esta otra parte de su proyecto. Porque mientras que él encendía el fuego y echaba á andar á la puerta Temenida, había destacado á Filemenes con su jabalí en unas angarillas y mil Africanos á la puerta inmediata, á fin de que, según su primer propósito, no pendiese el proyecto meramente de un solo arbitrio, sino de muchos.

Filemenes, cuando ya estuvo cerca de la muralla, dió un silbido, según costumbre, y al momento bajó el guarda á abrirle el postigo. Para obligarle á que le abriese pronto, le dijo desde fuera que venía cargado y traía un jabalí. El guarda, prometiéndose que le tocaría alguna parte de la presa, porque siempre participaba de lo que Filemenes metía, alegre con estas palabras, se dió prisa á abrirle. En efecto, entran aga-

rrados de los brazos delanteros de las angarillas Filemenes y otro en hábito de pastor que figuraba un hombre del campo, y después de ellos otros dos que llevaban la fiera asidos de los brazos posteriores. Apenas estos cuatro estuvieron dentro del postigo, matan á puñaladas al que les había abierto, que inocentemente se entretenía en mirar y palpar el jabalí, é inmediatamente hacen entrar con silencio á otros treinta Africanos que venían en pos de éstos y delante del resto del escuadrón. Hecho esto, sin dilación unos quiebran los cerrojos, otros matan las centinelas, otros hacen señal á los Africanos que estaban fuera para que vengan, y ya que también estuvieron éstos dentro, echan á andar sin peligro hacia la plaza, como estaba dispuesto.

Lo mismo fué incorporarse estas tropas con las demás, Anníbal, alegre en extremo de que la acción le salía á medida del deseo, procedió á lo que faltaba. Dividió en tres trozos los dos mil Celtas que tenía, y puso á la cabeza de cada uno dos de los conjurados. Destacó en compañía de éstos algunos de sus capitanes con orden de ocupar las avenidas más ventajosas de la plaza. Ya que estuvo esto prevenido, mandó á los conjurados que libertasen y salvarsen las vidas de los ciudadanos que encontrasen, avisándoles desde lejos que se estuviesen quietos, que no había que temer; pero dió orden á los oficiales Cartagineses y Celtas para que matasen á cuantos Romanos se pudiesen delante. En efecto, esparcidos por diversas partes, se puso en ejecución la orden.

Cuando ya fué cierto que los enemigos habían entrado en la ciudad, todo fué clamores y alboroto. Livio, advertido del suceso, conociendo que el vino no le tenía en estado de obrar, salió al momento de casa con sus criados y se encaminó á la puerta que

conduce al puerto. El guarda se la franqueó, salió por ella, y metiéndose en un esquife de los que estaban anclados, pasó con sus gentes á la ciudadela. Poco después, Filemenes, que tenía prevenidas unas trompetas romanas y algunas gentes enseñadas á tocarlas, hizo una llamada desde el teatro, con lo cual, acudiendo á la ciudadela los Romanos á tomar las armas, como lo tenían de costumbre, todo salió como los Cartagineses tenían pensado. Porque conforme iban llegando de tropel y sin orden á las plazas, unos encontraban con los Cartagineses, otros con los Celtas, que de este modo hicieron una gran carnicería. Venido el día, los Tarentinos subsistían quietos en sus casas, sin poder adivinar á punto fijo lo que pasaba. Porque al considerar la trompeta y el ningún desorden ni pillaje que había en la ciudad, se presumían que el alboroto provenía de los mismos Romanos; pero cuando vieron muertos en las plazas á muchos de éstos y á algunos Galos que los despojaban, entonces ya se maliciaron que habían entrado los Cartagineses.

Cuando ya fué de día claro, Anníbal, formadas en batalla sus tropas en la plaza y retirados los Romanos á la ciudadela donde tenían guarnición, mandó por un pregón que todos los Tarentinos se juntasen en la plaza sin armas. Al punto los conjurados discurrieron por toda la ciudad apellidando libertad é infundiendo buen ánimo, pues que los Cartagineses habían venido para su remedio. Aquellos de los Tarentinos que tenían alguna conexión con los Romanos, lo mismo fué oír el pregón, se retiraron á la ciudadela; pero los demás se congregaron sin armas, como prevenía el edicto. El Cartaginés les habló con dulzura, y ellos, unánimes, aplaudieron sus razones por una salud tan inesperada. Entonces despidió la junta, previniendo

á cada uno que al instante que llegase á su casa pudiese sobre la puerta esta palabra, *Tarentino*, é imponiendo pena de muerte al que escribiese lo mismo sobre la habitación de algún Romano. Después distribuyó las tropas que le parecieron más á propósito para el caso, las envió á saquear las casas de los Romanos, que reconocerían no viendo rótulo alguno escrito sobre las puertas, y retuvo consigo los demás en batalla para auxiliar á estas gentes.

Hecho de este saco un rico botín de alhajas de todas clases, y tal que llenaba las esperanzas que los Cartagineses habían concebido, pasaron aquella noche sobre las armas; pero al día siguiente Annibal, habido consejo con los Tarentinos, resolvió levantar un muro entremedias de la ciudad y de la ciudadela, á fin de que los ciudadanos no tuviesen que temer en adelante de los Romanos que ocupaban ésta. Al principio se propuso levantar un vallado paralelo al muro de la ciudadela, y al foso que éste tenía por delante; pero no dudando que los enemigos, lejos de permitirlo, harían todos los esfuerzos por estorbarlo, entresacó sus mejores tropas, en el concepto de que no había cosa más conducente para adelante que aterrar á los Romanos, é inspirar confianza á los Tarentinos. En efecto, lo mismo fué comenzarse á hacer la trinchera, que atacar los Romanos con intrepidez y valentía. Annibal al principio trabó solo una leve escaramuza, para provocar el ardor de los Romanos; pero cuando ya estuvieron los más fuera del foso, da la señal á los suyos y rompe con el enemigo. El combate fué rudo, como que se peleaba en un corto recinto, y ese murado; pero al fin forzados los Romanos volvieron la espalda. Muchos quedaron sobre el campo de batalla, pero la mayor parte pereció rechazada y precipitada en el foso.

De allí adelante Annibal, viendo cumplidos sus de-

seos, prosiguió su vallado, libre de que le inquietasen. Con esto, encerrados los Romanos, los forzó á vivir dentro de los muros, por temor no sólo de aventurar sus personas, sino de perder la ciudadela; y á los Tarentinos infundió tal espíritu, que con ellos solos sin el auxilio de los Cartagineses se creía capaz de hacer frente á los Romanos. Después cavó un foso un poco más acá del vallado hacia la ciudad, paralelo á la trinchera y muro de la ciudadela, y al borde de éste que estaba de parte de la ciudad, levantó con tierra..... un *parapeo*, sobre el cual formó una trinchera poco menos fuerte que una muralla. Inmediato á ésta y dentro del corto espacio que mediaba hasta la ciudad, emprendió construir un muro, que principiaba desde el sitio llamado Soteira, hasta la calle Batea; de suerte que solas estas fortificaciones, sin necesidad de gentes que las defendiesen, bastaban por sí á poner á cubierto los Tarentinos de todo insulto. Hecho esto, dejó una buena guarnición de á pie y de á caballo para custodia de la ciudad y defensa de sus muros, y fué á camparse á cuarenta estadios de distancia, sobre las márgenes de un río que algunos llaman Galeso, y los más Eurotas, denominado así de otro que pasa por Lacedemonia del mismo nombre. Hay en Tarento y sus alrededores otras muchas cosas semejantes á las de aquella ciudad, tanto porque es colonia de Lacedemonios, como porque tiene un parentesco indubitable con aquella república. Concluída la muralla, que no fué tarde, á causa de la actividad y diligencia de los Tarentinos y la ayuda que los Cartagineses prestaron, Annibal pensó después en tomar la ciudadela.

Ya que tenía dispuestos todos los pertrechos para el asedio, llegó de Metaponte un socorro por mar á la ciudadela; con el cual alentados algún tanto los espíritus de los Romanos, hacen una salida de noche á

las obras, arruinan todos los trabajos, y destruyen las máquinas. Este accidente hizo desistir á Anníbal del asedio; pero como ya tenía enteramente concluída la muralla, congregó á los Tarentinos y les manifestó que lo que más les importaba en tales circunstancias era hacerse señores del mar. Porque dominando como dominaba la ciudadela la entrada del puerto, según dijimos, ellos no podían absolutamente hacer uso de sus embarcaciones ni salir al mar, en vez de que á los Romanos les venía por mar cuanto necesitaban sin peligro; y mientras esto subsistiese, era imposible asegurar la libertad de Tarento. En vista de esto Anníbal les mostró que si quitaban este recurso á los sitiados, al instante tendrían que rendirse, abandonar la ciudadela, y entregarla. Los Tarentinos bien hubieran asentido á su discurso; pero no podían comprender cómo pudiera esto hacerse, á no presentarse una escuadra cartaginesa, lo cual por entonces era imposible. Y así no acababan de concebir á dónde iba á parar Anníbal con estas palabras. Pero cuando les hubo dicho que ellos solos, sin necesidad de los Cartagineses, eran capaces de señorearse del mar; entonces creció más la sorpresa, sin poder adivinar su pensamiento. Anníbal había observado que de esta parte del muro que había fabricado había un llano, que extendiéndose lo largo de la muralla desde el puerto hasta el mar exterior, era muy á propósito para transportar los navíos desde el puerto al lado meridional de la ciudad. Así fué que al instante que descubrió el pensamiento á los Tarentinos, no sólo aprobaron lo que decía, sino que llenos de admiración por este grande hombre, reconocieron que no había cosa tan ardua que no cediese á su penetración y audacia. En efecto, construídas prontamente máquinas con ruedas, concebirse la idea y llevarla á cabo, todo fué uno:

tanta era la actividad, y tanto el número de manos que cooperaron al proyecto. Los Tarentinos, habiendo trasportado de este modo sus navíos al mar exterior, y privado á los Romanos de todo socorro extranjero, estrecharon el sitio de la ciudadela sin peligro. Anníbal, dejada guarnición en la ciudad, se puso en marcha con sus tropas, y llegó al tercer día á su primer campo, donde pasó tranquilamente el resto del invierno.

XII.

Forma parte de la historia del sitio de Siracusa.

Pero supo por un tráfuga que los Siracusanos celebraban una fiesta pública, y que economizando los víveres, á causa de la escasez á que estaban reducidos, derrochaban sin embargo el vino, y resolvió atacar la ciudad (1).

XIII.

Tomada Epipolis, recobraron los Romanos el valor y la audacia (2).

XIV.

De tal modo la mayoría de los hombres no se deciden á cosa tan fácil como lo es guardar silencio (3).

(1) Suidas.

(2) Idem.

(3) Manuscrito de Urbino.

XV.

Fatigados los Tarentinos por lo excesivo de su dicha, llamaron á Pirro, rey de Epiro. Natural es, en efecto, á todos los hombres que gozan libertad, unida á largo ejercicio de ilimitado poder, cobrar despego á su situación presente y buscar amo; pero, si le encuentran, pronto le odian, por advertir que el cambio empeora su estado. Así sucedió á los Tarentinos. Lo porvenir parece siempre mejor que lo presente (1).

XVI.

Ancara, ciudad de Italia. Los habitantes llamábanse *Ancaritos*, según Polibio, lib. VIII (2).

XVII.

Los Dessaritas (ó mejor Dessaretas), pueblo de Iliria. Polibio, lib. VIII (3).

XVIII

Hiscana, ciudad de Iliria. Polibio, lib. VIII (4).

-
- (1) Fragmento descubierto por el Cardenal Mai.
 - (2) Esteban de Bizancio.
 - (3) Idem.
 - (4) Idem.

LIBRO NONO.

FRAGMENTOS.

I.

Digresión, en que Polibio defiende el método que ha tenido en escribir su historia.—De las muchas partes de que se compone la historia, la principal, según Polibio, es la que relaciona los hechos, porque entre otras razones acarrea una notable utilidad á los lectores.

Ve aquí los hechos más ilustres que se comprenden en la mencionada olimpiada, ó en el espacio de cuatro años, á que hemos dicho que equivale cada una; hechos que servirán de materia á los dos libros siguientes. Bien sé que mi modo de escribir tiene algún tanto de desagradable, y que por la uniformidad de su estilo sólo acomodará y gustará á una clase de personas. Todos los demás historiadores, ó á lo menos la mayor parte, como hacen uso de todas las partes de la historia, atraen á la lectura de sus obras un gran número de personas. En efecto, el que sólo lee por afición, gusta de genealogías de familias y de naciones; el investigador y curioso apetece establecimientos de colonias, fundaciones de ciudades, y conexiones de

unas con otras, como se ve en Eforo; y el político ama las acciones de pueblos, de ciudades y de reyes: y como nosotros meramente nos hemos atendido á estas últimas, y de ellas hemos hecho el objeto principal de nuestra obra, de aquí es que nuestra historia sólo cuadrará á una clase de sujetos, y para el mayor número será una lectura desapacible. Ahora, qué motivos nos hayan impelido á desechar las otras partes de la historia, y ceñirnos únicamente á contar los hechos, esto ya lo hemos dicho á lo largo en otra parte; no obstante, no hallo inconveniente en apuntarlo aquí por mayor á los lectores, para refrescar la memoria.

En el supuesto de que son muchos los que nos han contado de diversas maneras lo perteneciente á genealogías, fábulas, colonias, parentescos de unos pueblos con otros y fundaciones de ciudades, un historiador que emprenda ahora tratar de esto, una de dos, ó ha de vender lo ajeno como propio, la mayor vergüenza para un escritor, ó cuando no, tomarse un trabajo ciertamente vano en escribir y quebrarse la cabeza sobre cosas sabidas, que sus predecesores expusieron con bastante claridad y transmitieron á los venideros. Ve aquí el motivo, entre otros muchos, por qué hemos omitido estas materias. Al contrario, hemos preferido la relación de los hechos; primero, porque como éstos son siempre nuevos, requieren también narración nueva, pues no es menester tocar lo de antes para contar lo que ha pasado después; segundo, porque este modo de escribir ha sido siempre y es el más provechoso, mayormente cuando en nuestra era han hecho tales progresos las ciencias y las artes, que para cualquier caso que sobrevenga, puede hallar reglas de conducta el que las busque. Por lo cual, no tanto atentos al placer, como á la utilidad de

los lectores, sin contar con las demás partes, nos hemos ceñido á ésta; y sobre esto cualquiera que lea atentamente nuestra historia apoyará lo que decimos con su voto.

II.

Sitio de Capua por los Romanos después de la derrota de Cannas. — Inútiles esfuerzos de Annibal por librarla del asedio. — Retirada de este General, y marcha contra Roma. — Paralelo de Epaminondas con Annibal, y de los Lacedemonios con los Romanos.

Annibal, tirada una línea todo alrededor del campo de Appio (213 años antes de J. C.), trababa escaramuzas y tentaba á los Romanos á fin de provocarlos á un combate; pero viendo que Appio no hacía caso, entabló al cabo un asedio como si fuera á una ciudad. La caballería atacaba por escuadrones, y disparaba tiros con algazara contra el campo. La infantería en batallones se arrojaba y hacía esfuerzos por arrancar el atrincheramiento. Pero nada de esto era capaz de mover á Appio de su propósito. Al contrario, rechazaba con la infantería ligera á los que se acercaban al real, y defendiéndose con los pesadamente armados del ímpetu de los tiros, los hacía permanecer formados bajo sus banderas. El Cartagines, desesperanzado de salir con su designio, porque ni podía entrar en la plaza..... *ni desalojar* á los Romanos, consultó con los suyos qué había de hacer en tales circunstancias. En mi concepto, lo que entonces pasó es capaz de embarazar no sólo á Annibal, sino á cualquier otro hombre que lo entienda. Porque ¿quién no extrañará que los Romanos tantas veces vencidos por

los Cartagineses, y sin osar ponérseles por delante, no quieran ceder ni abandonar la campaña, y que aquellos que poco antes andaban sólo costeano las laderas, bajen ahora al llano y pongan sitio á la ciudad más célebre y poderosa de Italia, viéndose rodeados por todas partes de unos enemigos á quienes ni aun por el pensamiento se atrevían á mirarles á la cara? Pero los Cartagineses, aunque constantemente victoriosos en los combates, á veces no se veían menos afligidos que los vencidos. A mi modo de entender, esto provino de la conducta de unos y otros. Unos y otros estaban enterados que la caballería de Anníbal era causa de las victorias de los Cartagineses y de las pérdidas de los Romanos. Por eso, así que vieron éstos vencidas sus legiones, se propusieron marchar por las laderas al lado de Anníbal; porque en tales sitios no había nada que temer de la caballería enemiga.

En efecto, no pudo menos de suceder á unos y otros lo que entonces pasó en Capua. Los Romanos no se atrevían á salir á una batalla por temor á la caballería cartaginesa; pero dentro de su campo vivían muy confiados, porque sabían fijamente que la que los había vencido en batallas campales, aquí no era capaz de acarrearles el menor daño. Por otra parte, los Cartagineses tenían fuertes motivos para no poder subsistir acampados mucho tiempo en un mismo sitio con su caballería; ya porque con esta prevención tenían los Romanos talados todos los forrajes de la comarca, y no era fácil traer á lomo de tan larga distancia el heno ó cebada que bastase á tanto número de caballos y acémilas; ya porque sin el auxilio de ésta no tenían atrevimiento á sitiar dentro de sus fosos y trincheras á los Romanos, contra quienes, siempre que habían entrado en acción con sola la infantería, había quedado dudoso el éxito de la jornada.

A más de esto aquejaba al Cartaginés el recelo de que no viniesen sobre él nuevas tropas, se acampasen al frente, y cortado el trasporte de los víveres, le pusiesen en grande aprieto. Pesadas estas razones, Anníbal, teniendo por imposible hacer levantar el cerco á viva fuerza, mudó de pensamiento. Discurrió que si hacía una marcha oculta y se dejaba ver de repente delante de Roma, acaso aterrados sus moradores con la novedad, conseguiría alguna ventaja sobre esta capital; y cuando no, forzaría á Appio, ó á levantar el cerco para venir prontamente al socorro de su patria, ó á dividir su armada; y en este caso, le sería fácil vencer á los que viniesen al socorro y á los que quedasen en Capua. Con este designio despachó un correo á Capua; y para su mayor seguridad, le persuadió que se pasase á los Romanos, y desde allí á la plaza. Se recelaba en gran manera que los Capuanos, desesperanzados al ver su retiro, no le abandonasen y se entregasen á los Romanos. Por eso les descubrió su pensamiento en una carta, que envió por un Africano el día después de su marcha, para que sabido el designio y el motivo de su retiro, sufriesen el asedio con constancia.

Así que se supo en Roma lo que pasaba en Capua, y que Anníbal campado al frente tenía sitiadas sus legiones, todo fué temor y sobresalto, como si ya hubiese llegado el día que iba á decidir de su suerte. La remisión de víveres y el acopio de municiones ocupó las atenciones de todos y de cada uno. Los Capuanos, recibida la carta por el Africano, supieron el modo de pensar de Anníbal, y resueltos á probar aún este arbitrio, persistieron en su resolución. Anníbal, al quinto día de haber llegado, da de cenar á sus gentes, y dejando los fuegos encendidos, levanta el campo con tal silencio, que nadie supo su ausencia (212 años an-

tes de J. C.). Después que en continuas y forzadas marchas hubo atravesado la Samnia, y hubo reconocido y tomado con la vanguardia todos los lugares que se hallaban sobre el camino; y mientras que duraba aún en Roma la inquietud de Capua y de lo que allí pasaba, vadea el Anio, se acerca á Roma, y sienta su campo á cuarenta estadios cuando más de esta capital.

Sabida en Roma esta noticia, fué tanto mayor la turbación y sobresalto, cuanto tenía el caso de imprevisto é inesperado, porque jamás se había acercado tanto Anníbal á sus muros. Al mismo tiempo se les representaba la idea, que no era posible se hubiesen atrevido los enemigos á pasar tan adelante, á no haber vencido antes las legiones que sitiaban á Capua. Al instante los hombres montan sobre los muros, y ocupan los puestos ventajosos de la ciudad. Las mujeres corren á los templos, hacen votos á los Dioses, y barren con sus cabellos los pavimentos de los templos, como tienen de costumbre cuando la patria se ve amenazada de un gran peligro.

Ya tenía Anníbal fortificado su campo, y estaba pensando cómo dar un asalto á la ciudad al día siguiente, cuando inopinadamente y sin saber cómo sobrevino un acaso que fué la salud de Roma. Ya hacía tiempo que los cónsules Cneo Fulvio y Pub. Sulpicio tenían alistada una legión, que en aquel mismo día estaba obligada con juramento á venir á Roma con sus armas, y á la sazón estaban haciendo el encabezamiento de otra y probando á los soldados. De suerte que casualmente se halló en Roma al tiempo preciso un gran número de tropas, que sacadas por los Cónsules con buen ánimo y campadas delante de la ciudad, contuvieron el ardor de Anníbal. El Cartaginés al principio había emprendido esta expedición

no del todo desesperanzado de tomar á Roma por asalto; pero visto que los enemigos formaban sus haces, é informado poco después por un desertor de lo que pasaba, depuso su intento contra la ciudad y se echó á talar la campiña é incendiar los edificios. En los principios recogió y juntó en su campo un prodigioso botín, como que había venido á robar un país á donde jamás se creyó pudiese llegar enemigo alguno.

Pero después, como los Cónsules hubiesen tenido el osado arrojo de apostarse á diez estadios del real enemigo, Anníbal, que por una parte había acopiado un inmenso botín, y por otra se veía sin esperanzas de tomar á Roma, levantó el campo al amanecer. El principal motivo para esto fué la cuenta que tenía echada de los días en que, según su concepto, esperaba que Appio, informado del peligro de su patria, ó levantaría del todo el cerco para acudir á Roma, ó dejadas en Capua algunas tropas vendría al socorro en diligencia con la mayor parte; y en cualquiera de los dos casos, se prometía tener de su parte la fortuna. Pero Publio, rotos los puentes del Annio, le forzó á vadear el río, dió sobre sus tropas cuando pasaban, y le puso en un gran embarazo. Es cierto que no hizo daño considerable á causa del gran número de caballos que Anníbal tenía, y la facilidad de maniobrar de los Númidas en cualquier terreno, pero por lo menos le quitó una buena parte del botín y le tomó prisioneros trescientos hombres, con lo cual se retiró á su campamento. Poco después, en el concepto de que un regreso tan precipitado en los Cartagineses procedía de miedo, echó á andar en su alcance de cerro en cerro. El Cartaginés al principio caminaba a largas marchas, con el anhelo de ejecutar lo que se había propuesto; pero al quinto día, con el aviso que tuvo de que Appio persistía sobre el cerco, manda hacer alto

para esperar á los que venían detrás, ataca durante la noche el campo romano, mata á muchos y desaloja á los restantes del campamento. Venido el día, advirtió que los Romanos se habían acogido á una eminencia fortificada, y no teniendo por conveniente detenerse en su asedio, rompió por la Daunia y el país de los Brucios, y sin ser sentido se dejó ver delante de Regio tan de repente, que por poco no se apodera de la ciudad. No obstante, mató á todos los que habían salido á la campaña, é hizo prisioneros á muchos ciudadanos de Regio en esta jornada.

Me parece que con justa razón se aplaudirá el valor y emulación con que los Cartagineses y Romanos se hacían la guerra por este tiempo; del mismo modo que se celebra á Epaminondas el Tebano. Este General, habiendo llegado á Tegea con sus aliados, y visto á los Lacedemonios y á sus aliados congregados en Mantinea en acción de hacerle frente, mandó cenar temprano á los suyos, y los sacó á la prima noche aparentando que iba á apoderarse de ciertos puestos ventajosos para formarlos en batalla. Todo el ejército estaba eficazmente persuadido á esto; cuando tomando el camino en derechura á Lacedemonia, llega allá á la tercera hora de la noche, coge á Esparta desprevenida de defensores con tan inopinada venida, entra á fuerza hasta la plaza, y se apodera de todo aquel lado de la ciudad que mira al río. Por desgracia llegó á Mantinea aquella misma noche cierto desertor, y dando cuenta al rey Agesilao de lo que pasaba, se acudió prontamente al socorro, al tiempo mismo que se estaba tomando la ciudad. Epaminondas, malograda esta esperanza, hace tomar un bocado á los suyos á las márgenes del Eurotas, y recobrado algún tanto el ejército de la fatiga pasada, vuelve á tomar el camino mismo que había traído; conjeturando lo que

sucedería, que los Lacedemonios, por haber marchado al socorro de Esparta, habrían dejado desierta á Mantinea, como sucedió en efecto. Con esta mira exhorta á los Tebanos, y al cabo de una marcha forzada de toda la noche, llega á Mantinea á la mitad del día y la halla enteramente yerma de defensores. Pero dió la casualidad que los Atenenses, con el deseo de tener parte en la guerra contra los Tebanos, llegaron á esta sazón para auxiliar á los Lacedemonios. Ya la vanguardia tebana tocaba con el templo de Neptuno, distante siete estadios de la ciudad, cuando se dejaron ver los Atenenses sobre un collado que domina á Mantinea, como si expresamente los hubieran llamado. Lo mismo fué divisarlos los que habían quedado en la ciudad, que al instante se animaron, aunque con trabajo, á subir á los muros, para contener el ímpetu de los Tebanos. Por eso los historiadores se quejan con justa razón de la desgracia de estas expediciones, y sientan que Epaminondas ejecutó por su parte cuanto pudiera un perfecto capitán... pero aunque vencedor de sus contrarios, fué vencido de la fortuna.

Lo mismo se puede decir de Anníbal. Porque al ver á este General que ataca á los Romanos por ver si con pequeños combates puede hacerles levantar el cerco; que frustrado este intento marcha contra la misma Roma; que no dejándole salir tampoco la desgracia con su designio, vuelve sobre sus pasos y destaca la mayor parte de su ejército á Capua, mientras que él queda como en centinela de los movimientos de los sitiadores; que, por último, no desiste del empeño, antes de destruir á los Romanos, y por poco no desalojar de su ciudad á los de Regio, pregunto: ¿quién no admirará y aplaudirá al Cartaginés en estas acciones? Pero cualquiera conocerá que los Romanos en este lance se condujeron mejor que los Lacedemo-

nios. Porque aunque éstos al primer aviso echaron á correr de tropel, por salvar á Esparta; pero en cuanto estuvo de su parte, dejaron abandonada á Mantinea: en vez de que aquéllos guardaron su patria sin levantar por eso el asedio, subsistieron inmóviles y firmes en su resolución, y de allí adelante estrecharon á los Capuanos con más confianza.

Se ha dicho esto, no tanto por hacer el encomio de los Romanos y Cartagineses, cosa que ya hemos hecho repetidas veces, cuanto por elogiar á las cabezas de uno y otro pueblo, y á los que en adelante hayan de manejar los negocios públicos en cualquiera otro, á fin de que, acordándose de estos grandes Generales y tomándolos por modelos, emulen..... *sus esclarecidas acciones*, las cuales, aunque en sí parezcan tener alguna cosa de arrojadas y peligrosas, no obstante no tienen riesgo en emprenderse, se miran con admiración, y bien se consigan, bien no, adquieren gloria inmortal y buena fama, si las acompaña la prudencia.

III.

Siracusa debe su belleza á la virtud de sus habitantes, no á los objetos de arte que de fuera llevaron.

VI.

Si los Romanos hicieron bien y en pro de sus intereses en transportar á su patria los adornos de las ciudades conquistadas.

Tal es el motivo que indujo á los Romanos á llevar á su patria los mencionados adornos y á no dejar alhaja en las ciudades vencidas. Lo cual, si fué bien

hecho y conducente, ó al contrario, es materia que admite muchas disputas, bien que hay más razones para probar que ni entonces entendieron ni ahora entienden su propia conveniencia. Porque si llevados de este atractivo hubieran engrandecido su patria, no tiene duda que hubieran tenido justa razón para transportar á Roma lo que pudiera enriquecerla; pero si con el más simple modo de vida, si infinitamente distantes de la profusión y lujo, domaron no obstante aquellos pueblos, entre quienes se encontraba el mayor y más precioso número de estas alhajas, ¿cómo no se ha de calificar éste por un yerro de su política? Desnudarse de las costumbres del pueblo vencedor por vestirse de las del vencido, y atraerse sobre sí la envidia que por lo común acompaña á este exterior extranjero, la cosa de que más se deben precaver los que gobiernan; esta sin disputa es una conducta errada de quien tal hace. El que contempla en estos adornos forasteros, jamás bendice la fortuna de los que poseen lo ajeno, sin que la envidia al mismo tiempo deje de suscitarle alguna conmiseración de los infelices á quienes antes se quitaron. Cuando la dicha va en aumento y una nación ha llegado á atesorar las riquezas de las otras, si por algún accidente concurren éstas á ver este espectáculo, nacen de aquí dos males. Porque los espectadores ya no se conducen de los males ajenos, sino de los propios, renovando la memoria de sus propias infelicidades. De aquí nace no sólo la envidia, sino que se fomenta una cierta rabia contra los dichosos; pues la memoria de las propias calamidades induce, digámoslo así, al aborrecimiento de los autores. Para que los Romanos hubiesen atesorado en Roma el oro y la plata, ya había algún motivo; pues no era posible llegar al imperio universal sin disminuir primero el poder de los

otros pueblos, privándolos de estos recursos y apropiándolos para sí. Pero para todo lo que no es el poder real que hemos dicho, más glorioso les hubiera sido el dejarlo donde se estaba, con la envidia que á esto se sigue, y adornar su patria, no con pinturas y efigies, sino con la gravedad de costumbres y nobleza de sentimientos. Esto se ha dicho para los conquistadores que vengan en adelante, á fin de que no despojen las ciudades que sometan, ni se persuadan á que sirven de adorno á sus patrias las calamidades ajenas.)

V.

Después de triunfar de sus enemigos, no pudieron los jefes cartagineses triunfar de sí mismos. Mientras se les creía en guerra con los Romanos, peleaban unos contra otros. Las sediciones causadas por la ambición y avaricia innatas en los Cartagineses desolaban á Cartago. Asdrúbal, hijo de Giscón, abusó del poder hasta el extremo de exigir crecida suma de plata á Indibilis, el más fiel aliado de los Cartagineses, á Indibilis, que permitió ser arrojado de su reino antes de faltar á la adhesión que les tenía, y á quien por reconocimiento restablecieron en el trono. Creyendo dicho Príncipe que la República tomaría en cuenta su constante amistad, no se apresuró á cumplir las órdenes de Asdrúbal; pero éste, para vengarse, inventó contra él atroz calumnia, obligándole á dar sus hijas en rehenes.

VI.

Digresión sobre los principales elementos del arte militar.—En materias de guerra, una cosa son acciones y otra azares ó casualidades. Requisitos que ha de tener un General, práctica, historia y ciencia adquirida por principios.—Necesidad para este ultimo de las matemáticas, y especialmente de la astrología y geometría.—Necesidad de la astrología para ajustar la estación á las empresas militares.—Ejemplos de Generales que han malogrado sus designios por este defecto.—Uso de la geometría.—Modo de medir las escalas.—Diversas formas de situar un campamento y modo de conjeturar su magnitud por el ámbito.—Refutación de los que piensan que los pueblos de suelo desigual y quebrado contienen más casas que los de terreno llano, y demostración lineal de lo contrario.

Mucha reflexión requieren los accidentes de las empresas militares; pero se puede salir bien de todos si se ejecuta con prudencia lo proyectado. Es fácil conocer por lo pasado que en la guerra son menos las acciones que se ejecutan á las claras y por fuerza que las que se hacen con astucia y ocasión, y que de las que ofrece la ocasión más son las que se han malogrado que las que se han conseguido. Para convenirse de esta verdad, no es menester más que mirar al éxito. Se convendrá también en que las más de las faltas se cometen por ignorancia é indolencia de los jefes. Ahora vamos á ver cuál sea el modo de remediarlas.

Todo lo que se hace en la guerra sin designio no merece el nombre de acción, sino más bien el de azar ó de accidente. Estos, como no tienen regla fija ni estable, se nos permitirá pasarlos en silencio y únicamente atenernos á los que se ejecutan con objeto determinado, que serán la materia del presente

discurso. Toda acción pide tiempo determinado, espacio cierto, en que se ha de hacer lugar, secreto, señales fijas, y á más por quiénes, con quiénes y de qué modo se ha de ejecutar. Seguramente, al que combine bien cada una de estas circunstancias, no le desmentirá su designio; pero con una que omita, le fallará todo el proyecto. Tal es la disposición de la naturaleza: para malograrse una empresa, basta una friolera ó la más mínima circunstancia; cuando para su logro apenas bastan todas. Por eso los Generales no deben omitir ninguna en semejantes ocasiones.

La principal circunstancia de las que hemos apuntado, es el secreto; de suerte que ni la alegría de un suceso inesperado, ni el temor, ni la familiaridad, ni el afecto á los suyos, sea capaz de descubrirlo al extraño, sino únicamente comunicarlo á aquellos sin los cuales no es posible llevar á efecto lo proyectado, y aun á éstos de ningún modo antes que lo exija la necesidad de cada cosa. El secreto consiste no sólo en la lengua, sino mucho más en el ánimo. Porque hay muchas gentes que, aun con la boca cerrada, ya con el semblante, ya con las acciones, descubren el interior. La segunda es saber los caminos diurnos y nocturnos, y el modo de andarlos, tanto por tierra como por mar. La tercera y principal es tener noticia de las estaciones por las observaciones del cielo, para poderlas acomodar á sus designios. También es de considerar el mecanismo de la acción, pues muchas veces consiste en esto parecernos los imposibles facilidades y las facilidades imposibles. Ultimamente, se debe cuidar de las señas y contraseñas, así como de la elección de quiénes y con quiénes se ha de ejecutar lo proyectado. Todos estos requisitos se adquieren, unos por la práctica, otros por la historia y otros por el arte y los preceptos.

Lo mejor sería que el mismo General supiese los caminos, el sitio á donde se había de ir, la naturaleza del terreno, y á más por quiénes y con quiénes se había de hacer la cosa; pero cuando no, á lo menos es preciso se informe de todas las menudencias, no dé crédito así como quiera, y tome seguridades de las guías que preceden al ejército en semejantes lances. Todos estos conocimientos y otros semejantes los pueden aprender los jefes, ó por propia experiencia adquirida en el mismo ejercicio militar, ó por la historia; pero otros necesitan estudio y observación, principalmente en la astrología y geometría. Estas ciencias, aunque en sí no muy importantes para esta profesión, con todo, son de un grande uso y conducen infinito para conocer las revoluciones que antes hemos dicho. Su principal necesidad consiste en enseñarnos la duración de los días y de las noches. Porque si esta duración fuera siempre igual, no se necesitaría trabajo en adquirir un conocimiento que sabrían todos. Pero como no sólo se encuentra diferencia entre el día y la noche, sino también entre un día y otro día, una noche y otra noche, es indispensable conocer las crecientes y menguantes de unos y de otras. Sin echar cuenta con estas alteraciones, ¿cómo se ajustará el camino y la marcha de un día ó una noche? No es posible sin este conocimiento llegar jamás al tiempo preciso, sino que necesariamente se ha de llegar ó antes ó después, y en estas solas ocasiones es más falta llegar temprano que tarde. Porque el que llega tarde es cierto se le malogra la esperanza, pero conocido á tiempo su yerro se retira sin peligro; en vez de que el que llega temprano, como es descubierto, á más de frustrársele la empresa, se pone á peligro de una entera derrota.

Todas las acciones humanas penden de la ocasión,

pero mayormente las de la guerra. Por eso el General debe tener suma facilidad en conocer los solsticios del verano y del invierno, los equinoccios y las crecientes y menguantes de los días y de las noches que entre éstos median. Este es el único modo de medir justamente el tránsito de una parte á otra, bien sea por mar, bien por tierra. Es también preciso conocer las diversas partes del día y de la noche, para saber á qué hora se debe levantar y á cuál ha de echar á andar. Porque sin buen principio no es posible conseguir el fin. Las horas del día se pueden conocer por la sombra, por el curso del sol y por los espacios del camino que se encuentran marcados sobre la tierra; pero las de la noche no es tan fácil, á no ser que, mirando al cielo, se comprenda toda la disposición y economía de los doce signos del Zodiaco; bien que esto no tiene nada de dificultoso para los que han hecho algún estudio en la esfera. Porque aunque las noches sean desiguales, como en toda noche aparecen sobre el horizonte seis de los doce signos, se sigue por precisión que á las mismas partes de cualquiera noche se han de descubrir partes iguales de los doce signos. Una vez conocido qué espacio del Zodiaco ocupa el sol durante el día, no hay más que, después de puesto, tirar una línea diametral por el círculo, y todo cuanto se descubra haber ascendido el Zodiaco por encima de esta línea, otro tanto se habrá pasado siempre de la noche. Después de sabido el número y magnitud de los signos, se conoce con facilidad las diferentes partes de la noche. Si la noche está nublada, se ha de atender á la luna, porque como es tan grande, por lo regular siempre se percibe su luz en cualquier parte del cielo que se halle. Unas veces se han de computar las horas por el tiempo y lugar inmediato á su oriente, otras por el inmediato

á su ocaso; pero antes es menester haber adquirido un tan gran conocimiento sobre esto, que se comprendan bien todas las diferencias que acaecen al salir la luna. En fin, las observaciones sobre este astro son fáciles. Todo su estudio está reducido, como si dijéramos, á un solo mes; y para la inteligencia todos los demás son semejantes.

Por eso se aplaudirá siempre en Homero el habernos representado á Ulises, aquel sobresaliente capitán, conjeturando por los astros no sólo lo perteneciente á la navegación, sino lo tocante á las acciones de tierra. Se pueden prever exactamente los acontecimientos más extraordinarios y capaces muchas veces de arrojarnos en el mayor embarazo, como son las lluvias, las inundaciones, las excesivas escarchas, las nevadas, los aires condensados y nebulosos y otros semejantes meteoros. Y si de lo que se puede prever no hacemos caso, ¿no seremos con razón culpables del mal éxito de la mayor parte de nuestros designios? Convengamos en que nada se debe despreciar de cuanto se ha dicho, para libertarnos de las faltas en que tantos otros han caído, como los que ahora vamos á poner por ejemplo.

Arato, pretor de los Aqueos, habiendo intentado tomar por trato la ciudad de Cineta, dispuso con aquellos de la ciudad que apoyaban su intento, el día en que estaría por la noche junto al río que baña la ciudad, y esperaría allí algún tanto con sus tropas; que los conjurados, luego que hallasen ocasión, destacarían sin estrépito por la puerta á la mitad del día uno de los suyos con capa, para advertir á Arato que se acercase á la ciudad y se apostase sobre un sepulcro en que estaban convenidos; que los otros echarían mano durante la siesta á los Polemarcos, que acostumbraban á estar de guardia; y que hecho esto,

Arato había de salir prontamente de la emboscada para apoderarse de la puerta. Tomadas estas medidas, ya que fué el tiempo preciso, viene Arato, se oculta á las márgenes del río y espera la señal. A este tiempo cierto ciudadano que tenía un rebaño de ovejas pasando alrededor de la ciudad, queriendo saber de su pastor cierta cosa, salió por la puerta con su capa, y se puso sobre el mismo sepulcro, por si echando la vista por todas partes, podía encontrarle. Arato, que se persuadió á que esta era la señal, acudió prontamente á la puerta; pero cerrada ésta por las centinelas, porque todavía no tenían nada dispuesto los de adentro, no sólo malogró la acción, sino que fué causa de que los cómplices de la ciudad sufriesen los mayores castigos; porque convencidos de traición, fueron sobre la marcha sacados al suplicio. Y ¿cuál diremos fué la causa de esta desgracia? El haberse fiado de una simple señal el General, joven aún y poco experto en la exactitud de las señas y contraseñas dobles: tan poco necesitan á veces las acciones militares para su malogro ó su consecución.

Cleomenes, rey de Esparta, formó también el designio de tomar por inteligencia á Megalópolis. Para esto concertó con los guardas del muro que vendría una noche con gente á un sitio llamado la *Cueva*, á eso de la tercera vigilia, tiempo en que habían de montar la guardia los conjurados. Pero no previó que al nacimiento de las Pléyades son sumamente cortas las noches, y levantó el campo de Lacedemonia al ponerse el sol. ¿Y qué sucedió? Que no pudiendo llegar con tanta presteza que no fuese ya de día claro, en medio de los temerarios y vanos esfuerzos que hizo, fué repelido vergonzosamente con pérdida de muchos, y á riesgo de haberlo perdido todo; aquel que, si hubiera ajustado bien con el tiempo su designio,

una vez apoderados los cómplices de la entrada, hubiera introducido su ejército y no le hubiera fallado su proyecto.

Ya hemos dicho arriba cómo también el rey Filipo, tramada inteligencia con algunos de la ciudad de Melita, cometió dos yerros: el uno en haber traído escalas más cortas que las que pedía la urgencia; el otro en haber venido antes de tiempo. Porque habiendo quedado en que vendría á media noche, cuando todos estuviesen durmiendo, salió de Larissa antes de la hora precisa, llegó al país de los Melitenses, y como no podía ni detenerse, por temor de que la noticia llegase á la ciudad, ni volver atrás para ocultarse, forzado á proseguir siempre adelante, llegó á Melita cuando todos estaban despiertos. De aquí provino que ni pudo forzar el muro con las escalas por la desproporción, ni entrar por la puerta, á causa de no haber tenido tiempo los de adentro para ayudarle. Por último, irritados los de la ciudad, mataron muchos de los suyos, y él tuvo que retirarse con la vergüenza de haber errado el golpe y haber advertido á los Melitenses y á los demás pueblos la desconfianza y precaución que habían de tener con su persona.

Nicias, general de los Atenenses, pudo muy bien salvar el ejército que tenía delante de Siracusa, y tomar durante la noche el tiempo oportuno para engañar al enemigo y ponerse en salvo. Pero habiéndose eclipsado entonces la luna, la superstición le hizo recelar no fuese presagio de alguna desgracia, y suspendió la marcha. De que se siguió que levantando el campo la noche siguiente, los soldados y los jefes tuvieron que rendirse á los Siracusanos, que ya estaban advertidos. Bien que si sobre esto hubiera consultado sólo á los peritos, hubiera podido, no digo no dejar pasar la ocasión oportuna por tales accidentes, pero

aun servirse de la ignorancia de los contrarios en su provecho. Porque la impericia del enemigo es para el hábil General tener andado lo más para la consecución de sus designios. Ve aquí hasta dónde se ha de extender el conocimiento de la astrología.

La medida de las escalas se ha de tomar de esta manera. Si por alguno de los que están de inteligencia se sabe la altura del muro, es fácil ajustar la medida de la escala. Porque si el muro tiene, por ejemplo, diez pies de altura, es preciso dar á la escala doce bien cumplidos. La distancia á que ha de estar el pie de la escala respecto de la altura del muro, ha de ser la mitad de su longitud; para que ni más separada se quiebre con el número de los que suben, ni más recta esté demasiado perpendicular y resbaladiza á los que montan. Si no se puede medir el muro ni acercarse á él, tómese desde lejos la medida de cualquier altura que se eleve perpendicularmente sobre un terreno llano. El modo de tomarla es fácil, en queriéndose aplicar un poco á las matemáticas.

Por aquí se ve claramente que para el buen éxito de las empresas y acciones militares se necesita el estudio de la geometría, no quiero decir perfecto, pero á lo menos el que baste á tener conocimiento de las proporciones y relaciones. Y no sólo se limita á esto este estudio, sino que es necesario para acomodar al terreno la figura de un campamento. De este modo se podrá unas veces mudar el campo en cualquier figura, guardando siempre proporción con lo que contiene dentro; otras reteniendo la misma figura, aumentar ó disminuir el área, con respecto á los que entran ó salen. Pero esta materia ya la hemos expuesto más á lo largo en nuestro tratado de las *Formaciones de batalla*.

No creo se me pueda hacer cargo con razón de que

pedido tantos requisitos en un General, exigiendo de los candidatos la astrología y la geometría. Ciertamente así como no puedo ver que á la profesión que cada uno tiene se añadan conocimientos inútiles únicamente por vanidad y charlatanería, igualmente soy acérrimo defensor y promovedor para que aquellos que son propios de nuestro instituto se lleven al más alto grado. Sería un absurdo que cuando los que aprenden á bailar ó tocar un instrumento sufren instruirse primero en la cadencia y la música, y aun en los movimientos de la lucha, por creer que este ejercicio contribuye á la perfección de los dos anteriores; los que aspiran á mandar ejércitos llevasen á mal el tomar una tintura en otras ciencias; de suerte que los artistas viniesen á ser más diligentes y aplicados que los que se proponen brillar en la más ilustre y honrosa carrera. Esto no habrá hombre de entendimiento que lo conceda. Pero sobre esta materia baste lo dicho.

La mayor parte de los hombres infiere la magnitud de una ciudad ó de un campo por la circunferencia. Por eso cuando oyen que Lacedemonia, que tiene cuarenta y ocho estadios de circuito, es doblado mayor que Megalópolis, teniendo ésta cincuenta, les parece haber oído un absurdo. Y si alguno, por aumentar la dificultad, añade que es dable que una ciudad ó un campo de cuarenta estadios de circuito sea doblado mayor que otro de ciento, esto para ellos es una paradoja. Esto proviene de que no se acuerdan de los principios de geometría que aprendieron cuando muchachos. Me ha movido á tratar de esta materia el ver que no sólo el vulgo, sino también los magistrados y algunos de los que gobiernan ejércitos, se sorprenden y admiran al considerar unas veces cómo pueda ser que Esparta sea mayor, y aun mucho mayor que

Megalópolis con una circunferencia más corta; otras, cómo por el ámbito solo de un campamento se pueda calcular el número de hombres. Aun hay otro error semejante cuando se trata de ciudades. Los más están en el concepto de que las de suelo quebrado y desigual contienen más casas que las de terreno llano, y no es así. Porque los edificios no se construyen con relación al declive del suelo, sino con respeto á la superficie plana donde están fabricados perpendicularmente, y sobre la cual yacen los cerros. Cualquier muchacho se convencerá de lo que digo sólo con verlo. Y si no, figúrese cualquiera una manzana de casas fundadas de tal suerte sobre un declive, que todas tengan igual altura; es claro que todos los tejados harán una superficie igual y paralela al área plana, sobre la cual yace el cerro y el cimiento de las casas. Esto se ha dicho por aquellos que, no obstante ignorar y extrañar estas materias, pretenden con todo mandar ejércitos y gobernar pueblos.

VII.

Annibal.

Annibal era autor y alma de cuanto ocurría entonces en Roma y Cartago. Todo lo hacía en Italia por sí, y en España por medio de su hermano mayor Asdrúbal y por el segundo Magón. Estos dos capitanes fueron quienes derrotaron en Iberia á los Generales romanos. Por sus órdenes obraron en Sicilia, primero Hippócrates, y después el africano Mytton. Él fué quien sublevó Iliria y Grecia, y quien ajustó alianza con Filipo para asustar á los Romanos y obligarles á

separar sus fuerzas. ¡Tan fácil es al genio de un grande hombre abarcar con energía cuanto emprende y ejecutar con talento la resolución tomada!

Conducido por los asuntos que refiero á hablar de Anníbal, no creo ocioso describir los rasgos característicos de este hombre, objeto de tan contrarias opiniones.

Júzganle unos extremadamente cruel, acúsale otros de avaro; y es lo cierto que apenas se puede averiguar la verdad respecto de él, y de cuantos dirigen los negocios públicos. Apreciando el carácter de los hombres por el distinto éxito de los acontecimientos en que toman parte, unos se fijan en el momento de su mayor poder, y otros atienden sólo al del infortunio. Este procedimiento lo juzgo inexacto, pareciéndome más atinado tener en cuenta que los consejos de los amigos y la multitud de variadas circunstancias en que el hombre se encuentra, obliganle á decir y hacer muchas cosas contra su natural inclinación. En prueba de ello, recordemos sucesos pasados.

El tirano de Sicilia Agatocles adquirió fama del más cruel de los hombres mientras asentaba su dominación; pero cuando la consideró firme y segura, gobernó á sus súbditos tan benéfica y blandamente que nadie logró, por cosa idéntica, mejor reputación. El excelente rey Cleomenes, de Esparta, llegó á ser un tirano inhumano. Cuando perdió el mando fué en la vida privada el hombre más atento y bondadoso, y como no es fácil que se cambie de genio é instintos espontáneamente, preciso es buscar en el cambio de los negocios la causa de las contradicciones que con frecuencia se advierten en los grandes caracteres. De esto deduzco que las situaciones varias en que el hombre se encuentra, no sirven para conocerle, sino

mejor para impedir que se le juzgue con imparcialidad.

Y no son sólo los jefes, los poderosos, los reyes quienes por consejo de sus amigos obran contra sus naturales inclinaciones; los mismos Estados experimentan tales cambios. En la época de Arístides y de Pericles, casi nada se ordenó en Atenas que no fuera prudente y moderado; en la de Cleón y Charés, ¡qué diferencia! Mientras la república de Lacedemonia ocupó el primer rango en Grecia, cuanto hacía el rey Cléombrotos, hacía lo por consejo de sus aliados, y en tiempo de Agesilao sucedía todo lo contrario. ¡Así varía con sus jefes la conducta de los Estados! Nadie más injusto que Filipo cuando sigue los consejos de Taurión y de Demetrio; nadie más suave y pacífico cuando acepta los de Arato y Crisógones.

Algo semejante ocurre respecto á Anníbal. Encontróse en infinidad de circunstancias distintas, muchas de ellas extraordinarias. Los amigos que le acompañaban tenían caracteres diversos y aun opuestos, y de aquí que aprovechen poco las empresas del General cartaginés en Italia para dárnosle á conocer. Vióse en trances espincos, que conocerá quien lea esta historia; y en cuanto á los consejos que sus amigos le daban, júzguese por este hecho la índole de los consejeros.

Cuando decidió Anníbal pasar de España á Italia con un ejército, hubo una dificultad que al pronto pareció invencible. En tan largo camino, por entre tantos bárbaros, groseros y feroces, ¿dónde encontrar las municiones y víveres necesarios? De esta dificultad tratóse diferentes veces en consejo. En uno de ellos, Anníbal apodado Monomaco dijo que sólo veía un medio de resolver la dificultad. Ordenóle el General que se explicase, y añadió Monomaco, que era el

de acostumbrar á las tropas á alimentarse con carne humana. Se convino en que este recurso obviaba todos los obstáculos; pero ni Anníbal ni sus oficiales atreviéronse á ensayarlo. Dícese que este Monomaco fué autor de las crueldades hechas en Italia y atribuídas á Anníbal.

Las circuntancias no influyen menos que los consejos.

(Paréceme cierto que Anníbal fué muy avaro, y entre sus íntimos amigos había un tal Magón, prefecto de los Brutianos, muy avaro también. Lo sé por los mismos Cartagineses; y los indígenas de un país, no sólo conocen, como dice el proverbio, los vicios que en él reinan, sino también las costumbres de los ciudadanos. Con mayor exactitud lo supe por Massinisa, que me citaba muchos ejemplos de avaricia de los Cartagineses en general y especialmente de Anníbal y Magón. Decíame que estos dos hombres, desde que pudieron sostener las armas, habían mandado juntos, y que en España y en Italia tomaron muchas ciudades, unas por asalto, y por capitulación otras, pero que jamás se encontraron unidos en la misma acción de guerra, y que no cuidaban tanto los enemigos de separarles, como ellos mismos lo procuraron para no tomar juntos cualquier plaza, por temor de desacuerdo en el reparto del botín, pues su avidéz igualaba á su rango.)

Visto está en lo que hemos dicho, y aún se verá en lo que diremos, que los consejos de los amigos y las circunstancias influyeron en las determinaciones de Anníbal. Dueños los Romanos de Capua, las demás ciudades amenazadas buscaban ocasión y pretexto para rendirse á aquéllos. Comprenderáse bien la alarma de Anníbal en tal momento. No le era posible en tierra enemiga concentrar sus fuerzas ocupando

posición segura y á la vez guardar ciudades muy apartadas unas de otras, mientras él se veía rodeado de legiones romanas. Distribuyendo sus fuerzas, ni podría hacer nada con las que conservara bajo su mando, ni auxiliar, caso necesario, á las separadas, corriendo el riesgo de caer en poder de los enemigos. Veíase, pues, obligado á abandonar completamente algunas ciudades, á evacuar otras por miedo de que al cambiar de señor los habitantes, les imitaran las tropas. En tal situación, tuvo que violar los tratados por necesidad, trasladar los ciudadanos de unas poblaciones á otras, y permitir el saqueo de sus bienes. Esta conducta perjudicó mucho sus intereses, acusándole unos de impiedad, de cruel otros, porque los soldados al trasladarse de población ejercían violencias, apoderándose de cuanto en sus manos caía, sin compadecerse de habitantes próximos, en su concepto, á ser auxiliares de la dominación romana. Teniendo, pues, en cuenta lo que le aconsejaron los amigos y lo que hizo por la necesidad de los tiempos y de las circunstancias, difícil es desentrañar de tantas influencias exteriores el verdadero carácter de Aníbal. Puede decirse únicamente que entre los Cartagineses tenía opinión de avaro, y entre los Romanos de cruel (1).

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

VIII.

Ventajas de Agrigento sobre casi todas las ciudades de Sicilia en fortaleza, hermosura y edificios.

Agrigento no sólo aventaja á las más de las ciudades en lo que hemos dicho, sino en fortaleza, hermosura y fábrica de edificios. Está fundada á diez y ocho estadios del mar, y por consiguiente, provista de cuantas ventajas éste presta. La naturaleza y el arte han concurrido á porfía á defender su circuito. Porque las murallas están fabricadas sobre una pelada roca, que á trechos la naturaleza y á trechos la industria han hecho escarpada. La rodean dos ríos: por el Mediodía el que lleva el mismo nombre que la ciudad, y por el Occidente, mirando al África, el que se llama Hipsas. La ciudadela está al Oriente del estío, por parte afuera ceñida toda de un barranco inaccesible, y por dentro con una sola entrada para los de la ciudad. Sobre la cima de la roca se ven dos templos, el de Minerva y el de Júpiter Atabirio como en Rodas. Pues era razón que, siendo Agrigento colonia de los Rodios, tuviese este Dios el mismo nombre que entre aquellos isleños. La adornan á más otros soberbios edificios, como templos y pórticos. El templo de Júpiter Olímpico, aunque no compite en magnificencia, á lo menos en arranque y magnitud no cede á ninguno de los de la Grecia.

IX.

Agatirna, ciudad de Sicilia, según Polibio (1).

1) Esteban de Bizancio.

X.

Mario (Valerio Lavino) garantizóles el éxito, persuadiéndoles de que fueran á Italia, á condición de ponerse á sueldo de los de Regio, talando la comarca de Brutium con derecho de apropiarse cuanto cogieran en las tierras del enemigo (1).

XI.

Arenga de Chleneas el Etolio, embajador por su nación en Lacedemonia, contra Filipo y toda la casa Real de Macedonia.

Creo, Lacedemonios, que nadie se atreverá á contradecir que el poder de Macedonia ha sido el origen de la esclavitud de la Grecia. Esto es fácil hacérslo ver. Hubo en otro tiempo entre los Griegos que habitaban la Tracia una especie de cuerpo político compuesto de colonias que enviaron los Atenienses y Calcidenses, entre los cuales Olintia era la ciudad de más esplendor y fuerza. Reducida ésta á servidumbre por Filipo, el temor de un ejemplar semejante sojuzgó no sólo las ciudades de Tracia, sino que sometió también á las de Tesalia. Poco después, vencidos en batalla los Atenienses, aunque usó con moderación de su ventura, no fué por hacerles bien, de lo cual estuvo muy distante, sino por excitar con este beneficio á los otros pueblos á que voluntariamente le rindiesen obediencia. Conservaba aún vuestra República un tal poder, que presumía con el tiempo llegar

(1) Suidas.

á ser el amparo de la Grecia. Pero Filipo, en quien todo pretexto se reputaba por bastante, vino con ejército, asoló vuestros campos, arruinó los edificios, arrasó vuestras ciudades y campiñas, adjudicó unas á los Argivos, otras á los Tegeatas y Megalopolitanos y las demás á los Messenios, queriendo contra toda justicia ser liberal con todos, siempre que fuese á costa vuestra. Sucedióle en el reino Alejandro, quien en el concepto de que, mientras Tebas subsistiese, durarian en la Grecia, aunque leves, algunas chispas de sublevación, la echó por tierra, todos sabéis con qué crueldad.

Pero ¿á qué efecto referir por menor la conducta que los sucesores de éste han observado con la Grecia? Ninguno de los presentes hay tan poco instruido que no haya oído cuán indignamente trató Antipatro á los infelices Atenenses y demás pueblos después de la victoria de Lamia sobre los Griegos; que llegó la insolencia y crueldad al extremo de nombrar pesquisadores que fuesen por las ciudades contra los que habían sido del bando opuesto ó habían pecado en algo contra la casa Real de Macedonia. Unos fueron sacados de los templos por fuerza, otros arrancados de los altares, y todos perdieron la vida en el suplicio. Los que se salvaron fueron desterrados de toda la Grecia, sin tener más asilo que la Etolia. ¿Quién ignora las acciones de Cassandro, Demetrio y Antígono Gonatas? Como hace tan poco tiempo que pasaron, dura aún una exacta noticia de sus hechos. Unos con meter guarnición en las ciudades, otros con fomentar la tiranía, ninguna ciudad hubo que se eximiese del odioso nombre de la esclavitud. Pero dejémonos de esto, y volvamos á las últimas acciones de Antígono, no sea que algunos de vosotros, al considerar inocentemente lo que entonces hizo, estéis en el entender de que sois deudores de algún favor á los Ma-

cedonios. Antígono, si tomó las armas contra vosotros, no fué con el fin de salvar á los Aqueos, ni porque disgustado de la tiranía de Cleomenes, desease ponerlos en libertad. Este es un modo muy superficial de hacer concepto de las cosas. Los verdaderos motivos fueron el considerar que jamás estaría seguro su poder si vosotros establecíais el vuestro en el Peloponeso, y el ver las bellas cualidades de Cleomenes, y cuán favorablemente os soplabla la fortuna. Estos estímulos de miedo y envidia le hicieron venir, no para auxiliar á los Penoponesios, sino para ahogar vuestras esperanzas y humillar vuestra elevación. En este supuesto, no tenéis tanto motivo para amar á los Macedonios, porque dueños de vuestra ciudad no la saquearon, como le tenéis para reputarlos por enemigos y aborrecerlos, porque pudiendo vosotros dominar la Grecia os lo han estorbado ya tantas veces.

Pues los crímenes de Filipo, ¿qué necesidad hay de referirlos? Los sacrilegios que cometió en los templos de Termas dan una suficiente idea de su impiedad contra los Dioses, y la doblez y perfidia que usó con los Messenios, manifiestan su crueldad contra los hombres. De todos los Griegos, solos los Etolios osaron oponerse á Antipatro por la defensa de los que injustamente se veían oprimidos; ellos solos resistieron la irrupción de Brenno y demás bárbaros que le acompañaban; y de cuantos socorros implorasteis, ellos solos prestaron sus armas para recobraros el imperio de la Grecia que habían tenido vuestros mayores. Pero esto baste sobre este asunto. Quanto á la deliberación presente, en tanto es preciso hablar y opinar, en quanto se va á consultar sobre una guerra, bien que en la realidad no se haya de estimar por tal. Porque los Aqueos, lejos de hallarse en estado de infestar vuestro país después de tantas pérdidas, creo que

darán mil gracias á Dios si pueden defender el propio, cuando se vean atacados á un tiempo por los Eleos y Messenios, nuestros aliados, y por nosotros los Etolios. Igualmente vivo en la inteligencia que se apagará el ardor de Filipo cuando se vea invadido en tierra por los Etolios y en la mar por los Romanos y el rey Attalo. Por lo pasado se puede inferir lo venidero. Porque si no teniendo que hacer más que con los Etolios no ha podido sujetarlos, ¿cómo será capaz de sostener una guerra contra tantos pueblos juntos?

Mi principal objeto en apuntaros estas razones ha sido el que sepáis todos que aun en el caso de que se os propusiese de nuevo la consulta de este asunto, sin estar ligados de antemano por algún tratado, os tendría más cuenta confederaros con los Etolios que no con los Macedonios. Pero si, preocupados, tenéis ya tomada resolución sobre esto, ¿para qué más palabras? Porque si la alianza que ahora tenéis con nosotros hubiera estado ajustada antes de los beneficios que Antígono os ha hecho, vendría bien la duda si convendría ceder á los empeños presentes y despreciar los antiguos. Pero cuando después de esta libertad tan decantada que habéis recibido de Antígono, y esta salud que os está echando en rostro á cada paso, formado consejo, habéis consultado tantas veces con cuál de los dos pueblos os tendría más cuenta unir vuestros intereses, si con los Etolios ó con los Macedonios, y habéis preferido á los primeros, los habéis prestado vuestros seguros, los habéis recibido de nuestra parte y habéis unido vuestras armas en la guerra que acabamos de tener contra los Macedonios, ¿qué duda razonable os puede quedar sobre esto? Todos los vínculos de amistad que teníais con Antígono y Filipo quedaron prescritos. Sólo resta que probéis ó que los Etolios después acá os han agraviado, ó que

los Macedonios os han obligado con algún nuevo beneficio. Pero si nada de esto ha habido, ¿cómo pensáis en violar los pactos, los juramentos y los empeños más sagrados que hay entre los hombres, por admitir la amistad de un pueblo que poco antes justamente despreciasteis cuando erais libres en aceptarla?

Así habló Chleneas, y pareciéndole que no tenían respuesta sus razones, finalizó el discurso. A poco rato se presentó Licisco, embajador de los Acarnanios, el cual por el pronto estuvo callado á causa del gran murmullo que la precedente arenga había causado; pero ya que hubo calmado, principió á hablar de esta manera.

XII.

Discurso de Licisco el Acarnanio, embajador por su nación en Lacedemonia, cuyos dos principales puntos se reducen á defender á Filipo y toda la casa Real de Macedonia de las acusaciones de Chleneas y á promover la unión y concordia contra los Romanos.

Yo, varones Lacedemonios, he venido á vosotros enviado de la República de Acarnania; pero como casi siempre nosotros y los Macedonios hemos tenido unión de intereses, creo que esta embajada nos es común á unos y otros. Así como en la guerra su prepotencia y excesivo poder hace que nuestra seguridad esté fundada en su valor, del mismo modo en las disputas de los congresos las conveniencias de los Acarnanios están embebidas en los derechos de los Macedonios. En este supuesto, no hay que extrañar gaste la mayor parte de mi discurso en defender á Filipo y los Macedonios. Chleneas, al concluir su

arenga, hizo una compendiosa recapitulación de los derechos que teníais con los Etolios. «Si después, dijo, de ajustada la alianza con los Etolios, éstos os han hecho algún daño ó agravio, ó los Macedonios algún beneficio, con justa razón pondréis ahora de nuevo el negocio en consulta; pero si nada de esto ha sucedido, si únicamente alegráis contra Antígono lo que ya tenéis aprobado de antemano, somos sin duda los más necios del mundo en lisonjearnos poder dar por el pie los juramentos y tratados.» En efecto, si no ha acaecido novedad, según Chleneas, y los negocios de la Grecia subsisten en el mismo estado que tenían antes, cuando contrajisteis alianza con los Etolios, confieso que soy el más insensato de los hombres y que es inútil cuanto voy á decir; pero si éstos han tomado una constitución diversa, como os manifestaré en el discurso de esta oración, me prometo hacer ver que entiendo á fondo vuestros intereses y que Chleneas los ignora. Este puntualmente es el objeto de nuestra embajada, haber creído era de nuestra obligación haceros palpable en una arenga que, atentas las circunstancias en que se halla la Grecia, os conviene y tiene cuenta, si ser puede, abrazar un honesto y saludable partido, uniendo con nosotros vuestra fortuna, ó cuando no, vivir neutrales en la estación presente.

Pero puesto que desde el principio se ha osado acriminar la casa Real de Macedonia, me parece indispensable decir antes dos palabras para desimpresionar del error á los que han dado crédito á estas calumnias. Ha sentado Chleneas que con la toma de Olintia, Filipo, hijo de Amintas, sometió la Tesalia; y yo estoy en el entender que por Filipo se salvaron entonces no sólo los Tesalios, sino los demás Griegos. ¿Quién ignora que cuando Onemarcos y Filo-

melo, apoderados de Delfos, se hicieron dueños, con impiedad é injusticia, de las riquezas de este templo, ascendió á tal grado su poder que ningún Griego se atrevía á hacerles frente? ¿que no contentos con este sacrilegio amenazaban apoderarse de toda la Grecia? Pues en esta ocasión Filipo se expuso voluntariamente al peligro, deshizo los tiranos, aseguró el templo y fué el autor de la libertad de los Griegos, como los mismos hechos lo testificaron á la posteridad. No fué por opresor de la Tesalia, como se ha osado decir, el que todos le eligiesen por general de mar y tierra, honor jamás concedido antes á ninguno, sino por bienhechor de la Grecia. Ciertamente si vino con ejército á la Laconia no fué por propia voluntad, como os consta; fué sí llamado é instado repetidas veces por sus amigos y parciales del Peloponeso, lo que al fin le hizo resolver. Y ya que estuvo acá, ¿cómo se condujo? Escucha, Chleneas. Habiéndose podido valer de los deseos de los pueblos vecinos para talar el país lacedemonio y humillar el poder de Esparta, y en esto haberles hecho el mayor servicio, jamás se prestó á semejante consejo. Al contrario, los atrajo á un ajuste común por el terror de sus armas y los obligó á terminar amigablemente sus diferencias, no constituyéndose él juez de sus contestaciones, sino erigiendo un tribunal público de todos los Griegos. En verdad que esta acción no merece oprobio ni vituperio.

Se acrimina amargamente á Alejandro de haber castigado á los Tebanos, de quienes se creía ofendido, y no se hace mención de que vengó á la Grecia de los insultos de los Persas, ni de que os libertó á todos de las mayores miserias con haber esclavizado los bárbaros y haberlos privado de aquellas riquezas con que, constituidos jueces de las controversias de

los Griegos, corrompían unas veces á los Atenienses y sus mayores, otras á los Tebanos; ni de que al fin hizo que el Asia prestase homenaje á la Grecia. Pues á sus sucesores, ¿cómo os atrevéis á mentarlos? Porque si, según las revueltas de los tiempos, fueron causa de los adelantamientos de unos y de los atrasos de otros, esta queja estaría bien en boca ajena, no en la vuestra, que jamás habéis sido autores de algún bien y sí de la ruina de muchos. Y si no, ¿quiénes fueron los que incitaron á Antígono, hijo de Demetrio, á dar por el pie la República de los Aqueos? ¿Quiénes pactaron, bajo juramento, con Alejandro el Epirota el poner en subasta y hacer trozos la Acarnania? ¿No fuisteis vosotros? ¿Quién, sino vosotros, ha enviado á campaña tales jefes, que se propasen á poner la mano en los templos inviolables? Digalo Timeo, cuando en Tenaro saqueó el templo de Neptuno, y en Lisso el de Diana. Diganlo Farico y Policrito, el uno profanador del santuario de Juno en Argos y el otro del de Neptuno en Mantinea. ¿Y qué diré de Latabo y Nicostrato? ¿No violaron éstos en plena paz la asamblea general de los Beocios, como si fueran Scitas ó Gálatas? Los sucesores de Alejandro jamás hicieron otro tanto.

Después de tantos crímenes que no podéis excusar, os gloriáis de haber sufrido la impresión de los bárbaros en Delfos, y pedís que la Grecia os sea deudora de este beneficio. Pero si debe estaros obligada por este servicio, ¿cuánto más lo deberá estar á los Macedonios, que gastan sin cesar la mayor parte de la vida en batirse con los bárbaros por la seguridad de la Grecia? ¿quién no ve el inminente riesgo en que se hubiera visto ésta en otro tiempo, si no hubiéramos tenido por barrera á los Macedonios y aquella noble emulación de sus reyes? Prueba la más convincente

de esta verdad es que lo mismo fué comenzar los Galos á menospreciar los Macedonios, después de la derrota de Ptolomeo, por sobrenombre Cerauno, cuando al instante, sin hacer caso de los otros Griegos, entraron con ejército, Brenno á su cabeza, por medio de la Grecia, irrupción que se hubiera repetido muchas veces á no estar los Macedonios sobre nuestras fronteras. Otras muchas cosas pudiera apuntar sobre lo pasado, pero creo haber dicho lo bastante. Para calificar á Filipo de impío le acumulan los Etolios la destrucción de un templo, sin añadir las infamias é injusticias que ellos cometieron en los templos y santuarios de Dío y Dodona. La razón pedía que se dijera esto antes. Vosotros contáis lo que habéis sufrido, exagerándolo más allá de la verdad; pero lo que habéis hecho antes y repetido en diferentes partes, esto lo calláis, porque sabéis ciertamente que las injurias y los agravios se atribuyen á los que primero dieron motivo.

Por lo que hace á Antígono, en tanto haré mención en cuanto no parezca que desprecio sus acciones ni que reputo por de poco momento un tan señalado servicio como el que os ha hecho. Vivo persuadido á que no se encuentra beneficio mayor en la historia. En mi concepto, la acción no admite exceso, y si no, véase la la prueba. Antígono os hace la guerra, Antígono os vence á fuerza de armas en batalla ordenada, Antígono se apodera de vuestro país y ciudad, Antígono puede valerse de los derechos de conquistador; pero tan lejos está de hacerlo, que, prescindiendo de otros beneficios, destrona al tirano y os restablece en las leyes y gobierno antiguo. En reconocimiento de esto le aclamasteis por vuestro bienhechor y libertador en una asamblea general, donde toda la Grecia fué testigo. ¿Y qué debierais haber hecho? Diré mi

sentir, y vosotros, Lacedemonios, tendréis paciencia, pues no lo hago con ánimo de injuriosos intempestivamente, sino porque las circunstancias de los negocios me fuerzan á mirar por el bien público. Pero ¿qué es lo que voy á proferir? ¡Qué! que en la guerra pasada debierais haberos confederado, no con los Etolios, sino con los Macedonios, y que al presente, que sois solicitados, debéis uniros antes á Filipo que á los Etolios. Así es, se me dirá; pero eso es faltar á la fe de los tratados. Y pregunto: ¿cuál es mayor crimen, quebrantar un tratado particular ajustado entre vos y los Etolios, ó uno hecho á presencia de toda la Grecia, grabado en una columna y consagrado á la inmortalidad? ¿En qué consiste que teméis violar la fe á un pueblo de quien no habéis recibido favor alguno, y no hacéis caso de Filipo y de los Macedonios, á quienes debéis la facultad de estar ahora deliberando sobre este asunto? ¿Juzgáis acaso que es indispensable guardar fidelidad á los amigos..... *y que no hay la misma obligación respecto de los que os han salvado?* Pues ciertamente no es acción tan santa observar las convenciones escritas, como impía la de tomar las armas contra sus libertadores. Esto es cábalmente lo que los Etolios han venido á suplicaros.

Permítaseme el haber dicho estas cosas, y quede á juicio del rígido censor si he hablado fuera de propósito. Ahora volvamos al punto principal, como éstos dicen; y es, si los negocios están ahora en el mismo estado que cuando hicisteis alianza con los Etolios, debéis subsistir firmes en vuestra resolución; pero si la faz de la Grecia está totalmente demudada, es justo que comencéis ahora á deliberar de nuevo sobre nuestras pretensiones. Decidme ahora, Cleonices y Chleneas, ¿qué aliados teníais cuando persuadisteis á los Lacedemonios á entrar en vuestra compañía? ¿Por

ventura no eran todos los Griegos? ¿Y ahora con quién estáis confederados, ó á qué alianza convidáis á los Lacedemonios? ¿No es á la de los bárbaros? ¿Es esto estar las cosas en el mismo estado, ó totalmente diverso? Antes disputasteis la primacía y gloria de mandar con los Aqueos y Macedonios, gentes de una misma nación, y con Filipo, conductor de estos últimos; pero en la guerra de ahora se trata de libertar la Grecia de la esclavitud que la amenaza de parte de una nación extranjera, que vos creéis haber llamado contra Filipo, pero que en realidad no habéis previsto que vendrá contra vosotros mismos y contra toda la Grecia. En las urgencias de la guerra, se suele meter en las plazas para su seguridad guarniciones aliadas más fuertes que las del país, de que resultan á un tiempo dos efectos: librarse del temor del enemigo, y someterse al poder de los amigos. Pues esto es cabalmente lo que han hecho los Etolios. Por querer vencer á Filipo y humillar á los Macedonios, no han advertido que han traído del Occidente una nube, que aunque por ahora cubrirá primero á la Macedonia, en la consecuencia se extenderá y será causa de grandes males para toda la Grecia.

A todos los Griegos incumbe precaver la tempestad que amenaza, pero especialmente á vos, Lacedemonios. Y si no ¿qué motivos os parece tuvieron vuestros padres para arrojar en un pozo y cubrir de tierra al Embajador que les envió Jerjes á pedir el agua y la tierra; y mandarle dijese á su señor, que ya había conseguido de los Lacedemonios lo que les había demandado? ¿Qué impulso pensáis fué el de Leonides y el de sus compañeros en arrojarse espontáneamente á una muerte manifiesta? No fué porque creyesen que se exponían únicamente por su libertad, sino por la de todos los Griegos. ¿Y será decente que ramas de

tales troncos se asocien con unos bárbaros, militen bajo sus banderas, y hagan la guerra á los Epirotas, Aqueos, Arcanianos, Beocios, Tesalios, y á casi todos los Griegos, á excepción de los Etolios? Bien está que en las costumbres de éstos no haya acción torpe, si se atraviesa la ganancia; pero vos no tenéis ese carácter. ¿Qué se puede esperar que harán, después de unidos con los Romanos, unos hombres que con el débil socorro de los Ilirios se atrevieron contra todo derecho á forzar por mar á Pilo, sitiár por tierra á Clitoria, y reducir á servidumbre á los Cinetas? ¿Unos hombres que, ajustado antes un tratado con Antígono para perder á los Aqueos y Arcanianos, como hemos dicho, lo hacen ahora con los Romanos contra toda la Grecia?

¿Se podrá esto oír sin presumirse ya encima la irrupción de los Romanos y sin dejar de aborrecer la imprudencia de los Etolios, que se atrevieron á concluir semejantes tratados? Ya han quitado á los Arcanianos á Oeniadas y Najó, y poco antes retirieron para sí la desgraciada ciudad de Anticira, habiéndola reducido á servidumbre juntos con los Romanos. Estos se llevaron los hijos y las mujeres, para hacerlos sufrir lo que regularmente se padece bajo una dominación extranjera, y el suelo de estos infelices se repartió entre los Etolios. ¿Y sería honroso entrar de grado en una tal alianza, sobre todo vosotros, Lacedemonios, vosotros que en otro tiempo, porque solos los Tebanos entre todos los Griegos, forzados de la necesidad, resolvieron vivir neutrales en la irrupción de los Persas, decretasteis inmolarlos de diez en diez á los Dioses, si salíais con la victoria? Lo que sí os tiene cuenta y conviene, es que acordándoos de vuestros mayores, evitéis la irrupción de los Romanos, os receléis de la depravada intención de los Etolios, y sobre todo, acordándoos de los beneficios recibidos de Antígono, los

aborreczáis ahora y siempre, detestéis la amistad de tales gentes, y unáis vuestros intereses con los Aqueos y Macedonios. Si no obstante hubiese alguno, de los que tienen más autoridad entre vosotros, que se oponga á esta resolución, por lo menos abrazad el partido de la neutralidad, y no toméis parte en la injusticia de los Etolios..... La propensión de los amigos, demostrada á tiempo, nos sirve de provecho; pero forzada y fuera de sazón, es del todo infructuoso el alivio que nos procura. Si estuvieran en ánimo de observar la alianza no de palabra sino de obra.....

XIII.

Al saber los Acarnanios la expedición de los Etolios contra ellos, impulsados en parte por desesperación, y en parte por el furor y odio que les inspiraba el enemigo, tomaron la desesperada resolución de que si eran vencidos, nadie recibiera en la ciudad á los que sobrevivieran á la derrota, privándoles del uso del fuego. Añadiendo imprecaciones á este decreto, indujeron á los demás pueblos, y sobre todo á los Epirotas, á que rechazaran de su territorio los fugitivos de la batalla (1).

(1) Suidas.

XIV.

Sitio de Egina, ciudad de la Fitiotida, por Filipo.—Estructura y uso de las *Tortugas* para terraplenar.

Resuelto Filipo á hacer los aproches contra dos torres de Egina, situó al frente de éstas sus *Tortugas* de terraplenar y sus arietes (213 años antes de J. C.). En el espacio que había de torre á torre y entremedias de los arietes, levantó una galería paralela al muro. Concluido su designio, el aspecto de todo lo trabajado se asemejaba á una muralla. Porque las obras hechas con las *Tortugas*, representaban la especie y figura de una torre, con la disposición en que estaban entretejidos los zarzos; la galería que mediaba entre las dos torres, se asemejaba á una muralla; y la división y enlace de la parte superior de los zarzos figuraba las almenas. En la parte inferior de las torres, estaban los que terraplenaban las desigualdades del terreno con las espuertas de tierra que conducían, y al mismo tiempo empotraban los arietes. En el segundo alto, á más de las catapultas, se habían puesto cubetos de agua y demás prevenciones contra un incendio. Y el tercero, que igualaba con las torres de la ciudad, estaba coronado de buen número de gentes, para contener cualquier insulto de los sitiados contra los arietes. Desde la galería que estaba entre las dos torres hasta el muro de la ciudad, se tiraron dos caminos de comunicación, donde se situaron tres baterías de ballistas, de las cuales la una arrojaba piedras de un talento de peso, y las otras dos de peso de treinta minas. Desde el real á las *Tortugas* se hicieron caminos cubiertos, para que ni los que viniesen del campo

á los trabajos, ni los que tornasen de los trabajos al campo, fuesen incomodados por los tiros de la plaza. En muy poco tiempo se llevaron las obras á su perfección, porque el país proveía abundantemente de todos los materiales necesarios. Egina yace en el golfo Maliaco, hacia el Mediodia, y frente por frente de la provincia de los Tronios. El país produce todo género de frutos, causa porque Filipo no echó de menos cosa para su designio, por lo cual, concluidas que fueron las obras, asestó sus máquinas é instrumentos de minar.

XV.

Era entonces general de los Romanos Publio Sulpicio Galba, y Dorimaco jefe de los Etolios. Llegaron á Egina mientras Filipo la sitiaba, y después que éste se puso en seguridad contra las tentativas de los sitiados y los ataques exteriores, protegiendo su campamento por la parte de la llanura con un muro y un foso. Publio con una flota y Dorimaco con tropas de infantería y caballería, atacaron el campamento de Filipo, que les rechazó. Después de la victoria impulsó el cerco con mayor vigor, y los Eginetas, desesperanzados, se rindieron. Dorimaco, en efecto, no podía vencer por hambre á Filipo, que recibía por mar toda especie de provisiones (1).

(1) Herón. Arte de mantener y rechazar los sitios.

XVI.

Nacimiento del Eufrates, regiones por donde pasa, y naturaleza de este río.

El Eufrates tiene su origen en la Armenia, atraviesa la Siria y todos los países que se siguen hasta Babilonia. Se cree que descarga en el mar Rojo; pero no es así. Porque antes de desembocar en el mar le agotan varios fosos y canales repartidos por los campos. De aquí proviene suceder á este río lo contrario que á los otros. Los otros se aumentan á medida que corren por más países, crecen en invierno, y menguan en la fuerza del verano. Este al contrario, su mayor altura es al principio de la canícula, su mayor extensión en la Siria, y cuanto más anda, más se aminora. La causa de este fenómeno es, porque su aumento no proviene de la reunión de lluvias del invierno, sino de la rarefacción de nieves del verano..... y su disminución la causan los varios desagües por los campos y repartimientos para los riegos. Por eso en esta estación es muy lenta la conducción de ejércitos por el río abajo; porque como los navíos van muy cargados y el río muy bajo, el impulso de la corriente ayuda muy poco á la navegación.

XVII.

Faltos de trigo los Romanos, porque los ejércitos se habían apoderado de cuanto había en Italia, hasta las puertas de Roma, acudieron á Ptolomeo, enviándole embajadores para que les diera el que necesitaban.

por no poder esperarlo ni aun de las provincias de fuera de Italia. Todo el universo, á excepción de Egipto, estaba entonces en armas y cubierto de soldados. Tan grande era el hambre en Roma que el medimno de Sicilia (39 kilos) costaba quince dracmas (13 pesetas y 20 céntimos). A pesar de tan premiosa extremidad, los Romanos continuaron la guerra con vigor (1).

XVIII.

En el noveno libro de su HISTORIA habla Polibio de un río llamado Ciato, que corre inmediato á Arsinoe, ciudad de la Etolia (2).

XIX.

Arsinoe, ciudad de Libia. Llámense sus habitantes Arsinoetas. Polibio en el libro noveno de su HISTORIA llama también Arsinoe á una ciudad de la Etolia (3).

XX.

Atella, ciudad del país de los Opies en Italia, entre Capua y Nápoles; sus habitantes llámense Atellanos, como dice Polibio en su libro noveno: «Los Atellanos se entregaron» (4).

(1) Extracto de las legaciones.

(2) Ateneo. lib. x, cap. vi.

(3) Esteban de Bizancio.

(4) Idem, idem.

XXI.

Forunna, ciudad de Tracia. Polibio, libro noveno. Sus habitantes llámanse Forunnenses (1).

XXII.

Cuando los Romanos se apoderaron de Egina, todos los Eginetas, que vendidos en subasta estaban hacinados en los barcos, pidieron permiso al General para enviar emisarios á las ciudades donde tenían parientes, á fin de obtener su rescate. Empezó Publio contestándoles con dureza que cuando aun eran libres debieron enviar los emisarios para tratar de su salvación con los vencedores, y no ahora que estaban ya en servidumbre, sobre todo, los que poco antes ni siquiera se habían dignado responder á sus embajadores. Añadió que teniéndoles ya en su poder parecía demasiado cándida la pretensión de enviar comisionados á sus parientes; y dicho esto despidió á los peticionarios. Pero al día siguiente reunió á todos los prisioneros, y díjoles que los Eginetas no merecían piedad, pero que en consideración á los demás Griegos, concediales la facilidad de enviar comisionados para procurar su rescate, por ser costumbre admitida (2).

(1) Esteban de Bizancio.

(2) Fragmento encontrado por el Cardenal Mai.

XXIII.

Tal era la situación de Romanos y Cartagineses, y cuando el flujo y reflujo de los acontecimientos impulsados por la fortuna les hacía ser alternativamente vencedores ó vencidos, claro es que, según la frase del poeta, *la alegría y el dolor llenaban á la vez el alma de ambos partidos* (1).

XXIV.

No cabe duda, según he dicho, que cuando se acude á autores que presentan los sucesos aisladamente, y por lo que atañen á un partido, es imposible abarcar y contemplar con el ánimo el bello espectáculo de los acontecimientos en su conjunto y general sentido (2).

XXV.

Decimos que llámase olimpiada á un período de tiempo que abarca cuatro años (3).

XXVI.

Cuando los hombres no se conducen con benevolencia y abnegación, difícil es que sean en la acción auxiliares sinceros y seguros (4).

(1) Fragmento encontrado por el Cardenal Mai.

(2) Idem, idem, idem.

(3) Idem, idem, idem.

(4) Idem, idem, idem.

LIBRO DÉCIMO.

FRAGMENTOS.

I.

Aunque la costa de Italia desde el estrecho hasta Tarento carece de puertos, esta ciudad tiene uno excelente, y cómodamente situado para su opulencia.

En medio de que la costa de Italia, que está opuesta al mar de Sicilia y mira á la Grecia se extiende desde el estrecho y ciudad de Regio hasta Tarento por espacio de más de dos mil estadios, con todo no tiene puerto alguno, á excepción del de Tarento. Está poblada de infinitas naciones bárbaras, y los Griegos tienen en ella las ciudades más célebres. Los Brucios, los Lucanos, una parte de los Samnitas, los Calabros y otros muchos habitan esta región: Regio, Caulón, Locres, Crotona, Metaponte y Turio, ciudades griegas, pueblan su costa. De suerte que cualquiera que venga de Grecia á uno de los pueblos mencionados, por precisión ha de dar fondo en el puerto de Tarento y celebrar aquí los cambios y negociaciones que tenga con todas las demás ciudades de esta costa. Se puede inferir la bella

situación de esta ciudad por la fortuna que hicieron en otro tiempo los Crotoniatos; los cuales, no teniendo más que unos fondeaderos de verano, adonde abor- daban poquísimas embarcaciones, consiguieron no obstante inmensas riquezas, no por otra causa, en el concepto común, sino por la oportunidad del lugar, la cual de ningún modo merece entrar en parangón con la de Tarento. Aun el día de hoy es excelente la disposición en que está respecto de los puertos del mar Adriático, pero estuvo mucho más en tiempos pasados. Porque como entonces no estaba aún fundada Brudusio, ninguno venía de los países de la región opuesta que hay desde el promontorio Iapige hasta Siponte, que no pasase por Tarento para entrar en Italia, y no se sirviese de esta plaza como de mercado para sus permutas y cambios. Por eso Fabio, que conocía la importancia de este pasaje, pospuesto todo otro designio, se aplicó únicamente á conservarle.

II.

Conducta de Scipión el Africano para hacerse tan famoso.—Velo de la religión de que Licurgo y Scipión se valen igualmente para sus designios.—Primera acción memorable de éste.—Pretensión que hace á la dignidad de Eóil, y consecución de ésta.—El vulgo atribuye á inspiración divina lo que sólo era efecto de su prudencia, sagacidad é industria.

(Antes de referir las empresas de Publio Scipión en España, y en general cuanto en su vida hizo, parece-me oportuno pintar el carácter y genio de este gran ciudadano. Siendo superior á casi todos los hombres célebres de la antigüedad, es general el deseo de conocer este héroe, su carácter, sus costumbres, y de

qué suerte llegó á realizar tan grandes cosas. Los escritores que hasta ahora hablaron de él se apartan de la verdad, librando al lector de la ignorancia para inducirle á error. El curso de mi narración lo probará así á cuantos desean conocer y saben estimar las grandes y nobles acciones.)

Algunos desean saber de este General qué conducta tuvo para hacerse tan famoso (219 años antes de J. C.), y qué cualidades naturales ó adquiridas para emprender tal carrera. Todos los demás escritores nos le pintan como un hombre afortunado, en quien la temeridad y el azar tuvieron la mayor parte para la consecución de sus ideas. En el concepto de éstos, semejantes héroes como que tienen más de divino y portentoso que los que gobiernan sus acciones por la razón. Ignoran que en el paralelo antecedente una cosa es lo laudable y otra lo feliz; que esto es común á cualquiera de la plebe, pero aquello sólo peculiar de los hombres prudentes y juiciosos, á quienes debemos mirar propiamente como divinos y favorecidos de los Dioses. A mi entender, Scipión tuvo una índole y conducta semejante á la de Licurgo, legislador de Lacedemonia. Porque ni se debe presumir que éste, nimiamente supersticioso, se atuviese en un todo á la Pitia para establecer el gobierno de Esparta, ni que aquél se dejase llevar de los sueños y agüeros para adquirir tan gran poder á su patria. Al contrario, conociendo uno y otro que el común de las gentes ni admite con docilidad lo extraordinario, ni osa arros- trar los peligros sin la esperanza de la asistencia de algún Dios, Licurgo autorizaba siempre sus pensamientos con el oráculo de la Pitia para hacer más aceptables y fidedignas sus resoluciones; y Scipión del mismo modo fomentaba siempre en el pueblo la creencia de que obraba asistido de algún Dios, con

lo cual inspiraba más confianza y aliento en sus tropas para los mayores empeños. Pero la consecuencia manifestará que este Cónsul se condujo siempre por la razón y prudencia, y que todas sus acciones tuvieron un éxito conveniente á los medios.)

Se conviene desde luego en que era liberal y magnánimo; pero en cuanto á la penetración, sobriedad é intensión en los negocios, ninguno acaso le concederá estas virtudes, sino los que vivieron con él y contemplaron de cerca su índole. (Caio Lelio fué uno de estos, y también el que me hizo concebir esta idea, tanto más justa, cuanto que, habiendo sido testigo desde muchacho de todas sus obras y palabras hasta la muerte, me pareció que la relación correspondía exactamente con sus acciones.) Contaba que el primer hecho señalado que Scipión hizo, fué cuando su padre tuvo aquel combate de caballería con Annibal á las márgenes del Pó. Tenía entonces, según parece, diez y siete años; era esta la primera campaña á que salía; el padre le había dado una escuadra de caballos escogidos para su custodia; pero viendo á su padre en peligro, rodeado con otros dos ó tres caballeros por los enemigos y gravemente herido, por el pronto exhortó á los suyos á acudir al socorro; mas notando el recelo que tenían por el gran número de los contrarios, él mismo se abalanza al enemigo con temeridad y arrojo, los suyos se ven en la precisión de hacer lo mismo; el enemigo arredrado se retira, y salvado el padre contra toda esperanza, confiesa éste en alta voz, á presencia de todos, que debe la vida al hijo. Adquirida una reputación general de valor por esta acción, de allí adelante no hubo peligro á que personalmente no se expusiese, siempre que la patria le confió el remedio de su salud. En verdad que esto no es propio de un General afortunado, sino de quien tiene capacidad.

Poco después excogió otra acción semejante (213 años antes de J. C.). Tenía un hermano mayor llamado Lucio Scipión, que pretendía la edilidad, cargo el más honroso entre la juventud romana. Había la costumbre de nombrar dos patricios para esta dignidad, y á la sazón eran muchos los pretendientes. Al principio Publio no se atrevió á declararse competidor de la misma magistratura con su hermano. Pero venido el día de los comicios, conjeturando por las disposiciones del pueblo que no era fácil á Lucio obtener el cargo, según el grande afecto que á él le profesaba, discurrió que el único medio de lograr la edilidad para el hermano era si convenidos ambos á dos la pretendían á un tiempo. Para esto, habiendo advertido que su madre (sólo había que ganar á ésta, porque el padre había sido á la sazón enviado á España con el mando de los negocios) andaba de templo en templo sacrificando á los Dioses por Lucio, y que la tenía en grande inquietud este suceso, la dijo: que le parecía haber visto dos veces en sueños á él y á su hermano creados Ediles, volver de la plaza á casa, y que ella salía á recibirlos á la puerta para abrazarlos y besarlos. A estas palabras la madre, llevada del afecto de mujer, exclamó: «¡Ah! ¡y llegaré yo á ver ese día?»—¿Queréis, la respondió Scipión, que hagamos la experiencia?» La madre consintió, creyendo que jamás se atrevería á esto y tomándolo por juguete propio de la temprana edad que entonces tenía. Pero él al momento manda le dispongan una toga blanca, hábito propio de los que pretendían los cargos; y una mañana que su madre estaba en la cama, sin acordarse siquiera de lo que había pasado, toma su vestidura y se presenta en la plaza. El pueblo, que ya de antemano le quería bien, recibió con admiración una acción tan extraordinaria. Pero el después echa á andar al

sitio señalado de los candidatos, se pone al lado de su hermano, el pueblo le confiere el cargo, no sólo á él sino á su hermano en atención suya, vuelven los dos á casa creados Ediles, y la madre, fuera de sí con la repentina noticia del suceso, sale á la puerta á abrazar con ternura á sus dos hijos. De suerte que aquellos que ya habían oído hablar de los sueños de Scipión, con este suceso creyeron ahora que no sólo en sueños, sino realmente y de día conversaba con los Dioses. Pero lo cierto es que Scipión no había tenido sueño alguno; sólo sí, benéfico, liberal y afable con todo el mundo, había sabido conciliarse el afecto de la plebe. De este modo, aprovechándose con maña de las disposiciones del pueblo y de la ocasión que su madre le presentaba, consiguió no sólo su deseo, sino que hizo creer que obraba inspirado de algún Dios. En efecto, cuando no se saben discernir á fondo las ocasiones, las causas y diversidad de circunstancias de cada cosa, bien sea por vicio de la naturaleza, bien por falta de experiencia ó por desidia, regularmente se atribuyen á los Dioses y á la fortuna las acciones que sólo son debidas á la sagacidad, hija del entendimiento y de la prudencia. He advertido esto á mis lectores, no fuese que prevenidos de la falsa y común opinión que de Scipión se tiene, desatendiesen lo más brillante y estimable que en él hubo, esto es, la sagacidad é intensión en los negocios.) Pero sus mismos hechos harán esto más palpable.

III.

Motivos que tuvo Scipión para emprender los negocios de la España, y particularmente el sitio de Cartagena.—Situación de Cartagena é increíble toma de esta ciudad en un solo día.—Disciplina de los Romanos en el saco de las ciudades conquistadas.—Ejemplos de prudencia, templanza y moderación que dió Scipión en la toma de Cartagena.

Ya que Scipión tuvo juntas sus tropas (212 años antes de J. C.), las dijo: que no había que acobardarse por la derrota precedente, pues no era el valor de los Cartagineses el que había vencido á los Romanos, sino la perfidia de los Celtíberos y la ligereza con que los jefes se habían separado unos de otros por fiarse en la alianza de éstos; que al presente se hallaban los enemigos en una y otra circunstancia, pues campaban á mucha distancia unos de otros, y con el mal trato habían enajenado los ánimos de todos los aliados y los habían convertido en otros tantos enemigos; que á este fin habían ya tratado con él algunos de ellos, y los demás, al primer viso de esperanza, ó así que vieser á los Romanos del otro lado del Ebro, se vendrían con gusto, no tanto por amor que les profesasen, cuanto por vengarse de la insolencia de los Cartagineses; y sobre todo, que estando discordes entre sí los jefes de los contrarios, no querrían venir juntos á atacarle, y si lo hacían separados, con facilidad serían vencidos. Por lo cual les exhortaba que en vista de estas razones pasasen el Ebro con confianza, y lo demás lo dejasen á su cargo y al de los otros jefes. Dicho esto, dejó á Marco Silano, que mandaba con él, en el tránsito del Ebro con tres mil infantes y

quinientos caballos para cubrir á los aliados de esta parte del río. El pasó del otro lado con el resto del ejército, sin descubrir á nadie su designio. Tenía resuelto no hacer cosa de cuanto había dicho á los soldados; al contrario, estaba en ánimo de sitiar de improviso á Cartagena, rasgo primero y principal de la pintura que hicimos poco há de este grande hombre. Tenía entonces Scipión veintisiete años, cuando se encargó de unos negocios que por la magnitud de las pérdidas precedentes pasaban por desesperados en el concepto de todos; y ya que se hubo encargado, abandona los caminos trillados y sabidos, y excogita y se propone uno desconocido de sus enemigos y..... *predecesores*. En verdad que esto no lo podía hacer sin una reflexión muy madura.

Desde que tomó el mando, y antes de salir de Roma, inquirió y se informó con cuidado de la traición de los Celtíberos y de la división de las legiones romanas; y sacando por consecuencia que de aquí había provenido la derrota de su padre, desde entonces ya no temió á los Cartagineses ni se abatió su espíritu, como lo estaba el común de las gentes. Después, habiendo sabido que los aliados de esta parte del Ebro permanecían fieles á Roma, que los jefes Cartagineses no estaban de acuerdo entre sí, y que trataban duramente á sus súbditos, se dispuso con buen ánimo para la partida, fiado no en la fortuna, sino en sus reflexiones. No bien llegó á España, cuando todo lo puso en movimiento, é informado por menor del estado de los contrarios, halló que tenían divididas sus fuerzas. Supo que la una, á cargo de Magón, estaba de esta parte de las columnas de Hércules, en unos pueblos llamados Conios; que la otra, al mando de Asdrúbal, hijo de Giscón, campaba á la embocadura del Tajo en la Lusitania; que el otro Asdrúbal, con la

tercera, sitiaba cierta ciudad en la Carpetania, y que ninguna de ellas distaba menós de diez días de camino de Cartagena. Desde luego reflexionó que, si se proponía venir á una batalla con los enemigos todos juntos, era aventurarlo todo, tanto por las derrotas precedentes, como porque los contrarios tenían mucha más gente; y si pensaba en atacarlos separados, se recelaba de que, ahuyentado el uno y venidos los demás á su socorro, no le encerrasen y cayese en las mismas desgracias que Cneio su tío y Publio su padre.

En vista de esto, desechado este partido, se informó de las grandes ventajas que acarrecaba Cartagena á los enemigos, del mucho perjuicio que le podría causar en la guerra presente, y se instruyó muy por menor, durante el cuartel de invierno por los prisioneros, de todo lo perteneciente á esta ciudad. Supo que era la única plaza casi de España que tenía un puerto capaz para una escuadra y una armada naval; que estaba cómodamente situada, tanto para venir de Africa, como para pasar del otro lado; que éste era el almacén del dinero y equipajes de todos los ejércitos, y que allí se guardaban los rehencs de toda España; y lo que era lo principal, que sólo defendían la ciudadela mil hombres de armas, por no haber ni la más leve sospecha de que, dueños los Cartagineses casi de toda España, se le pasase siquiera á alguno por la imaginación poner sitio á esta ciudad; que el demás vecindario, aunque en sí muy numeroso, todo se componía de artesanos, menestrales, gentes de mar, todos inexpertos en materia de guerra, y que servirían de daño á la ciudad si se presentaba de improviso. No ignoraba la situación de la plaza, el estado de sus municiones, ni el estero que la circunda. Se había informado de ciertos pescadores que ganaban la vida en

aquellos parajes, que el estero en general era pantanoso, en muchas partes vadeable, y por lo regular todos los días á la caída de la tarde se retiraba la marea. De aquí infería que si salía con su intento, no sólo perjudicaría á los contrarios, sino que haría tomar un grande ascendiente á sus negocios; y si se le frustraba la empresa, podría, dueño del mar, sacar salvas sus gentes, únicamente con tener bien fortificado el campo; cosa bien fácil, atenta la gran distancia á que estaban los ejércitos enemigos. Por lo cual, dados de mano otros negocios, únicamente se entregó á los preparativos de éste durante el invierno.

Ocupado Scipión de este designio, en medio de no tener más edad que la que hemos dicho, á nadie descubrió el secreto sino á C. Lelio, hasta que le pareció hacerlo público. Todos los historiadores convienen en que éstas fueron las medidas que tomó; y, no obstante, cuando llegan á referir el hecho, sin saber por qué, atribuyen el buen éxito de la empresa, no á la prudencia del que la condujo, sino á los Dioses y á la fortuna; y esto sin traer razón alguna probable, ni haber testigos contemporáneos que lo digan, antes por el contrario, habiendo una carta del mismo Scipión á Filipo, en que expresamente le dice que todo el plan de operaciones en España, y con particularidad el sitio de Cartagena, lo había formado sobre las reflexiones que hemos apuntado.)

Ya que hubo mandado en secreto á C. Lelio, comandante de la escuadra y el único que sabía su designio, que dirigiese el rumbo hacia Cartagena (211 años antes de J. C.), él, á la cabeza de sus tropas de tierra, compuestas de veinticinco mil infantes y dos mil quinientos caballos, echó á andar á largas jornadas. A los siete días de camino llegó á la ciudad, y campó al lado del Septentrión. Por detrás del campamento

hizo tirar dos fosos y dos trincheras de mar á mar, y por delante, mirando á la ciudad, lo dejó sin defensa, porque la misma naturaleza del terreno le ponía bastante á cubierto de todo insulto. Pero pues vamos á referir el sitio y toma de esta plaza, será bien demos alguna noticia á los lectores de su situación é inmediaciones.

Yace Cartagena al promedio de la costa de España, opuesta al viento de Africa, en un golfo que, introduciéndose tierra adentro por espacio de veinte estadios, sólo tiene diez de anchura á la entrada; causa porque todo él forma la figura de un puerto. A la embocadura misma está puesta una isla, que por uno y otro lado franquea sólo un pasaje estrecho para la entrada. En esta isla vienen á estrellarse las olas del mar, de que proviene que todo el golfo está siempre tranquilo, á menos que soplen por una y otra boca los vientos de Africa y alteren las olas. Con todos los demás vientos el puerto está siempre en leche, por estar rodeado del continente. Desde el fondo del golfo se va elevando una montaña á manera de península, sobre la cual está fundada la ciudad, ceñida al Oriente y Mediodía por el mar, y al Occidente por un estero que aun toca algún tanto con el Septentrión; de suerte que el restante espacio que hay desde el estero al mar, y une la ciudad con el continente, no tiene más que dos estadios. El centro de la ciudad está en hondo. Por el lado de Mediodía tiene una entrada llana viniendo del mar; pero por las partes restantes está rodeada de colinas, dos altas y escabrosas, y otras tres mucho más bajas, bien que están llenas de cavernas y malos pasos. De éstas, la mayor está al Oriente, se extiende hasta el mar, y sobre ella se ve el templo de Esculapio. Hacia el Occidente la corresponde otra de igual situación, sobre la cual está fundado un mag-

nífico palacio, obra, según dicen, de Asdrúbal cuando afectaba la monarquía. Las otras colinas menos altas circundan la ciudad por el Septentrión. De las tres, la que mira al Oriente se llama la colina de Vulcano; la inmediata á ésta se llama la de Aletes, quien, por haber hallado las minas de plata, según dicen, logró los honores divinos; y la tercera tiene el nombre de Saturno. El estero inmediato al mar se comunica con éste por medio de una obra que se ha hecho para comodidad de las gentes de playa; y sobre la lengua de tierra que separa al uno del otro, se ha fabricado un puente para trasportar por él en bestias y carros lo necesario desde la campaña.

A vista de una disposición de terreno semejante, aun sin defensa alguna, estaba bien asegurado el campo romano de parte de la ciudad, sólo con tener á un lado el estero y al otro la mar. El espacio intermedio que unía la ciudad con el continente, y venía á parar al centro de su campo, lo dejó sin trinchera alguna, bien fuese por aterrar á los sitiados, bien porque conviniese á su intento no tener estorbo para las salidas y retiradas al campamento. El circuito de la ciudad no tenía antiguamente mas que veinte estadios. No ignoro que muchos la dan hasta cuarenta, pero se engañan. Pues nosotros no hablamos de oídas, sino que la hemos examinado atentamente con nuestros propios ojos. Al presente aun es más reducida.)

Ya que vino la escuadra al tiempo oportuno, Scipión juntó sus tropas y comenzó á animarlas, valiéndose para esto no de otras razones que las que á él mismo le habían persuadido, y que ya hemos referido por menor. Después de haberlas hecho ver que la empresa era posible, y haberlas mostrado en pocas palabras los perjuicios que se seguirían de su buen éxito

á los Cartagineses y ventajas á los Romanos, prometió coronas de oro á los que primero montasen el muro, ofreció los premios acostumbrados á los que se señalasen, y, por último, dijo que Neptuno se le había aparecido en sueños desde el principio, le había inspirado este pensamiento, y le había ofrecido que le asistiría tan visiblemente en lo crítico del lance, que todo el ejército conocería los efectos de su presencia. Las razones que expuso en la arenga, las sólidas reflexiones con que las mezcló, las promesas de las coronas de oro, y sobre todo la providencia del Dios, inspiraron en los soldados un extraordinario ardor y alegría.

Al día siguiente, después de provista la escuadra de todo género de tiros, dió orden á Lelio, que la mandaba, para que bloquease la ciudad por el lado del mar. Él por tierra, escogidos dos mil hombres, los más esforzados, para que apoyasen á los que llevaban las escalas, emprendió el asedio á la tercera hora del día. Magón, gobernador que era de la ciudad, dividiendo los mil hombres que tenía, dejó la mitad en la ciudadela, y apostó el resto en la colina que está al Oriente. Dos mil ciudadanos, los más robustos, á quienes proveyó de las armas que había en la plaza, fueron situados á la puerta que conducía por el istmo al campo enemigo. Los restantes tuvieron orden de acudir como pudiesen á cualquier parte del muro que fuese necesario. Lo mismo fué dar Scipión la seña con las trompetas para el ataque, que sacar Magón los dos mil hombres que guardaban la puerta, persuadido á que aterraría al enemigo y frustraría del todo su designio. Estas tropas dieron con valor sobre los Romanos, que estaban formados en batalla sobre el istmo. Se trabó un atroz combate y una terca emulación por ambas partes, animando tanto los del campo

como los de la ciudad cada uno á los suyos. Pero los refuerzos que acudían no obraban igual efecto. Los de los Cartagineses no podían salir sino por una puerta, y tenían que andar casi dos estadios hasta el campo de batalla; en vez de que los de los Romanos estaban á la mano y podían venir por muchas partes, lo que hacía desigual el combate. Scipión de propósito había formado los suyos al pie del mismo campo, á fin de atraer al enemigo á la mayor distancia. Estaba bien seguro que una vez deshechos éstos, que eran como la flor de los ciudadanos, se llenaría de confusión toda la ciudad y ninguno de los sitiados se atrevería á salir por la puerta. No obstante, como por una y otra parte peleaban tropas escogidas, estuvo por un rato neutral la batalla; pero al fin, rechazados los Cartagineses con los poderosos refuerzos que acudían desde el campo, tuvieron que volver la espalda. Muchos murieron en el campo de batalla y en la retirada, pero los más se atropellaron unos á otros á la entrada de la puerta. Este accidente consternó tanto á todo el vecindario, que aun los que guarnecían la muralla desampararon sus puestos, y poco faltó para que los Romanos no entrasen de tropel con los que huían, bien que aseguraron al muro las escalas sin peligro.

Scipión estuvo presente al combate, pero con el resguardo posible de su persona. Llevaba consigo tres soldados armados, los cuales cubriéndole y defendiéndole con sus broqueles de los tiros que venían del muro, procuraban su seguridad. Así unas veces dejándose ver á los costados, otra sobre los lugares eminentes, contribuía infinito al buen éxito del combate. Porque al paso que veía lo que pasaba, y era visto de todos, inspiraba ardor en los combatientes. De aquí provenía que nada era omitido de cuanto

podía conducir para el caso; al contrario, lo mismo era presentarle la ocasión algún proyecto, que al momento era ejecutado como convenía. Los primeros que tentaron con osadía subir por las escalas, no tuvieron que sufrir tanto de la multitud de defensores al acercarse, como de la altura de los muros. Los que coronaban las murallas conocieron bien la incomodidad que ésta causaba á los Romanos, y eso mismo les infundió más aliento. En efecto, como las escalas eran altas y subían muchos á un tiempo, algunas se hacían pedazos. En otras sucedía que después de estar arriba los primeros, la misma elevación les barría la vista, y si á esto se añadía el más leve impulso de los defensores, venían rodando por la escalera abajo. Si se arrojaba por las almenas alguna viga ó cosa semejante, entonces todos á un tiempo eran derribados y estrellados contra la tierra. No obstante estos obstáculos, nada era bastante á contener el ímpetu y vigor de los Romanos; al contrario, derribados los primeros, subían á ocupar su lugar los inmediatos; hasta que ya entrado el día, y fatigada la tropa con el trabajo, el General mandó tocar á retirada.

Con esto los sitiados se alegraron infinito, creyendo que ya habían arredrado el peligro. Pero Scipión, que ya estaba aguardando el tiempo del reflujo, tenía dispuestos quinientos hombres con escalas por el lado del estero. Á la puerta de tierra y frente del istmo había puesto tropas de refresco, y después de exhortadas las había dado más escalas que antes, para que á un tiempo se montase el muro por todas partes. Lo mismo fué darse la señal de acometer, y aplicarse al muro las escalas para subir con intrepidez por todas partes, que todo fué confusión y alboroto dentro de la ciudad. Ya se creían libres del infortunio, cuando he aquí nuevo peligro y nuevo ataque, que junto con la

falta de tiros y el desaliento que les causaba tanto número de muertos, les puso en un gran conflicto, bien que se defendieron lo mejor que pudieron. En lo recio del combate de la escalada vino el reflujo. Las aguas fueron dejando en seco poco á poco las orillas del estero, pero congregadas á la boca salian con ímpetu al mar inmediato, de suerte que los que ignoraban la causa, tenían por increíble este fenómeno. Scipión entonces, que ya tenía prontas las guías, manda entrar por la laguna sin recelo á los que ya estaban prevenidos para esta facción. Entre otras dotes, no parece sino que la naturaleza le había criado especialmente para inspirar ardor é impresionar de los mismos afectos á los que exhortaba. La tropa obedece, echa á andar á porfía por el pantano, y se persuade que esto es efecto de alguna providencia divina. En efecto, acordándose de lo que Scipión les había dicho en la arenga de Neptuno y de su asistencia, se inflamó tanto su espíritu, que hecha la tortuga, arremeten á la puerta, y tientan por defuera hacerla pedazos con hachas y azuelas. Los que iban andando por el pantano, como hallaron desiertas las almenas, no sólo aplicaron las escalas sin peligro, sino que subieron y se apoderaron del muro sin sacar la espada. Estaban tan ocupados los sitiados en la conservación de otros puestos, particularmente del istmo y de la puerta inmediata; era tan inesperado el caso de que el enemigo se acercase á la muralla por el lado del estero; y sobre todo, era tan descompasada la gritería y confuso tropel del populacho, que ni entender ni ver podían lo que pedía la urgencia.

Apoderados del muro los Romanos, al momento discurrieron por todas partes á fin de llamar la atención del enemigo, para lo cual les sirvió infinito su modo de armarse. Ya que estuvieron á la puerta, ba-

jaron unos á quebrar los cerrojos, y entraron en la ciudad los que estaban fuera. Los que por el lado del istmo tentaban subir por las escalas, vencidos los defensores, atacaron las almenas. De este modo fué ocupada por último toda la muralla. Los que entraron por la puerta tomaron la colina de parte del Oriente, después de desalojados los que la guarnecieron. Scipión, cuando ya le pareció que habían entrado los bastantes, destacó la mayor parte contra los vecinos según costumbre, con orden de matar á cuantos encontrasen, sin dar cuartel á ninguno ni distraerse con el saco, antes que se diese la señal. En mi concepto, obran así por infundir terror. Por eso se ha visto muchas veces que los Romanos en la toma de las ciudades, no solo quitan la vida á los hombres, sino que abren en canal los perros, y hacen trozos los demás animales; costumbre que con especialidad observaron entonces, por el gran número que habían cogido. Después Scipión echó á andar con mil hombres á la ciudadela. Á su llegada, Magón intentó por el pronto ponerse en defensa; pero considerando después que la ciudad estaba ya enteramente tomada, pidió seguridad para su persona, y entregó la ciudadela. Tomada ésta, se dió la señal para que cesase la carnicería, y se entregaron al saco. Venida la noche, subsistieron en el campamento los que tenían esta orden. El General con los mil pasó la noche en la ciudadela. A los demás se dió orden, por medio de los Tribunos, para que saliesen de las casas, y junto en la plaza todo el botín que se había hecho, hiciesen allí la guardia por cohortes. Se trajo del campamento á los flecheros, y se les apostó en la colina que estaba al Oriente. De este modo se apoderaron los Romanos de Cartagena en España.

El día siguiente, junto en la plaza el equipaje de la

guarnición cartaginesa y todas las alhajas de los ciudadanos y menestrales, pasaron los Tribunos á hacer la distribución entre sus legiones según costumbre. Tal es la economía que observan los Romanos en la toma de las ciudades. Cada día se saca para este efecto, bien de las legiones en general, bien de las cohortes en particular, un número de hombres según la extensión de la ciudad, pero nunca se destina más de la mitad. Los demás quedan de guardia en sus puestos, unas veces fuera de la ciudad, otras dentro, según lo exige la necesidad. Como regularmente está dividido su ejército en dos legiones romanas y dos aliadas, bien que tal vez aunque rara se junten las cuatro, todos lo que se destinan para el saco traen lo que cogen cada uno á su legión. Después de vendido el botín, los Tribunos lo distribuyen por partes iguales entre todos, no sólo los que han quedado de centinela, sino también los que han custodiado las tiendas, los enfermos y los que han sido destacados á algún ministerio. Para que no se defraude cosa del despojo, se hace jurar á todos, el primer día que se juntan en los reales para salir á campaña, que se observará fidelidad; pero de este ramo de policía ya hemos hablado más á la larga, cuando tratamos de su gobierno. Síguese, pues, que como la mitad del ejército se emplea en el saco, y la otra mitad queda guardando sus puestos para cubrir á éstos, jamás la codicia ha puesto á pique las empresas de los Romanos. Porque el no tener recelo de ser defraudado del botín, antes bien reinar una esperanza cierta de que tanto los que quedan de centinela como los que van al pillaje han de tener su parte, hace que ninguno desampare los puestos: cosa que á otras naciones ha acarreado muchas veces graves perjuicios.

En efecto, por lo común el hombre sufre el trabajo

y se expone al peligro por la esperanza del lucro; y es evidente que cuando se presenta una ocasión semejante, el que queda apostado ó de guardia en el campo lleva muy á mal abstenerse de una ganancia que las más de las naciones conceden al primero que la coge. Porque por más diligencia que ponga un rey ó un general en que de todos los despojos se haga una masa común, no obstante, lo que se puede ocultar se reputa por propio. Por eso cuando todos se dejan llevar de la codicia, si ésta no se puede reprimir, se aventura la salud de todo el ejército. Se han visto muchos capitanes que después de lograda su empresa, ya entrando en un campo enemigo, ya tomando una ciudad, no sólo han sido desalojados, sino enteramente deshechos, y por ninguna otra causa más que por la que hemos dicho. Por tanto, de nada deben cuidar y atender tanto los generales, como de que en lo posible reine en todos la esperanza de que el botín, en llegando la ocasión, se dividirá por iguales partes.

Mientras los Tribunos se ocupaban en repartir los despojos, el Cónsul romano, congregados los prisioneros en número poco menos de diez mil, mandó separar á un lado los ciudadanos, sus mujeres y niños, y á otro puso los artesanos. Hecho esto, exhortó á los primeros á que fuesen afectos al pueblo romano, y tuviesen presente el beneficio que les hacía, con lo cual los despidió todos á sus casas. Ellos, á vista de una salud tan inesperada, con lágrimas en los ojos de pura alegría, le hicieron una humilde reverencia y se retiraron. Por lo que hace á los artesanos, les dijo que por ahora quedaban siervos públicos del pueblo romano; pero si mostraban amor é inclinación á Roma, cada uno en su oficio, les prometía la libertad, después de concluída felizmente la guerra con los Carta-

gineses. Para esto mandó que todos ellos, en número de dos mil, llevasen sus nombres al Cuestor, y divididos de treinta en treinta, los puso un romano por curador. Del resto de prisioneros entresacó los más robustos, más bien hechos y de edad más floreciente, y los aplicó á su marina, con lo cual, aumentada ésta una mitad más, tripuló también los navíos apresados; de suerte que cada buque vino á tener poco menos del doble de remeros que antes tenía. Porque los navíos apresados eran diez y ocho, y los que él tenía, treinta y cinco. Igualmente prometió también á éstos la libertad después de vencidos los Cartagineses, si servían á Roma con fidelidad y afecto. Este modo de portarse con los prisioneros concilió para sí y para su república la benevolencia y fidelidad de los ciudadanos, é inspiró en los artesanos grande ardor de servirle por la esperanza de la libertad, sin contar con la mitad más de fuerzas navales que aumentó con la sabia conducta de que usó en este lance.

Separó después á un lado á Magón y á los Cartagineses que con él estaban. Había entre ellos dos del Consejo de los Ancianos, y quince Senadores. Los entregó á C. Lelio, previniéndole el correspondiente cuidado de estos personajes. Después mandó venir á los rehenes, que ascendían á más de trescientos, y fué llamando y acariciando uno por uno á los niños, prometiéndoles para su consuelo que dentro de poco verían á sus padres. Mandó á los demás tener buen ánimo, y que cada uno escribiese á su patria que estaban salvos, que lo pasaban bien, y que los Romanos estaban prontos á remitirlos todos con seguridad á sus casas, con tal que sus parientes abrazasen la alianza del pueblo romano. Cuando dijo esto ya tenía preparadas de antemano aquellas alhajas del botín que más podían conducir á su designio, y las comenzó á

regalar á cada uno según su sexo y edad; á las niñas retratos y pulseras, y á los niños puñales y espadas.

Durante este tiempo vino á echarse á sus pies la mujer de Mandonio, hermana de Indibilis, rey de los Ilergetes, para suplicarle con lágrimas que cuidase de que se guardase más decoro con las prisioneras que el que habían tenido los Cartagineses. Scipión, compadecido de ver á sus pies una dama avanzada en edad, y que representaba en su rostro un cierto aire venerable y majestuoso, la preguntó qué la faltaba de lo necesario. Pero viendo que callaba, envió á llamar á los que habían sido encargados del cuidado de las mujeres, los cuales le dijeron que los Cartagineses las habían provisto con abundancia de todo lo preciso. Esto no obstante, como la dama volviese á abrazarle de las rodillas y á repetirle la misma arenga, Scipión entró más en confusión, y maliciándose si habría habido algún descuido, y los comisionados de aquel encargo no le contaban por ahora la verdad, la dijo: «Sosegaos, señora, yo os prometo nombrar otras personas que cuiden de que no os falte lo necesario.—Vos no habéis penetrado el fondo de mis palabras, replicó la señora después de un breve silencio, si creéis que nuestra súplica se reduce ahora á la comida.» Entonces, comprendiendo Scipión lo que quería decir la dama, y reparando en la hermosura de las hijas de Indibilis y de otros muchos potentados, no pudo contener las lágrimas al ver que en una sola palabra le había dado una idea de su triste situación. Y así, dándola á entender que había penetrado su pensamiento, la agarró de la mano, procuró consolarla, y lo mismo á las demás, prometiendo que en adelante él mismo las cuidaría como si fueran sus hermanas ó hijas, y las pondría hombres de probidad para su custodia.

Después de esto entregó á los Cuestores todo el dinero que había hallado en el Erario de los Cartagineses, cuya suma ascendía á más de seiscientos talentos, que juntos á los cuatrocientos que él había traído de Roma, componían en todo la cantidad de más de mil talentos para los gastos de la guerra.

A esta sazón, ciertos jóvenes romanos, bien instruidos de la inclinación de su General al otro sexo, trajeron á su presencia una doncella en la flor de su edad, y de peregrina hermosura, suplicándole admitiese este obsequio. Scipión, absorto con tan raro prodigio de belleza: «Si fuera simple soldado, dijo, no me pudierais hacer presente más dulce; pero siendo General, ninguno más despreciable;» dando á entender, en mi concepto, con este dicho, que en ciertos momentos de descanso y ocio hallan los jóvenes con el sexo un dulce pasatiempo y alivio de los cuidados; pero en tiempo de negocios, semejantes recreos perturban la tranquilidad del cuerpo y del espíritu. No obstante, dió gracias á los jóvenes, y enviando á llamar al padre de la doncella, se la entregó al momento y le mandó la diese estado con el ciudadano que más gustase. Este rasgo de continencia y moderación le dió mucho honor entre sus soldados.

Arregladas estas cosas y entregado el resto de prisioneros á los Tribunos, despachó á Roma á C. Lelio en una galera de cinco órdenes, con otros Cartagineses de los más ilustres que se habían cogido, para que llevase á su patria la noticia. Sabía ciertamente que como por lo común en Roma se tenían por perdidas las cosas de España, con esta nueva se recobrarían los animos y se entregarían con más intensión á estos negocios.

IV.

Modo que tuvo Scipión de ejercitar la infantería durante su mansión en Cartagena.—Evoluciones que fué preciso enseñar á la caballería.—Costumbre en amaestrar sus tropas.

Durante el poco tiempo que Scipión estuvo en Cartagena se ocupó en hacer maniobrar de continuo su armada, y enseñar á los Tribunos de qué modo habían de ejercitar las tropas de tierra. El primer día mandó á las legiones hacer una marcha de treinta estadios con sus armas; el segundo bruñir, limpiar y pasar revista de todo el armamento delante de las tiendas; el tercero descansar y holgar; el cuarto combatir á unos con espadas de madera cubiertas de cuero y botón á la punta, y á otros lanzar chuzos también con botón; el quinto repetir la misma carrera que el primer día. Para que en ningún acontecimiento le faltasen armas, ya para los ejercicios, ya para las batallas verdaderas, hacía un grande aprecio de esta clase de artesanos. Por eso, en medio de que tenía señaladas gentes que privativamente cuidasen de este ramo, iba él, no obstante, á visitarlos todos los días, y por su mano provéía á cada uno lo necesario. Al ver las tropas de tierra ejercitarse y disciplinarse delante de los muros de la ciudad, las de mar maniobrar y ensayarse en el remo, los de la ciudad aguzar unos, trabajar otros en hierro ó madera, y, en una palabra, ocuparse todos en fabricar armas, no podía menos de aplicarse á Cartagena la expresión de Jenofonte, que era un taller de guerra. Ya que le pareció que todo estaba en buen estado, y las tropas

suficientemente disciplinadas para cualquier función, levantó el campo con los dos ejércitos de mar y tierra, después de asegurada la ciudad con buena guarnición y reparados sus muros, y echó á andar hacia Tarragona, llevándose consigo los rehenes.

Las evoluciones que, en su concepto, eran más oportunas para toda ocasión, y en que debía estar instruída la caballería, eran tornar el caballo á izquierda ó á derecha y volver pie atrás. Quanto á los escuadrones enteros, los enseñaba á dar un cuarto de conversión, á recobrar su puesto, á dar media vuelta en dos tiempos, á darla entera en tres, á partir prontamente de las alas ó del centro divididos en una ó dos escuadras, y á volverse á reunir sin perder el orden en sus escuadrones, bandas ó compañías. A más de esto, los hacía formar sobre una y otra ala, á veces por el frente, y á veces dando un giro por detrás del ejército. No cuidaba mucho de las conversiones de una parte á otra por trozos separados, porque creía que en algún modo se asemejaban á cuando un ejército va de marcha. A este tenor en todas las evoluciones, bien fuese para avanzar al enemigo, bien para retirarse, los había disciplinado de manera que jamás, aun en la mayor aceleración, se perdiese la latitud y longitud, y al mismo tiempo se guardase siempre de escuadrón á escuadrón el mismo intervalo. Porque no hay cosa más inútil y peligrosa que poner en acción por escuadrones una caballería que ya tiene rotas sus líneas. Después de haber instruído así á los soldados y á los oficiales, recorrió las ciudades para examinar primeramente si el pueblo entraba bien en lo que había mandado, y en segundo lugar si los gobernadores de las ciudades eran capaces de dar un sentido claro y conveniente á sus órdenes. Porque estaba en el entender que para el buen éxito

de una empresa nada había más importante que la capacidad de los subalternos.

Preparadas de este modo todas las cosas, sacó de las ciudades la caballería y la congregó en un sitio donde él mismo ejecutaba las evoluciones y hacía á su vista todo el manejo del arma. Para esto no se ponía á la cabeza, como hacen los capitanes de hoy día, en cuyo concepto el primer lugar es el más propio del que manda. Arguye ignorancia, y está muy puesto un comandante que es visto de todos sus soldados y él no ve á ninguno. En semejantes ejercicios no se trata tanto de hacer ostentación de la autoridad como de la pericia y capacidad para mandar las tropas, poniéndose ya en la vanguardia, ya en la retaguardia, ya en el centro. Esto era lo que hacía Scipión; discurría de escuadra en escuadra, lo veía todo por sí mismo, explicaba las dudas y corregía sobre la marcha cualquier defecto, bien que éstos eran muy leves y raros, por el esmero que había puesto antes en disciplinar en particular á sus soldados. Demetrio Falereo explicó esto mismo en un discurso: así como, decía, en un edificio, del cuidado que se pone en situar bien cada ladrillo y trabar una orden con otra, resulta que la fábrica no tenga hendiduras; del mismo modo en un ejército, del esmero que se tiene con cada soldado y con cada compañía, proviene el vigor de toda una armada.

V.

Queja de los Etolios contra los Romanos, explicada en una comparación por un personaje nada afecto á los Etolios.

Lo que ahora sucede, decía, se asemeja mucho á la disposición y mecanismo de un ejército formado en batalla. Así como en éste, por lo regular, si sitúa al frente para que perezca primero la infantería ligera y las tropas más expeditas, mientras que á la falange y á los pesadamente armados se atribuye todo el honor de la victoria; del mismo modo al presente los Etolios, y los pueblos del Peloponeso que sostienen su partido, están expuestos los primeros al peligro, y los Romanos, á manera de falange, hacen veces de tropas de reserva. Si los Etolios son vencidos, los Romanos alzarán la mano y escaparán sin lesión alguna; y si aquéllos salen vencedores, lo que no permitan los Dioses, entonces éstos reducirán á su dominio á ellos y á los demás pueblos de la Grecia.

Las sociedades democráticas necesitan aliados, porque la multitud puede verse con frecuencia impulsada á realizar actos insensatos que pondrían en peligro un Estado sin defensa (1).

(1) Manuscrito de Urbino.

VI.

Filopemen.

Eurileón (1), pretor de los Aqueos, era hombre sin valor y sin conocimiento de la guerra. Llegamos al momento en que Filopemen aparece en escena, y justo es que por él hagamos lo mismo que por los otros grandes ciudadanos, dando á conocer su carácter y la escuela en que había sido instruído. Son para mí, en verdad, insufribles los historiadores que refieren larga y minuciosamente el origen de las ciudades, cómo, dónde y por quién fueron fundadas y construídas, y cuáles las variaciones que han tenido, y descuidan decir quiénes fueron los grandes hombres que administraron la república y por cuáles estudios y trabajos llegaron á puesto tan eminente. ¡Cuánto más útil es esto que aquello! La descripción de un edificio en nada contribuye á nuestra emulación ó instrucción moral; pero al estudiar las inclinaciones de un grande hombre nos sentimos impulsados á imitarle, tomándole por modelo. Por tal motivo, si nó hubiese tratado ya en un volumen especial de Filopemen, refiriendo lo que llegó á ser, quiénes fueron sus maestros, cuáles los estudios que le formaron en la juventud, creeríame obligado á entrar aquí en estos detalles; pero referidas en los tres libros que consagré á su memoria su educación y sus acciones más famosas, justo es que omita en esta historia general lo relativo á sus primeros años, y explique con

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

nuevos detalles cuanto hizo en la madura edad, cosa tratada de paso en mi obra precedente. De este modo ambos trabajos obedecerán á las reglas del arte. En el primero sólo podía exigirseme un cuadro entusiasta de sus acciones, porque me propuse hacer un elogio, no una historia; pero al presente escribo la historia, donde el elogio y la censura tienen justo lugar y donde los hechos deben ser verdaderos, apoyados con pruebas y acompañados de reflexiones. Entremos, pues, en materia.

Hijo de padres ilustres, procedía Filopemen de las familias más distinguidas. Fué su primer maestro Cleandro, noble de Mantinea, que tenía derecho á la hospitalidad en casa de su padre y que se encontraba entonces desterrado de su patria. En la adolescencia recibió lecciones de Ecdemo y Demófanes, que, naturales de Megalópolis y desterrados ambos de su patria por odio á la tiranía, vivían en casa del filósofo Arcesilao. Habiendo tramado durante su fuga una conspiración contra Aristodemo, devolvieron la libertad á su patria y prestaron eficaz auxilio á Arato para librar á los Sicionianos de su tirano Nicocles. Llamados después por los Cirenenses, gobernaron este pueblo con gran sabiduría, manteniendo en él la libertad.

Instruido por estos dos Megalopolitanos, sobresalió Filopemen desde la juventud, tanto en la caza como en la guerra, por su valor é infatigable ardimiento siendo sobrio en la comida y en el vestir modesto. De sus maestros aprendió que el hombre descuidado en lo que personalmente le atañe es incapaz de gobernar bien los asuntos de un Estado, y que quien gaste para vivir más de lo que sus rentas le producen, pronto vivirá á costa del público. Nombrado por los Aqueos jefe de la caballería, encontró esta fuerza completamente desmoralizada, sin disciplina y sin valor, y de

tal modo supo excitar en ella la emulación que la hizo no sólo mejor que antes, sino superior á la de los enemigos. La mayoría de los que ocupan este mando, sin conocer los movimientos de la caballería no se atreven á dar órdenes. Hay quienes ambicionan la pretura contemplando á todo el mundo y procurándose de antemano los sufragios, para lo cual ni reprimen ni castigan con la justa severidad, cuya ausencia pone á un Estado en peligro de ruina. No sólo dispensan las faltas, sino que por hacer un pequeño favor causan infinito daño á quienes les confían el mando. Hay, finalmente, otros bravos, hábiles, desinteresados y sin ambición, pero que por inoportuno y extremado rigor hacen más daño á la tropa que los que no tienen ninguno.

VII.

Filipo, rey de Macedonia (1).

Celebrados los juegos Neemenios, volvió este príncipe á Argos, donde, quitándose púrpura y diadema, quiso tratarse de igual á igual con todo el mundo, y alardeó de maneras sencillas y populares. Pero cuanto más se identificó con el pueblo por las vestiduras, mayor y más soberano era el poder que ejercía. Apenas hubo viuda ó casada á quien no intentara corromper. La que le agradaba recibía orden de ir á verle, y si alguna no le obedecía, inmediatamente penetraba en su casa con un grupo de hombres ebrios, y la violaba. Con fútiles pretextos hacía conducir á su morada los

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

hijos de unas, los maridos de otras, intimándoles con amenazas. No hubo, pues, desorden ni injusticia que no cometiera. Tales excesos irritaron mucho á los Aqueos, sobre todo, á los más sensatos; pero amenazados de guerras por todas partes, preciso les fué sufrir con paciencia el desenfreno de este príncipe.

VIII.

El mismo.

No hubo rey de mayor talento para reinar que Filipo, ni tampoco quien deshonzase el trono con mayores vicios. Creo que el talento lo recibió de la naturaleza, y los defectos los adquirió con los años, como sucede á los caballos cuando envejecen. Ni de sus méritos ni de sus vicios hablamos al empezar su historia, como hacen otros historiadores, por reservar las reflexiones para unir las á los hechos en el momento de exponerlos. Este método que empleamos, lo mismo respecto á los reyes que á todos los personajes notables, es, en nuestro sentir, el que más conviene á la historia y el más útil para quienes la leen.

IX.

Excelencia de la Media sobre los demás Estados del Asia.—Incríbles riquezas del palacio real de Ecbatana en la Media.—Expedición de Antíoco contra Arsaces, uno de los primeros fundadores del imperio de los Partos.

Es la Media el más poderoso reino del Asia, tanto por la extensión del país como por el número y valor ya de hombres, ya de caballos. Provee esta provincia

á casi toda el Asia de esta especie de animales, y por sus buenos pastos mantienen aquí los demás reyes sus crías de caballos al cuidado de los Medos. Está rodeada toda de ciudades griegas, precaución que tomó Alejandro para ponerla á cubierto de los bárbaros, sus vecinos, menos Ecbatana. Esta ciudad está fundada al Septentrión de la Media, y domina los países de Asia contiguos á la laguna Meotis y al ponto Euxino. Fué en otro tiempo corte de los reyes Medos, y, según parece, excedió infinito á las demás ciudades en riquezas y magnificencia de edificios. Situada á la falda del monte Oro, no tiene muros, pero tiene una ciudadela que el ingenio ha hecho de una fortaleza prodigiosa, á cuyo pie está el palacio real. Tanto el hablar por menor de las rarezas de esta ciudad como el pasarlas del todo en silencio tiene sus dificultades. Porque así como á los que aman publicar maravillas y acostumbran hablar con exageración y hacer digresiones abre el más ameno campo Ecbatana, así también á los que en todas sus producciones son reservados y circunspectos todo lo que excede los límites de lo ordinario sirve de dificultad y embarazo. No obstante, diré que el palacio real tiene casi siete estadios de circunferencia, y que la magnificencia de la fábrica en cada una de sus partes da una grande idea de la riqueza de sus primeros fundadores. Pues en medio de que todo él era de madera de cedro y de ciprés, no obstante no tenía parte alguna descubierta. Las vigas, los artesonados y las columnas que sostenían los pórticos y atrios unas estaban vestidas de planchas de plata y otras de oro. Las tejas todas eran de plata. La mayor parte de estos adornos fueron descortezados en la irrupción de Alejandro y los Macedonios, y el resto en el gobierno de Antigono y de Seleuco Nicanor. Bien que cuando vino Antíoco el tem-

plo de Ena tenía aún las columnas cubiertas todo alrededor de oro, se encontraban en él muchas tejas de plata y duraban aún algunos ladrillos, aunque pocos, de oro y muchos de plata. De todas estas riquezas se acuñó moneda con el busto de Antíoco, cuya suma ascendió casi á cuatro mil talentos.

Arsaces bien creía que Antíoco llegaría hasta estos países, pero no el que se atreviese á atravesar con tan numeroso ejército el desierto contiguo á ellos, especialmente siendo tan escaso de agua. En efecto, lo que es en la superficie no se ve aquí siquiera una gota, pero por bajo de tierra hay muchos conductos y pozos, desconocidos á los que ignoran el país. Sobre esto hay una tradición verdadera entre los naturales, y es, que cuando los Persas se apoderaron del Asia dieron á los que hiciesen venir agua perenne á ciertos lugares que antes no la tenían el usufructo de aquellos campos por cinco generaciones; y como del monte Tauro se desgajan tantos y tan copiosos raudales, los habitantes no perdonaron gastos ni fatigas para construir acueductos desde tan lejos; de suerte que hoy día ni aun los que beben el agua saben el origen de estos conductos subterráneos, ni de dónde provengan. Cuando Arsaces vió que Antíoco comenzaba á atravesar el desierto, al instante mandó cegar y corromper los pozos. Pero el Rey, informado de esto, destacó allá á Nicomedes con mil caballos, los cuales, llegando á tiempo que ya Arsaces estaba de vuelta con su ejército, únicamente encontraron alguna caballería que tapaba las bocas de los acueductos, y forzada ésta á volver la espalda al primer encuentro, se retiraron también ellos á su campo. Antíoco atravesó el desierto y llegó á Hecatompila, ciudad situada en medio de la Partia y á quien se dió este nombre por la concurrencia de caminos que par-

ten desde aquí á todas las regiones del contorno.

Aquí, después de haber dado descanso al soldado, reflexionó que si Arsaces estuviera en estado de aventurar con él una batalla no hubiera abandonado y dejado su país, ni andaría buscando sitio más acomodado á sus tropas para el combate que las cercanías de Hecatompila. Y puesto que con su retiro había manifestado al buen entendedor que se hallaba de diverso parecer, resolvió pasar á la Hircania. Llegado á Tagas, supo de los naturales la escabrosidad del camino que tenía que atravesar para llegar á las cumbres del monte Labuta que miran á la Hircania y la multitud de bárbaros que ocupaban aquellos desfiladeros. Con este aviso se propuso dividir en varios cuerpos su infantería ligera, y señalar á sus jefes la ruta que cada uno había de tomar. Lo mismo hizo con los gastadores que debían acompañar á los armados á la ligera y hacer transitable el lugar que éstos ocupasen para que pasase la falange y las bestias de carga. Tomada esta resolución, puso á Diógenes en la vanguardia, compuesta de flecheros, honderos y aquellos montañeses más peritos en disparar dardos y piedras, porque esta clase de gentes, no guardando nunca formación, sino batiéndose de hombre á hombre, según la ocasión y el sitio lo requiere, son de sumo provecho en los desfiladeros. Detrás de éstos situó dos mil rodeleros Cretenses, bajo la conducta de Polixenidas el Rodio, y en la retaguardia iban los armados de loriga y escudo, al mando de Nicomedes, de la isla de Cos, y de Nicolao el Etolio.

No bien habían avanzado algún terreno, cuando se descubrió que la escabrosidad y estrechura de éste era más difícil que la que el Rey se había imaginado. La subida toda se extendía á casi trescientos estadios. En la mayor parte de ésta era preciso caminar por

un profundo barranco que un torrente había socavado, en el cual había muchos peñascos desgajados naturalmente de lo alto de las rocas, y árboles que imposibilitaban el tránsito. A esta dificultad se añadían otras muchas por los bárbaros. Habían cortado infinidad de árboles, habían amontonado multitud de grandes peñascos, y á más tenían ocupadas todo lo largo de esta concavidad las alturas más oportunas y capaces de contribuir á su defensa; de suerte que, á no haber ellos tomado mal sus medidas, desanimado del todo Antioco, hubiera tenido que desistir del empeño. Porque los bárbaros, en la inteligencia de que todo el ejército enemigo había de subir por precisión por el barranco mismo, se habían preparado, y ocupado los puestos con este objeto. Pero no advirtieron que aunque la falange y el bagaje no podían pasar por otra parte que la que ellos tenían pensada, porque las montañas inmediatas les eran inaccesibles, la infantería ligera y expedita era capaz de gatear por los más pelados peñascos. Y así lo mismo fué Diógenes, que había emprendido la subida por parte afuera del barranco, dar sobre el primer cuerpo de guardia de los enemigos, que tomar otro semblante las cosas. Porque advirtiéndole el lance mismo al primer choque lo que tenía que hacer, pasa adelante, supera aquellas eminencias por caminos extraviados, y puesto de parte arriba de los contrarios, los acribilla con una nube de flechas y piedras arrojadas á mano. Lo que más incomodó á los bárbaros fueron las piedras que despedían las hondas desde lejos. Ya que estuvieron desalojados los primeros y ocupado su puesto, se dió el encargo á los gastadores de desembarazar y aplanar con seguridad el camino que tenían por delante, operación que se ejecutó brevemente por las muchas manos que había. De este modo los honderos,

ballesteros y flecheros marchan á pelotones por aquellas eminencias, se incorporan y ocupan los puestos ventajosos, mientras que, formados los pesadamente armados, van subiendo poco á poco por el barranco mismo en buen orden. Los bárbaros, lejos de esperar, desampararon todos sus puestos y se acogieron á la cumbre.

Antíoco, en fin, atraviesa el desfiladero sin pérdida, bien que con lentitud y mucho trabajo, pues casi gastó ocho días en llegar á la cima de la montaña. Aquí, reunidos los bárbaros con la esperanza de que impedirían la subida al enemigo, se dió un recio combate, donde fueron rechazados; porque aunque, formados á manera de cuña, pelearon con valor contra la falange, lo mismo fué ver que los armados á la ligera, dado un largo rodeo durante la noche, se habían apoderado de los puestos superiores que caían á su espalda, que al instante desmayaron y tomaron la huída. El Rey, que quería que el ejército bajase reunido y en buen orden á la Hircania, prohibió que se siguiese el alcance y mandó tocar á retirada. Reglada la marcha como deseaba, llegó á Tambrace, ciudad sin muros, pero de grande extensión y con un palacio real, donde hizo alto. Pero como la mayor parte de bárbaros que habían escapado de la batalla y de aquellos contornos se hubiesen retirado á Siringe, ciudad poco distante de Tambrace y que por su fortaleza y demás comodidad era como la corte de la Hircania, determinó reducirla por fuerza. En efecto, echó á andar allá con el ejército, y campado en sus alrededores, comenzó el asedio. La principal fuerza para el logro de su designio consistía en tortugas de terraplenar. Porque la ciudad estaba rodeada de tres fosos poco menos de treinta codos de anchos y quince de profundos, sobre cuyos bordes había un doble vallado y por re-

mate un fuerte muro. Se daban continuos combates alrededor de las obras, donde ni los unos ni los otros bastaban á trasportar sus muertos y heridos, porque no sólo se peleaba sobre tierra, sino también por bajo en las minas. No obstante, la mucha gente y la actividad del Rey hizo que prontamente se cegasen los fosos y viniese abajo la muralla socavada con las minas. Este accidente desconcertó del todo á los bárbaros, y degollando á los Griegos que había en la ciudad, robaron lo más precioso de sus muebles y escaparon durante la noche. Antioco, informado de esto, destacó en su alcance á Hiperbasis con las tropas mercenarias. En efecto, éste los alcanza, ellos arrojaron los equipajes y se acogen otra vez á la ciudad; con lo cual, forzada después con vigor la brecha por los pesadamente armados, destituídos de toda esperanza, se rindieron.

X.

Achriana, ciudad de Hircania.—POLIBIO, lib. x (1).

Calliope, ciudad del país de los Partos.—POLIBIO, libro x (2).

(1) Esteban de Bizancio.

(2) Ídem.

XI.

Muerte de los cónsules Claudio Marcelo y Crispino por impericia en el arte militar.—Un General no se debe meter en acción que no sea decisiva.—Elogio de Annibal.

Los cónsules Claudio Marcelo y T. Quint. Crispino, deseosos de registrar con sus ojos el declive de una montaña que caía hacia el campo enemigo, mandaron á los demás que subsistiesen dentro del real, y ellos con dos bandas de caballería, los velites y hasta treinta lictores, marcharon á inspeccionar el terreno. Por casualidad, algunos Númidas, acostumbrados á armar asechanzas á los que salen á escaramucear, y, en una palabra, á todo el que se aparta del campamento, se habían emboscado al pie de la montaña. Lo mismo fué hacerles la señal el vigía de que por encima de ellos venía acercándose á la cima de la montaña alguna tropa, que salen y, dando un gran rodeo, cortan á los Cónsules y les cierran el paso para su campo. Al primer encuentro perdió la vida Marcelo y algunos otros que le acompañaban; los demás, cubiertos de heridas, se vieron precisados á escapar por aquellos derrumbaderos, unos por una parte y otros por otra; y el hijo de este Cónsul, también gravemente herido, salió de la refriega como por milagro. Los Romanos estaban viendo desde el campo lo que pasaba, pero no pudieron acudir al socorro. Mientras unos daban voces, otros extrañaban el fracaso, unos enfrenaban los caballos y otros tomaban sus armas, la acción se concluyó. Marcelo en esta ocasión pareció más simple é incauto que prudente y hábil capitán, por cuyo motivo le vino esta

desgracia. No puedo menos de apuntar á cada paso por toda mí obra á los lectores esta clase de defectos, para que adviertan que entre otros muchos en que pueden incurrir los Generales éste es el más ordinario, y en donde se ve más palpable la ignorancia. Porque ¿qué se puede esperar de un jefe ó de un general que no sabe que el que manda ha de estar muy distante de toda refriega particular que no decida enteramente el asunto? ¿Y qué nos debemos prometer de un jefe que ignora que aun cuando las circunstancias le estrechen á mezclarse en una acción particular vale más que perezcan antes muchos soldados que no que alcance el daño al que gobierna? Si se ha de aventurar algo, dice el adagio, sea antes la mano que la cabeza. Porque decir, *yo no lo pensaba, ó quién había de presumirse esto*, es, en mi concepto, la señal más evidente de la ignorancia y falta de talento de un comandante.

Ve aquí por qué reputo á Anníbal por gran capitán en muchas maneras. Pero especialmente se deja ver en esta: que no obstante haber pasado tantos años con las armas en la mano y haber visto tantos y tan diversos semblantes á la fortuna, su astucia engañó repetidas veces á sus contrarios en encuentros particulares; pero jamás fué él engañado, en medio de tantos y tan considerables combates como dió: tanta era la precaución que ponía en el resguardo de su persona. Y en verdad que con sobrado fundamento. Porque libre y salvo un comandante, aunque todo el ejército perezca, la fortuna le ofrecerá mil ocasiones de resarcir sus pérdidas; pero muerto éste, acaece lo mismo que á una nave sin piloto: por más que el ejército gane la victoria contra sus contrarios, nada se adelanta, porque todas las esperanzas de los particulares penden de las de los jefes. Hemos apuntado esto

para aquellos Generales que, ó por vanagloria, ó por ligereza juvenil, ó por impericia, ó por menosprecio del enemigo, incurren en tales infortunios; porque las muertes de los Generales siempre provienen de uno de estos defectos.)

XII.

Trazas de que se vale Scipión durante el cuartel de invierno para ganar la amistad de los Españoles.—Edecón, Indibilis y Mandonio, poderosos potentados de la España.—Mas habilidad y prudencia se necesita para usar bien de la victoria, que para vencer.—Reflexión de Polibio sobre este punto.—Asdrúbal, hermano de Annibal, vencido por Scipión. sale de España.—Generosidad admirable de Scipión en rehusar el reino que le ofrecian los Españoles.

En España, el cónsul Scipión, sentado su cuartel de invierno en Tarragona (209 años antes de J. C.), como hemos dicho más arriba, comenzó por ganar al pueblo romano la amistad y cofianza de los Españoles, devolviéndoles á cada uno sus rehenes. La casualidad hizo que para esto le sirviese de mucho Edecón, poderoso Régulo del país. Este príncipe, luego que supo la toma de Cartagena, y que Scipión se había apoderado de su mujer y sus hijos, presumiéndose la deserción que harían los Españoles al partido de los Romanos, se propuso ser él el autor de esta mudanza, persuadido principalmente, á que de este modo recobraría su mujer y sus hijos, y daría á entender al Cónsul que abrazaba voluntariamente el partido de los Romanos sin que la necesidad le forzase. En efecto, sucedió así. Porque cuando ya estaban las tropas en cuarteles de invierno, llegó él á Tarragona con sus

parientes y amigos. Vino á una conferencia con Scipión y le dijo: que daba las mayores gracias á los Dioses de que fuese él el primero de los señores del país que hubiese venido á su presencia; que los otros potentados, aunque daban la mano á los Romanos, mantenían aún correspondencia con los Cartagineses, y miraban con inclinación sus asuntos; pero que él había venido á entregar no sólo su persona, sino sus amigos y parientes á la fe de los Romanos; en cuyo supuesto, si merecía ser admitido por su amigo y aliado, le prestaría grandes servicios, tanto en la actualidad como en la consecuencia: en la actualidad, porque al ver los Españoles que él había sido admitido á su amistad y había alcanzado lo que pedía, todos seguirían su ejemplo, llevados del deseo de recobrar sus parientes y entrar en la alianza de los Romanos; y en la consecuencia, porque provocados de semejante honor y humanidad, le serían unos indefectibles apoyos de las expediciones que le restaban. «Por lo cual os suplico me devolváis mi mujer y mis hijos, y contado en el número de vuestros amigos, me dejéis volver á mi casa, hasta que se presente ocasión oportuna en que yo y mis amigos mostremos cuanto esté de nuestra parte, el reconocimiento á vuestra persona y á los intereses de Roma.» Así concluyó Edecón su discurso.

Scipión, que ya de tiempos atrás se hallaba inclinado á esta entrega, y mucho antes había reflexionado lo mismo que Edecón le decía, entregó á este príncipe su mujer y sus hijos, ajustó con él alianza, y cuando ya tuvo ganado, por varios modos que la conversación misma le ofreció, el afecto del Español, y hecho concebir á sus amigos magníficas esperanzas para adelante, los despachó para sus casas. Divulgado prontamente este convenio, todos los pue-

blos del Ebro para acá que antes no favorecían á los Romanos, de común consentimiento abrazaron su partido. Cumplido en esta parte el deseo de Scipión, después de haber dado vado á estos asuntos, despidió las tropas navales, visto que no había quien le contrarrestase por parte del mar; pero entresacó de ellos los más aptos y los distribuyó en las compañías, con lo cual aumentó el ejército de tierra.

Ya hacía tiempo que Indibilis y Mandonio, los dos más poderosos potentados de la España por aquella era, y tenidos por los más firmes amigos de los Cartagineses, andaban maquinando ocultamente y espiondo la ocasión de abandonarlos desde aquel lance en que Asdrúbal, bajo pretexto de asegurarse de su fidelidad, les había exigido en rehenes una gran suma de dinero, sus mujeres é hijas, como hemos dicho antes. Entonces, pareciéndoles tiempo oportuno, sacaron una noche sus tropas del campo de los Cartagineses, y se retiraron á unos lugares fuertes y capaces de ponerles á cubierto. Esta desertión fué seguida de otros muchos más Españoles, que disgustados ya de la altanería de los Cartagineses, no aguardaban más que la primera ocasión de hacer públicas sus intenciones, desgracia que ha acontecido á otros muchos.

Hemos dicho repetidas veces lo importante que es conducir con acierto una guerra, y superar á los contrarios en sus designios; pero se requiere mucha más habilidad y prudencia para usar bien de la victoria. Se encuentran muchos más ejemplos de victoriosos, que no de que hayan sabido aprovecharse de esta ventaja. Buen ejemplo tenemos en lo que entonces sucedió á los Cartagineses. Después de haber vencido los ejércitos romanos, después de haber muerto á ambos consules Publio y Cneio Scipión, en el concepto de que ya era suya la España sin disputa, trataron

con dureza á sus naturales. Y ¿qué sucedió? que en vez de aliados y amigos se fabricaron tantos enemigos como súbditos. Era indispensable que así sucediese á hombres que creían que de un modo se debía conseguir el mando y de otro conservarle. No sabían que el mejor modo de conservar los imperios es mantener constantemente la misma constitución con que se estableció al principio. Es evidente, y comprobado con muchos ejemplos, que se adquiere el mando con beneficios y larguezas á sus semejantes; pero si después de alcanzado se obra mal y se gobierna con despotismo, no hay que extrañar que con la mudanza de máximas en los que mandan, se cambien también las voluntades en los que obedecen. Esto es puntualmente lo que entonces pasó por los Cartagineses.

En tan horribles circunstancias, Asdrúbal se veía agitado de mil pensamientos sobre el éxito de los negocios que tenía á su cargo. Le acongojaba la desertión de Indibilis, le afligía la oposición y contrariedad de pareceres que reinaba entre los demás oficiales, temía la venida de Scipión, ya le parecía que le tenía delante con su ejército, veía que le habían abandonado los Españoles, y que todos unánimes se habían pasado á los Romanos. En vista de esto entró consigo á cuentas, y resolvió recoger todas las fuerzas posibles y dar una batalla al enemigo. Si la fortuna le sacaba victorioso, decía, consultaría después tranquilamente sobre lo que había de hacer; y si quedaba vencido, se retiraría á la Galia con las reliquias de la función, y tomando de allí el mayor número de bárbaros que pudiese, pasaría al socorro de Italia y correría una misma fortuna con su hermano Anníbal. En estas consideraciones estaba ocupado Asdrúbal, cuando Scipión, instruído de las intenciones del Senado con la venida de C. Lelio, saca sus tropas de los

cuarteles de invierno, echa á andar, y encuentra sobre el camino a los Españoles, que venían alegres y dispuestos á ofrecerle sus servicios. Indibilis, que con anticipación le habían avisado, cuando le vió acercar salió del campo con sus amigos, y en el habla que con él tuvo le contó la amistad que había tenido con los Cartagineses, le manifestó los servicios y fidelidad que siempre les había prestado, y le expuso las injurias y afrentas que había sufrido. En cuya atención le suplicaba se constituyese juez de sus razones; y si hallase ser injusta la acusación que hacía contra los Cartagineses, fallase seguramente que tampoco sabría guardar fe á los Romanos; pero si á vista de tantos ultrajes como había referido, la necesidad le había forzado á apartarse de su amistad, se lisonjearse de que el que ahora abrazaba el partido de los Romanos les guardaría un afecto inviolable.

Dichas otras muchas más razones al mismo intento, concluyó Indibilis, y temando la palabra Scipión, le respondió que no dudaba de sus palabras, que conocía el genio altanero de los Cartagineses, tanto por el desprecio que habían hecho de los otros Españoles, como por la insolencia de que habían usado con sus mujeres é hijas; en vez de que él, habiéndolas tomado, no en calidad de rehenes, sino de prisioneras y esclavas, las había guardado tal decoro, que ni ellos con ser padres hubieran hecho acaso otro tanto. Indibilis confesó que así estaba persuadido, le hizo una profunda reverencia, y le saludó por *Rey*. Todos los circunstantes aplaudieron el dicho; pero Scipión, rehusando semejante nombre, les dijo que tuviesen buen ánimo, que ellos hallarían todo buen tratamiento de parte de los Romanos, y sin detenerse les devolvió sus mujeres é hijas. Al día siguiente ajustó con ellos un tratado, cuyas principales condiciones eran que se-

guirían á los Cónsules romanos y obedecerían sus órdenes. Con esto se retiraron á sus respectivos campos, tomaron sus tropas, volvieron á Scipión, y acampados juntos con los Romanos, marcharon contra Asdrúbal. Este general campaba entouces en los contornos de Castulón, cerca de la ciudad de Betula y no lejos de las minas de plata. Informado de la venida de los Romanos, mudó de campamento, donde resguardadas las espaldas con un río, tenía por delante del real un espacioso llano, que coronado todo en redondo de una colina, tenía la bastante profundidad para ponerle á cubierto, y la suficiente extensión para formar el ejército en batalla. Aquí permanecía quieto, contento sólo con tener apostados ciertos cuerpos de guardia sobre la colina. El primer deseo de Scipión, cuando estuvo cerca, fué batirse; pero se veía perplejo á vista de la seguridad que la ventajosa situación prestaba al enemigo. No obstante, al cabo de dos días de deliberación, recelándose no viniese Magnón y Asdrúbal hijo de Giscón, y le cerrasen por todas partes, determinó probar fortuna y tentar al enemigo.

Dada la orden de que estuviese pronto el ejército, él se quedó dentro de las trincheras con las demás tropas, y sólo destacó los Velites y Extraordinarios de infantería para atacar la colina y provocar los cuerpos de guardia que había en ella. Ejecutada esta orden con vigor, el General cartaginés esperaba al principio el éxito de la refriega; pero viendo oprimidos y malparados á los suyos por el valor de los Romanos, fiado en la naturaleza del terreno, saca su ejército y le forma en batalla sobre la colina. A esta sazón Scipión destaca allá toda la infantería ligera para apoyar á los que primero habían trabado el combate, y divididas en dos mitades las tropas restantes, él con la una, dando un rodeo á la colina, acomete al enemigo por

la izquierda, y entrega á Lelio la otra para que igualmente haga un ataque por la derecha. Ya se estaba poniendo esto por obra, cuando Asdrúbal iba aún sacando sus tropas del campamento, porque hasta entonces se había estado quieto fiado en el terreno, y persuadido á que jamás osarían los Romanos atacarle. Por eso, invadido cuando menos lo pensaba, ya no llegó á tiempo de formar sus haces. Al contrario, los Romanos, dando sobre los costados de los Cartagineses antes que éstos hubiesen ocupado sus puestos en las alas, no sólo montan la colina sin peligro, sino que trabada la acción mientras que el enemigo estaba aún en movimiento para ordenarse, matan á los que venían á formarse acometiéndolos por el flanco, y obligan á volver la espalda á los que estaban formados. Asdrúbal, según su primer propósito, cuando vió arrolladas y puestas en huida sus tropas, no quiso empeñarse hasta el último aliento. Cogió sus tesoros y elefantes, y recogiendo de los fugitivos los más que pudo, se retiró á las inmediaciones del Tajo para atravesar los Pirineos y llegar á los Galos que habitan aquella comarca: Scipión no tuvo por conveniente seguir el alcance, por temor de que los otros Generales no le atacasen, pero dió licencia al soldado para que saquease el campo contrario.

El día siguiente, congregados todos los prisioneros, en número de diez mil infantes y más de dos mil caballos, trató de su arreglo. Todos los Españoles que habían tomado las armas por los Cartagineses en aquella jornada, vinieron á rendir sus personas á la fe de los Romanos, y en las hablas que tuvieron dieron á Scipión el nombre de *Rey*. El primero que hizo esto, y le adoró como á tal, fué Edecón, y después Indibilis siguió su ejemplo. Hasta entonces había corrido la voz sin advertirlo Scipión, pero viendo que después

de la batalla todos le apellidaban *Rey*, hizo alto sobre el asunto. Y así, habiendo hecho juntar los Españoles, les dijo que quería que todos le tuviesen por un hombre de ánimo real, y serlo en efecto, pero que no quería ser rey ni que nadie se lo llamase, y en adelante les mandaba le diesen el tratamiento de general. Con justa razón admirará cualquiera la grandeza de alma de un hombre que, en la flor de su edad, y favorecido de la fortuna hasta el extremo de prorrumpir voluntariamente todos los que estaban bajo sus órdenes en la manía de proclamarle rey, con todo mete la mano en su pecho y desprecia el acaloramiento y oropel con que le quiere honrar el vulgo. Pero más se admirará aún el exceso de magnanimidad de este Cónsul, si se vuelve los ojos á los últimos tiempos de su vida. Después de las expediciones hechas en España; después de haber vencido á los Cartagineses y reducido bajo el poder de su patria las mayores y más bellas provincias del Africa, desde los altares de Fileno hasta las columnas de Hércules; después de haber conquistado el Asia, destronado los reyes de Asiria, y sometido á Roma la más hermosa y considerable parte del universo, ¿en cuántas ocasiones no se pudiera haber hecho rey? Sin duda que en cuantos países del mundo hubiera pensado ó querido. Porque ciertamente una fortuna semejante es capaz de tentar y llenar de orgullo, no digo el corazón humano, pero aun el divino, si me es lícito hablar de este modo. Con todo, Scipión fué tan superior á los demás hombres en grandeza de ánimo, que la mayor dicha que se puede conseguir de los Dioses, esto es, la dignidad real, sólo le sirvió para desprecio, en medio de habérsela ofrecido repetidas veces la fortuna; y pudo más en él la patria y la fe que la había prestado, que no la brillante y feliz soberanía.

Scipión, pues, habiendo separado del número de prisioneros á los Españoles, los despachó todos á sus casas sin rescate. Mandó á Indibilis que escogiese trescientos caballos, y el resto lo dió á los que estaban desmontados. Después, mudado su campo al de los Cartagineses por lo ventajoso del sitio, él se detuvo allí aguardando á los otros Generales cartagineses, y destacó alguna tropa á las cumbres de los Pirineos para observar los pasos de Asdrúbal. Pero estando ya á fines del estío, se retiró con el ejército á Tarragona con ánimo de pasar allí el invierno.

XIII.

Embajadas que vienen á Filipo de casi toda la Grecia, con motivo de haberse aliado los Romanos con los Etolios.—Filipo superior á si mismo en las desgracias.—Digresión de Polibio sobre las ahumadas, que comprende los diferentes modos de hacer fuegos, y explica la utilidad de esta invención.—Simplicidad de los fuegos de los antiguos, por lo general de poco provecho.—Adelantamientos que hizo sobre los antiguos fuegos Aeneas en sus libros *De Officio Imperatoris*, y lo mucho que le faltó para perfeccionarlos, aunque los mejoró en algún modo.—Otros adelantamientos sobre esta materia inventados por otros autores, pero llevados á su perfección por el mismo Polibio.—El ejercicio facilita cosas al parecer imposibles.—Debida admiración que causa la lectura á los que no saben leer.

Soberbios los Etolios con la llegada que acababan de hacer á su país los Romanos y el rey Attalo (209 años antes de J. C.), tenían atemorizada toda la Grecia, é insultaban á todos por tierra, mientras que Attalo y P. Sulpicio hacían lo mismo por mar. Esto fué causa de que los Aqueos viniesen á implorar el socorro de Filipo, no sólo porque temían á los Etolios, sino también á Macanidas, que amenazaba las fronte-

ras de Argos con un ejército. Los Beocios, por temor á la escuadra enemiga, le pidieron tropas y quien las mandase. Los que con más instancia le suplicaron tomase alguna providencia contra el enemigo, fueron los habitantes de la Eubea; la misma súplica hicieron los Acarnanios. Le vino al mismo tiempo una embajada de parte de los Epirotas. Corría la voz de que Scerdilaidas y Pleurato sacaban sus tropas á campaña, y que los Traces limítrofes de la Macedonia, y especialmente los Medos, tenían designio de invadir este reino así que Filipo se alejase algún tanto. En fin, los Etolios se habían apoderado de los desfiladeros de las Termópilas, y los habían fortificado con foso, trinchera y buenas guarniciones, persuadidos á que de este modo cerrarían el paso á Filipo y le impedirían absolutamente llevar socorro á los aliados que tenía de esta parte de las Pilas. Me parece que circunstancias tan críticas y tan propias para experimentar y hacer un juicio nada equívoco de las fuerzas..... *así intelectuales* como corporales de los grandes capitanes, pararán con justa razón la atención y consideración de los lectores. Así como en las cacerías, entonces se manifiesta el ardor y valentía de las fieras, cuando las amenaza el peligro por todas partes; lo mismo acaece á los generales. Buen ejemplo nos ofrece Filipo en la conducta que observó por aquel tiempo. Despidió las embajadas, ofreciéndolas á todas que haría cuanto pudiese, y aplicó todos sus cuidados á la guerra para observar por dónde y contra quién había de romper primero.

Durante este tiempo, informado de que Attalo había pasado á Europa, y que anclado en la isla de Pepareto ocupaba la campiña, envió contra él gentes que custodiasen la ciudad. Destacó á Polifantes con un cuerpo de tropas suficiente para cubrir el país de los Fo-

censes y Beocios. Despachó á Menippo con mil hombres armados de escudo, y quinientos Agrianos, para defender á Calcis y el resto de la Eubea. Él marchó hacia Scotusa, á donde había mandado acudir también á los Macedonios. Aquí, con la noticia que tuvo de que Attalo había dado fondo en Nicea, y que los jefes Etolios se habían juntado en Heraclea para conferenciar sobre el estado presente, tomó su ejército y partió de Scotusa con la mayor diligencia que pudo, para sorprender y disolver el congreso. Pero ya era tarde cuando llegó; no obstante, taló una parte y robó otra de las mieses de los habitantes del golfo Eniense, con lo cual se volvió á Scotusa. Aquí, dejado el ejército, marchó á Demetriades con sola la infantería ligera y una banda de guardias de su persona, donde se detuvo para observar los designios de los contrarios. Y para que no se le ocultase cosa de cuantas hiciesen, envió orden á los Peparetios, Focidenses y Eubeos, para que le avisasen de cuanto ocurriese por medio de fuegos encendidos sobre el Tiseo, monte de la Tesalia cómodamente situado para dar desde aquí estos avisos. Pero puesto que el modo de hacer señales con fuegos, tan provechoso en la guerra, ha sido tratado hasta aquí con poca exactitud, juzgo del caso tratarle despacio, para dar de él un conocimiento correspondiente. Todos saben que la ocasión tiene una buena parte en las empresas, pero sobre todo en las que conciernen á la guerra, y para su logro ningún invento más eficaz que el de los fuegos. Tanto lo que acaba de pasar, como lo que está pasando lo puede saber el curioso, aunque esté á tres ó cuatro jornadas de distancia, y á veces más; de suerte que se admirará de recibir siempre el socorro en tiempo oportuno por medio de las señales que hacen los fuegos.

En otro tiempo este modo de avisar era muy sen-

cillo, y por lo regular de ninguna utilidad á los que le usaban. Porque para acarrear alguna, era preciso estar convenido en ciertas señales; y como son infinitos los negocios que ocurren, los más no se podían significar por los fuegos. Por ejemplo, en el asunto mismo de que estamos tratando, era fácil advertir, estando convenidos en las señales, que había arribado una escuadra á Oreo, á Pepareto ó á Calcis; pero otros acontecimientos que están sucediendo cada día sin poderse prever, y por lo mismo que son inopinados piden una pronta determinación y remedio, como una deserción, una traición, una muerte, ú otra cosa semejante, estas cosas, digo, no se podían anunciar por ahumadas. Porque lo que no era posible prever, menos se podría expresar con señales. Æneas, de quien tenemos una obra sobre el arte de conducir los ejércitos, se propuso remediar este inconveniente. No tiene duda que hizo algún adelantamiento, pero le faltó mucho para perfeccionar la idea; y si no, véase lo que se sigue.

Aquellos, dice, que se han de informar mutuamente por fuegos de lo que ocurra, deberán construir unos vasos de barro, exactamente iguales en su anchura y profundidad. Bastará que la altura sea de tres codos, y la latitud de uno. Se tomarán después unos corchos, poco menos anchos que las bocas de los vasos, y en su centro se fijará un bastón, el cual estará señalado por espacios iguales de tres en tres dedos..... *con alguna inscripción todo en redondo* que se pueda distinguir bien en cada una de sus partes. En cada uno de estos intervalos estarán escritas aquellas cosas más notables y generales que acontecen en una guerra. Por ejemplo: en el primero, *la caballería ha entrado en el país*; en el segundo, *la infantería pesadamente armada*; en el tercero, *la infantería ligera*; en el cuarto, *la infantería y la*

caballería; en el quinto, *los navíos*; después, *los vloeres*, y así sucesivamente, hasta que se haya escrito en todos los espacios aquello que probablemente se presume que sucederá, y que atento á la guerra actual puede acaecer. Hecho esto, previene el autor se pongan en ambos vasos unos cañoncitos tan sumamente iguales, que despidan igual porción de agua el uno que el otro; que se llenen los vasos de agua, y se pongan encima los corchos con sus bastones; y que después se dejen correr los cañoncitos á un tiempo. Esto así dispuesto, no tiene duda que siendo iguales y semejantes las vasijas, á proporción que vaya saliendo el agua, han de ir por precisión bajando los corchos y encubriéndose los bastones en los vasos. Cuando ya esté hecho el ensayo de todo lo que hemos dicho con igual prontitud y de concierto, entonces se llevarán los vasos á aquellos sitios en donde han de observar unos y otros las señales por los fuegos, y se pondrán en ambos los corchos con sus bastones. Después, conforme vaya sucediendo alguna cosa de las que están escritas en los bastones, se levantará un fanal y subsistirá levantado hasta que correspondan con otro de la otra parte; é informados ya unos y otros por los fanales, se quitarán, y al momento se destaparán los cañoncitos. Cuando con el descenso del corcho y del bastón haya venido á estar la inscripción de que se quiere informar á nivel con el agujero del vaso, se levantará un fanal, y los de la otra parte tapanán al instante los cañoncitos, y verán la inscripción que tiene el bastón enfrente del borde del vaso. Si en ambas partes se ha ejecutado con igual prontitud, unos y otros leerán lo mismo.

Este método, aunque algo diferente del anterior que se hacía por ahumadas, no obstante es imperfecto. Porque ciertamente no se puede prever todo

lo que ha de suceder, y aunque se pudiese, era imposible escribirlo en un bastón. Y así no tiene duda que, si acaeciese alguna cosa inesperada, no bastará para advertirla esta invención. Fuera de que ni aun lo mismo que está escrito en el bastón, está bastante especificado. Porque no se puede saber cuánta es la caballería que ha venido, cuánta la infantería, en qué parte del país se halle, cuántos navíos, ni cuántos víveres. Antes que sucedan estas particularidades, no se pueden prever, como ni tampoco estar de acuerdo en las señales, y entre tanto esto es lo principal del asunto. Porque ¿cómo se ha de consultar de enviar el socorro si no se sabe el número de enemigos que ha llegado, ni á qué parte? ¿Como confiar ó desconfiar en sus fuerzas, y, en una palabra, cómo tomar sus medidas sin saber el número de navíos, ni la cantidad de víveres que ha venido de parte de los aliados?

El último método tiene por autor á Cleóxenes, ó como quieren otros á Demóclito, pero nosotros le hemos perfeccionado. Es cierto y determinado, de suerte que con él se puede dar parte con exactitud de todo lo que urja; pero para su manejo se requiere mayor exactitud y vigilancia. Es, pues, de este modo. Se toma todo el alfabeto por su orden, y se divide en cinco partes, cada una de cinco letras. En la última parte faltará una letra, pero esto no importa para el asunto. Después los que quieran informarse mutuamente por los fuegos, prevendrán cinco tablitas, y en cada una de ellas escribirán la parte de letras que toque por su orden. Se convendrán también entre sí en que el primero que haya de dar la señal, levantará dos fanales á un tiempo y los mantendrá levantados hasta que el otro le corresponda con otros dos. Esto servirá solo para estar de acuerdo entre sí desde cuándo ha de comenzar la atención. Quitados estos fuegos, el que

ha de dar la señal levantará primero fanales á su izquierda, para significar qué tabla se ha de mirar, si se ha de mirar la primera uno, si la segunda dos, y así de las demás. Del mismo modo levantará después fanales á su derecha, para dar á entender al que reciba la señal á qué letra ha de acudir de las escritas en la tabla.

Después de convenidos en estas señales, y retirados ambos á sus respectivas atalayas, será preciso que el que da la señal tenga una dioptra con dos fístulas ó cañoncitos, que con la una pueda distinguir la derecha, y con la otra la izquierda del que ha de corresponderle. Alrededor de la dioptra se pondrán rectas las tablillas, y se hará un cerco á derecha é izquierda de diez pies de ancho y la estatura de un hombre de alto, á fin de que elevados sobre él los fanales, hagan una luz nada equívoca, y bajados se puedan ocultar. Dispuesto todo de una y otra parte, cuando se quiera advertir, por ejemplo, *que cerca de cien soldados auxiliares se han pasado á los enemigos*, se elegirán primero aquellas voces que con menor número de letras signifiquen lo mismo; como en vez de lo dicho, *Kretenses ciento nos han dejado*, que con la mitad menos de letras explica lo mismo. Escrito esto en una tablita, se harán las señales de este modo. La primera letra es una *K*, que está en la segunda parte y en la segunda tablilla. Se levantarán á la izquierda dos fanales, para que el que reciba la señal entienda que ha de mirar la segunda tablilla; y cinco á la derecha, para que conozca que es una *K*, esto es, la quinta letra de la segunda parte, que apuntará en una tablita. Después levantará cuatro á la izquierda, porque la letra *R* está en la cuarta tablilla; y dos á la derecha, porque la *R* ocupa el segundo lugar de la cuarta parte, que al instante debe apuntar, y así de las demás letras. Con

este invento se puede anunciar cuanto ocurra á punto fijo.

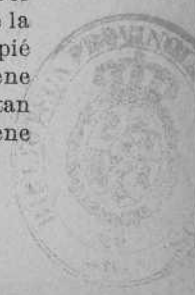
Es cierto que es mucho el número de fanales, porque cada letra necesita ser indicada dos veces; pero para eso si se aplican los requisitos convenientes, se logrará lo que se desea. En uno y otro método necesitan estar ensayados de antemano los que le han de manejar, para que, cuando llegue el caso, se puedan dar mutuamente las señales sin error. Fácilmente se convencerá cualquiera de la gran diferencia que se encuentra en una misma cosa, cuando se presenta la primera vez, ó cuando ya se tiene de ella algún uso. Lo que al principio parece no sólo difícil sino aun imposible, con el tiempo y el ejercicio viene á ser lo más fácil. Entre infinitos ejemplos que se pudieran traer para prueba de esto, el más convincente es el de la lectura. Supongamos que delante de un hombre que no conoce las letras ni la gramática, pero por otra parte de buen entendimiento, se presenta un muchacho instruido en este arte, y que se le da un libro para que lea: ciertamente este hombre no se podrá persuadir á que para leer se necesita para la atención, primero en la figura de cada letra, segundo en su valor, tercero en el nexos de una con otra, operaciones todas que cada una pide su tiempo. Y así, cuando vea que el muchacho sin detenerse y de un aliento despacha cinco ó siete líneas, no será fácil hacerle creer que no tenía de antemano repasada la lección. Y si á esto se añade la gesticulación, los diversos sentidos, y la diferencia de espíritus ásperos y suaves, acabará de confirmarse en que es imposible. Por tanto, no debemos desistir de lo que es útil, por dificultades que se presenten á primera vista; al contrario, debemos arrinar el hombro, principalmente á aquello de donde depende muchas veces nuestra conservación. Con la continuación no

hay cosa bella ni honesta que no sea asequible al hombre. Hemos dicho esto en consecuencia de lo que ya hemos anunciado antes, que todas las ciencias han tomado en nuestra era tal incremento, que las más se pueden aprender por principios ciertos y sistemáticos; ventaja que compone la parte más útil de una historia bien ordenada.

XIV.

Cómo los Aspasios Númidas atraviesan el río Oxo, y pasan á pie enjuto á la Hircania con sus caballos.

Los Aspasios Númidas habitan entre el río Oxo y el Tanais, de los cuales el primero descarga en el mar de Hircania, y el segundo entra en la laguna Meotis, ambos tan caudalosos, que se pueden navegar. Parece cosa maravillosa cómo atraviesan los Númidas el Oxo y entran á pie en la Hircania con sus caballos. Esto se cuenta de dos maneras, la una verosímil, y la otra portentosa, aunque no imposible. Y es, que naciendo el Oxo en el monte Cáucaso, y engruesando mucho en la Bactriana con las aguas que recoge, corre por una llana campiña con ancha y cenagosa madre; y cuando llega á unos peñascos escarpados que hay en cierto desierto, despide con tanta fuerza el agua por ser tanta y caer desde tan alto, que salva más de un estadio las peñas que están por bajo. Por este sitio arrimados á la misma peña y por bajo de la violencia del río, dicen que los Aspasios pasan á pié á la Hircania con sus caballos. El otro modo tiene fundamento más verosímil que el anterior. Cuentan que el sitio donde viene á despeñarse el río tiene



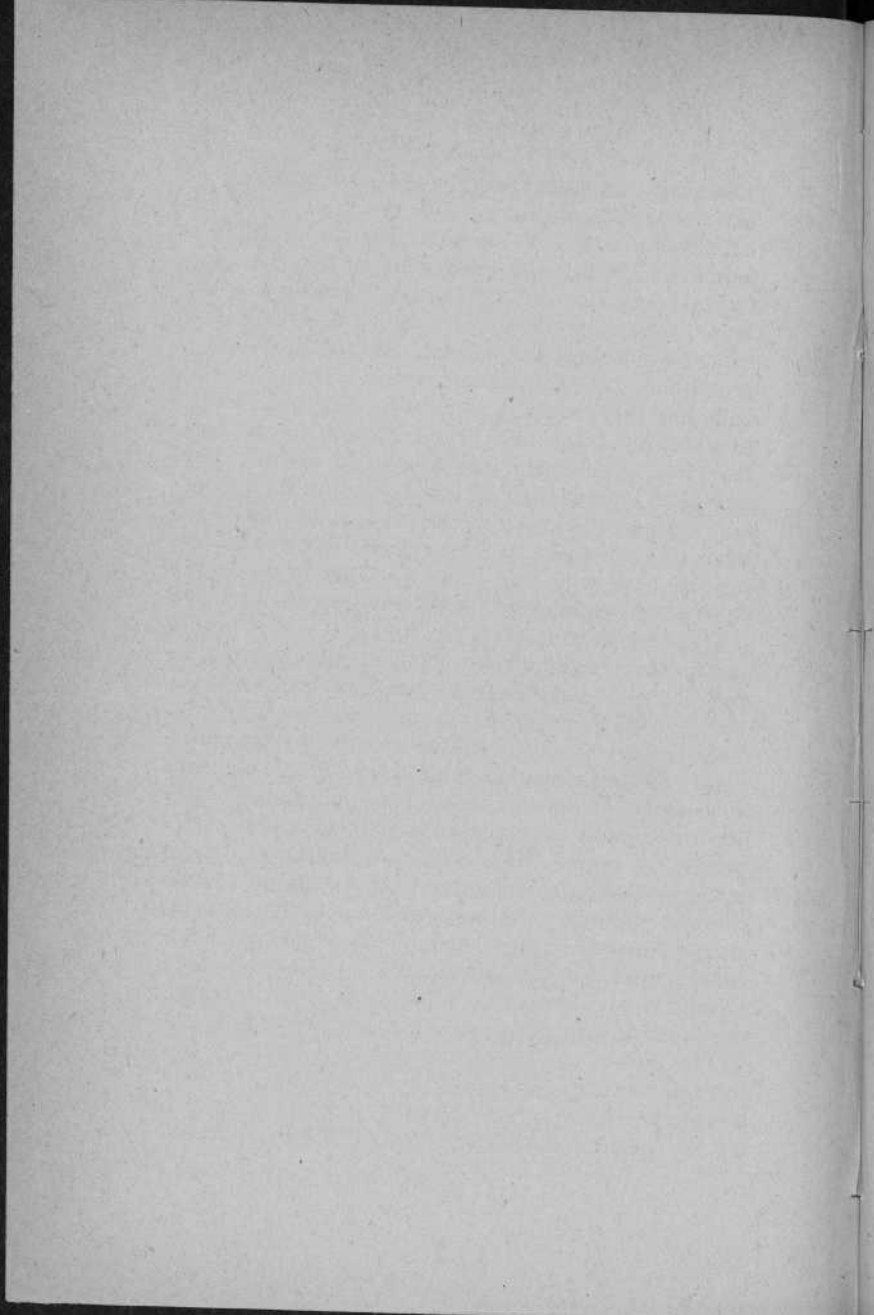
unas grandes concavidades que la violencia del agua ha socavado; y habiéndose abierto un paso muy profundo, corre por bajo de tierra un corto espacio, y vuelve después á descubrirse. Por este lugar que deja en seco, los bárbaros que están instruídos en el país atraviesan á caballo á la Hircania.

XV.

Victoria del rey Antíoco contra el rebelde Eutidemo.—Valor que mostró el Rey en la batalla.

Venida la noticia de que Eutidemo campaba con su ejército alrededor de Taguria (209 años antes de J. C.), y que á las márgenes del Ario había diez mil caballos para defender el tránsito, Antíoco, desesperanzado del asedio, tomó la resolución de pasar el río y marchar derecho al enemigo. Distaba de allí el río tres días de camino. Los dos primeros los anduvo á un paso moderado, pero el tercero después de cenar mandó á la falange que al amanecer levantase el campo, y él con la caballería, la infantería ligera y diez mil rode-leros echó á andar durante la noche con diligencia. Tenía noticia de que la caballería enemiga cubría las márgenes del río durante el día, pero por la noche se retiraba á cierta ciudad, distante poco menos de veinte estadios. Andado el camino que le restaba en el silencio de la noche, como que iba por terreno llano y cómodo para la caballería, cuando amaneció tenía ya del otro lado de Ario la mayor parte del ejército que le acompañaba. La caballería Bactriana, informada de lo sucedido por sus vigías, acudió al socorro, y encontró con el enemigo sobre el camino. El Rey,

viéndose en la precisión de tener que recibir el primer choque de los contrarios, anima á los dos mil caballeros que solían pelear alrededor de su persona; manda á los demás que se formen por banderas y escuadrones, y que ocupe cada uno su puesto acostumbrado; y él, saliendo al encuentro con los dosmil caballos, viene á las manos con los primeros que se presentan. Dicen que Antíoco sobresalió en esta jornada más que ninguno. Muchos perdieron la vida de una y otra parte, pero la primera banda de caballería Bactriana fué vencida. Entrada en la acción la segunda y la tercera, arrollaron y pusieron en mal estado á los del Rey; pero entonces Panetolo, mandando avanzar á su caballería cuya mayor parte tenía ya formada en batalla, sacó al Rey y á los suyos del peligro en que estaban, y obligó á volver la espalda á los Bactrianos que acometían de tropel y sin orden. Los enemigos, viendo que Panetolo venía en su alcance, y que había muerto la mayor parte de los suyos, no pararon hasta que se juntaron con Eutidemo. Los del Rey, después de haber hecho una gran carnicería, y haber tomado muchos prisioneros, se retiraron, y pasaron aquella noche á las márgenes del río. En esta batalla mataron un caballo á Antíoco, y él recibió un golpe en la boca que le quitó algunos dientes. En una palabra, en esta jornada fué donde adquirió más renombre su valor. Después de la batalla, Eutidemo acobardado se acogió con el ejército á Zariaspa, ciudad de la Bactriana.



LIBRO UNDECIMO.

FRAGMENTOS.

I.

Entrada de Asdrúbal hermano de Anníbal con ejército en Italia.

—Victoria que sobre él ganan los Romanos. — Entera derrota de este general. — Generosidad con que se porta en la batalla, conforme en todo á sus anteriores acciones. — Reflexión de Polibio sobre este acontecimiento. — Variedad de afectos en Roma con la noticia de la victoria.

Asdrúbal (208 años antes de J. C.), no hallando en nada de esto cosa que le contentase, y viendo por otra parte que no admitían dilación los negocios, porque los enemigos formados en batalla venían avanzando, se vió forzado á ordenar sus Españoles y los Galos que le acompañaban. Situó al frente los diez elefantes que tenía, aumentó el fondo de sus líneas para que todo el ejército ocupase un corto espacio, y puesto él en el centro de la formación detrás de las fieras, atacó la izquierda del enemigo, determinado á vencer ó morir en esta jornada. Livio se adelantó fiero al enemigo, y trabada la acción con toda su gente, peleó con denuedo. Claudio, que mandaba el ala derecha, ni podía pasar adelante ni rodear al ene-

migo por la espalda, sirviéndole de obstáculo la desigualdad del terreno, en la cual fiado Asdrúbal había comenzado el ataque por la izquierda. Le tenía inquieto esta inacción, cuando el lance mismo le advirtió lo que tenía que hacer. Toma sus gentes del ala derecha, da un rodeo por detrás del campo de batalla, y puesto de parte allá de la izquierda del ejército romano, ataca en flanco á los Cartagineses que peleaban encima de sus fieras. Hasta entonces estuvo dudosa la victoria. Se pelcaba á competencia por ambas partes, porque ni á unos ni á otros quedaba esperanza de vida, si eran vencidos. Los elefantes prestaban igual servicio á unos que á otros, porque cogidos entre los dos ejércitos y acribillados de saetas, confundían ya las líneas de los Romanos, ya las de los Españoles. Pero lo mismo fué cargar Claudio por la espalda, que perder la acción el equilibrio. Atacados los Españoles por detrás y por delante, los más quedaron sobre el campo mismo de batalla. De los elefantes, seis fueron muertos con sus conductores, y los cuatro restantes, que habían roto las líneas, fueron cogidos después solos y desamparados de los Indios que los gobernaban. Asdrúbal, tanto antes como ahora en el último trance de su vida, se portó como bueno, y perdió la vida en el combate. Pero no es razón que dejemos de hacer el elogio de un tan grande hombre.

Ya hemos dicho antes que fué hermano natural de Annibal, y que éste, al partirse para Italia, le encargó el gobierno de España. Hemos visto también cuántas batallas haya dado á los Romanos, con cuántas y cuán diversas dificultades haya tenido que luchar por causa de los jefes que de cuando en cuando enviaba Cartago á España, cómo en todas estas revueltas se portó siempre como digno hijo de Barca, y

cómo sobrellevó con firmeza y generosidad todos los reveses y menoscabos. Ahora sólo hablaremos de sus últimos combates, en los cuales á mi entender merece principalmente que se pare la consideración y se procure imitarle. Se ve que los más de los generales y reyes cuando entran en una batalla general, únicamente se proponen la gloria y utilidad que conseguirán ganada la victoria, y sólo paran la atención y echan cuenta cómo se portarán con cada uno, caso que las cosas salgan según sus deseos; pero jamás se les ponen por delante las derrotas, ni extienden la consideración á cómo se conducirán y qué harán en un revés de la fortuna; y esto, porque lo uno se presenta de suyo, y lo otro pide mucha previsión. Por eso los más por esta falta de reflexión y este no echar cuenta con las desgracias, han sufrido ignominiosos descalabros á pesar del valor de sus soldados, han echado un borrón á sus anteriores acciones, y han sacado un oprobio para el resto de sus días. Es fácil convencerse de que muchos generales han sido víctimas de este descuido, y que en esta previsión consiste principalmente la diferencia que va de hombre á hombre. La edad pasada nos presenta infinitos ejemplos de iguales casos.

Asdrúbal, al contrario, mientras tuvo probables esperanzas de poder hacer alguna cosa digna de sus primeras expediciones, de nada cuidó más en los combates que de su propia conservación; pero cuando ya, faltar de todo recurso para adelante, le tuvo la fortuna encerrado en el último apuro, sin omitir cosa, sea en los aprestos, sea en la misma batalla, que pudiese contribuir á la victoria, no dejó por eso de premeditar, caso que fuese vencido, cómo se averdria con la adversa fortuna, sin sufrir cosa que deshonrase la vida pasada. Se ha dicho esto en gracia de

los que gobiernan ejércitos, para que ni desmientan las esperanzas de los que están fiados á su cargo, por exponerse temerariamente, ni á la derrota añadan la infamia é ignominia por demasiado amor á la vida.

Los Romanos, después de ganada la victoria, saquearon al momento el real enemigo, degollaron como á víctimas á infinitos Galos, que la borrachera tenía tendidos en sus cañizos, y recogieron el restante despojo de los prisioneros, de cuya venta entraron en el erario más de trescientos talentos. Murieron de los Cartagineses no menos de diez mil, contando los Galos, y de los Romanos alrededor de dos mil. Se hicieron prisioneros algunos principales Cartagineses; los demás fueron pasados á cuchillo.

Llegada á Roma la noticia, al principio no se dió crédito, por lo mismo que se deseaba tanto. Pero después que con la venida de muchos se supo no sólo la victoria, sino sus circunstancias, toda la ciudad se dejó llevar de un gozo inmoderado, todo lugar sagrado fué adornado, todo templo lleno de tortas y víctimas, y, en una palabra, se concibió tan buen ánimo y confianza, que se creyó que Anníbal, á quien hasta entonces se había temido tanto, ya no estaba dentro de Italia.

II.

Avanzando Filipo hacia los pantanos de Triconida, llegó á Therme, en cuya ciudad se elevaba un templo dedicado á Apolo, y saqueó todas las sagradas ofrendas que había respetado en la primera invasión, dominándole, como en otras ocasiones, la violencia de

su carácter. Dejarse arrebatar por el odio á los hombres hasta ser sacrilego con los Dioses, es la prueba más segura de colmo de demencia (1).

III.

Ellopium, ciudad de Etolia. Polibio, lib. XI (2).

Phytæum, ciudad de Etolia, Polibio, lib. XI (3).

IV.

Embajadores del rey Ptolomeo, de Rodas, de Bizancio y de otras ciudades á los Etolios.—Arenga que uno de éstos les hace, en nombre de toda la Grecia, para que desistan de la guerra contra Filipo, ajusten la paz, y se precavan de los consejos de los Romanos.—Confirmación de los Embajadores de Filipo sobre los males que sobrevendrían en adelante á la Grecia.

«Los hechos mismos, varones Etolios, están manifestando, en mi concepto, que ni el rey Ptolomeo, ni Rodas, ni Bizancio, ni Chío, ni Mitilene miran con indiferencia vuestra amistad. No es esta la vez primera ni la segunda que os hemos hablado sobre la paz. Al contrario, desde que emprendisteis la guerra siempre os hemos estado instando, sin dejar perder ocasión de recordaros esto mismo, atentos por ahora á la ruina próxima de vos y de los Macedonios, y deseosos para adelante de remediar con

(1) Fragmento de *Virtudes y Victorias*.

(2) Esteban de Bizancio.

(3) Idem.

tiempo los males que amenazan á vuestra patria y al resto de la Grecia. Así como sucede en el fuego, que si una vez llega á prender en materia combustible, ya no es posible evitar su efecto, sino que á medida que sopla el viento y se enciende la materia que sirve de pábulo, va tomando cuerpo, y frecuentemente el mismo autor viene á ser sin saber cómo el primero que prueba su violencia; lo mismo acaece en la guerra: una vez encendida, las primeras víctimas son los mismos que la han suscitado, de allí pasa á asolar sin motivo cuanto encuentra, y como si cobrara siempre nuevas fuerzas, va creciendo con la necesidad de los pueblos inmediatos, á manera de sí le soplara el viento. En este supuesto figuraos, varones Etolios, que presentes todos los Griegos, tanto insulares como habitantes del Asia, os suplican que abraçais la paz y depongáis la guerra, pues también á ellos ha cundido el daño, y que os piden que toméis mejor acuerdo y creáis sus consejos. Porque si sólo hicierais una guerra perjudicial (en el supuesto de que rara es la que no lo sea), pero por otra parte os fuera gloriosa, tanto en el motivo que dió á ella principio como en el honor que os resultaría después de su conclusión, ya entonces se os pudiera perdonar una emulación tan laudable; pero si es la más vergonzosa de todas, si os cubre de infamia y atrae la execración de todos, ¿pide acaso madura reflexión el asunto? Diré francamente lo que siento; y vosotros, si sois cuerdos, recibiréis con paciencia mis palabras. Pues más importante es un oprobio en tiempo que os salve del peligro, que una lisonja que después os pierda, y envuelva á toda la Grecia en vuestra ruina,

» Ved ahora el error en que estáis. Decís que manteneis la guerra contra Filipo, para que los Griegos no le presten vasallaje; pero con esta guerra esclavizáis

y arruináis la Grecia. Esto es puntualmente lo que contienen los tratados que habéis ajustado con los Romanos, tratados que existentes antes sólo en los archivos, ahora vemos puestos en ejecución; tratados que si escritos [sólo os cubrían de ignominia, practicados ahora la hacen pública á todo el mundo. Por otra parte, Filippo aquí no es más que una ilusión y vano pretexto de la guerra, pues que á él no se le sigue perjuicio, mientras que recae todo el daño sobre sus aliados, los pueblos de la mayor parte del Peloponeso, los Beocios, Eubeos, Focenses, Locros, Tesalos y Epirotas. Ve aquí una de sus condiciones: *Que los hombres y muebles pertenecerán á los Romanos, y que las ciudades y tierras serán para los Etolios.* Vosotros, después de tomada una plaza, no sufriréis que se ultraje á hombres libres, ni pondréis fuego á las ciudades, porque creeréis que esto es una crueldad y acción propia de bárbaros; pues con todo habéis concluído un tal tratado, que abandona á los bárbaros el resto de la Grecia, y la entrega á las afrentas y ultrajes más vergonzosos. Hasta aquí nadie sabía estos vuestros designios, pero ahora con lo que acaba de suceder á los Oritas y á los infelices Eginetas, los ha visto todo el mundo; tomando adrede la fortuna por su cuenta representar en público teatro vuestra imprudencia. Tales han sido los principios y sucesos que hasta aquí han pasado de la guerra; ahora, si todo corresponde á vuestros deseos, ¿qué debemos esperar de su conclusión, sino que será el origen de los mayores males para toda la Grecia?

»En efecto, al instante que los Romanos se desembaracen de la guerra que tienen en Italia (lo que se verificará bien pronto, estando como está Anníbal encerrado en un rincón del Abruzo), no tiene duda que atacarán después la Grecia con todas sus fuerzas,

en la apariencia para auxiliarnos contra Filippo, pero en la realidad para someterla toda á su dominación. Una vez dueños de ella, si nos tratan con benignidad, para ellos será todo el lauro y reconocimiento; y si nos tratan con rigor, todos los despojos de los muertos y el haber de los vivos vendrá á su poder. Entonces vosotros llamaréis á los Dioses por testigos, cuando ni los Dioses querrán, ni los hombres podrán daros socorro. Debierais haber previsto desde el principio todos estos males, esto os hubiera tenido mucha cuenta, pero pues que muchas cosas futuras se escapan á la comprensión humana, ahora os estaría bien que, infiriendo lo que sucederá por lo que pasa, tomaseis mejor acuerdo en lo porvenir. Nosotros no hemos dejado de decir ó hacer cuanto correspondía á verdaderos amigos sobre el estado presente, y os hemos dicho con libertad nuestro sentir sobre el futuro. Sólo resta suplicaros y exhortaros que no perjudiquéis la libertad y salud de vosotros mismos ni la del resto de la Grecia.»

Visto que este discurso habia hecho alguna impresión sobre el espíritu de muchos, se mandó entrar á los embajadores de Filippo, quienes en pocas palabras dijeron que tenían dos órdenes de su Soberano: la una para admitir con gusto la paz si los Etolios la deseaban; y cuando no, otra para retirarse, poniendo por testigos á los Dioses y á los embajadores que allí se hallaban, de que no se debía atribuir á Filippo, sino á los Etolios, la causa de lo que después sucediese á la Grecia.

V.

Tres medios hay para ser dignos del cargo de general los que por su razón y juicio lo obtienen. Es el primero la lectura de la historia y la sabiduría que con ello se adquiere; el segundo, los preceptos de los hombres hábiles en el arte del mando; el tercero, la costumbre y experiencia propias. Los jefes de los Aqueos ignoraban en absoluto todos estos conocimientos (1).

Emulados por el fausto é intemperancia de otros, la mayoría de los soldados afectaban cuidadoso esmero en elegir su vestido y amistades, y con frecuencia empleaban en su persona y traje un lujo superior á su fortuna; pero á las armas ninguna atención prestaban (2).

VI.

La mayoría de los hombres no procura imitar los actos serios de los personajes, sino sus niñerías, y de esta suerte exponen á los ojos del mundo su ligereza (3).

(1) Suidas.

(2) Suidas.

(3) Manuscrito de Urbino.

VII.

El adorno y brillo de las armas sirve de terror al enemigo.—Los Aqueos, á persuasión de Filopemen, sustituyen el esplendor de las armas en vez del esmero que antes ponían en los vestidos.—Batalla campal de Machanidas contra Filopemen.—Ventaja que el tirano gana al principio.—Derrota y muerte que sufre después por el inmoderado deseo de vencer.

Mucho contribuye, decía Filopemen, el brillo de las armas para aterrar al enemigo, y mucho importa para el servicio el que estén bien construídas. Por eso sería sumamente conveniente que el cuidado que ahora se pone en los trajes, se pusiese en las armas; y al contrario, el descuido que ha habido hasta aquí en las armas, se trasladase á los vestidos. De este modo ahorrarían los particulares muchos gastos á su casa, y podrían subvenir mejor á los públicos del Estado. En este supuesto conviene que el que ha de salir á una expedición ó á una campaña, cuando se vaya á poner las botas repare si le están bien ajustadas y más brillantes que los zapatos y calzas; y que cuando tome el escudo, el peto ó el morrión, examine si estos arneses están más limpios y aseados que su capote y su túnica. Porque una nación que aprecia más el bien parecer que las cosas útiles, bien se deja conocer de suyo lo que hará en una batalla. En una palabra, les pedía se persuadiesen á que la nimiedad en el vestido es propia de mujeres, y de mujeres no muy recatadas; pero el coste y brillantez en las armas conviene á hombres buenos, que se proponen defender su propia gloria y la de la patria. Todos los que estaban presentes aprobaron lo que

decía Filopemen, y aplaudieron la prudencia del que les exhortaba; de suerte que lo mismo fué salir del Consejo, se tildaba con el dedo á los nimiamente adornados, y se llegó á echar á algunos de la plaza. Pero donde mejor se observó esta reforma fué en las expediciones y campañas.

(Tanto puede una palabra dicha á tiempo por un hombre de autoridad, que á veces no sólo nos retrae del vicio, sino que nos impele á la virtud; sobre todo si la vida particular del que aconseja corresponde á las palabras, porque entonces no pueden menos de tener el mayor imperio sus persuasiones. Este era cabalmente el carácter de Filopemen, simple en el vestido, parco en la comida, moderado en el culto de su persona, comedido y nada mordaz en las conversaciones.) Su principal estudio por toda la vida fué decir siempre verdad. Por eso, á la menor palabra que profiriera, aunque fuese por incidencia, se la daba el mayor crédito. Como en todas partes presentaba por modelo su conducta, necesitaba pocas razones para persuadir á los oyentes. Y así, pocas palabras, juntas á la autoridad y peso de sus consejos, bastaban muchas veces para dar por el pie los más largos y al parecer más bien fundados razonamientos de sus antagonistas en el gobierno.

Concluída la asamblea, todos se retiraron á sus ciudades, sumamente gozosos con lo que habían oído al pretor, y persuadidos á que mientras él estuviese á la cabeza de los negocios, no sucedería cosa adversa á la república. Filopemen partió sin detenerse por las ciudades, para visitarlas con mucha prolijidad y cuidado. En cada una juntaba el pueblo y le ordenaba... *lo que había de hacer*. Por último, después de haber gastado ocho meses no completos en aprestar y disciplinar sus tropas, juntó un ejército en Mantinea para

defender contra Machanidas la libertad de todo el Peloponeso.

Machanidas, que confiaba mucho en sus fuerzas, creyó que aquella expedición de los Aqueos le venía muy á cuento. Y así, lo mismo fué saber que los enemigos se habían congregado en Mantinea, que exhortados sus Lacedemonios en Tejea, conforme lo pedían las circunstancias, marchar allá el día siguiente al rayar el día. Conducía él mismo el ala derecha de la falange, á uno y otro costado iban en la misma línea de la vanguardia los soldados mercenarios, y detrás se seguían los carros, cargados de multitud de catapultos y dardos. Al mismo tiempo Filopemen sacó su ejército de Mantinea, dividido en tres trozos. Los Ilirios, los coraceros, todos los extranjeros y la infantería ligera salieron por la puerta que conduce al templo de Neptuno; la falange por la que se seguía después hacia el Occidente, y la caballería urbana por la inmediata á ésta. Lo primero que hizo fué ocupar con la infantería ligera una colina bastante elevada delante de la ciudad, que dominaba el camino llamado Jenis y el templo de Neptuno, situar en su inmediación los coraceros mirando al Mediodía, y pegados con éstos colocar los Ilirios. Detrás de estas tropas estaba formada la falange sobre una línea recta, y dividida de trecho en trecho por cohortes todo lo largo del foso que por medio de los campos de Mantinea va al templo de Neptuno y llega hasta los montes que parten límites con el país de los Elisfasio. No lejos de la falange, sobre el ala derecha, formaba la caballería aquea al mando de Aristeneto el Dimeo, y él ocupaba la izquierda con todos los extranjeros, cuyas líneas estaban sin intervalos.

Ya que llegó el tiempo del combate y los enemigos estuvieron á tiro, Filopemen recorrió los intervalos

de la falange alentándola con palabras, pocas por cierto, pero eficaces para el caso. La mayor parte de lo que dijo no se le entendió, porque el afecto y confianza que en él tenía el soldado, hizo concebir tal ardor y excitó tal alegría en las tropas, que como impelidas de una especie de entusiasmo, animaban al contrario ellas á su General, y le pedían las llevase al enemigo. En resumen, todo lo que se esforzaba hacerlas entender, siempre que podía, era que había llegado el caso que iba á decidir, ó de una abominable y vergonzosa servidumbre, ó de una libertad gloriosa y memorable para siempre. Machanidas, al principio aparentaba querer atacar el ala derecha del enemigo, puesta á lo largo su falange; pero cuando estuvo cerca, y á una distancia proporcionada, hizo doblar hacia la derecha sus tropas, y prolongando su derecha hasta darla un frente igual á la izquierda de los Aqueos, situó los catapultos de trecho en trecho delante de todo el ejército. Filopemen conoció bien que su intención era disparar piedras con los catapultos sobre las cohortes de la falange, é incomodada ésta, arrojar la confusión en todo el ejército. Por eso, sin darle tiempo ni lugar, mandó principiar la acción con vigor por los Tarentinos hacia el templo de Neptuno, sitio llano y cómodo para obrar la caballería. A vista de esto, Machanidas tuvo que hacer lo mismo y destacar allá sus Tarentinos.

Así fué que al principio se trabó el combate con vigor por solas estas gentes; pero acudiendo poco á poco la infantería ligera á sostener los que peligraban, en breve tiempo se vió empeñada toda la tropa extranjera de una y otra parte. Como se peleaba de cerca y de hombre á hombre, la batalla estuvo por largo tiempo tan dudosa, que ni el resto de las tropas que estaba esperando el evento podía distinguir

hacia qué lado iba á parar el polvo, porque los combatientes se habían separado mucho... de los puestos que habían ocupado al principio. Pero al cabo prevalecieron los extranjeros del tirano, que eran más en número y tenían más aptitud en el manejo de las armas. Con razón sucedió esto entonces, y es muy regular que siempre así suceda. Porque cuanto exceso llevan en las batallas campales los soldados de una república á los que obedecen á un tirano, otro tanto sobrepujan y son superiores las tropas que ganan sueldo de los tiranos respecto de las que se ponen al servicio de las repúblicas. La razón de esto es, porque así como las tropas naturales de una república pelean por la libertad, y las de un tirano por afirmar más su servidumbre, así también las extranjeras de una república se animan sólo por el sueldo pactado, en vez de que las de un tirano se obstinan por el daño manifiesto que se les sigue. Porque una república, después de deshechos los que maquinaban contra su libertad, ya no se sirve de extranjeros para conservarla; pero un tirano, cuanto más ambicioso, tantas más tropas extranjeras necesita; porque cuantas más injusticias hace, tantos más insidiadores tiene contra su vida. La seguridad de los tiranos estriba por lo común en el afecto y poder de la tropa extranjera.

Así sucedió entonces, que la tropa extranjera de Machanidas peleó con tanta obstinación y valentía, que ni los Ilios ni los coraceros que entraron á sostener los extranjeros pudieron sufrir su ímpetu, sino que arrollados todos, echaron á huir de tropel hacia Mantinea, que distaba de allí siete estadios. En esta ocasión todo el mundo vió probada con evidencia aquella máxima tan controvertida por algunos, que los más de los sucesos de la guerra... provienen de la pericia ó impericia de los generales. No tiene duda

que es grande habilidad, después de bien comenzada una acción, hacer que corresponda el éxito; pero mayor lo es aún después de haber tenido lo peor en el primer encuentro, estar sobre sí, advertir con serenidad las imprudencias del victorioso y espiar la ocasión de sacar partido de sus defectos. Se ven frecuentemente generales que, victoriosos ya en su concepto, poco después han sido derrotados enteramente; y otros que, habiendo comenzado al parecer con desgracia, han sabido por su astucia hacer mudar de semblante las cosas y conseguir una victoria inesperada. Esto es puntualmente lo que entonces pasó por nuestros dos Generales. Después de puesta en huida la tropa extranjera de los Aqueos y derrotada su ala izquierda, Machanidas, en vez de subsistir en su propósito, rodear con una parte de los suyos el costado enemigo y atacar con otra de frente para tentar el éxito de la acción, todo lo contrario: sin poderse contener, y llevado del ardor juvenil, se mezcla con sus extranjeros y sigue el alcance de los que huían, como si el miedo mismo en los que una vez vuelven la espalda, no fuera bastante á hacerlos correr hasta las puertas de la ciudad.

Filopemen, por el contrario, hizo cuanto pudo para contener á sus extranjeros, y animó á los oficiales llamándolos por su nombre; pero después que los vió enteramente desalojados, no por eso se turbó ni echó á huir, no por eso se desalentó ni desistió de la empresa: nada menos que eso; se metió en una de las alas de la falange, y luego que el enemigo hubo dejado vacío el campo donde había sido la refriega, por seguir el alcance, manda volver á la izquierda de las primeras cohortes de la falange, y avanza allá corriendo sin perder el orden. Ocupado prontamente el sitio que Machanidas había abandonado, á un mismo

tiempo cortó la retirada á los que perseguían los extranjeros y quedó dominando el ala de los enemigos. En este estado exhortó su falange á tener buen ánimo y permanecer allí hasta que se diese la señal de acometer unida. Á Polibio mandó que recogiese los Ilirios, coraceros y extranjeros que habían quedado y tomado la huída, que se apostase al costado de la falange y observase con vigilancia la vuelta de los que habían marchado al alcance. Los Lacedemonios, engreídos con la ventaja de su infantería ligera, avanzan sin esperar orden contra los Aqueos, puestas en ristre sus lanzas. Cuando ya estuvieron arrimados al borde del foso, sea que estando ya tocando con los enemigos no era tiempo de mudar de resolución, sea que para ellos fuese objeto de desprecio un foso de fácil bajada, sin gota de agua y sin ninguna maleza, lo cierto es que ellos se arrojaron por él sin reflexión ni reparo.

Filopemen, lo mismo fué presentársele la ocasión de obrar con ventaja que ya de mucho antes tenía prevista, manda á la falange enristrar las lanzas y cerrar contra el enemigo. Ejecutado el ataque á un tiempo y con gritos espantables, muchos Lacedemonios, que al bajar al foso habían perdido la formación, echaron á huir por temor al enemigo que los oprimía desde arriba. Una gran parte quedó muerta en el mismo foso, unos á manos de los Aqueos y otros por los suyos propios. Este suceso no se debe atribuir al azar ú ocasión, sino á la penetración del General. Porque Filopemen desde el principio se había cubierto con el foso, no por evitar el combate, como algunos se imaginaban, sino porque como buen capitán había reflexionado atentamente que si venido Machanidas hacía pasar el foso á sus tropas sin haberle antes reconocido, sucedería cabalmente á su falange lo que

hemos dicho y entonces acreditó la experiencia; y si, conocida la dificultad de salvarlo, se arrepentía, y por miedo rompía el orden de batalla, se acreditaría de poco experimentado, por haber dado la victoria al enemigo sin combate general, y haber sacado para sí solo la ignominia. En este error ya han caído otros muchos generales, los cuales después de formados en batalla, no creyéndose con fuerzas bastantes á contrarrestar al enemigo, unos por el ventajoso terreno que ocupaba, otros por el número de tropas que tenía, y otros por otras causas, poco peritos en el arte militar, han deshecho el orden de batalla, en el concepto de que vencerían fiados en su retaguardia, ó que se alejarían del enemigo sin peligro; falta la más vergonzosa... *que puede cometer un general.*

Pero á Filopemen todo le salió como tenía previsto, porque los Lacedemonios huyeron á banderas desplegadas. Viendo entonces á su falange victoriosa, y que todo le salía á medida del deseo, acudió á lo que le faltaba para coronar la función, esto es, á no dejar escapar al tirano. Informado de que se hallaba con sus extranjeros en aquel paraje del foso que está enfrente de la ciudad, neciamente empeñado en seguir el alcance, y cerrado el camino de volver á los suyos, se puso á esperarle. Machanidas, á la vuelta de la persecución, advirtió que su ejército huía, y conociendo entonces el error que había hecho y que todo lo había perdido, ordenó en forma de cuña á los extranjeros que con él estaban, y tentó así estrechado atravesar por medio de los enemigos, que desmandados andaban siguiendo el alcance. Al principio se le arriaron algunos, en el concepto de que así salvarían la vida. Pero cuando ya cerca advirtieron que los Aqueos guardaban el puente del foso, entonces desanimados le abandonaron, y cada uno cuidó de salvarse como

pudo. Á este tiempo el tirano, desesperanzado de atravesar el puente, echó á correr á lo largo del foso, para buscar con diligencia algún pasaje.

Filopemen conoció á Machanidas en la púrpura y en el jaez del caballo, y dejando á Anaxidamo con orden de custodiar el puente con cuidado y no dar cuartel á ningún extranjero, pues por ellos se aumentaba cada día más la tiranía en Esparta, él con Polieno el Cipariense y Simias, entonces sus confidentes, atraviesa al otro lado del foso y va costeano de frente al tirano y otros dos que le acompañaban, Anaxidamo y un extranjero, para prohibirles el paso. Lo mismo fué hallar Machanidas un paraje cómodo para pasar, que metiendo espuelas al caballo, hacerle dar un brinco y saltar del otro lado. Pero á este tiempo, encarándose á él Filopemen, le da un bote de lanza, y volviéndole á segundar de rebote otro golpe con la asta, mata al tirano. Lo mismo hicieron con Anaxidamo los que acompañaban á Filopemen; el tercero, desesperanzado de poder pasar, echó á huir, mientras mataban á los otros dos. Después de lo cual, Simias despojó los dos muertos, y quitando las armas y la cabeza al tirano, marchó corriendo á enseñársela á las tropas que perseguían al enemigo, para que, cercioradas de su muerte, siguiesen sin recelo y con más confianza el alcance de los contrarios hasta Tejea. Esto contribuyó tanto á inspirar ardor en los soldados, que se apoderaron de rebato de esta ciudad, y dueños ya de la campaña sin disputa, camparon al día siguiente á las márgenes del Eurotas. Así los Aqueos, que después de mucho tiempo no habían podido arrojar al enemigo de su país, talaban entonces impunemente toda la Laconia. De éstos murió poca gente en la batalla; pero de los Lacedemonios quedaron sobre el campo lo que menos cuatro mil, sin con-

tar muchos más que fueron hechos prisioneros, y sin el bagaje todo y las armas, de que también se apoderaron.

VIII.

Elogio de Annibal y reflexión de Polibio sobre la disciplina de sus tropas en los campamentos.

No se puede menos de admirar el talento, el valor y la pericia de Annibal en acamparse, al considerar el número de años que mantuvo la guerra, las batallas generales y particulares que dió, los sitios de plaza que puso, las ruinas de ciudades que ocasionó, las difíciles coyunturas en que se vió, y en fin el cúmulo de designios y operaciones que excogitó en el espacio de diez y seis años continuos que llevó las armas contra los Romanos dentro de Italia, sin dejar de tener jamás sus tropas á campo raso. Ni se puede dejar de aplaudir el que, como sabio gobernador, supiese mantener obedientes y observar tan exacta disciplina á sus tropas, que jamás se excitase alboroto ni entre sí mismas ni contra su persona. En medio de que su ejército se componía, no digo de una nación, sino de un conjunto de pueblos, Africanos, Españoles, Celtas, Fenicios, Italianos y Griegos, entre quienes no mediaba ley, costumbre, lenguaje ú otro vínculo de naturaleza; con todo, su astucia hizo que tantas y tan diversas naciones se redujeran al mandato de un solo jefe y obedeciesen á una sola voluntad; y eso que no le fué siempre una misma la fortuna, pues aunque muchas veces le sopló favorable, algunas la tuvo adversa. Á vista de esto, con justa razón aplaudirá cual-

quiera la habilidad de Annibal en el arte de la guerra, y podrá proferir sin reparo, que si después de haber comenzado sus expediciones en las otras partes del mundo, por remate hubiera venido á Roma, no le hubiera desmentido ninguno de sus proyectos; pero como comenzó por donde debiera haber acabado, aquí tuvieron cuna y sepulcro sus empresas.

IX.

Derrota de Asdrúbal, hijo de Giscón, por Publio Scipión.—Dos estratagemas de que se vale este General para la victoria; una con que coge desprevenido al enemigo, y otra con que le inutiliza lo más florido del ejército.

Asdrúbal, habiendo recogido sus tropas de las ciudades donde estaban invernando (207 años antes de J. C.), se puso en marcha, y campó al pie de una montaña, no lejos de cierta ciudad llamada Elinga, donde bien atrincherado, tenía por delante una llanura cómoda para un encuentro ó una batalla. Se componía su ejército de setenta mil infantes, cuatro mil caballos y treinta y dos elefantes. Scipión despachó á M. Junio Silano á Colichas para tomar las tropas que éste le tendría prevenidas, las cuales consistían en tres mil hombres de á pie y quinientos de á caballo. Todos los demás aliados se le incorporaron en el camino, conforme iba marchando á su destino. Ya que estaba inmediato á Castulón y en las cercanías de Bercula, encontró aquí á Silano con la gente que Colichas le enviaba. En este estado comenzó á darle mucha inquietud la actualidad de los negocios. Por una parte las legiones romanas, sin las aliadas, no eran bastantes para dar una batalla; por otra aventurar un

trance decisivo fiado en sus aliados, le parecía peligroso y demasiado expuesto. En esta incertidumbre estaba, cuando forzado de la necesidad determinó valerse de los Españoles, de tal modo, que sólo sirviesen para aparentar al enemigo y dar la batalla con sus propias legiones. Tomada esta resolución, hizo levantar el campo á todo el ejército, que se componía de cuarenta y cinco mil infantes y cerca de tres mil caballos; y ya que estuvo cerca y en presencia del enemigo, sentó el campo sobre unas colinas que estaban á su vista.

Magón, juzgando que era buena ocasión de dar sobre los Romanos mientras sentaban los reales, toma la mayor parte de su caballería y á Massanisa con los Númidas, y marcha contra el campamento romano, persuadido á que hallaría á Scipión desprevenido. Pero éste, que ya de antemano tenía previsto lo que había de suceder, había emboscado al pie de cierta eminencia un número de caballos igual al de los Cartagineses; los cuales, cargando de improviso y cuando menos se pensaba, aunque por el pronto hicieron volver la espalda á muchos que después fueron despeñados por sus caballos en la huida, con todo, el resto se hizo fuerte y peleó con valor. Pero al cabo no pudiendo sostener la agilidad de los Romanos en apearse de sus caballos, muertos muchos de ellos, tuvieron que retroceder después de alguna resistencia. Al principio se retiraron en buen orden; pero perseguidos por los Romanos, abandonaron sus filas y huyeron de tropel al campamento. Este suceso aumentó el ardor de los Romanos para la batalla, y desanimó á los Cartagineses. No obstante, por espacio de algunos días después estuvieron sacando ambos Generales sus tropas al medio del llano, hubo varias escaramuzas entre la caballería é infantería ligera de una y otra parte, y

ensayados ya unos y otros, resolvieron venir á un combate decisivo.

Entonces Scipión se valió de dos estratagemas. Como acostumbraba retirarse á su campamento más tarde que Asdrúbal, había observado que éste ponía los Africanos en el centro y los elefantes sobre ambas alas. Él, venido el día en que se había propuesto pelear, en vez de situar sus Romanos al frente de los Africanos y colocar los Españoles sobre las alas, hizo todo lo contrario; formación que contribuyó infinito á los suyos para la victoria, é incomodó no poco á los contrarios. Al rayar el día dió orden por sus edecanes para que todos los tribunos y soldados comiesen, y tomadas las armas saliesen fuera del campo. Obedecida la orden prontamente por presumirse todos lo que sería, destacó por delante la caballería é infantería ligera, para que acercándose al campamento enemigo escaramucease con vigor. Él, con la infantería, avanzó al salir el sol, y puesto en medio de la llanura ordenó sus haces al contrario que antes, situando á los Españoles en el centro y á los Romanos sobre las alas. Como la caballería se acercó de improviso al real enemigo, y el demás ejército se presentó formado á su vista, los Cartagineses apenas tuvieron tiempo para tomar las armas. De suerte que Asdrúbal, desprevenido, se vió forzado á enviar de prisa y en ayunas su caballería y los armados á la ligera contra la caballería romana, y entretanto ordenar su infantería cerca del pie de la montaña, en aquel mismo sitio que tenía de costumbre. Hasta cierto tiempo estuvieron quietas las legiones romanas; pero ya que fué entrado el día, como la refriega de los armados á la ligera estuviese dudosa é indecisa, porque á medida que eran oprimidos se retiraban á sus respectivas falanges y reemplazaban otros su puesto, Scipión recogió adentro por

los intervalos de las cohortes á los que escaramuceaban, y distribuídos sobre ambas alas, primero los Velites y después la caballería á espaldas de los que ya estaban formados, avanzó contra el enemigo, presentándole al principio todo el frente. Cuando ya estuvo á distancia de un estadio, mandó á los Españoles que sin perder la formación fuesen avanzando del mismo modo, y á las cohortes y manípulos del ala derecha que tornasen á la derecha, y los de la izquierda á la izquierda.

A este tiempo Scipión en el ala derecha, y Luc. Marcio y Mar. Junio en la izquierda, tomaron las tres primeras escuadras de caballería, los Velites, que iban siempre por delante según costumbre, y los tres primeros manípulos, lo cual todo compone una cohorte romana; y tornando aquél sobre su izquierda y éstos sobre su derecha, avanzaron en columna y marcharon á paso redoblado al enemigo, yéndose uniendo á los primeros con la misma conversión los que venían detrás. Ya estaban éstos no lejos de los contrarios, cuando los Españoles, que ocupaban el frente, distaban aún un buen espacio, porque marchaban lentamente. Entonces Scipión atacó á un tiempo ambas alas cartaginesas con sus legiones romanas puestas en columna, según se había propuesto al principio. Las demás evoluciones, por las cuales los que se seguían se iban incorporando sobre una misma línea recta con los que estaban delante, y viniendo á las manos con el enemigo, parecían opuestas las unas á las otras, bien se las considerase en general de ala á ala, bien en particular de la infantería á la caballería. Porque en el ala derecha, la caballería y los armados á la ligera, conforme se iban uniendo por la derecha con los que estaban delante, procuraban extenderse para ceñir al enemigo, y la infantería, al contrario,

iba entrando en formación por la izquierda: en vez de que en el ala izquierda, la infantería iba ocupando sus puestos por la derecha, y la caballería con los armados á la ligera por la izquierda. De suerte que por esta maniobra la caballería y los armados á la ligera de una y otra ala pasaron, los de la derecha á la izquierda, y los de la izquierda á la derecha. Pero no era esto lo que llevaba la atención de Scipión; más cuidado le daba ver cómo podría ceñir al enemigo. Y á la verdad pensaba con acierto; porque no basta saber las evoluciones, si no se sabe adaptarlas al caso presente.

En esta batalla sufrieron mucho los elefantes, que asaeteados por los Velites y la caballería, y acosados por todas partes, no hacían menos daño á los amigos que á los enemigos. Porque corriendo de una parte á otra sin guía, atropellaban á los que se ponían por delante de uno y otro ejército. Por lo que hace á la tropa, ya estaban rotas las alas de los Cartagineses, cuando el centro donde estaban los Africanos, la flor del ejército, estaba aún sobre mano. Porque ni podían, abandonando su puesto, acudir al socorro de las alas por temor de que no se echasen encima los Españoles, ni les era dable, permaneciendo en él, contribuir en algo á la victoria, por no estar á tiro los enemigos del frente para venir á las manos. Esto no obstante, las alas, de quienes pendía por una y otra parte el éxito de la acción, se batieron con valor por algún tiempo; pero cuando el calor estuvo en su fuerza, los Cartagineses, como que habían salido contra su gusto, y sin tener tiempo para tomar un bocado, comenzaron á desfallecer; en vez de que los Romanos, superiores en fuerzas y buen ánimo, tenían por la prudencia de su jefe la especial ventaja de haber puesto en contraste la flor de los suyos... con lo más

débil de los enemigos. Al principio Asdrúbal, estrechado, se fué batiendo en retirada; después, arrollado todo el ejército, se acogió al pie de la montaña; y últimamente, perseguido con viveza, huyó de tropel al campamento, de donde sin duda hubiera sido al punto desalojado si algún Dios no hubiera venido á su socorro. Pero levantándose una furiosa tempestad, cayó una lluvia tan copiosa y abundante, que apenas pudieron los Romanos volver á sus trincheras.

X.

Ilurgia, ciudad de España. Polibio, lib. XI (1).

XI.

Las llamas consumieron á muchos Romanos que andaban en busca de plata y oro derretidos (2).

XII.

Grande dificultad y embarazo en que pone á Scipión la sublevación de una parte de su ejército.—Astucia de este General para hacer venir los sediciosos á Cartagena y apoderarse de las cabezas.—Arenga de Scipión á los rebeldes.—Perdón de la multitud y castigo severo de los autores.

Scipión, aunque ya con bastante experiencia en los negocios, no obstante, jamás se vió más confuso y

(1) Esteban de Bizancio.

(2) Suidas.

afligido que cuando supo la sedición de las tropas romanas (207 años antes de J. C.). Y con razón: porque así como entre las incomodidades del cuerpo, las exteriores, como el frío, el calor, el cansancio y las heridas, se pueden precaver antes que sucedan, y remediarse con facilidad después de sucedidas, pero las interiores, como los tumores y enfermedades que dentro del cuerpo se engendran, con dificultad se pueden prever, y con dificultad curar después de originadas; lo mismo se ha de juzgar de un Estado ó de un ejército. Es fácil, tomándose la pena, prevenir y remediar los malos designios y guerras exteriores; pero los bandos, sediciones y alborotos que se originan dentro de un Estado es muy difícil curarlos. Esto pide una grande habilidad y maña extraordinaria. No obstante, hay un antídoto, en mi concepto adaptable á todo ejército, república ó cuerpo político, y es, no dejar jamás descansar los miembros por mucho tiempo ni estar mano sobre mano, sobre todo si hay prosperidad y abundancia de lo necesario. Pero Scipión, que á una singular vigilancia juntaba la astucia y la actividad, para remediar el daño se valió de este expediente. Juntó los tribunos, les dijo que ofreciesen á los soldados la paga de sus sueldos; y para que no se dudase de su promesa, que los impuestos con que antes contribuían las ciudades para la manutención del ejército, éstos ahora se cobrasen públicamente y con maña, á fin de que todos se persuadiesen que esta recolección se hacía para satisfacerles las pagas. Para esto quiso que los tribunos fuesen otra vez á los amotinados y los exhortasen á corregir su error y venir al General cada uno de por sí, si así lo querían, ó todos juntos para cobrar sus raciones. Después de hecho esto, dijo, el tiempo mismo dictará lo que se ha de hacer en adelante.

Tomado este arbitrio, sólo se pensó en recoger el dinero. Cuando ya supo Scipión que los tribunos habían notificado la orden que se les había dado, juntó el consejo para deliberar lo que se había de hacer. Todos convinieron en que se fijase día dentro del cual compareciesen todos en Cartagena; que se perdonase á la multitud, pero que se castigase con rigor á los autores en número de treinta y cinco. Llegado el día y venidos los rebeldes para efectuar la pacificación y recibir sus sueldos, Scipión previno en secreto á los siete tribunos que antes habían mediado en el concierto que saliesen á recibirlos, y repartidos los autores de la rebelión, cada uno se llevase consigo cinco, los saludasen amistosamente, los ofreciesen su casa para dormir, y cuando no aceptasen, á lo menos los convidasen para merendar ó cenar con ellos. Tres días antes había mandado á las tropas que con él estaban que hiciesen provisión para muchos días, pues tenían que ir con Silano contra Indibilis que había dejado el partido de Roma. Esta nueva hizo más insolentes á los rebeldes; como que así se persuadían á que una vez marchadas las tropas dispondrían de todo á su arbitrio con el General.

Ya que estuvieron cerca de la ciudad, intimó la orden á las tropas que estaban dentro de marchar al día siguiente al amanecer; y á los tribunos, y prefectos les previno que después que hubiesen salido enviasen por delante los primeros bagajes, pero mandasen hacer alto á la tropa sobre las armas, la distribuyesen después por cada una de las puertas, y cuidasen de que ninguno de los sediciosos saliese de la ciudad. Los tribunos que tenían el encargo de salirlos á recibir, después que los encontraron trataron con mucho agasajo á los autores, y se los trajeron consigo, como estaba dispuesto. Se les había mandado que á todos

los cogiesen á un mismo tiempo, y después de cenar los atasen y custodiasen, sin dejar salir á ninguno de los que estaban dentro mas que á aquel que había de llevar al General la noticia de lo ocurrido con cada uno. Ejecutada así la orden por los tribunos, Scipión el día siguiente al amanecer, viendo á los sediciosos juntos en la plaza, llamó á junta. Lo mismo fué hacerse la señal, que todos concurren según costumbre, suspensos los ánimos hasta ver al General y saber lo que ocurría. Entonces Scipión, que ya había enviado orden á los tribunos que guardaban las puertas para traer sus tropas sobre las armas y rodear la asamblea, se presentó, y por el pronto todos se sorprendieron. Pues como le creían enfermo, al verle ahora de repente bueno y sano, les aterró su semblante.

En este tenor comenzó á hablarles: «No acabo de comprender qué disgustos os he dado, ó qué ventajas os han ensoberbecido para intentar esta deserción. Tres son las causas por donde el hombre se arroja á rebelarse contra la patria y contra los jefes: ó por tener alguna queja y sentimiento de los que le mandan; ó por no estar contento con la situación actual, ó por aspirar á fortuna mayor y más placentera. Pregúntoos ahora; ¿cuál de éstas os ha movido? ¿Estabais disgustados conmigo porque no os daba vuestras raciones? Pero yo en esto no tengo culpa; porque cuando ha estado en mi mano, nunca os ha faltado el sueldo; si alguna hay, es en Roma, que no satisface ahora lo que os está debiendo después de tanto tiempo. ¿Y será este bastante motivo para rebelaros y tomar las armas contra la patria, que os ha criado y alimentado? ¿No valdría más que hubierais acudido á mí, ó que hubierais implorado el socorro é intercesión de vuestros amigos? A mi parecer, este era cami-

no más acertado. Que aquellos que están á sueldo de una república extraña la abandonen, vaya enhorabuena; pero que lo hagan hombres que sostienen la guerra por sus personas, sus mujeres é hijos, este es un crimen irremisible. Esto es como si un hijo, por creerse agraviado de su padre en punto á intereses, marchase con las armas á quitar la vida á aquel de quien él la había recibido. Por otra parte, ¿os he mandado mayores trabajos, ni expuesto á mayores peligros que á los demás? ¿He repartido mayor parte del botín entre los otros? No me parece que os atreveréis á decir semejante cosa, y aun cuando os atrevieseis no podríais justificarlo. Pues ahora bien: ¿qué sentimiento tenéis contra mí para haberme abandonado? Esto quisiera saber, porque me parece que nada tenéis que decir ni aun pensar contra mi conducta.

»Por otra parte, el estado presente de los negocios tampoco os puede haber fastidiado. Porque ¿cuándo mayor prosperidad? ¿Cuándo se vió Roma con mayores ventajas? ¿ni cuándo sus tropas con más lisonjeras esperanzas que ahora? Acaso me dirá alguno de estos desconfiados, que se presentan mayores ganancias y más sólidas esperanzas entre los enemigos. ¿Y qué enemigos son éstos? ¿Son acaso Indibilis y Mandonio? ¿Pero quién no sabe que éstos se pasaron á nosotros cuando ya habían vendido á los Cartagineses; y ahora, faltando á la fe del juramento, se han tornado nuestros enemigos? ¡Grande hazaña por cierto! sobre la fe de semejantes hombres haberos constituido traidores de la propia patria. Vosotros de ningún modo esperaríais llegar á apoderaros de España; porque ni unidos con Indibilis, ni obrando por sí propios, seríais capaces de hacernos frente. ¿Pues qué miras eran las vuestras? porque deseo saberlas. ¿Era la habilidad y valor de los capitanes que ahora habéis elegido lo

que fundaba vuestra confianza? ¿O los fascos y hachas que les preceden? Pero es indecoroso hablar más en la materia. Nada de esto es, Romanos; no tenéis cosa grande ni chica que oponer á vuestro General ni á vuestra patria. Yo no hallo otra disculpa de que echar mano para justificaros con Roma y conmigo mismo, que aquella común á todos los hombres; á saber, que toda multitud es fácil de ser seducida, que con facilidad se deja llevar á cualquier exceso, y que el pueblo y la mar son susceptibles de unas mismas impresiones. Así como ésta inocente y quieta por su naturaleza, si una vez se ve impelida por la violencia de los vientos, se porta ella con los navegantes á medida de la agitación que recibe de aquéllos; del mismo modo el pueblo obra siempre con sus jefes según los cabezas y consejeros que le influyen. En este supuesto, todos los oficiales del ejército y yo os concedemos ahora el perdón, y os damos nuestra palabra de no volvernos á acordar de lo pasado; pero inexorables con los autores de la rebelión, estamos resueltos á imponerles una pena condigna á la ofensa que han hecho á su patria y á nosotros mismos.»

Apénas había concluído Scipión, cuando se hizo la señal para que la tropa que rodeaba la asamblea, puesta sobre las armas, hiciese ruido con las espadas en los escudos. Inmediatamente fueron conducidos, liados y desnudos, los autores de la rebelión. La multitud cobró tanto miedo con la tropa que estaba alrededor y con el espectáculo que tenía á la vista, que mientras unos eran azotados con varas, y otros acogotados con hachas, ni mudó el semblante, ni profirió la más mínima palabra; al contrario, todos quedaron inmóviles y sin chistar, aterrados con lo que pasaba. Mientras que los cabezas de la sedición atormentados y muertos eran arrastrados por medio de la

asamblea, el General y demás oficiales iban tomando la palabra á los demás soldados de que jamás recordarían á los sediciosos lo pasado; y éstos iban jurando uno por uno, en manos de los tribunos, que obedecerían las órdenes de sus jefes y no maquinarian jamás cosa contra Roma. Así reprimió Scipión con su prudencia una rebelión que pudo ser origen de grandes males, y restableció sus tropas á su antiguo estado.

XIII.

Expelción de Scipión contra Indibilis y otros Españoles que le habían abandonado.— Victoria sobre los rebeldes, con la que concluidas las expediciones de España, vuelve á Roma para recibir el triunfo.

Scipión, convocadas á junta sus tropas en la misma Cartagena (207 años antes de J. C.), las hizo un discurso sobre la audacia y perfidia de Indibilis; y con las muchas razones que trajo sobre el asunto, avivó el ardor de la multitud contra este Príncipe. Les hizo relación de los combates que antes habían tenido contra los Españoles y Cartagineses juntos, siendo éstos quienes mandaban las armas; y que si entonces habían salido siempre vencedores, ahora que sólo tenían que pelear contra los Españoles conducidos por Indibilis, no había que dudar de la victoria. En esta atención, dijo, no he querido valerme para esta empresa del auxilio siquiera de un Español, sino echar mano de los Romanos solos, para que sepa el mundo que no hemos deshecho y arrojado de España á los Cartagineses con ayuda de los Españoles, como algunos piensan; sino que es nuestro valor y ardimiento el que ha vencido á los Cartagineses y Celtíberos.

Después de lo cual, los exhortó á vivir concordes y marchar á esta expedición con más confianza que á otra alguna, pues á su cargo quedaba la victoria con el auxilio de los Dioses. Con esto los soldados cobraron tal ardor y espíritu, que al mirarlos á la cara se creería que estaban ya en presencia del enemigo y á punto menos de venir á las manos. Dicho esto, despidió la asamblea.

Al día siguiente levantó el real y echó á andar. Al cabo de diez días llegó al Ebro, y á los cuatro de haberlo pasado, campó á vista del enemigo, mediando sólo un valle entre los dos campamentos. El día siguiente, después de haber mandado á C. Lelio tener pronta la caballería y á los tribunos tener dispuestos los Velites, echó al valle algún ganado del que venía en pos del ejército. No bien los Españoles se hubieron arrojado sobre la presa, cuando destacó allá algunos Velites, que, venidos á las manos y sostenidos de una y otra parte con más gente, armaron en el valle una atroz escaramuza de infantería. Lelio, que según la orden tenía prevenida la caballería, pareciéndole esta buena ocasión de echarse encima, ataca á los que escaramuceaban, les corta la comunicación con el pie de la montaña y derrota la mayor parte de los que andaban desmandados por el valle. Este accidente irritó á los bárbaros, quienes, por no parecer vencidos y que rehusaban un trance general, sacaron al amanecer toda su gente y la ordenaron en batalla. Scipión, aunque ya estaba dispuesto para el combate, no obstante, como vió que los Españoles bajaban imprudentemente al valle y que ordenaban en el llano no sólo la caballería, sino también la infantería, se detuvo un rato á fin de que los enemigos formasen la mayor parte. Porque, aunque contaba con su caballería, fiaba aun más en su infantería, la

cual en las batallas ordenadas y á pie firme era muy superior, ya en armas, ya en valor, á la de los Españoles.

Luego que le pareció que ya era tiempo, él se situó al frente de los enemigos que estaban ordenados al pie de la montaña, y sacando de su campo cuatro cohortes bien unidas, las envió contra la infantería enemiga que había bajado al valle. Á este tiempo, C. Lelio con la caballería avanza por las colinas que desde el campo de batalla se extendían hasta el valle, da por la espalda sobre la caballería enemiga y la obliga á pelear con él. Con esto la infantería enemiga, privada del apoyo de su caballería en cuya confianza había bajado al valle, era estrechada y oprimida, bien que también á la caballería alcanzaba la misma suerte. Porque encerrada en un paso angosto y apurada por todas partes, mataba más de sus mismas gentes que la que le mataban los Romanos; como que su propia infantería la incomodaba por los costados, la de los enemigos de frente y la caballería por la espalda. En esta especie de combate perdieron la vida casi todos los que bajaron al valle; pero la infantería ligera que estaba formada al pie de la montaña y componía la tercera parte de todo el ejército echó á huir, y con ella Indibilis, que se salvó en un lugar fortificado. Scipión, después de haber puesto fin á los asuntos de España, alegre sobremanera vino á Tarragona para llevar desde aquí á su patria el más glorioso triunfo y la más memorable victoria. Con el anhelo de no llegar tarde á las elecciones de los cónsules, después de haber arreglado todo lo tocante á España y entregado el mando del ejército á Silano y Marcio, se hizo á la vela para Roma con Lelio y otros amigos.

XIV.

Antíoco, disgustado de la lentitud de la guerra que mantenía contra los rebeldes, admite en su gracia á Eutidemo por mediación de Teleas.

Eutidemo sostenía con el embajador de Antíoco que su amo no tenía razón para empeñarse tanto en echarle del reino; que él jamás le había faltado á la fe, antes bien, había quitado la vida á los descendientes de otros que contra él se habían rebelado, y de este modo se había apoderado de la Bactriana. Después de expuestas muchas más razones sobre este asunto, rogó á Teleas que mediase con Antíoco para un ajuste y le exhortase amistosamente á no quitarle el nombre y dignidad de rey, pues de no condescender á sus ruegos, ni uno ni otro estarían seguros; que un gran número de Númidas estaban para entrar en el país, cuya irrupción amenazaba á entrambos; y si una vez llegaban á estar dentro, convertirían en bárbaros á todos los naturales. Dicho esto, despachó á Teleas con la embajada para Antíoco. El Rey, que ya hacía días que andaba buscando modo de terminar la guerra, se alegró con el mensaje de Teleas y dió oídos con gusto á las proposiciones de paz. Después de muchas idas y venidas de este embajador á uno y otro soberano, Eutidemo envió á su hijo Demetrio para ratificar el tratado. Antíoco le recibió bien, y pareciéndole que el joven merecía el reino por su presencia, su trato y aire majestuoso, le prometió una de sus hijas en matrimonio y concedió á su padre el título de rey.

Ya que estuvieron puestas por escrito las demás

condiciones del tratado y firmada la alianza con juramentos, se puso en marcha, habiendo antes provisto de víveres el ejército con abundancia y tomado para sí los elefantes que tenía Eutidemo. Superado el monte Cáucaso, entró en la India y renovó la amistad con su rey Sophagaseno. Aquí aumentó el número de sus elefantes, de suerte que llegó á tener ciento cincuenta; volvió á proveer el ejército de víveres y levantó el campo, dejando á Androstenes el Ciziceno para conducir el dinero que este rey le había prometido. Atravesada la Arachosia, pasó el río Erimantes, y entró por la Drangiana en la Carmania, donde por acercarse ya el invierno, puso en cuarteles sus tropas. Tal fué el éxito que tuvo la expedición de Antíoco en las provincias superiores; expedición por la que no sólo sometió á su obediencia los Sátrapas de las provincias superiores, sino también las ciudades marítimas y potentados de esta parte del Tauro; expedición por la cual su valor y actividad aseguró el reino y puso en respeto á todos sus vasallos; de suerte que por ella se hizo digno de reinar, no sólo en los países del Asia, sino en los de la Europa.

XV.

Llamaré la atención que no ponga sumario en este libro como en los anteriores, y que emplee la exposición que agrupa los sucesos por olimpiadas. No lo he hecho por juzgar inútil el método de los sumarios, que atraen la atención de los lectores y facilitan encontrar lo que se busca; pero observo que esta costumbre va cayendo en desuso, y acudo al procedimiento ahora empleado. Con la exposición se consigue lo mismo que con el sumario, y bajo algunos

puntos de vista es ventajosa. Unida además al cuerpo de la historia, ocupa un sitio más á propósito. Por ello he preferido aplicarla en mi obra, á excepción de los cinco primeros libros, donde puse sumarios por ser allí más convenientes (1).

XVI.

Dice que los discursos pronunciados eran especiosos, y que la verdad nunca tiene este carácter (2).

XVII.

¿Qué utilidad saca el lector de las narraciones de guerras, combates, asedio y toma de ciudades reduciendo los habitantes á servidumbre, si al mismo tiempo no se le dicen las causas que en cada circunstancia determinan los triunfos de unos y las derrotas de otros? La sencilla narración de los hechos tiene frívolo interés, mientras el juicioso examen del ideal que preside á las empresas es fructífero para quien desea instruirse, y más aún la exposición detallada del modo como cada asunto es conducido para que sirva de guía al atento lector (3).

XVIII.

Expulsados los Cartagineses de España, todo el mundo celebraba la fortuna de Publio Scipión, acon-

(1) Fragmento encontrado por el Cardenal Mai.

(2) Idem.

(3) Idem.

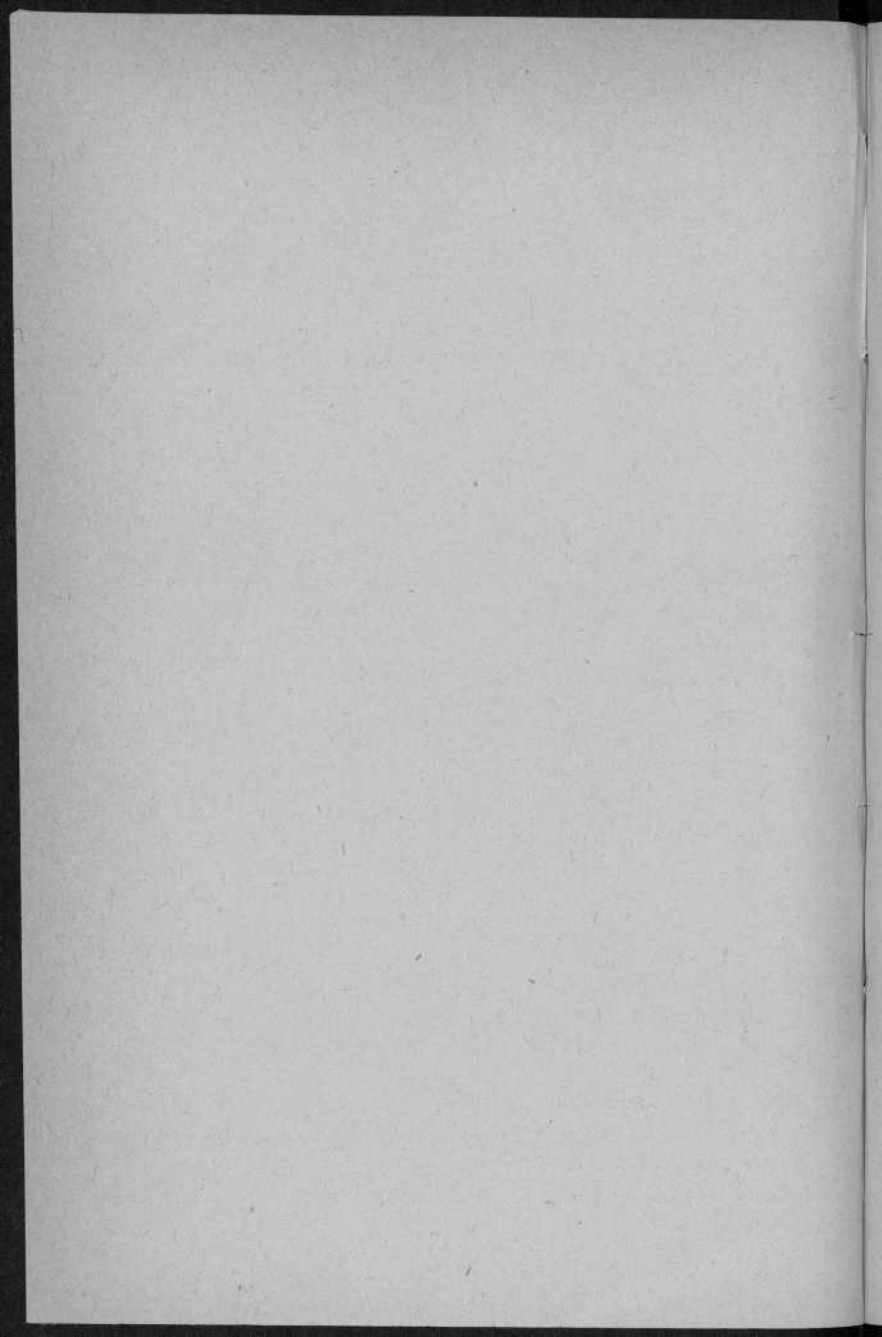
dejándole el descanso y la tranquilidad, puesto que había terminado la guerra. «Felicito, dijo, á quienes tales esperanzas abrigan; por mi parte, ahora es cuando más me ocupo del giro que va á tomar la guerra contra Cartago. Hasta aquí eran los Cartagineses quienes la hacían á los Romanos; pero hoy proporciona á éstos la fortuna ocasión favorable para declararla á Cartago» (1).

XIX.

Publicio Scipión, insinuante en las conversaciones, tan ameno y hábil fué en una con Siphax, que pocos días después dijo Asdrúbal á éste: «Paréceme Publicio más temible hablando que peleando» (2).

(1) Fragmento encontrado por el Cardenal Mai.

(2) Idem.



LIBRO DUODÉCIMO.

FRAGMENTOS.

I.

Hippón, ciudad de Lybia. Polibio, lib. XII.

Tabraca, ciudad de Lybia. Polibio, lib. XII. Sus habitantes llamábanse Tabracianos.

Singa, como dice Polibio en el lib. XII. Sus habitantes llamábanse Singeanos.

Polyhistor, en el lib. III de su Tratado sobre África, cita, como Demóstenes, una ciudad africana llamada Chalcea, pero Polibio le refuta diciendo en el lib. XII: «Comete un error respecto á Chalcea, que no es ciudad, sino una fábrica donde se trabaja el bronce.»

Dice Polibio en el lib. XII que existe en las inmediaciones de Syrtes una comarca llamada Byssatida, la cual tiene dos mil estadios de circunferencia y figura circular (1).

(1) Estos cinco fragmentos son citas de Atheneo y de Esteban de Bizancio.

II.

Polibio de Megalópolis, testigo ocular, refiere en el lib. XII las mismas particularidades que Nerodato sobre la planta de Africa llamada loto. Dice así: «El loto es un árbol de poca elevación, retorcido y espinoso; sus hojas, verdes, asemejan las del espino, pero son un poco más largas y oscuras; el fruto, cuando empieza á formarse, se parece en el color y en lo grueso á las bayas blancas del mirto cuando están maduras. Al madurar toma color escarlata y adquiere un grueso casi igual al de las aceitunas redondas; el hueso es muy pequeño. Cógese el fruto cuando está maduro, y triturado, se le hace cuajar en unas vasijas para servir de comida á los esclavos, ó quitándoles el hueso, se les conserva para alimento de los hombres libres. Tiene sabor parecido á los higos silvestres y á los dátiles, y el olor es desagradable. Triturándolo y mezclado con agua se hace un vino de suave y agradable gusto. Bébenle también puro y sin agua; pero esta bebida no se puede conservar más de diez días, por lo cual los habitantes del país la preparan á medida que la consumen. Con este fruto se hace también vinagre» (1).

(1) Atheneo.

III.

Ignorancia y nimia credulidad de Timeo cuando trata de los animales de Africa.—Prodigiosa ficción de este autor sobre la ferocidad de los animales de Córcega, y diferencia entre el conejo y la liebre.—Motivo por que parecen feroces los animales de esta isla.—En Córcega muchos animales, y en Italia los cerdos, son conducidos al son de trompeta.

Así como el Africa es un país de una fertilidad admirable, así también se puede decir que Timeo, cuando nos la pinta toda arenisca, seca é infructuosa, se acredita no sólo de ignorante en la historia de esta región, sino de superficial, imprudente y del todo entregado á antiguas hablillas que no merecen ningún crédito. Lo mismo que digo de la fertilidad de la tierra, digo de los animales. Pues es tanta la multitud de caballos, bueyes, ovejas y cabras que se cría en este país, que no sé si se podrá hallar igual en lo restante del mundo. La causa de esto es que como muchos pueblos del Africa ignoran el cultivo de la tierra, se mantienen de los ganados, y con ellos pasan la vida. Pero ¿quién no sabe que se dan aquí elefantes, leones, fuertes leopardos, hermosos búfalos y grandes avestruces, animales todos de que carece la Europa, y el Africa está llena? Con todo, Timeo, sin hablar siquiera una palabra de esto, parece que adrede se propuso contarnos lo contrario á la verdad.

La misma inconsideración con que habla del Africa demuestra también por lo tocante á la isla de Córcega. De ésta, hablando en el lib. II de su Historia, dice: «Se encuentran en ella muchos animales salvajes, como cabras, ovejas, bueyes, ciervos, liebres,

lobos y algunos otros; los habitantes se ejercitan en la caza de estas bestias, y no tienen otra ocupación por toda su vida.» Pero lo cierto es que en esta isla no se halla animal alguno salvaje, á excepción de la zorra, el conejo y la oveja silvestre. El conejo, visto de lejos, parece una pequeña liebre, pero después de cogido se encuentra en él una notable diferencia en la figura y el gusto. Nace por lo común debajo de tierra. El que todos los animales de Córcega parezcan fieros consiste en que, como la isla está cubierta de árboles y llena de precipicios y montañas, los pastores no pueden seguir sus rebaños cuando están pastando. Bien que si hallan un sitio de buenos pastos, y quieren llamar allí su ganado, tocan una trompeta, y al momento acuden todos al son de la de su propio pastor, sin equivocarse. Cuando alguno arriba á la isla y ve á las cabras y bueyes estar pastando solos, si intenta echarles mano, como no están acostumbrados á dejar acercar la gente, toman la huida. Entonces el pastor, si ha visto el desembarco, toca la trompeta y todos acuden corriendo de tropel á su sonido. Ve aquí por qué parecen salvajes, y por qué Timeo habló al aire por falta de examen.

Que los animales obedezcan al son de una trompeta no es de admirar. Porque en Italia, los que crían puercos no los tienen en pastos separados, ni los porquerizos van detrás de sus manadas como en la Grecia, sino que van delante tocando de tiempo en tiempo una corneta, al son de la cual sigue y va acudiendo el ganado; y cada manada está tan acostumbrada á distinguir la de su pastor, que admira y parece increíble la primera vez que se oye. Como en la Italia se consume y gasta mucha carne de puerco, se cría en ella mucho de este ganado, pero sobre todo en la antigua Italia, en la Etruria y la Galia, donde

se veía á una cerda haber criado mil lechones y á veces más. Fuera de las pocilgas están separados por sexos y por edades. De que proviene, que para el caso en que muchas manadas concurren á un mismo sitio, y por no poder estar separadas lleguen á mezclarse unas con otras, sea á la salida, sea en los pastos, ó sea á la vuelta, los porquerizos, para distinguir las sin pena ni trabajo, han excogitado la corneta, al son de la cual, con sólo ponerse uno de un lado y otro de otro, ellos por sí se separan los hatos y se van en pos de sus propias cornetas con tanta prontitud, que ninguna fuerza ni obstáculo es capaz de contener su carrera. En Grecia, cuando las manadas pastando por los bosques se llegan á mezclar unas con otras, aquel que más puercos tiene, cuando halla la ocasión mete é incorpora en su hato los del vecino. Otras veces se los hurta el ladrón que está emboscado, sin poder conocer el porquerizo cómo faltan, á causa de la distancia que suele haber entre él y el ganado, á quien ha alejado el ansia de hallar el fruto cuando comienza á caer del árbol. Pero de esto baste.

IV.

Refutación de lo que dice Timeo sobre la colonia de los Locros en Italia.—Origen que traen éstos de los Locros de Grecia, pero sin mediar entre ellos alianza.—Cien familias nobles que hubo entre unos y otros.—La doncella Fialefera fué de los Locros Epi-zefrios.—Fraude de los antiguos Locros para ajustarse con los Sicilianos.

He estado muchas veces en la ciudad de Locros, y he hecho á sus moradores servicios considerables. Por mí se libertaron de ir á la expedición de España. Por mí se eximieron de enviar á los Romanos para la gue-

rra de Dalmacia las tropas de mar que debieran según el tratado. También ellos, libres por mí de vejaciones, peligros y gastos no pequeños, me han tributado todo honor y agasajo en reconocimiento. De suerte que más motivos tengo para hablar bien de los Locrenses, que para lo contrario. Con todo, esto no me debe impedir de que diga y siente que la historia que trae Aristóteles de su colonia es más verdadera que la que cuenta Timeo. Porque me consta, por confesión de los mismos naturales, que la relación que hace Aristóteles es conforme á la tradición que han recibido de sus mayores, y no la de Timeo. Para esto alegan las pruebas siguientes.

Primeramente, que toda la honra y nobleza que se conserva entre ellos de sus mayores, proviene de las mujeres y no de los hombres. Por ejemplo, se reputa entre ellos por nobles á aquellos que descienden de las que llaman las cien familias. Estas cien familias son aquellas á quienes los Locrenses habían ya concedido este honor antes de salir á poblar á Italia, y de las cuales se sacaban por suerte, en cumplimiento de un oráculo, las cien doncellas que se habían de enviar á Troya todos los años. De estas mujeres algunas vinieron con la colonia, cuyos descendientes hasta el día de hoy están tenidos por nobles, y son llamados oriundos de las cien familias.

Vamos ahora á lo que entre ellos se llama *Fialejera*, cuya historia es de este modo. Cuando desalojaron á los Sicilianos de este puesto de Italia que ahora ocupan ellos, había la costumbre entre estos pueblos de presidir en los sacrificios el más noble é ilustre ciudadano. Los Locrenses, que no habían recibido de sus padres rito alguno, tomaron de los Sicilianos, entre otras, esta costumbre, y la observaron después sólo con la modificación de que en vez de un joven fuese

una doncella la Fialefera, por provenir la nobleza entre ellos de las mujeres.

Dicen que no tienen alianza alguna con los Locrenses de Grecia, ni han oído jamás que la tuviesen; pero saben por tradición que la tenían con los Sicilianos. Acerca de esta confederación cuentan que cuando llegaron la primera vez á Sicilia habían hallado á los Sicilianos apoderados de este país que ellos habitan ahora, y que amedrentados los naturales, se habían visto forzados á recibirlos y á ajustar con ellos estos pactos: *que vivirían en buena armonía, y el país sería común á unos y otros mientras que ellos pisasen esta tierra y trajesen cabezas sobre los hombros*. Formalizados estos conciertos, dicen que los Locrenses, antes de hacer el juramento, habían metido un poco de tierra entre la suela de sus zapatos, y habían puesto ocultas sobre sus hombros cabezas de ajos; y que después, arrojando la tierra de los zapatos y las cabezas de ajos de los hombros, habían desalojado á los Sicilianos del país á la primera ocasión que habían tenido. Esto dicen los Locrenses de su establecimiento.

V.

Timeo el Tauromenitano dice en el noveno libro de su *Historia* (nombre que Polibio le da irónicamente en el libro XII de su obra): «No era antiguamente costumbre hereditaria en los Griegos tener á su servicio esclavos comprados;» y escribe además: «Objeto fué Aristóteles de públicas censuras por el error que cometió en su tratado sobre las costumbres de los Locrenses. En efecto, las leyes de este pueblo prohibían tener esclavos» (1).

(1) Atheneo.

VI.

Dicho de Timeo. «La rectitud es de esencia de la regla, y la verdad de la Historia.»—Juicio de Polibio sobre esta expresión.—La mentira, ó proviene de la ignorancia ó de la voluntad.

Así como la regla, dice Timeo, que sea más corta, que sea menos ancha, con tal que sea recta, siempre es regla y merece este nombre, y al contrario, si la falta esta cualidad esencial, todo lo puede ser menos Regla; así también la Historia, sea el que fuere su estilo y disposición, ó tenga cualquier otro defecto en sus partes integrales, como guarde verdad, merece el nombre de Historia; pero si ésta le falta, es indigna de semejante nombre. Convengo en que en esta clase de escritos ha de reinar siempre la verdad, y aun yo mismo he dicho en cierta parte de esta obra, que así como un animal sin ojos queda del todo inservible, del mismo modo una Historia sin verdad no viene á ser mas que una narración infructuosa. Pero con todo, digo que hay dos modos de faltar á la verdad: uno hijo de la ignorancia, otro hijo de la voluntad; y que aquellos que se separan de la verdad porque no la conocen, merecen excusa; pero aquellos otros que mienten de propósito, son las gentes más abominables.

VII.

Timeo.

Llena está la historia de Timeo de idénticos errores, y no incurre, al parecer, en tal defecto por ignorancia de los hechos, sino por espíritu de partido; pues siempre que alaba ó censura á alguno, olvida lo que á sí mismo se debe, é infringe todas las leyes del decoro. Aristóteles no necesita justificación, y ya se ha visto por qué y con cuál fundamento habló de los Locrenses, como hemos referido.

Ocasión es esta de que juzguemos á Timeo y toda su historia, hablando al mismo tiempo del deber de un historiador. Creo haber demostrado que ni Timeo ni Aristóteles se dejaron guiar por conjeturas, y que la opinión de éste es más verosímil que la de aquél. Basta la verosimilitud para aceptarla, cuando no es posible saber la verdad. Pero concedamos á Timeo, que se acercó más á ella. ¿Le da esto derecho á denigrar, zaherir y condenar á muerte, por decirlo así, á los menos afortunados que él? No por cierto. Cabe ser riguroso, implacable con los historiadores que de meditado intento dicen falsedades, pero se debe dispensar á los que incurren en error por equivocados informes, corrigiendo benévolamente sus faltas y perdonándolas. Esto sentado, preciso es probar que lo que dijo Aristóteles de los Locrenses fué por agradar á alguno, ó por gratificación ó por enemistad con ellos. No siendo nadie osado á atribuirle tales móviles, convéngase en que los intencionados ataques de Timeo sólo prueban lo poco atento que era á sus deberes. Veamos, si no, el retrato que traza.

Aristóteles, de dar crédito á Timeo, era hombre osado, aturdido, temerario, que cometiendo imprudente calumnia llama á los Locrenses colonia de fugitivos esclavos y gente corrompida, y de tal suerte asegura esta falsedad, que parece, al oírle, un general al frente de un ejército que en campal batalla acaba de vencer á los Persas á las puertas de la Cilicia. «Todos saben, continúa Timeo, que es un ignorante y odioso sofista que en la vejez, de acreditado boticario, se ha dado maña para elevarse á historiador; catasalsas en todas las mesas, goloso, entendido en culinaria, dispuesto á todo por una buena tajada.» ¿Qué tribunal sufriría á un hombre de la hez del pueblo vomitar tales injurias? ¿Pueden sufrirse estos excesos? El historiador que conoce sus deberes ni mancha sus manuscritos con tales groserías, ni siquiera se atreve á pensarlas.

Examinemos las razones de Timeo comparándolas con las de Aristóteles, y veamos quién de ambos merece censura. Asegura que, desdeñando referencias, fué á Grecia para preguntar á los Locrenses el origen de su colonia, quienes primero le enseñaron los actas auténticas que aun subsisten, y empiezan así: «Conviniendo á los padres, respecto de sus hijos, etc. » después vió las leyes vigentes entre los Locrenses, y sabedores éstos de lo que Aristóteles había dicho de su colonia, les admiró la temeridad del escritor; que de Grecia pasó á la colonia locrense de Italia, donde encontró leyes y costumbres dignas de hombres libres y no de pueblos serviles, sufriendo castigo los fugitivos y los de vida airada, lo que no sucedería si todos tuvieran tan censurable origen. Tales son las razones de Timeo. Pero preguntemos á este historiador á cuáles Locrenses ha interrogado, quiénes le han informado de estas particularidades. Si tanto en Gre-

cia como en Italia hubiera sólo una nación de Locrenses, acaso no dudáramos de la buena fe de Timeo, y por lo menos podríamos enterarnos de ella; pero hay dos naciones Locrenses. ¿Cuál de ellas ha visitado? ¿Qué ciudades de la otra nación consultó? ¿Dónde encontró esas actas que tanto avalora? Porque nada de esto nos dice. Sabido es, sin embargo, que la gloria disputada por él á los demás historiadores es la de la exactitud en el orden de los sucesos y en la indicación de los documentos de que se ha servido. ¿Por qué no nombra ni la ciudad donde ha descubierto esas actas, ni el sitio donde fueron escritas, ni los magistrados que se las mostraron, ni los que de ellas le hablaron? De tomar tales precauciones, todas las dudas desaparecerían, y de quedar algunas, fácilmente se sabría la verdad. Debemos creer, pues, que no las tomó por temor de ser desmentido, que en otro caso ya hubiese puesto de manifiesto todas las pruebas, según vamos á demostrar.

Cita nominalmente á Echebrates como la persona con quien habló de los Locrenses de Italia, y para probar que este Echebrates no era un cualquiera, cuida de decirnos que su padre fué embajador del tirano Dionisio. ¿Olvidaría un historiador que atiende á estos detalles un acta pública, un monumento auténtico? Un historiador que compara los eforos de los primeros tiempos con los reyes de Lacedemonia; que cita por orden de tiempo los arcontes de Atenas, las sacerdotisas de Juno en Argos y los vencedores en los juegos Olímpicos; que rectifica hasta un error de tres meses en los monumentos de estas ciudades; que desentierra los comprobantes más ocultos; que es el primero en encontrar en los sitios más recónditos de los templos los monumentos de la hospitalidad pública; un historiador, repito, que esto hace, no tiene

excusa si ignora los detalles que le pedimos, ó si, sabiéndolos, dice falsedades. Duro é inexorable con los demás, merece ser tratado con igual rigor.

Después de mentir en cuanto á los Locrenses de Grecia, al pasar á los de Italia acusa á Aristóteles y á Teofrasto de presentar erróneamente las leyes y costumbres de ambas naciones, y preveo verme obligado, aunque del asunto principal me aparte, á probar lo que sé de ambas colonias. Me he detenido bastante tiempo en este punto para evitar frecuentes digresiones (1).

VIII.

Excesiva mordacidad de Timeo.—Calumnias que levanta contra Demochares.—Maledicencia torpe y falsa que usa contra Agatocles.—Un escritor, escrupuloso investigador de la verdad, no debe omitir lo laudable aun de los impíos.

Cuenta Timeo que Demochares se había prostituído hasta el extremo de no permitírsele encender con su sopro el fuego sagrado, hallándose en sus escritos más obscenidades que en los de Botris, Filenis y otros autores lascivos. Admira que un hombre bien educado emplee frases que causarían rubor en un lupanar. Comprendiendo el horror de esta calumnia, y temeroso de que se le atribuya la invención, toma Timeo por festigo un poeta cómico sin nombrarle. Persuadido estoy de que Demochares no es culpado de estas suciedades. Le justifica pertenecer á ilustre familia, siendo sobrino de Demóstenes, y haber recibido ex-

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

celente educación, como también que los Atenienses le confiaran el mando de sus tropas, concediéndole otras dignidades: inverosímil es que honraran tanto al autor de tales infamias. Timeo no advierte que al maltratar con tanta crueldad á Demochares, á quien más daña es á los Atenienses, que estimaron á este historiador hasta el punto de confiarle la defensa de la república y de la propia vida. No es, pues, Demochares merecedor de la censura de Timeo.

Cierto que el poeta cómico Archedicos propagó contra él necedades, que Timeo ha cuidado recoger y aprovechar, y que no fué el único en tal hazaña, pues también se desencadenaron contra Demochares los amigos de Antipater por haber dicho en público muchas cosas que podían molestar á este príncipe y á sus herederos y deudos, entre éstos á Demetrio de Faleres, de quien dice en su libro Demochares que estando al frente de los negocios públicos se vanagloriaba de su gobierno como pudiera hacerlo de su oficio un banquero ó un artesano, alabándose de gobernar de tal modo, que cuanto podía contribuir á la comodidad de la vida encontrábase en abundancia y á bajo precio; que en los días de ceremonia iba delante de él una tortuga artificial escupiendo saliva; que los jóvenes cantaban en el teatro; que cediendo á los Griegos las demás ventajas, reservábase Atenas la gloria de estar sometida á Cassander, y que este escritor tenía la impudencia de oír sin ruborizarse aquellas pretendidas alabanzas. A pesar de esta sátira, ni Demetrio ni ningún otro ha dicho de Demochares lo que se atrevió á decir Timeo, y el testimonio de la patria merece más crédito que el de este fogoso historiador. ¿Son necesarias más pruebas para asegurar que Demochares es inocente de las obscenidades que se le atribuyen? Y aunque fuera verdad que incurrió

en tales faltas, ¿qué ocasión ó negocio obligaba á Timeo á revelarlas en su historia?

A la manera que un hombre prudente, cuando piensa tomar venganza de su enemigo no se propone principalmente la pena de que es acreedor su contrario, sino más bien lo que le conviene á él hacer; del mismo modo un murmurador no ha de atender principalmente á lo que merece oír su enemigo, sino á lo que le está bien á él decirle. Esta debe ser su más precisa consideración. Porque los que no tienen otra regla en sus acciones que los impulsos del odio y de la envidia, por precisión han de incurrir en mil despropósitos, y han de exceder los límites de la modestia en cuanto digan. Ve aquí por qué con justa razón me parece desapruebo lo que Timeo profiere contra Demochares. En esta ocasión no merece excusa ni crédito, porque su genial malignidad le ha hecho prorrumper visiblemente en desvergüenzas, que exceden los términos de la decencia. Lo mismo digo de las calumnias que profiere contra Agatocles; tampoco las apruebo, en medio de que fué el hombre más impío. Hablo de aquellas obscenidades que trae al fin de su historia, donde dice que Agatocles desde su primera edad fué un burdel público, un hombre abandonado á toda incontinencia, un grajo, un milano de todo el que quiso conocerle; y que cuando murió, su mujer anegada en sollozos y lamentos le decía: «¿Qué no he hecho yo contigo, y tú conmigo?» En este pasaje no tanto se ve la desvergüenza de que hablábamos poco ha, cuanto se admira la maledicencia que en él rebosa. Pues de la misma relación que hace, se infiere con evidencia que Agatocles no pudo menos de haber estado dotado por naturaleza de prendas muy relevantes. Porque dejar la rueda, el humo y la greda, venirse á Siracusa á la edad de diez y ocho años, lle-

gar con tales principios después de algún tiempo á dominar toda la Sicilia, haber suscitado á los Cartagineses los mayores peligros, y al fin, envejecido en la tiranía, haber acabado sus días con el nombre de rey; por precisión se ha de confesar que Agatocles fué hombre grande y admirable, y que tuvo de la naturaleza grandes dotes y prendas para el manejo de los negocios. Un historiador no sólo debe dejar á la posteridad lo que puede difamar y desacreditar á un personaje, sino lo que puede darle honor. Esto es propio de la Historia. Pero Timeo, ofuscado por su humor mordaz y maldiciente, nos refiere con malicia y exageración los defectos y no nos habla siquiera una palabra de las acciones gloriosas; ignorando que no miente menos un historiador por dejar de contar lo que ha pasado.)

IX.

Ley de Zaleuco sobre la posesión de la cosa contextada hasta definitiva. — Duda sobre esta ley. — Otra del mismo Zaleuco, sobre los que se meten á interpretar las leyes.

Se seguía pleito en Locros entre dos jóvenes sobre un esclavo; el uno que lo había poseído por mucho tiempo, y el otro que sólo dos días antes de la contextación había salido al campo y se lo había traído por fuerza á casa estando ausente su dueño. El amo, informado del caso, marchó á la casa, cogió su siervo, le presentó en el tribunal, y dijo que él debía ser el dueño dando fianzas; pues la ley de Zaleuco prevenía que se mantuviese en la posesión de la cosa controvertida durante el pleito á aquel en cuyo poder estaba cuando se contextó. El otro, fundado en la

misma ley, sostenía que el siervo debía volver á su casa, pues de ella había sido extraído para traerle á juicio. Los jueces ante quienes pendía aquel pleito, no sabiendo qué resolver sobre el asunto, llevaron al esclavo al *Cosmopolita*, y le contaron el hecho. Este supremo magistrado interpretó la ley diciendo que aquellas palabras *en cuyo poder estaba cuando se contextó*, se debían entender de aquel que últimamente hubiese estado en pacífica posesión por algún tiempo de la cosa contextada. Pero en el caso de que uno llevase á su casa una cosa quitándosela á otro por fuerza, y después el dueño se la extrajese para presentarla en juicio, la posesión de aquél no era legítima. El joven que había salido condenado negó que fuese esta la mente del legislador. Entonces el *Cosmopolita* propuso si había alguno que quisiese disputar sobre el sentido de la ley, según la fórmula prescrita por Zaleuco. Esta se reducía á que los dos sustentantes explicasen con una sogá al cuello el espíritu del legislador en una junta de mil personas; y aquel que peor interpretase la mente de la ley, fuese ahorcado delante de los mil con su misma sogá. A esta propuesta del *Cosmopolita* replicó el joven, y dijo que no era igual el partido; pues que el *Cosmopolita*, teniendo ya poco menos de noventa años, apenas le quedarían de vida dos ó tres, en vez de que á él le restaba aún probablemente la mayor parte. Con este gracejo el joven redujo á pasatiempo un acto tan serio, y los jueces decidieron según el parecer del *Cosmopolita*.

X.

Refutación de lo que Calistenes escribe de Alejandro.—Ignorancia de este historiador en la táctica, que le hace cometer mil absurdos é imposibles en la descripción de las batallas.

Referiremos una sola batalla, que se dió de poder á poder en la Cilicia entre Alejandro y Darío, batalla la más famosa, la menos lejana del tiempo en que vamos, y lo principal, en la que se halló el mismo Calistenes. Ya Alejandro, dice este historiador, había atravesado los desfiladeros llamados en Cilicia las *Pilas*, y Darío, emprendida la marcha por las Pilas Amanidas, había llegado con su ejército á la Cilicia, cuando informado este príncipe por los naturales, de que Alejandro iba marchando delante hacia Siria, se propuso seguirle: que llegado á unos desfiladeros, campó sobre el río Pinaro; que había en aquel sitio un espacio que no tenía desde el mar hasta el pie de la montaña más que catorce estadios, y que el río, naciendo en la montaña entre dos precipicios, corría serpenteando por el llano hasta el mar, metido entre dos colinas escarpadas é inaccesibles. Expuestas estas circunstancias, dice que como Alejandro, vuelto sobre sus pasos, se fuera ya acercando al enemigo, Darío y sus generales resolvieron ordenar toda la falange en el mismo campamento que antes tenían, cubrirse con el río que pasaba por delante, colocar la caballería á la orilla del mar, inmediatos á ésta los extranjeros sobre la margen del río, y los coraceros pegando con el pie de las montañas.

En verdad que es difícil comprender cómo Darío situó estas tropas delante de la falange, pasando el

río por el pie del mismo campo, y siendo tan excesivo el número de sus gentes. Según el mismo Calistenes, tenía treinta mil caballos, y otros tantos extranjeros. Ahora, pues, qué espacio ocupe este número de tropas es fácil saberlo. Regularmente en las batallas verdaderas se forma la caballería sobre ocho de fondo. Entre escuadrón y escuadrón es preciso haya un intervalo proporcionado al frente de cada uno, para mejor ejecutar las evoluciones hacia el costado ó hacia la espalda. De que resulta, que ochocientos caballos ocupan un estadio; ocho mil, diez; tres mil y doscientos, cuatro; de suerte, que once mil y doscientos caballos vienen á llenar el espacio de los catorce estadios. Con que para formar en batalla los treinta mil era preciso con corta diferencia que estuviesen en tres cuerpos en pos los unos de los otros. Y pregunto ahora: ¿dónde estaban situados los extranjeros? Se me dirá acaso que á espaldas de la caballería. Pero esto no puede ser, porque según Calistenes estas tropas tuvieron que pelear en el combate con los Macedonios; de donde es preciso inferir que la mitad del terreno de parte del mar estaba ocupado por la caballería, y la otra mitad de parte de las montañas por los extranjeros. Por aquí se puede sacar la cuenta de cuánta fuese la profundidad de la caballería, y á qué distancia estuviese el río del campamento.

Dice después, que cuando ya estaban á tiro los enemigos, Darío, que ocupaba el centro de su formación, hizo venir los extranjeros que estaban en una de las alas. De esta proposición se origina otra duda. Porque los extranjeros y la caballería por precisión habían de estar contiguos en medio de este terreno. Luego si Darío estaba entre los mismos extranjeros, ¿cómo, para qué, ó á qué efecto era llamarlos? Por último, añade que la caballería del ala derecha se ade-

lantó para cargar sobre Alejandro; que éste sostuvo el ímpetu con valor y la atacó también por su parte, de que se originó una atroz refriega. Pero no se acuerda de que había un río de por medio, y un río tal como el que él acaba de describir.

Iguales contradicciones comete en lo que dice de Alejandro. Según él, pasó al Asia con cuarenta mil infantes y cuatro mil quinientos caballos, y cuando ya estaba para entrar en la Cilicia, le vinieron de Macedonia otros cinco mil hombres de á pie y ochocientos de á caballo. Quitémosle tres mil infantes y trescientos caballos, que es lo que más se puede destacar de un ejército para diferentes ministerios; y aun así vendrán á quedar cuarenta y dos mil hombres de infantería. Sentado este principio, añade que Alejandro tuvo noticia de la llegada de Darío á la Cilicia cuando ya sólo distaba de él cien estadios y había atravesado los desfiladeros; que con este motivo tuvo que volver sobre sus pasos y tornar á pasar aquellas gargantas, puesta á la vanguardia la falange, á espalda de ésta la caballería, y detrás de todo, el bagaje; que lo mismo fué verse en campo llano, mandó formar en batalla la falange, y puso sus líneas al principio sobre treinta y dos hombres de fondo, un poco más adelante sobre diez y seis, y al fin cuando ya estaba cerca del enemigo, sobre ocho. Estos aun son más clásicos absurdos que los anteriores. Pues mil seiscientos hombres, puestos sobre diez y ocho de altura, con los espacios correspondientes á una marcha, y dejando sólo seis pies de línea á línea, ocupan un estadio; por con siguiente diez y seis mil cogerán diez, y un número doblado veinte. De donde se ve palpablemente que cuando Alejandro ordenó su ejército sobre diez y seis de fondo, era preciso que llenase un espacio de veinte estadios; y aun

todavía sobraba toda la caballería y diez mil infantes.

Poco después dice que cuando Alejandro se vió á cuarenta estadios del enemigo, condujo su ejército de frente; delirio el mayor que se pueda excogitar. Porque ¿dónde es capaz hallar, mayormente en la Cilicia, un llano de veinte estadios de ancho y cuarenta de largo que necesita una falange armada de lanza para marchar de frente? Son tantos los inconvenientes á que está sujeta una formación semejante, que no es fácil numerarlos. Para prueba de ello bastarán sólo los que el mismo Calistenes confiesa. Los torrentes, dice, que se despeñaban de aquellas montañas habían formado tantas cavernas en el llano, que los más de los Persas perecieron en sus concavidades cuando huían. Conque, según eso, Alejandro quiso tener dispuesto su ejército para, cualquier lado que el enemigo se presentase. ¿Y se puede dar cosa menos dispuesta para esto, que una falange cuyo frente está desunido y roto? ¿Cuánto más fácil le hubiera sido ordenarse en batalla, adaptándose á la formación que llevaba en el camino, que no conducir sobre una línea recta sus tropas interrumpidas y divididas en el frente, y emprender la acción en un terreno quebrado y montuoso? Era sin duda mucho más ventajoso haber marchado con su ejército dividido en dos ó cuatro falanges, pues no era imposible hallar sitio proporcionado para esto sobre el camino; y le hubiera sido fácil formarse prontamente en batalla, puesto que podía saber con mucha anticipación por sus corredores la venida del enemigo. Pero aquí Calistenes, fuera de otros despropósitos, ni siquiera sitúa á la vanguardia la caballería, siendo así que conduce el ejército por tierra llana; sino que la hace marchar al igual de la infantería.

Pero el mayor absurdo de todos es decir que cuando ya estuvo cerca del enemigo, situó sus tropas Alejandro sobre ocho de fondo. De aquí se sigue, que la falange había de tener por precisión cuarenta estadios de longitud. Demos que se hallase tan del todo apiñada, que estuviesen pegando los unos con los otros; aun así era forzoso que ocupasen veinte estadios. Es así que Calistenes dice que no llegaban á los catorce; que de éstos una parte hacia el mar... *estaba vacía* y otra á la derecha; y que entre el campo de batalla y los montes se había dejado un espacio conveniente, para no estar dominados del cuerpo de tropas apostadas al pie de las montañas. Pues aunque es cierto que contra este cuerpo opone otro de parte de Alejandro en forma de tenaza, para eso le dejamos diez mil infantes, número mayor que el que él puede apetecer. Con que venimos á sacar, según su propia confesión, que sólo venían á quedar para la falange á lo más once estadios de longitud, dentro de los cuales habían de estar encerrados por precisión treinta y dos mil hombres sobre treinta de fondo. Esto no obstante, dice que al tiempo del combate estaba formada la falange sobre ocho de fondo. Ve aquí una clase de yerros inexcusable. La imposibilidad de los hechos está por sí misma saltando á los ojos. Porque designar los espacios de hombre á hombre, determinar la magnitud del terreno, contar el número de tropas, y después mentir, no admite excusa.

Sería largo de contar añadir á estos todos los despropósitos que ha cometido; bastará referir unos cuantos. Dice que todo el conato de Alejandro al formarse en batalla fué situarse de modo que tuviese que pelear con el mismo Darío, y que la misma intención tuvo Darío al principio contra Alejandro, mas después mudó de parecer; pero no nos dice siquiera una pala-

bra ni de cómo se penetraron mutuamente las intenciones, ni qué puestos ocuparon en sus respectivos ejércitos, ni adónde se trasladó Darío después que mudó de resolución. A más de esto, ¿qué motivo pudo haber para que la falange formada montase sobre la margen del río, generalmente escarpada y cubierta de jarales? Imputar á Alejandro un absurdo semejante, cuando es notorio que desde niño aprendió y ejercitó el arte de la guerra, sería injusticia; más regular será atribuirlo al historiador, cuya ignorancia no le permitía discernir lo posible de lo imposible en tales casos. Pero esto baste de Eforo y de Calistenes.

XI.

Polibio defiende á Eforo y Calistenes de las censuras de Timeo.

Con frecuencia declama Timeo contra Eforo, sin advertir que él mismo incurre en dos faltas y reprende airado defectos que no supo evitar, empleando frases é inspirando á sus lectores ideas tales, que hacen sospechar extravío en su entendimiento. Si con justificado motivo hizo morir Alejandro á Calistenes en el suplicio, ¿cuál no merece Timeo? Porque, de seguro, más irritada debe estar la divinidad contra él que contra Calistenes. Negóse éste siempre á poner á Alejandro en el rango de los Dioses, á pesar del general convencimiento de que nunca produjo la naturaleza humana sér que pudiera igualársele, y Timeo, en cambio, pone sobre los Dioses mayores á un tal Timoleón, cuyo único viaje militar fué de Corinto á Siracusa. ¡Buen trecho, en comparación del universo! Antojárase á Timeo, que si por distinguirse en un

rinconcillo del mundo, como lo es Sicilia, merece Timoleón figurar en su historia al nivel de los héroes más famosos, por haber escrito él lo que ocurrió en Italia y Sicilia se le compararía á los que han escrito la historia del mundo entero. Paréceme que quedan vengados Aristóteles, Teofrasto, Calistenes, Eforo y Demochares de los insultos que Timeo les prodigó. Lo que he dicho de este historiador basta para desengañar á quienes le creen escritor de ánimo recto y desapasionado (1).

XII.

La ligereza de Timeo se demuestra con sus propios escritos.

Trabajo cuesta averiguar el carácter de este historiador. De darle crédito, conoceríase el de los poetas y otros escritores en determinadas frases que con frecuencia repiten. La de «distribuir la carne,» que Homero emplea muchas veces, prueba, á juicio de Timeo, que este poeta era aficionado á comer. Aristóteles habla frecuentemente de condimentos, y esto basta para persuadirle de que era goloso y aficionado á lo exquisito, defecto que también atribuye á Dionisio, por gustar á este tirano la limpieza de los lechos y buscar con empeño los más variados y ricos tapices. Dada esta manera de juzgar, hay que deducir que Timeo tenía genio adusto y difícil de contentar, porque, grave y severo para la crítica, sus ideas propias son ilusiones, prodigios, cuentos de vieja y supersticiones impropias hasta de una mujer. Por lo

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

demás, lo sucedido á Timeo prueba que la ignorancia y falta de juicio ciegan á veces á algunos escritores hasta el punto de apartarlos lejos del asunto que han de tratar y de impedirles ver lo que necesitan (1).

XIII.

A propósito del toro de Falaris.

Creencia general fué antes de Timeo la de que Falaris había hecho construir en Agrigento un toro de bronce, dentro del cual metía á los condenados á muerte, y encendiendo por debajo del toro una hoguera, calentábase el bronce hasta quemar y consumir á los encerrados en aquel horno. Asegurábase también que el toro estaba hecho de modo que los gritos de los desgraciados por la violencia del suplicio parecían mugidos del animal. Decíase igualmente que durante la dominación de los Cartagineses en Sicilia fué trasportado el toro de Agrigento á Cartago, y que se veía aún la abertura por donde el tirano hacía meter á sus súbditos sospechosos. No hay motivo alguno para suponer que este toro había sido construído en Cartago. A pesar de la tradición por todos admitida, Timeo niega el hecho, y afirma que los poetas é historiadores al referirlo se engañaron; que nunca fué llevado el toro de Agrigento á Cartago, y que ni estuvo siquiera en Agrigento. No encuentro calificativos para tal osadía, que merece todas las inectivas empleadas por Timeo en sus ataques. Bien se ve, por lo que antes hemos dicho, cuán caracterís-

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

ticos eran en este historiador el embrollo y la falta de pudor y de veracidad, y se verá que además era completamente ignorante. Prueba de ello es, entre otras, lo que al fin de su libro XXI hace decir á Timoleón: «Toda la tierra está dividida en tres partes: una se llama Asia, otra Africa, y la tercera Europa.» Admiraría oír tal cosa al imbécil Margites, que entre los historiadores es el más ignorante (1).

Tan fácil es censurar los errores como difícil no incurrir en ellos (2).

XIV.

(Después de criticar en varias ocasiones á Timeo, añade Polibio) (3): Tales faltas son inexcusables, sobre todo en Timeo, que procura curar á costa de los demás los padrastrós que le salen en sus dedos (4). Censura, por ejemplo, á Teopompe haber dicho que Dionisio volvió de Sicilia á Corinto en un buque redondo, siendo así que hizo la travesía en un buque

(1) Fragmento de *Virtudes y Vicios*.

(2) Manuscrito de Urbino.

(3) Este fragmento y los siguientes, sacados de los Palimpsestos, confirma por completo, dice el Cardenal Mai, la opinión del célebre filólogo Beiske, de que el duodécimo libro de Polibio estaba consagrado por completo á la crítica de algunos historiadores, y particularmente de Timeo.

(4) Este proverbio griego corresponde al latino *reduviam curare*, y se aplicaba á los que descuidan lo principal por atender á lo accesorio. Un enfermo de dolencia hepática, dice Plutarco, consultaba al médico sobre los padrastrós que tenía en los dedos. «Curemos primero el hígado, contestó el médico, y después nos ocuparemos de los padrastrós.» Si esta anécdota no es origen del proverbio, explica su sentido.

alargado (1); califica á Eforo de mentiroso porque dijo que Dionisio el antiguo ocupó el poder á los veintitrés años, reinó cuarenta y dos y murió á los sesenta y tres. Error de esta índole debe atribuirse al copista y no al historiador, que para cometerlo necesitaba ser más inepto que Corebos y Margites (2), por no calcular que cuarenta y dos y veintitrés suman sesenta y cinco. Si de Eforo no puede suponerse tal cosa, claro es que el error lo cometió el copista. ¿Cabe, pues, aprobar en Timeo la ambiciosa pretensión de censurar á todo el mundo?

XV.

Dice Timeo en su historia de Pirro, que para conmemorar en determinado día la toma de Troya, los Romanos mataban á flechazos un caballo de guerra en un sitio llamado el Campo (3), porque un caballo que se llamaba Durius había sido causa de la toma de esta ciudad (4). No puede darse explicación más pueril, conforme á la cual todos los bárbaros descende-

(1) En la antigüedad los buques alargados eran de guerra, y los redondos de carga ó transporte.

(2) Esta es otra frase proverbial. En uno de los anteriores fragmentos de este libro cita Polibio, á propósito de Timeo, á este Margites como modelo de ineptitud. Sábese que Margites era el héroe de un poema atribuido erróneamente á Homero. (Véase Schell, *Historia de la literatura griega*.)

(3) El Campo de Marte. Los latinos le llamaban también por abreviación *Campus*.

(4) Un caballo de madera, según la versión del Cardenal Mai, que se aparta bastante del texto. Algunos autores antiguos, según refiere Plutarco en sus *Cuestiones romanas*, eran de la misma opinión que Timeo; pero Fastus dice que los Romanos dedicaban á Marte el sacrificio del caballo.

rían de los Troyanos, porque todos ó casi todos, al empezar una guerra ó cuando van á librar batalla decisiva, acostumbran á inmolar un caballo, considerando presagio la manera como cae á tierra (1)

XVI.

En esta parte de su justificación pareceme que Timeo no sólo da pruebas de impericia, sino de la torpeza hija de instrucción inoportuna y propia de quien, porque los Romanos inmolaban caballos, imagina que lo tenían por costumbre, y que un caballo ocasionó la toma de Troya. Claro está que su historia de Libia, de Cerdeña y especialmente de Italia ha de ser defectuosa, por desatender el examen crítico de los hechos, que tan grande importancia tiene. Ocurriendo sucesos al mismo tiempo en muchos sitios, y no pudiendo un hombre estar á la vez en todos ellos y ser testigo ocular de todos los acontecimientos, no queda otro medio al historiador que reunir el mayor número de informes, escoger los testimonios más fidedignos y ser juez imparcial é ilustrado de los actos que refiere. En este punto, aunque se rodee Timeo de las más imponentes apariencias, pareceme que se ha apartado mucho de la verdad, no sólo cuando se refiere á testimonios ajenos sin investigar lo que haya en ellos de verosímil, sino cuando habla de hechos que presencié ó lugares que ha visitado. Prueba evidente de ello es lo que dice respecto á Sicilia; y su ignorancia y sus errores acerca de los sitios más célebres donde nació y vivió, excusa demostrar cuánto se

(1) Acerca de esta costumbre de los pueblos bárbaros puede verse Herodoto, libro I, cap. IV, págs. 61 y 62; lib. VII, pág. 113.

equivoca respecto á otras cosas. Pues bien, dice que la fuente Aretusa que se encuentra en Siracusa, tiene nacimiento en el Peloponeso, en las aguas del río Alfeo, que después de recorrer la Arcadia y el territorio de Olimpia, penetra bajo tierra en un espacio de cuatro mil estadios, corre por debajo del mar de Sicilia y reaparece en Siracusa, probándolo así el hecho de que, habiendo llovido una vez copiosamente mientras se celebraban los juegos Olímpicos, desbordóse el río, inundando el sagrado recinto, y la fuente Aretusa arrojó gran cantidad de excremento de los toros inmolados en la solemnidad, como además un frasquito de oro, que reconocieron y recogieron por haber pertenecido á la fiesta (1).

XVII.

Quien juzgue estos hechos opinará como Aristóteles y no como Timeo (2). Es de todo punto absurda é inocente la opinión que sigue á la referida, y que intenta demostrar Timeo, de ser contrario á la razón que los esclavos de los Lacedemonios, compañeros de armas de sus señores, cobrasen á los amigos de éstos el mismo cariño que á sus amos tenían, porque los que han

(1) Esta opinión, ó mejor dicho fábula, acerca del origen de la fuente Aretusa, se encuentra, como dice el Cardenal Mai, en todos los autores de la antigüedad, en Strabón, Virgilio, Séneca, Plinio. Strabón cita á Píndaro y Timeo, y rechaza, como Polibio, la tradición.

(2) Trátase aquí de la opinión de Aristóteles acerca del origen de los Locrenses, opinión que, según se ha visto, prefiere Polibio á la de Timeo. Cree Aristóteles que los Locrenses eran una colonia de vagos y esclavos fugitivos; y asegura Timeo que los Locrenses de Italia procedían de hombres célebres que salieron de la Locrida, en Grecia.

sido esclavos y sin esperar lo favorece la fortuna, procuran mantener y estrechar las relaciones de benevolencia con sus amos, y aun crear otras de hospitalidad y parentesco con ellos, por importárseles menos sus antiguos lazos de familia que los medios de borrar el recuerdo de su primera abyección y oscuridad. Prefieren, pues, pasar por descendientes que por emancipados de sus señores.

Es muy probable que sucediera esto á los Locrenses. En efecto, muchas gentes que se expatrián, pasado algún tiempo y sin temor á testigos de su primera condición, son bastante cuerdas para no practicar costumbres que hagan sospechar su primitiva bajeza, procurando, al contrario, borrar todo rastro de ella. Por esto los Locrenses dieron á su ciudad nombre femenino, se formaron una genealogía por las hembras y renovaban amistades y alianzas que por esta línea ascendía á sus abuelos. El hecho de que los Atenenses arrasaran su territorio no debe haber influido en la opinión de Aristóteles, porque siendo probable, según hemos dicho, que los Locrenses que partiendo de la Locrida llegaron á Italia se atribuyeran, aunque hubiesen sido diez veces esclavos, relaciones de amistad con los Lacedemonios, también lo es que los Atenenses, en su rencor contra estos últimos, atendieran más á la atribuida amistad que á la intención con que se manifestaba (1). Pero ¿por qué los Lacedemonios mandaron

(1) Quiere decir Polibio que Aristóteles, que había examinado á fondo la cuestión histórica, no alteró la verdad, por odio á los Locrenses, asegurando que descendían de una colonia de esclavos, pues los Atenenses al hostilizar á los Locrenses, sólo vieron en ellos amigos de los Lacedemonios y enemigos de Atenas, sin investigar los verdaderos motivos que obligaban á los Locrenses á buscar la amistad y alianza de los Lacedemonios.

volver á la patria á los jóvenes para reparar las pérdidas de la población (1), y no permitieron á los Locrenses (2) hacer lo mismo? En ambas cuestiones hay gran diferencia entre lo verosímil y lo verdadero. No debían los Lacedemonios impedir á los Locrenses hacer lo que ellos mismos hacían, porque era absurdo, y aun induciéndoles á que les imitasen, no hubieran consentido en ello los Locrenses, por causa de que las costumbres é instituciones de Lacedemonia permitían á tres ó cuatro hombres, y aun á más cuando eran hermanos, tener una sola mujer, cuyos hijos les pertenecían en común, de igual modo que es frecuente y bien mirado en este pueblo que un hombre cuando tiene número suficiente de hijos ceda su mujer á alguno de sus amigos (3). He aquí por qué los Locrenses, que no se habían comprometido como los Lacedemonios con imprecaciones y juramentos á no volver á sus casas sin tomar antes á Messena á viva fuerza, no esperaron á volver en masa, sino por pequeños y raros destacamentos, dando tiempo á las mujeres para tener comercio carnal con esclavos y mujeres casados (4), cosa que hicieron especialmente las solteras, y que fué causa de la emigración.

(1) Durante la guerra de Messenia.

(2) Que servían con ellos como aliados.

(3) Véase Plutarco. Vida de Licurgo, cap. xv.

(4) Aunque el Cardenal Mai opina que este párrafo se refiere á los Partenios, colonia de Lacedemonios que, acaudillada por Falante, fundó á Tarento en tierra de Nápoles, parece al contrario que el texto y la ligazón de ideas indica claramente que Polibio se refiere á los Locrenses, nacidos durante la guerra de Messenia, de comercio adulterino, y especialmente de relaciones de mujeres libres con esclavos, los cuales fueron á fundar, según Aristóteles, la colonia de Locres en Italia, opinión que Polibio adopta y defiende contra la de Timeo, que atribuye á los Locrenses distinto origen.

XVIII.

Dice Timeo que la mayor falta que puede cometer un historiador es la mentira, y que los historiadores convencidos de impostura pueden escoger para sus obras cualquier otro título, menos el de historias.

Estamos de acuerdo; pero advierto que existe gran diferencia entre la infidelidad cometida por ignorancia y la voluntaria: digna aquélla de perdón, debe ser corregida con indulgencia; ésta, al contrario, es acreedora á justa é inexorable censura, y por ello la merece Timeo. Sirva esto para comprender su carácter (1).

XIX.

A los que faltan á sus compromisos se les aplica el proverbio: Locrenses en los convenios. Investigando el origen de este dicho, se sabe que los historiadores y los que no lo son afirman de acuerdo lo siguiente: Cuando la invasión de los Heráclidas, convinieron los Locrenses con los del Peloponeso en levantar farolas en señal de guerra si los Heráclidas pasaban, no por el istmo, sino doblando el cabo Rhion. Advertidos los del Peloponeso de antemano por medio de estas señales, podían prepararse contra el ataque. Pero no sólo dejaron de ponerlas los Locrenses, sino que al presentarse los Heráclidas pusieron farolas en señal de amistad, y así los Heráclidas pasaron sin difi-

(1) El Cardenal Mai sospecha que hay en este punto del texto una laguna.

cultad alguna; y los del Peloponeso, á causa de la traición de los Locrenses, no se informaron á tiempo ni pudieron impedir que el enemigo llegara á sus moradas.

XX.

.....acusar (1) y buscar en las memorias visiones de soñadores y apariciones de genios. Quienes se permiten no pocas de estas sandeces, en vez de censurar á los demás, como hace Timeo, deberían contentarse con no ser censurados. Dice, en efecto, que al escribir tales cosas Calistenes, había sido un adulador, y que, apartándose mucho de la filosofía, prestó atención á los cuervos y á las mujeres delirantes (2) y que recibió de Alejandro justo castigo por haber perjudicado cuanto pudo su gloria y fortuna. Pero Timeo elogia á Demóstenes y á los oradores que en su tiempo florecieron, y dice que se mostraron dignos de Grecia negándose á conceder á Alejandro honores divinos, mientras el filósofo Calistenes, que otorgó á un mortal la égida y el rayo, recibió de la divinidad justo castigo á su cobardía.

XXI.

Polibio de Megalópolis dice de Timeo: Como basta una gota, según el proverbio, para juzgar todo el

(1) Como se ve, el manuscrito del Vaticano tiene aquí una laguna considerable que hace todo el fragmento oscuro, y más aún por la incorrección del texto.

(2) Refiérese á las predicciones por el vuelo de los cuervos y por el entusiasmo de las profetisas ó pitonisas.

licor contenido en el mayor vaso, puede formarse opinión en el asunto de que tratamos. Si, en efecto, se descubren en una historia dos ó tres falsedades de propósito escritas, es evidente que nada de lo dicho por el autor puede inspirar seguridad y confianza. Procuremos desengañar á los partidarios de Timeo, refiriéndonos especialmente á las arengas, á las alocuciones, y sobre todo, á los discursos de los embajadores; en una palabra, á todas las composiciones de esta clase que son como puntos capitales de los hechos y abarcan toda la historia. Ahora bien: ¿qué lector no comprende que Timeo publica deliberadamente discursos inventados? Porque ni refiere lo que se dijo ni cómo se dijo: proponiéndose, al contrario, demostrar cómo se debía hablar, da todos los discursos y enumera todas las circunstancias de los hechos, como pudiera hacerlo en un certamen oratorio sobre asunto dado, para ostentar su talento, no como narración que reproduce el lenguaje del orador sin ofender la verdad.

Deber especial del historiador es conocer primero los discursos tal y como realmente se han pronunciado, é investigar en seguida la causa que ha producido el buen ó el mal éxito del acto ó del discurso, porque si este género de elocuencia por su misma sencillez interesa, en cambio por sí solo no produce utilidad real, pero añadiéndole la exposición de las causas hace fructífera la lectura de la Historia. En efecto, en circunstancias análogas, aplicadas á nuestra situación propia y particular, nos proporcionan medios y datos para prever el porvenir, y unas veces evitando y otras imitando ejemplos de lo pasado, acometemos con mayor seguridad nuestras empresas. Pero omitiendo Timeo los discursos pronunciados sin dar cuenta de las causas y reemplazándoles con re-

buscados argumentos y palabreras digresiones, quita á la Historia su verdadero carácter. He aquí la principal ocupación de este escritor, y ninguno de nosotros ignora que menudean en sus obras los retazos de este género.

Pero acaso se pregunte, por qué siendo Timeo tal y como le presentamos, tiene entre determinadas personas tanto prestigio y autoridad. La causa consiste en que se le juzga, no por lo que él refiere y afirma, sino por las críticas que hace de las obras de otros, para lo cual tiene, en mi concepto, aptitud y energía singulares. Lo mismo sucede al físico Stratón (1). Cuando analiza ó refuta las opiniones de otro está admirable; pero al exponer sus ideas propias, dicen los inteligentes que es más mediano é incapaz que los autores objeto de sus censuras. Así imagino que sucede á nuestro historiador como á todos nosotros en el curso de la vida, siéndonos fácil censurar á otros y difícil mostrarnos irreprochables. En general, se advierte, preciso es confesarlo, que los más arrojados para la censura son quienes cometen mayores faltas en su conducta personal.

Además de la referida, ofrece también Timeo otra singularidad. Por haber vivido cerca de cincuenta años en Atenas, se empapó en el estudio de las memorias relativas á los antiguos tiempos, imaginando en seguida que tenía las mejores dotes para escribir la historia. Opino que se engañó, porque teniendo la historia y la medicina la semejanza como ciencias de que ambas se dividen en tres partes completamente

(1) El físico Stratón fué discípulo de Teofrasto, y le sucedió en su escuela el tercer año de la olimpiada cxxxiii. Preceptor de Ptolomeo Filadelfio y filósofo célebre, incurrió en la acusación de impiedad. Diógenes Laercio, que escribió su vida, dice que Stratón habia escrito muchas obras.

distintas, los que al estudio de las dos se dedican lo hacen con idéntico método. La medicina, por ejemplo, se divide en tres partes: es la primera la medicina racional (1); la segunda la medicina dietética (2), y la tercera la medicina quirúrgica ó farmacéutica (3). La fanfarronería y la impostura caracterizan por regla general este arte, y sobresale en explotarlas el racionalismo nacido principalmente en Alejandría entre los que allí se llaman Herofilianos y Calimaquianos (4), produciendo con sus fastuosas apariencias y la brillantez de sus promesas tal ilusión, que á su lado parecen ignorantes los demás médicos; pero al llegar á la aplicación, cuando están junto al enfermo, se les ve tan desprovistos de conocimientos prácticos como los que jamás han saludado una obra de medicina. Seducidos por su lenguaje, algunos enfermos de dolencias leves confiáronse á ellos y han visto en peligro su vida, porque estos médicos se parecen á los pilotos que dirigen el barco con un libro (5). Sin embargo, cuando recorrían con gran ostentación las ciudades y agrupábase la multitud al pie de los tabladillos desde donde pronunciaban los discursos, ponían en grande apuro á los aficionados á juzgarles por sus obras

(1) O especulativa.

(2) Es decir, la que se ocupa del régimen: lo que hoy se llama higiene.

(3) La cirugía y la materia médica. La farmacéutica tiene ahora más limitado sentido, por concretarse á la preparación de medicamentos. Celso, que en su prefacio reproduce en parte esta división de la medicina griega, explica la medicina *quirúrgica* diciendo *quae manu mederetur*, y la medicina *farmacéutica*, *quae medicamentis mederetur*.

(4) Es decir, sectarios de Herófilo y de Calímaco, jefes de la escuela racionalista ó dogmática, opuesta á la escuela empírica, cuyo jefe era Serapión.

(5) Esta frase parece ser proverbial.

entregándoles al desprecio del auditorio, ventaja que el lenguaje persuasivo consigue fácilmente de la práctica y la experiencia. La tercera parte del arte de curar, que reúne el carácter de los dos anteriores métodos (1), no sólo se cultiva poco, sino que, gracias á la falta de juicio del vulgo, la eclipsan con frecuencia el charlatanismo y la audacia.

Sucede lo mismo con la Historia práctica, que se divide en tres partes: una tiene por objeto investigar las memorias de pasados tiempos y reunir materiales; otra observar ciudades, comarcas, ríos y puertos, en general las particularidades y distancias de tierra y mar, y la tercera narrar los sucesos políticos. Como sucede en la medicina, alentados por la opinión preexistente se dedican muchos á esta última parte de la Historia, sin otros títulos que su destreza, audacia y trapacería, y cual mercaderes de antídotos ó específicos, su único objeto es adquirir una reputación que les proporcione, con el favor del público, medios de subsistencia. Hombres de esta especie no merecen que me ocupe más de ellos.

Otros, por el contrario, que al parecer consagran su inteligencia y estudios á escribir una historia cual hábiles médicos, tan pronto como sacan de los libros todos los materiales créense en estado de comenzar su obra.

.....

Util es referir las vicisitudes del destino de estos hombres y los sucesos de los pasados tiempos, porque el conocimiento de lo ocurrido nos hace más atentos á las cosas de lo porvenir, siempre que pueda contarse con la veracidad de la historia; pero cometería in-

(1) Es decir, la medicina racional y la medicina empírica.

signe error quien creyera, como Timeo, que tenía bastante con esta única competencia para escribir hábilmente la historia: tanto valdría creerse pintor, y pintor hábil, por haber visto cuadros antiguos.

Quedará demostrado esto con lo que he de decir en adelante, y particularmente con lo sucedido á Eforo en algunos puntos de su historia (1). Parece que este historiador conocía algo las batallas navales, pero no las terrestres. De aquí que cuantas veces habla de los combates por mar cerca de Chipre y de Gnido y de las empresas de los generales del Rey de Persia contra Evagoras en Salamina, ó contra los Lacedemonios, se admira con razón la elocuencia y habilidad del historiador, y su relato sirve de útil enseñanza para casos parecidos; pero cuando refiere la batalla de Tebanos y Lacedemonios en Leuctras, ó la de Mantinea, en la que Epaminondas perdió la vida, si se atiende á las diversas partes de la narración y se siguen las varias evoluciones y movimientos militares que en el calor del combate describe, adviértese ser aquello tan ridículo é inhábil como si jamás hubiese visto cosa parecida. Y prueba la ignorancia del historiador, no tante la batalla de Leuctras (batalla sencilla en la cual se practicó un solo género de operaciones militares), como la de Mantinea, que fué tan variada, manifestándose verdadero talento de mando; todo lo cual desaparece en esta historia por ignorancia del historiador. Lo dicho será evidente para los que, pudiendo darse cuenta del aspecto de los terrenos, quieran representar en ellos la ejecución de los movimientos que Eforo describe.

(1) Eforo escribió una historia universal que comprendía doscientos cincuenta años, desde la vuelta de los Heráclidas hasta el año 20 del reinado de Filipo, hijo de Amintas.

Lo mismo sucede á Teopompo y á Timeo, y algo diré de este último. Fácil es comprender por qué han obrado todos así, y lo que cada cual ha querido hacer. Por lo demás, todos se portan como Eforo.

XXII.

Tan imposible es escribir bien de asuntos militares sin conocimiento del arte de la guerra, como discutir los negocios públicos sin estudiarlos ni practicarlos; por consecuencia, quien se contenta con la lectura de los libros, no puede producir en el género de la historia nada hábil y perfectamente cierto, y de sus escritos no sacará fruto alguno el lector, porque quitando á la historia la utilidad que puede ofrecernos, queda sólo una composición miserable é indigna de persona inteligente. Debo añadir que si se quiere escribir en particular sobre ciudades y países, cometeránse errores de igual índole de no estar perfectamente versado en geografía, por omitir muchas cosas dignas de ser referidas y contar otras que no debían mencionarse. Así sucedió á Timeo por no viajar.

XXIII.

En el libro xxxiv de su historia dice Timeo: «Durante cincuenta años he sido huésped de Atenas, estudiando atentamente todos los usos de la guerra.» No habiendo visitado nunca ninguno de los países que describe, cuantas veces tiene que dar en su obra alguna noción de geografía incurre en falsedad por ignorancia, y si alguna vez atina con la verdad le sucede como al pintor, que para representar animales

salvajes copia los domésticos; encontraránse en ellos las formas exteriores, pero no el vigor independiente que caracteriza al animal salvaje, ni la vida real, que es el principal objeto de la pintura.

Esto ha sucedido á Timeo, como á cuantos se fían demasiado de los conocimientos que de los libros sacan. A todas sus narraciones les falta la savia, la vida, que sólo se encuentra en los historiadores que han manejado por sí mismos los negocios, y que son los únicos capaces de inspirar al lector sensaciones útiles y duraderas. Por ello nuestros antepasados buscaban esta cualidad evidente de acción personal en todos los comentarios, queriendo que los que escribiesen de política fueran hombres políticos y hubiesen demostrado habilidad al serlo; los que de guerra, hubiesen batallado arrojando los peligros, y los escritores sobre la vida doméstica supieran por sí lo que es el matrimonio y la educación de los hijos. De esta suerte, cada composición literaria se acomodaba a un género de vida, y es lo cierto que sólo se encuentra utilidad en los que escriben sobre lo que han hecho y se aplican á esta historia práctica. Diráseme sin duda que es por demás difícil tener conocimientos prácticos de todas las artes y ciencias; pero conviene apropiarse los principales y de más común uso.

Y que esto no es imposible bien lo prueba Homero, en quien brilla extenso y variado conocimiento de todas las cosas. Dedúcese de ello que el estudio de los libros es la tercera de las cualidades del historiador, aunque no tenga tal rango en nuestro autor. Prueban fácilmente esta verdad los discursos, las exhortaciones y las arengas de los embajadores que Timeo escribe. A corto número de lectores agradan sus extensos discursos: la mayoría los prefiere cortos, y algunos que no los hubiera escrito. Nuestro siglo desea

una cosa; el pasado deseaba otra. Unas gustaban á los Etolios, otras á los del Peloponeso y otras á los Atenienses; y los mismos Atenienses, según los tiempos, preferían esto á aquello. Multiplicar tales discursos aprovechando cualquier motivo, como lo hace Timeo, siempre palabrero en lo que escribe, es ocupación miserable y digna de escuela.

Este sistema ha hecho con frecuencia mucho daño á los historiadores, provocando el disgusto del lector; pero es un mérito real escoger oportunamente el momento para los discursos y darles el tono y medida que les convienen.

Siendo el empleo de las peroraciones cosa vaga é incierta, no puede determinarse con precisión ni el número ni la forma. Para que sirvan al historiador en vez de causar daño á su libro, necesita tener conocimientos, habilidad y experiencia literaria. Difícil es enseñar la manera de aplicarlas bien, y no se logrará hacer esto sin conocer perfectamente los usos y costumbres. Por lo que al momento presente hace, explicaré mi opinión. Si cuantas veces la ocasión se ofrezca nos transmiten los historiadores deliberaciones y consejos verdaderos, si reproducen los discursos que en efecto se pronunciaron, si explican en seguida las causas por las cuales tal ó cual orador ha obtenido este ó aquel resultado, podrá sacarse conocimiento útil de los negocios, examinando qué discursos son aplicables á otros asuntos ó difieren de ellos; pero es muy difícil llegar á las causas de los acontecimientos, y facilísimo hacer ostentación de elocuencia, siendo pocos los hombres capaces de decir lo que conviene en breves palabras y de estudiar con fruto las reglas, y nada tan fácil como decir á tontas y á locas multitud de necedades.)

XXIV.

Para terminar la prueba de mi juicio sobre Timeo y de lo dicho acerca de su ignorancia y propensión á faltar á sabiendas á la verdad, citaré algunos de sus escritos que pasan por más fidedignos. Sabido es que de todos los que dominaron en Sicilia, los más hábiles fueron Hermócrates, Timoleón y Pirro de Epiro, siendo inconveniente atribuir á tales hombres discursos dignos de estudiantes. Pues bien, Timeo refiere en su libro XXI, que cuando Eurimedón se trasladó á Sicilia y excitaba á las ciudades á declarar la guerra á los Siracusanos, agobiados por el infortunio los ciudadanos de Gela, enviaron diputados á los Camarinienses para obtener una tregua, y éstos se apresuraron á atender su demanda. Ambos pueblos de común acuerdo mandaron embajadores á sus aliados, pidiéndoles que enviasen á Gela ciudadanos escogidos y fieles para convenir las condiciones de la paz con recíprocas ventajas. Cuando los embajadores se presentaron en el Senado y empezó la deliberación del asunto, Timeo hace hablar de esta manera á Hermócrates:

«Empieza Hermócrates elogiando á los ciudadanos de Gela y á los Camarinienses, primero por haber ajustado tregua entre sí, además por proporcionarle ocasión de hablar, y finalmente por haber tomado sus precauciones para que..... porque sabían muy bien la diferencia que hay entre la guerra y la paz. En seguida pone en su boca dos ó tres vulgaridades políticas. «Os falta, dice, conocer bien cuánto difieren la guerra de la paz,» cuando ya les había manifestado que sabían muy bien la diferencia entre la paz y la guerra... Da las gracias á los ciudadanos de Gela por

no usar de la palabra ante el Senado, que está perfectamente informado de todo..... Sostengo, pues, que no sólo carece Timeo de conocimientos políticos, sino de los literarios que se aprenden en todas las escuelas. Nadie ignora que al lector se le deben decir las cosas desconocidas ó mal sabidas, porque sobre las que todo el mundo conoce, es inútil escribir prolijas arengas; y Timeo, al contrario, incurre en este defecto, escribiendo largo discurso sin perdonar una frase, y con tales argumentos que de seguro nadie atribuirá á Hermócrates, por ser imposible que hablase como un niño quien tan poderoso auxilio dió á los Lacedemonios en la batalla naval de Egos-Potamos y quien hizo prisioneras en Sicilia á las tropas atenienses con sus generales» (1).

XXV.

Razones de que se puede valer un embajador como de lugares comunes para promover la paz ó suscitar la guerra.

Procure ante todas cosas traer á la memoria de los que componen el Congreso, que en tiempo de guerra nos hace levantar de la cama al amanecer el sonido de las trompetas, y en tiempo de paz el canto de los

(1) A continuación se encuentra en el manuscrito publicado por el Cardenal Mai el discurso que Timeo atribuye á Hermócrates, y del que se burla Polibio. Recibe se equivocó al creer que este discurso, que forma el siguiente fragmento, era de Polibio. En igual error incurrió Gronovio al decir que era un discurso de generalidades para obtener la paz ó la guerra. El mismo Schweighauser no reconoció que era de Timeo.

gallos. Explique la intención y modo de pensar de Hércules en la institución de los Juegos Olímpicos y solemnidad de esta fiesta; y que si hizo mal á todos los pueblos contra quienes llevó sus armas, fué por necesidad y precepto; pero que voluntariamente jamás hizo daño á mortal alguno. A consecuencia de esto diga, cómo Homero representa á Júpiter airado contra el Dios Marte, y diciéndole:

Entre los Dioses que el Olimpo habitan,
A tí sólo aborrezco, porque sólo
Te agradan riñas, choques y batallas.

Traiga aquí el otro dicho del heroe más prudente:

Quién la guerra sangrienta y cruel ama
Ni ley, ni hogar, ni tribu reconoce.

Añada que del mismo sentir que Homero es Eurípides, cuando dice:

¡Oh dulce paz, emporio de riquezas,
La más grata á los Dioses inmortales!
Yo por tí anhelo; ¡cómo te detienes!
Temo de la vejez ser oprimido
Antes que llegue á ver el dulce día
En que todo resuene con canciones
Y convites ceñidos de guirnaldas.

Por último, diga que la guerra se parece á la enfermedad, y la paz á la salud; que en ésta recobran su salud los enfermos, y en aquélla pierden la vida los sanos; que durante la paz los viejos son enterrados por los mozos, pero durante la guerra los mozos por los viejos; y lo principal, que en tiempo de guerra ni aun hay seguridad dentro de los muros, en vez de que en tiempo de paz llega la tranquilidad hasta las fronteras. Y otras cosas semejantes.

.....

Difícil me es decir (1) cuántas más puerilidades pueden añadirse en una amplificación escolástica ó en una lección en que se quiera argumentar á propósito de las personas presentes. Los discursos que Timeo atribuye á Hermócrates parece que han servido para distinto objeto que el atribuido.

En el mismo libro XXI, Timoleón induce á los suyos á dar batalla á los Cartagineses, y cuando están á punto de venir á las manos, les aconseja que no atiendan al número de sus adversarios sino á su debilidad, «porque si es verdad que Africa está por todas partes muy poblada de hombres, dícese proverbialmente de un lugar desierto, una soledad africana, y no nace esta locución de la soledad de los parajes, sino del corto número de habitantes dotados de carácter viril.» «En una palabra, añade, ¿quién teme á hombres que, olvidando que la naturaleza les ha dado las manos como ventaja sobre los animales, llévanlas ociosas bajo la túnica (2), y que además, se ponen debajo de éstas lazos para no parecer amedrentados ante el enemigo?»

XXVI.

Habiendo prometido Gelón socorrer á los Griegos con veinte mil soldados de infantería y doscientos barcos si se le concedía el mando en jefe de las fuerzas de mar y tierra, refiérese que el Senado de los

(1) Con estas líneas continúan los nuevos fragmentos de los Palimpsestos

(2) En las pinturas homéricas del manuscrito de la Biblioteca Ambrosiana, publicadas por el Cardenal Mai, y en las de Terencio y Virgilio del Vaticano, los hombres están representados con las manos bajo sus túnicas.

Griegos, que por entonces residía en Corinto, inspirándose en sabia política, contestó á sus emisarios prescribiendo á Gelón acudir como auxiliar con sus tropas, dejando á los acontecimientos que dieran el mando en jefe á aquél cuya ayuda fuera más eficaz. Con esto quisieron demostrar que no cifraban todas sus esperanzas en el auxilio de Siracusa sino en sí mismos, y que exhortaban á todos sus amigos para acudir á la lucha del valor y á merecer la corona de la virtud. Pero de tal suerte multiplica y alarga Tímeo sus arengas sobre cualquier asunto; con tanto entusiasmo procura ensalzar á Sicilia sobre toda Grecia en esplendor y poder, mencionando cuanto allí se ha hecho como más bello y grande que lo ocurrido en el resto del mundo; tanto pondera la sabiduría de los Sicilianos como superior á toda otra sabiduría; habla, en fin, de los Siracusanos como de personas tan eminentes y tan maravillosamente propias para los grandes negocios, que no podrían añadir hipébole alguna los escolares aficionados á ejercitarse en el estilo admirativo con amplificaciones declamatorias llenas de vulgaridades sobre asuntos baladíes, como, por ejemplo, los elogios de Tersites, la crítica de Penélope ó cualquiera otra necedad semejante.

El abuso de este hinchado estilo para presentar hombres y cosas en la narración, expone al ridículo á los que el historiador desea presentar como modelos. Sucédeles lo que á esos académicos deseosos de lucir elocuencia, que afectan cambiar á cada instante de terreno, replegándose en todos sentidos, y queriendo aturdir al adversario en un dedalo de cosas, evidentes unas y oscuras otras, tanto prodigan las fábulas admirables, tanto multiplican los argumentos, que llegan á haceros dudar de si los que viven en Atenas percibirán el olor de los huevos que se cuecen

en Efeso, y si en realidad estáis en la Academia conversando de todo esto ó sentados tranquilamente en vuestra casa hablando de cualquier otra cosa. Por este camino no sólo se apartan los académicos de su objeto, sino que además infunden en el temperamento de la juventud una verdadera enfermedad: la de perder el tiempo en la ostentación ridícula de vana palabrería, en vez de aplicarse al estudio de la moral, de la política y de la elocuencia, que es lo único digno de hombre razonable.

Así ha sucedido á Timeo y á los demás historiadores que le imitan. Refiriendo cosas maravillosas, y sosteniendo obstinadamente sus afirmaciones, excita á veces vana admiración y conciliase á los lectores con apariencias de verdad; á veces también desafía las dudas, queriendo persuadir con la fuerza de sus argumentos, siendo esta su costumbre cuando describe colonias y ciudades aliadas. En estas descripciones muéstrase á veces tan minucioso en los detalles de lo que él ha investigado y tan resuelto á criticar á los demás, que pudiera creerse á los otros escritores, en vez de atentos, dormidos como apáticos habitantes del universo, y á Timeo el único escrutador infatigable, juez hábil é historiador inteligente, y sin embargo, no negando que hay algunas buenas cosas en lo que dice, debo declarar que las falsedades abundan en su historia.

Resulta con frecuencia de la presunción de Timeo, que aquellos de sus lectores más aplicados al estudio de los primeros comentarios en que se describen las cosas de que acabo de hablar, después de haber preparado el espíritu á abarcar la grandeza universal de estas promesas estimándolas fidedignas, sufren con disgusto la contradicción, cuando se les demuestra que Timeo ha errado precisamente en lo que

con más acritud censura á los otros historiadores, como lo he demostrado en lo que afirma respecto á los Locrenses, no quieren perder la confianza en el historiador y prefirerem enemistarse con quien prueba sus errores. Finalmente, y para decirlo de una vez, los que se aplican á estudiar con atención los comentarios de Timeo sacan por fruto de sus arengas y discursos convertirse en argumentadores pueriles y escolásticos.

XXVII.

Dos son los órganos del saber, el oído y la vista; pero éste más seguro.—Timeo, para investigar la verdad, sólo se valió del oído.—Dos modos de saber por el oído, el uno la lectura, y el otro el propio examen.—Negligencia de Timeo sobre este último.—Es difícil inquirir la verdad por sí propio, pero contribuye infinito para escribir bien historias y enterarse de los hechos.—Cualidades de un historiador.—Vida de Timeo.

Poseemos además de los comentarios de Timeo una parte de su historia general, llena del mismo fárrago de errores, y ya he juzgado algunos de sus párrafos.

Diré ahora á qué atribuyo la falta de Timeo, y aunque á algunos parezca inverosímil, es sin duda la verdadera fuente de sus errores. Haciendo ostentación de asiduidad en las investigaciones, de larga práctica y de genio, y fingiendo los esfuerzos más concienzudos en la redacción de su historia, resulta en ciertas partes de ésta el más inhábil y negligente de los hombres que merezcan nombre de historiadores. Voy á confirmarlo con los hechos siguientes.

De dos órganos con que parece habernos dotado la naturaleza para informarnos é instruirnos á fondo de

las cosas, el oído y la vista, éste es incomparablemente más cierto, según Heráclito, porque los ojos son testigos más exactos que las orejas. De estos dos caminos de inquirir la verdad, Timeo ha elegido el más suave, pero el menos seguro. Por ahorrarse la pena de ir á verlo, se ha contentado con oirlo, y de dos modos que podemos percibir las cosas por el oído, á saber, la lectura de los libros y la investigación propia, ha andado muy indolente con esta última, como hemos manifestado más arriba. La causa que le pudo impeler á esta preferencia es fácil conocer, si se atiende á que los conocimientos que adquirimos por la lectura nos provienen sin peligro ni fatiga, únicamente con la mera prevención de avecindarnos en un pueblo donde haya copia de libros, ó tener á la mano una biblioteca. Con este solo auxilio ya puede cualquiera, tendido á la larga y sin la más mínima incomodidad, investigar lo que pretende, cotejar los escritores pasados y advertir sus defectos. Pero aquellos otros conocimientos que nos provienen por investigación propia, cuestan muchas penalidades y gastos, bien que contribuyen infinito y constituyen la parte más apreciable de una historia. Esto lo comprueba el testimonio de aquellos mismos que han compuesto este género de obras. (Eforo dice que si fuera dable que los historiadores mismos presenciasen todos los hechos, este sería el mejor modo de conocerlos. Y Teopompo afirma, que aquel es más sobresaliente en el arte de la guerra, que se ha hallado en más combates. Aquel es más elocuente orañor, que ha pleiteado mayor número de causas. Lo mismo sucede en la medicina y el pilotaje.) Pero esto mismo quien nos lo expresa con más energía es Homero, cuando queriéndonos mostrar cual debe ser el hombre político, nos propone el ejemplo en la persona de Ulises, diciendo:

Aquel sagaz varón me acuerda, oh Musa,
Que errante discurrió muchos lugares.

Más abajo:

Varias ciudades vió, y de muchos hombres
Conoció las costumbres y las leyes.
En el mar de las ondas agitado
Trabajos padeció muy insufribles.

Después:

Se haló en muchas batallas con los hombres,
Y surcó con fatiga muchos mares.

Un personaje como éste pedía, á mi entender, la dignidad de la historia. Platón decía que entonces serían felices los hombres, cuando los filósofos fuesen reyes ó los reyes filósofos; y yo pudiera decir ahora, que entonces la historia se vería en su esplendor, cuando los hombres de Estado se propusiesen escribirla, no por pasatiempo, como ahora se hace, sino persuadidos á que entre todas las obligaciones, ésta, como la más necesaria y más honorífica, les debe ocupar toda la vida, sin dejarla de la mano; ó cuando los que se ponen á escribirla, reputasen el uso y el manejo de los negocios por prevención indispensable para un historiador. Hasta entonces no se dejarán de encontrar defectos en las historias. Timeo no se tomó siquiera el más mínimo desvelo para adquirir estas cualidades. Se avecindó y vivió sin salir de un pueblo, casi como un hombre que de propósito hubiese renunciado á la vida activa. Sin conocimiento de las acciones militares, sin manejo de las civiles y sin aquella experiencia propia, hija de los ojos y de los viajes, con todo, yo no sé cómo llegó á la reputación y consiguió la preeminencia de historiador. Y que todos estos requisitos los exija la historia, es buena prueba su misma confesión en el proemio del

sexto libro. Algunos, dice, están en el concepto de que el género demostrativo pide más talento, más laboriosidad y más aparato que no la historia. Eforo, prosigue, fué el primero á quien chocó esta proposición; pero, no pudiéndola rebatir sólidamente, procuró á lo menos comparar y cotejar la historia con el género demostrativo.

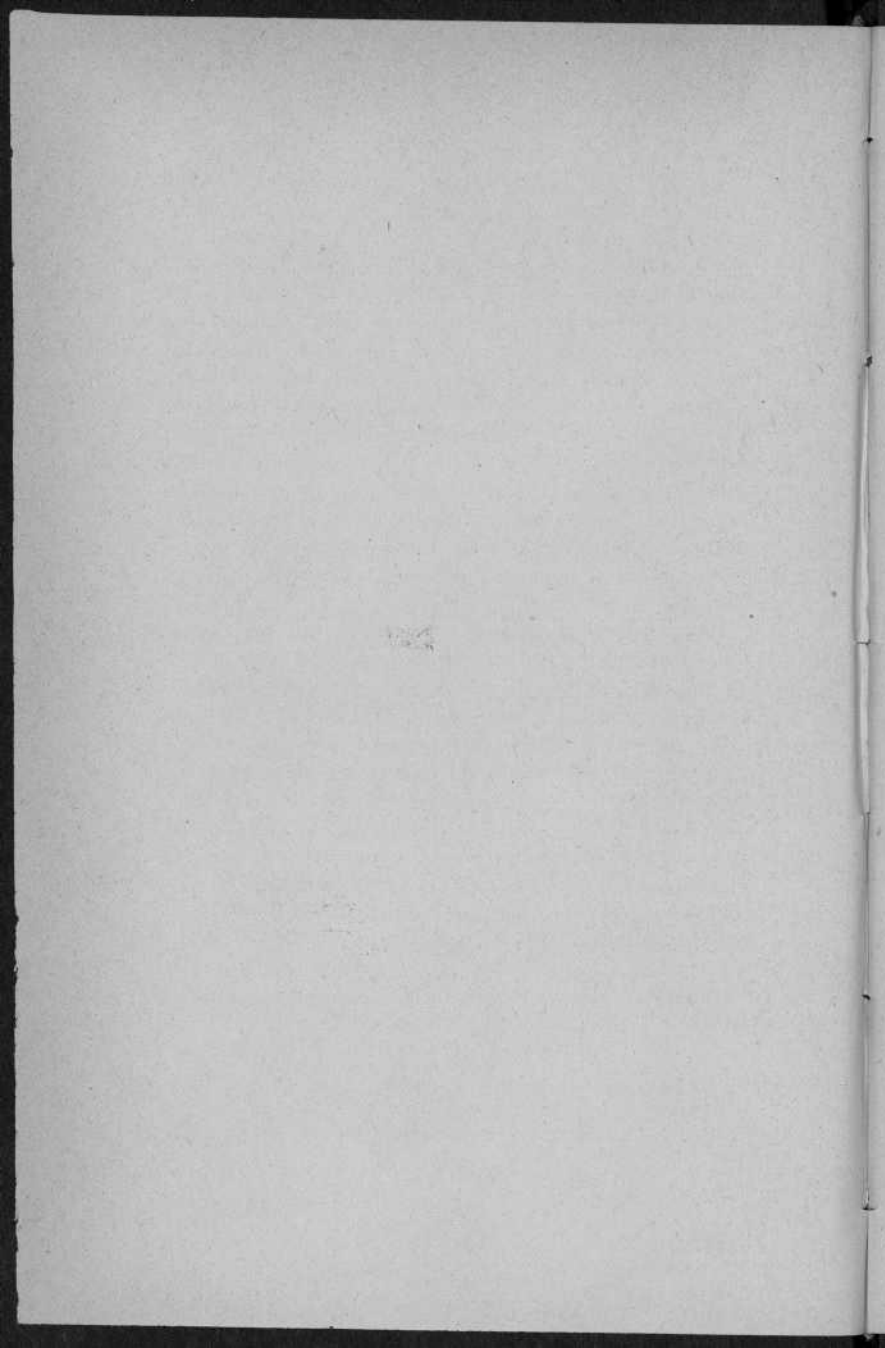
Esta afirmación es absurda y calumniosa para el historiador, porque Eforo en su Historia universal es verdaderamente admirable por su elocuencia, por la elección de los hechos y por la distribución de los asuntos; ingenioso siempre en las digresiones y en las máximas, hasta el punto de que cuantas veces, apartándose del asunto principal, adorna pomposamente algún discurso, no sé cómo sucede que siempre se encuentra placer en comparar los talentos de historiador y de autor. Timeo, sin embargo, para que no parezca que calumnia á Eforo ni á ningún otro historiador, censura en términos generales cuanto hacen bueno los demás. Imagina que hablando mal en conjunto no habrá lector viviente que comprenda su malicia.

Ávido de ponderar la gloria que al historiador corresponde, empieza por decir que hay tanta distancia entre los estilos histórico y oratorio como entre verdaderos edificios y los fragmentos de lugares y casas que forman decoraciones teatrales; y en este camino llega á afirmar que es cosa mucho más difícil sólo el reunir los materiales necesarios para escribir una historia, que llevar á término las composiciones oratorias. Añade que por su parte ha hecho gastos tan grandes y tantos esfuerzos para reunir los comentarios de algunos autores y obtener informes de los Ligurios, Galos y, añadiré por mi parte, hasta de los Iberos, que duda haya persona capaz de prestar fe á lo que pueda

decir. Cualquiera historiador podría preguntarle si cree que cuesta más trabajo y gastos permanecer tranquilamente en una ciudad comprando libros y buscando informes sobre Ligurios y Galos, que visitar personalmente gran número de estas poblaciones y verlo todo con los propios ojos (1). ¿Acaso no es mucho más importante oír el relato de los combates de mar y tierra y de los asedios á los que en ellos tomaron parte y adquirir por sí mismo la experiencia de estos terribles acontecimientos y de todos los trabajos militares? No creo que haya tanta diferencia entre los edificios reales y figurados, entre la historia y el género oratorio, como hay en toda composición entre quien la cuenta sin conocimiento personal y probada experiencia y quien la escribe por tradiciones é informes.

Imaginan los inhábiles que nada es tan fácil á los historiadores como reunir los comentarios y aprender de quienes bien los saben la masa general de los sucesos, y toman sobre sí esta carga; pero también en este punto se equivocan, porque sin tener competencia, ¿cómo han de interrogar convenientemente sobre batallas de mar y tierra y sobre asedios de plazas, ni comprender el detalle de lo que les digan? La manera de interrogar es poderoso auxilio para el narrador, y una insinuación sirve de guía para comprender los hechos á quien los ha presenciado; pero el inhábil no sabe preguntar acerca de hechos que no presenciaron personas de su generación, ni comprende los acontecimientos ocurridos en su época, porque, presente de cuerpo, está ausente de inteligencia.

(1) Polibio alude á lo hecho por él mismo.



ÍNDICE.

LIBRO QUINTO.

CAPS.	PÁGS.
I. Filipo vuelve á ganar la voluntad de los Aratos, y consigue por su influjo que los Aqueos le socorran para ponerse en campaña.—Resuelve hacer la guerra por mar.—Conspiración de tres de sus oficiales.—Tala de los campos de Palea.....	1
II. Sitio de Palea malogrado.—Diversidad de pareceres sobre el camino que había de tomar el Rey.—Resolución de pasar á la Etolia el teatro de la guerra.—Saco de esta provincia.—Sorpresa de Termas.....	5
III. Sacrilegio que comete el ejército de Filipo en Termas.—Reflexiones de Políbio sobre este acontecimiento.....	11
IV. Atacan los Etolios la retaguardia de Filipo.—Sacrificio que hace este Príncipe á los Dioses en acción de gracias, y convite que da á los oficiales.—Alboroto en el campamento, y castigo de los autores.....	15
V. Expediciones de Licurgo, de los Eleos y de Dorimaco.—Irrupción y tala de Filipo en la Laconia.—Intentan los Messenios incorporarse con Filipo, pero Licurgo se apodera de su bagaje, y los fuerza á retirarse á su patria.....	19
VI. Descripción de Esparta.—Desfiladero que tiene que pasar Filipo, y victoria que gana á Licurgo á vista de esta ciudad.....	24

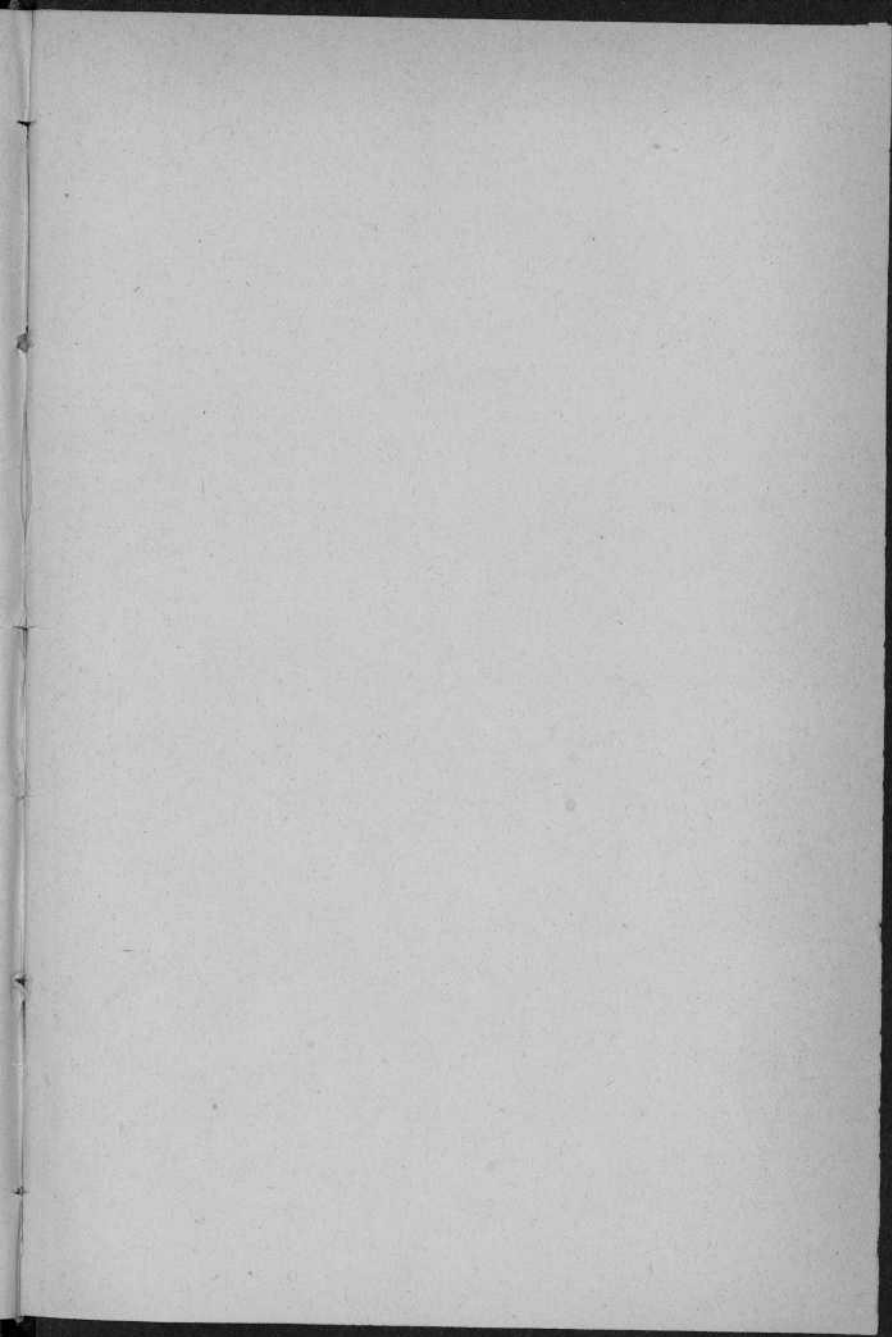
CAPS.	PÁGS.
VII. Nuevas intrigas de Leoncio, Megaleas, Ptolomeo y Apeles. Castigo de estos traidores.....	27
VIII. Ideas de los Etolios malogradas.—Continuación de la guerra.—Regreso de Filipo y sus tropas á Macedonia.—Estado de Annibal, Antioco, Licurgo y los Aqueos.....	32
IX. Motivos que tiene Polibio para no mezclar los asuntos de la Grecia con los del Asia.—Importancia de sentar un buen principio á una obra.—Vanidad de los escritores superficiales rebatida.	34
X. Conducta deplorable de Ptolomeo Filopator, opuesta á la de sus predecesores.—Súplica de Cleomenes, rey de Esparta, á Ptolomeo para tornar á su patria, denegada.....	37
XI. Motivos que tiene Sosibio, ministro de Ptolomeo, para prender á Cleomenes.—Astucia de que se vale para el efecto.—Prisión y muerte de este Principe.....	39
XII. Trato que hace Teodoto, gobernador por Ptolomeo de la Cæle-Siria, de entregarla á Antioco.—Elevación de este Principe al trono.—Rebelión de Molón.—Carácter de Hermias, ministro de Antioco.—Dictamen de Epigenes sobre la rebelión de Molón desaprobado.—Casamiento de Antioco.—Primera campaña de Molón.—Descripción de la Media.....	43
XIII. Progresos de la rebelión de Molón.—Elección de Jenetes por generalísimo de las tropas.—Paso del Tigris, y corta ventaja que consigue este General.—Derrota total que sufre después por Molón, y conquistas de este rebelde.....	48
XIV. Resuelve Antioco marchar contra Molón por consejo de Epigenes.—Muerte de éste por Hermias.—Parecer de Zeuxis, por el cual se determina el Rey á pasar el Tigris.—Intento de Molón de sorprender de noche el ejército del Rey, pero sin efecto.....	52
XV. Orden de batalla de los dos ejércitos.—Victoria por el del Rey, y castigo de los rebeldes.—Expedición de Antioco contra Artabazanes y sumisión de este.—Justo castigo de los excesos de Hermias.....	57

XVI. Rebelión de Aqueo contra Antioco, y sus primeras conquistas.—Consejo de guerra sobre la expedición contra Ptolomeo.—Voto de Apolofanes sobre que se debía primero tomar á Seleucia.—Situación y escalada de esta ciudad.....	61
XVII. Conquistas de Antioco en la Cæle-Siria.—Expediente de que se valen los ministros de Ptolomeo para contener los progresos de Antioco.—Número de tropas que éstos levantan.....	66
XVIII. Tregua entre los dos reyes, y retiro de Antioco á Seleucia.—Contestación sobre la pertenencia de la Cæle-Siria sin efecto.—Nicolao hecho general de las armas de Ptolomeo.—Irrupción de Antioco por la Cæle-Siria.....	70
XIX. Combate de mar y tierra entre Nicolao y Antioco.—Victoria por éste, y conquista de muchas plazas.....	74
XX. Sitio de Pedneliso por los Selgenses.—Auxilio que envía Aqueo á los cercados, bajo la conducta de Garsieris.—Derrota de los Selgenses por este general.—Traición de Logbasis, descubierta y castigada por los Selgenses.—Ajuste entre éstos y Aqueo.—Conquistas de Attalo.....	78
XXI. Número de tropas de Antioco y de Ptolomeo.—Arrojo de Teodoto contra la vida de este príncipe.—Formación de uno y otro ejército.....	85
XXII. Batalla de Rafia.—Victoria por Ptolomeo.—Tregua entre éste y Antioco.....	88
XXIII. Donativos que los reyes y potentados hicieron á los Rodios con motivo de un terremoto que sufrieron.....	93
XXIV. Prevencciones de Arato para la guerra.—Irrupción de Licurgo y Pirrias por la Messenia, sin efecto.—Disputas de los Megalopolitanos sossegadas por Arato.—Derrota de los Eleos por Lico, propretor de los Aqueos.....	96
XXV. Varios acontecimientos de la guerra de los aliados.—Toma de Bilazora por Filipo.—Escalada de Melitea malograda.—Reflexiones sobre este punto.....	99
XXVI. Sitio y toma de Tebas por Filipo.—Demetrio de Faros sugiere al Rey que se ajuste con los Eto-	

<u>CAPS.</u>	<u>PÁGS.</u>
lios y piense pasar á Italia.—Buena acogida que halla en Filipo este pensamiento.....	193
XXVII. Congreso de Naupacta, donde se ajusta la paz de los aliados.— Discurso de Agelao para exhortarlos á la unión.....	107
XXVIII. Estado de todos los pueblos de Grecia y Asia....	111

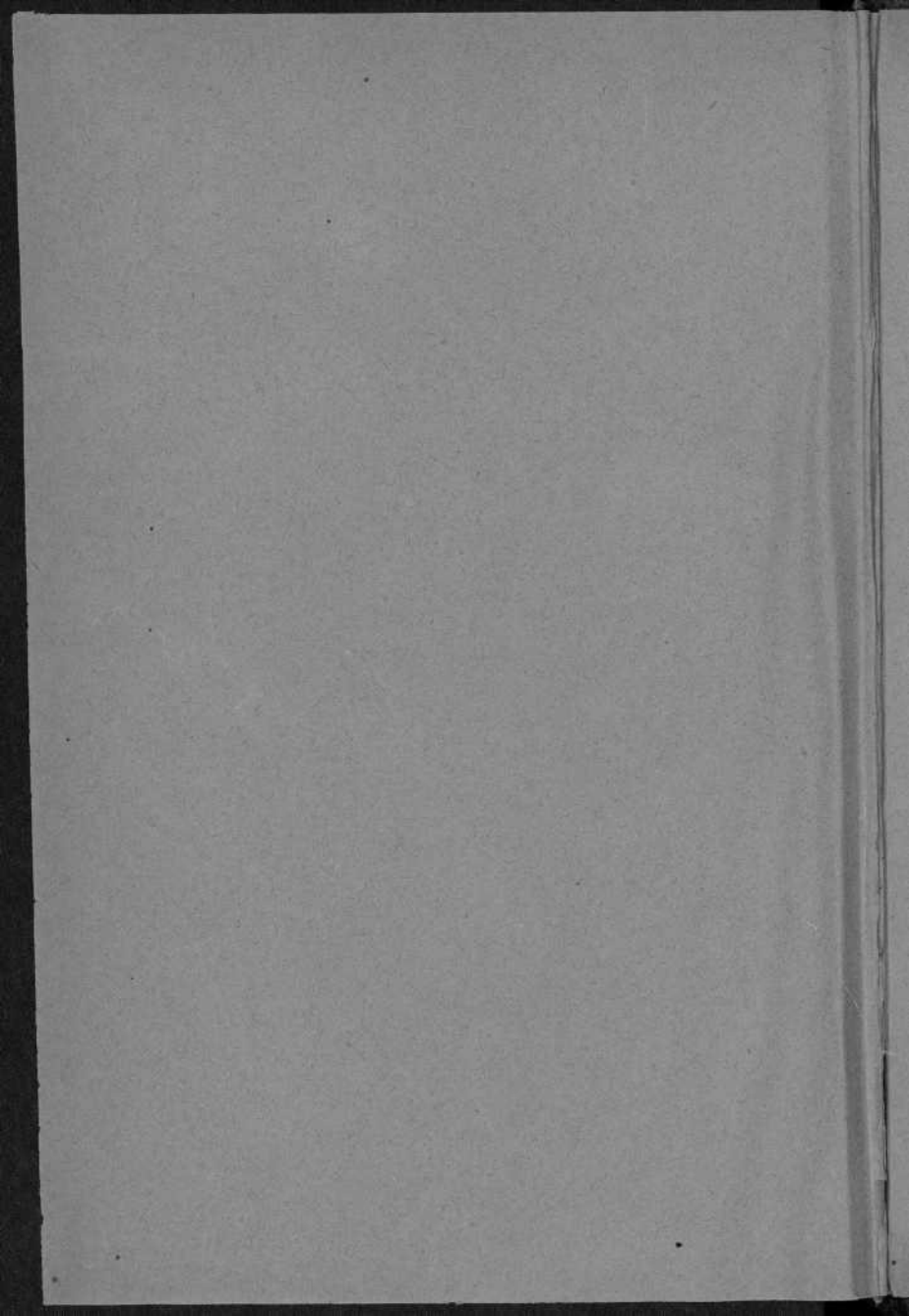
FRAGMENTOS.

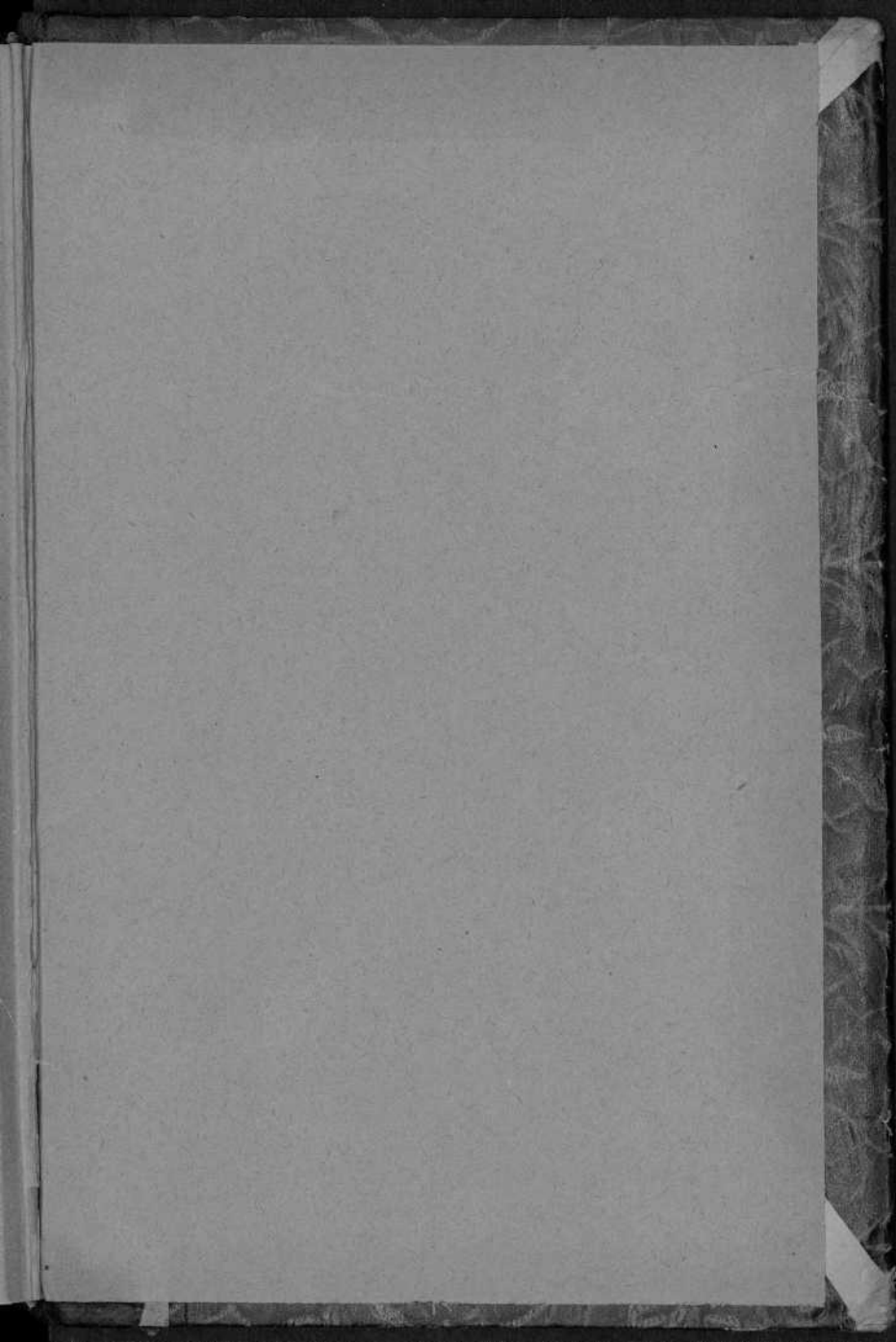
Libro sexto.....	117
Libro séptimo.....	181
Libro octavo.....	201
Libro nono.....	241
Libro décimo.....	287
Libro undécimo.....	345
Libro duodécimo.....	333

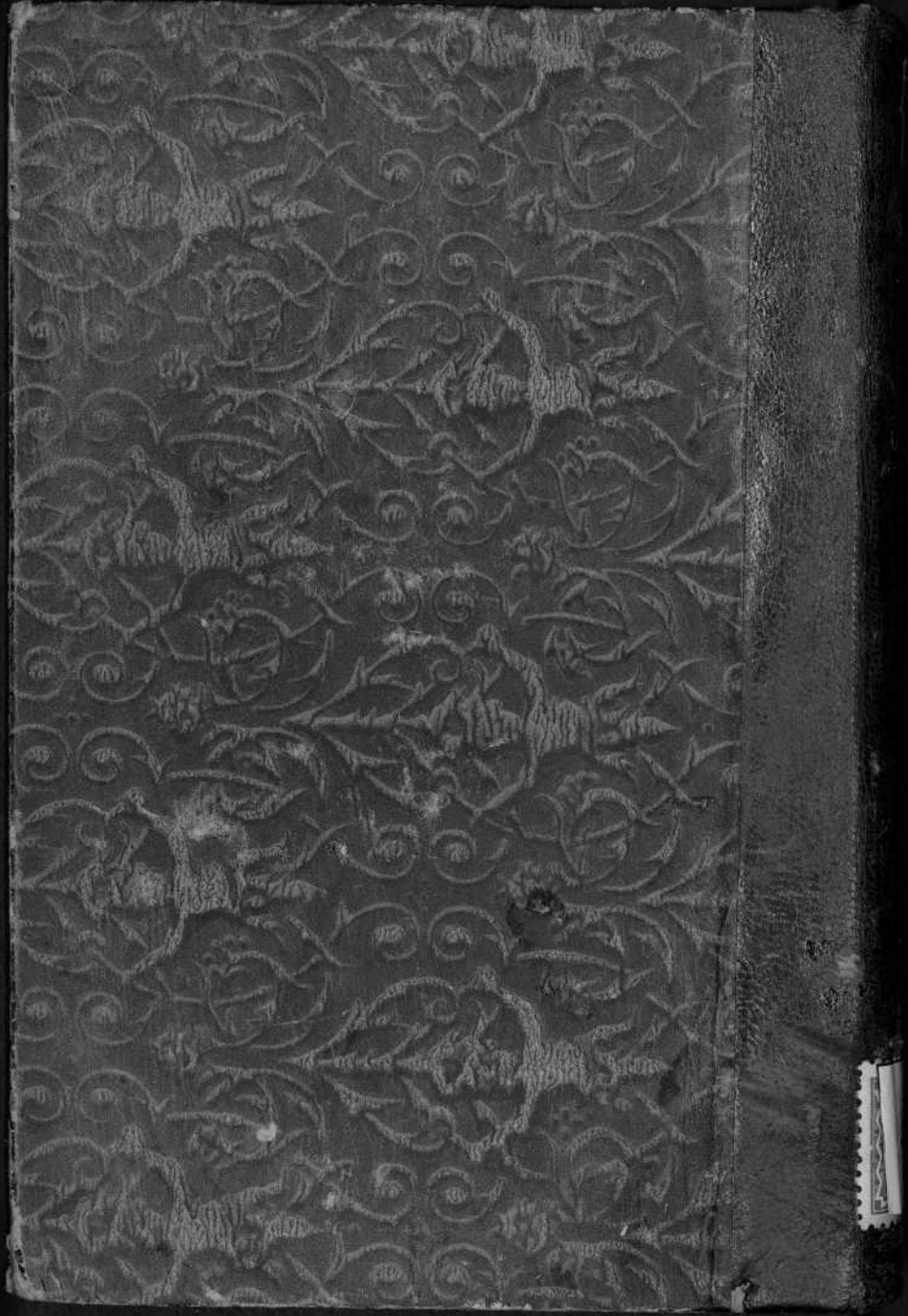


10-8-27











PUBLIUM

HISTORIA

UNIVERSAL

2

14.768